JOSUNE LÓPEZ PERALES

La memoria del alma

Libros.com

JOSUNE LÓPEZ PERALES

La memoria del alma

Libros.com

Primera edición digital: julio 2021
Campaña de crowdfunding: equipo de Libros.com
Imagen de la cubierta: Europeana | Unsplash
Maquetación: equipo de Libros.com
Corrección: María Luisa Toribio
Revisión: Elena Carricajo

© 2021 Josune López Perales
© 2021 Libros.com

editorial@libros.com

ISBN digital: 978-84-18527-93-7

Josune López Perales

La memoria del alma

La memoria del alma está dedicado a cuatro personas imprescindibles en mi vida.

A mis padres, Justi y Manolo. Aita, amá, para poder agradeceros todo lo que hacéis por mí necesitaría otra vida más, y como eso no es posible, os dedico mi primera novela. GRACIAS, por ser mi puerto seguro, por acompañarme en mis pasos y estar siempre, para todo lo que necesito, incluso antes de que os lo pida.

A mis hijos, Malen y Markel, mi chica y mi chico favoritos. Por ser el motor que me impulsa a levantarme cada día. Porque cuando me miráis tenéis la capacidad de ver siempre lo mejor en mí. Gracias por iluminar mis días. Luchad siempre por vuestros sueños, porque este libro es la constatación de que, con trabajo y esfuerzo, se pueden llegar a materializar.

Sois los cuatro pilares que me rodean y no permiten que me derrumbe hacia ningún lado. Os quiero.

Índice

Portada
Créditos
Título y autor
Dedicatoria
1.ª Parte
1. Mi vida se desmorona
2. Pep y yo
3. Recuerdos que afloran
4. Un continente de por medio
5. Una noche para olvidar
6. Redescubriéndonos
7. La traición
8. El pasado aflora
9. Secretos destapados
2.ª Parte
10. Verano del 81
11. Sorpresas de la vida
12. Buenas noticias
13. Viaje a los orígenes
14. Tanto por descubrir
15. Una historia prohibida
16. Carta de mamá
17. La desaparición
3.ª Parte
18. De vuelta a la realidad
19. La llamada
20. El regreso
21. Sanando heridas
22. Vuelta a Tossa de Mar
23. Vacaciones en familia
24. El reencuentro
25. La última carta
26. La despedida
Agradecimientos
Mecenas
Contraportada

1.ª Parte

1. Mi vida se desmorona

Me despierto de golpe, alargo el brazo hasta la mesilla y desbloqueo el móvil. Son las ocho de la mañana y Pep ya no está en la cama. Otro día más que ha salido de casa temprano para no encontrarnos y no tener que dirigirnos ni una sola palabra. Hace tiempo que nuestras conversaciones se limitan a frases de cortesía, sin ningún contenido… Ya nada es como antes y en algún momento tendremos que afrontarlo, pero ahora mismo yo no tengo fuerzas para desestabilizar más mi vida.

Me levanto de la cama con una sensación extraña. Últimamente no consigo dormir bien y los sueños relacionados con mi infancia y mi madre se me repiten una y otra vez. Esta noche uno de esos sueños ha perturbado mi descanso: era pequeña y estaba con mi madre en la casa que tenemos en la Costa Brava, en Tossa de Mar, donde antes pasábamos todos los veranos. Siempre me ha encantado ese lugar… Es una casa blanca de estilo mediterráneo, de dos alturas, situada en mitad de una ladera, rodeada de pinos y sobre una preciosa cala, a la que se accede por medio de un caminito que sale de nuestro jardín. Toda la planta baja se abre a una terraza donde pasábamos la mayor parte del tiempo. Es en este lugar donde tengo los mejores recuerdos de mi infancia… En el sueño, estoy con mi madre desayunando en la terraza mientras ella lee el periódico, como solíamos hacer cada mañana —me encantaban esos desayunos las dos juntas y con el sol comenzando a calentar—, pero en este caso le hablo y ella no me contesta. De repente se levanta sin decir nada, cruza el jardín y coge el caminito que baja hacia la cala. Yo la observo desde la terraza y veo cómo llega hasta la orilla, mira hacia arriba, donde yo me encuentro, se gira otra vez y comienza a adentrarse en el mar. Le grito lo más fuerte que puedo, pero sigue avanzando hasta sumergirse del todo. Echo a correr hacia la cala, pero tropiezo y me quedo en el suelo llorando; me he hecho una herida en la rodilla y mi madre no viene a reconfortarme con uno de sus besos mágicos que curan todo tipo de heridas. Me siento muy sola y asustada. Miro hacia la playa, pero no vuelvo a verla.

Voy a ver si desayunando consigo quitarme la sensación de angustia que me invade. Mientras unto la mantequilla en las tostadas mi mente empieza a divagar y pienso en ella, mi madre, Martina Vallirac, la gran empresaria de éxito, que empezó confeccionando ropa para bebés en la tienda-taller que le montó su padre para acabar siendo la dueña de Pequeñeces, la firma de ropa de niños con tiendas por todo el país. Siempre ocupada diseñando una nueva colección, colaborando con eventos relacionados con la infancia, gestionando la apertura de una nueva tienda, con mil cosas en la cabeza…, y ahora consumiéndose poco a poco por culpa de un alzhéimer temprano…

Se lo diagnosticaron con cincuenta y cinco años y de eso ya hace seis, en los que el tiempo ha corrido en nuestra contra. Desde entonces estoy enfadada con el mundo en general, porque todavía me quedaban tantas cosas por compartir con ella… Siempre se dice que la vida puede ser muy injusta, y en este caso no puedo estar más de acuerdo. Mi madre

estaba en un momento de su vida en el que comenzaba a tener más tiempo para ella, a disfrutar con su marido, a delegar en su trabajo, incluso se imaginaba disfrutando de sus nietos —siempre nos decía a mi hermana Valeria y a mí que quería ser una abuela joven, que no lo pensáramos demasiado—. Y fue justo en ese momento cuando los médicos se lo diagnosticaron; no nos lo podíamos creer…

Más de una vez lo hemos comentado mi padre y yo y no sabemos decir en qué momento empezó todo. Siempre ha sido una mujer muy activa, con mucha fuerza y energía, capaz de estar organizando mil historias a la vez, de acordarse de los nombres de todos los empresarios más importantes de Barcelona y de sus parejas, pero a la vez era un poco despistada para las cosas del día a día… Si quería que viniera a verme actuar en la función del colegio, tenía que empezar a recordárselo una semana antes, y con las fechas de cumpleaños era un desastre. Aunque yo siempre he tenido la teoría de que lo hacía para que me sintiera importante.

—Luna, cariño mío, ¿qué haría yo sin ti? —me decía después de que le recordara algo. Y eso, viniendo de la persona que para mí era la más atareada del mundo, me hacía sentir la niña más imprescindible del planeta.

Las alarmas saltaron el día que una vecina, conocida de toda la vida, se la encontró en una calle paralela a la que vivimos, totalmente desorientada y angustiada porque no era capaz de llegar a su casa.

De repente el sonido de mi móvil me devuelve a la realidad. Es mi padre.

—Buenos días, papá, ¿pasa algo? —le digo un poco inquieta, porque no es normal que me llame tan pronto.

—Luna, hija, baja a casa en cuanto puedas, por favor. Tu madre ha pasado muy mala noche y está muy nerviosa. —En su voz puedo notar angustia y súplica. Adora a mi madre y sé que daría cualquier cosa por que no sufriera.

—Ahora mismo voy, papá.

Me bebo de un trago el café que me queda, que ya está helado, me pongo unos vaqueros, la primera camiseta que encuentro, unas zapatillas y salgo de mi casa sin perder tiempo.

Prefiero bajar por las escaleras porque siempre llego antes que el ascensor, y en menos de dos minutos en total estoy abriendo la puerta de casa de mis padres. Son las ventajas de vivir todos en el mismo portal. Mis abuelos son los dueños del inmueble: un edificio señorial en pleno paseo de Gracia. Ellos viven en la planta primera; mis padres en la segunda; la tercera y cuarta están alquiladas a dos familias desde antes de que yo naciera, a las cuales tenemos gran aprecio, y a mí me regalaron el ático cuando me gradué. Valeria, en cambio, prefirió irse a vivir a otro barrio; siempre le ha gustado ir por libre. Somos tan diferentes…

Nada más abrir la puerta me encuentro con mi padre, que me está esperando.

—Papá… —Le doy un fuerte abrazo. Se le ve tan cansado… Desde que mi madre está mal estamos más unidos, porque entendemos tan bien el vacío que siente el otro que nos apoyamos mutuamente. Mi madre y yo siempre hemos tenido una relación muy especial, muy estrecha, y mi padre dependía totalmente de ella, siempre la ha querido de una forma incondicional y por encima de todo. Por eso ahora, cada uno a nuestra manera, estamos aprendiendo a vivir sin nuestro pilar, y la relación de rivalidad que teníamos antes por ganar

el cariño de ella se ha transformado en una comprensión del dolor que el otro padece.

—Casi no ha dormido en toda la noche, estaba muy agitada, y lleva toda la mañana gritándome que me vaya, que no sabe quién soy. —A duras penas consigue aguantar las lágrimas.

Nos acercamos a su habitación y ya desde fuera puedo oír su voz, aunque no consigo entender lo que dice. Entro y la veo sentada en la cama. No me acostumbro a su imagen actual; desde que no es ella misma la que se arregla aparenta veinte años más de los que tiene. Antes siempre iba impecable, bien peinada, ligeramente maquillada y vestida de punta en blanco, aunque eso no le impedía sentarse en el suelo a jugar conmigo si yo se lo pedía.

—Hola, mamá, ¿qué tal estás? —Quiero aparentar normalidad, pero nada en esta situación es normal… Me acerco hasta la cama y me siento a su lado. Cojo sus manos entre las mías y consigo que me mire a los ojos.

—¡Llama a papá, llama a papá! ¡Llévatelo! —comienza a gritarme totalmente asustada.

—Tranquila, mamá, tranquila, que ya no va a volver. —Intento tranquilizarla siguiéndole el juego, aunque no sé a quién se refiere…

—¡Pero qué mamá ni qué mamá! —Libera sus manos de las mías y me da la espalda como si fuera una niña enfadada. La rodeo con mis brazos desde atrás y noto cómo se va relajando. No sabemos por qué, pero solo yo consigo tranquilizarla. Comienzo a acariciarle el pelo y consigo que se gire otra vez. Le beso suavemente la frente y las mejillas; tengo tantos besos y abrazos que devolverle… Da igual lo ocupada que ella estuviera, que nunca me faltó un beso, una palabra de cariño, un abrazo… Y ahora es ella quien los necesita.

—Voy a dormir. Estoy muy cansada.

La ayudo a tumbarse y cierra los ojos al momento. Tiene que estar agotada.

Me quedo un momento sentada a su lado acariciándole el pelo y observando su cabeza, absorta, como si pudiera ver lo que hay en su interior. Me viene a la mente ese mar que se la tragaba en mi sueño, porque es así como veo ahora a esta enfermedad, como un océano que va invadiendo poco a poco cada hueco de su cerebro, inundando todos sus recuerdos. Aunque algunos días una ola la empuja hasta la orilla, regalándonos pequeños momentos de lucidez.

Salgo muy despacio de su habitación y me encuentro en el pasillo con mi padre, que espera impaciente que le pase el informe.

—Se ha dormido. Estaba agotada. ¿Por qué no aprovechas para descansar un poco tú también? Tranquilo, papá, que hoy es uno de esos días en que mamá no reconoce a nadie.

—Ya, Luna…, pero yo sí sé quién es ella…

—Papá, por favor, no puedes estar las veinticuatro horas del día pendiente de mamá. Has contratado a una enfermera para que venga a las mañanas a estar con ella. Aprovecha tú esos ratos: descansa, sal a pasear…, lo que prefieras, pero, por favor, cuídate y piensa un poco en ti, papá, que al final caerás enfermo tú también y la verdad es que no me pagáis tan bien como para cuidar de los dos… —Consigo que una medio sonrisa asome en su cara.

—Hija, tú sí que tienes que descansar, se te ve agotada —me dice, poniéndome una mano en la mejilla.

—Tranquilo papá, estoy bien, solo que esta noche he dormido poco y mal.

—Luna, no te quiero entretener más, vete a trabajar, que como tardes mucho más tu

abuelo se va a preocupar.

—No tengo ningún paciente hasta media mañana y el abuelo ya se imaginará que estoy aquí con vosotros. —Lo sigo hasta la sala y nos sentamos en el sofá—. Papá, hoy vendré a pasar la noche con mamá.

—Luna, cariño, no hace falta. Quédate en tu casa, descansa y pasa un rato con Pep, que últimamente te estamos absorbiendo demasiado y seguro que no pasáis suficiente tiempo juntos.

—Papá, no voy a discutir. Ya está decidido, así que ve haciéndote a la idea de verme por aquí esta noche, que no te vas a librar de mí tan fácilmente. Y por Pep puedes estar tranquilo, que estará bien. —Y en cuanto se entere de que hoy no duermo en casa, estará mejor que bien.

Nos despedimos hasta la noche y me subo a casa. Voy distraída pensando en mi padre, Josep María Vila; lo veo tan perdido… Siempre estaba con mamá, y aunque parecían un equipo, era ella la que tomaba todas las decisiones y llevaba las riendas de los negocios. Mi padre se mantenía siempre en un discreto segundo plano, porque además era mi madre la que poseía el carisma para tratar con los clientes y con los amigos en general. Y él, él la adoraba… solo había que observarlos un segundo para darse cuenta de cómo la miraba…

Tengo que arreglarme para ir a trabajar. Aunque mi estilo es más bien este, de vaqueros y camiseta, para ir a la clínica siempre intento cuidar un poco más mi imagen. Hoy, sin embargo, por más ropa que me pruebo, no consigo verme bien con nada, y sin darme cuenta acabo vistiéndome a juego con mi estado de ánimo: triste. Para colmo de todos mis males, hoy la rebeldía de mis rizos se sitúa a un nivel contra el que no pienso luchar, así que paso al peinado de emergencia: todo recogido en una coleta y listo.

Salgo por la puerta pensando que hoy es uno de esos días en los que me gustaría desaparecer y quedarme escondida debajo de mi edredón de plumas. Pero como diría mi abuelo, a los problemas que nos presenta la vida hay que hacerles frente y ponerles la mejor de nuestras sonrisas. Además, mucho me temo que mis problemas estarían esperando a que volviera a sacar la cabeza fuera de mi edredón, y al verme me mirarían con una sonrisa irónica para recordarme que no se habían ido a ninguna parte…

2. Pep y yo

A ver si llego por fin al trabajo; menos mal que está muy cerca de casa, en la calle Balmes. Hace más de cincuenta años, mi abuelo, el ginecólogo Antonio Vallirac, fundó la clínica que lleva su apellido, dedicada a las madres y a los niños desde antes de ser concebidos. Y ahí es donde yo trabajo como ginecóloga, mano a mano con mi abuelo, en el departamento de Reproducción Asistida. Todo comenzó con una consulta privada de ginecología; hacia los 90 se empezaron a realizar los primeros tratamientos de fertilidad y poco a poco ha ido creciendo hasta convertirse en lo que es hoy, la clínica más prestigiosa de Barcelona en este campo, situando a mi abuelo como uno de los mejores ginecólogos que ha habido en la ciudad.

Y aquí también es donde trabaja Pep, que es pediatra, así que, aunque no nos veamos en casa, es muy difícil no cruzarnos en todo el día. Hace unos años era algo que nos entusiasmaba: trabajar juntos, compartir casos… A las noches, durante las cenas, él me contaba cómo se encontraban los niños que yo había ayudado a nacer…, éramos un equipo. Y ahora todo eso me resulta tan lejano que hasta me parece mentira que en algún momento nuestra vida haya podido ser así…

Nos conocimos en la universidad. Los dos estudiamos Medicina en Pamplona, donde nuestras vidas se cruzaron. Yo no quería irme, no me sentía preparada, con dieciocho años, para estar tan lejos de mi familia. Quería estudiar Medicina, y el nombre de la facultad me daba exactamente igual, mientras fuera en Barcelona… Pero mi abuelo insistió tanto que no me pude negar. Y para Pep fue algo parecido: nieto e hijo de los prestigiosos abogados Viladecans e Hijo, siempre supo que no sería como ellos. Quería dedicar su vida a trabajar para los demás de forma altruista, no le obsesionaba el dinero y su ilusión era convertirse en pediatra y trabajar para alguna ONG. Su familia siempre lo consideró un idealista y la única condición que le pusieron fue que estudiara en Pamplona.

Recuerdo perfectamente el primer día de clase: me sentía tan perdida… Desde pequeñita supe que estudiaría Medicina como mi abuelo y que algún día trabajaría con él. Siempre que íbamos a buscarle a la clínica me encantaba ir a su despacho, me sentaba en su regazo y me enseñaba las fotos de los bebés que había traído al mundo. Eran sus niños… Siempre pensé que mi abuelo tenía un trabajo maravilloso.

—Mira, Luna, este es Guillem. Ahora tiene ya dos años y cada vez que viene a la clínica a alguna revisión me llama «yayo Tonio» cuando me ve. —Y se le iluminaba la mirada con cada historia que me contaba. Cada bebé se le ha quedado grabado siempre, pasando a formar parte de él.

Ese primer día de clase, a pesar de tener tan claro que mi carrera tenía que ser esa y ninguna otra, no pude evitar sentirme fuera de lugar. Nunca he confiado demasiado en mí misma y a mi alrededor solo se veían personas de mi edad que ya parecían médicos licenciados por la seguridad que transmitían y lo formales que vestían. Y yo era como un

pececillo de esos naranjas pequeños, que siempre había estado en mi pecera, segura y protegida, y de repente me habían soltado en mitad del mar…

Llegué a mi primera clase y me senté hacia la mitad más o menos, y entonces miré hacia la puerta y apareció él: Pep. Me acuerdo de cada detalle, de cada emoción, como si fuera ayer, y ya han pasado veinte años… Desprendía confianza por todos sus poros. Siempre ha llamado la atención: es alto pero no demasiado, deportista pero no excesivamente musculado, con facciones suaves… Y sus ojos negros, ligeramente rasgados, cuando te miran te da la sensación de que son capaces de descifrar tus secretos mejor guardados. El pelo, por aquella época, lo llevaba un poco largo, rebelde y con un despeinado totalmente estudiado. Vestía de forma casual, como si no le diera importancia a lo que llevaba puesto, aunque casi seguro que, al igual que la mayoría de los que estábamos ahí, ese día estrenaba ropa.

Avanzó por el pasillo hacia donde yo estaba, echó un vistazo rápido a la clase, donde ya no quedaban demasiados sitios libres, me miró y vino a sentarse a mi lado.

—Hola, soy Pep. —Me alargó la mano y me dedicó una sonrisa que me provocó un escalofrío por todo el cuerpo seguido de una ola de calor. ¡Madre mía, ese pedazo de ejemplar de hombre había decidido sentarse a mi lado y me estaba hablando! Todavía se me encoge el estómago al pensarlo.

De repente me vino a la cabeza lo que mi abuelo me repetía tantas veces: «Luna, si tú misma no confías en ti, nadie lo hará. Vales tanto como cualquiera». Saqué ese valor que había estado acumulando durante años para cuando llegara ese momento exacto y en un despliegue de originalidad le dije:

—Hola, soy Luna. —Le alargué la mano, estreché la suya y pensé que tenía que haber cogido como asignatura optativa «Frases ingeniosas y atractivas para no alejar a los hombres a la primera de cambio».

En ese momento entró el profesor y volví de golpe a la realidad.

—Señoras y señores, buenos días. Más de la mitad de ustedes no estarán el año que viene. Unos, porque verán que esto no es lo suyo; otros, porque nosotros veremos que no tienen cualidades para llegar a ser médicos. Muchos de ustedes vienen aquí porque es lo que se espera, porque son hijos o nietos de médicos, pero eso no es suficiente. En cualquier caso, a todos les digo que aquellos que no estén dispuesto a ser médicos las veinticuatro horas del día ya se pueden levantar y salir por esa puerta.

—Yo lo tengo muy claro, ¿y tú? —me preguntó Pep.

—Yo también, sé que este es mi sitio. No podría estar en ningún lugar mejor.

—Me alegro, Luna. —Me miró fijamente a los ojos y recuerdo que todos mis miedos se esfumaron y salieron por la misma puerta que acababa de señalar el profesor.

Después de eso, fuimos compañeros en todas las clases de ese primer día, a la semana resultábamos inseparables y al mes ya éramos pareja. Nuestra complicidad era total, y habíamos encontrado uno en el otro al compañero perfecto para esa aventura que acabábamos de comenzar. Más adelante, él me reconocería que antes de entrar en esa primera clase estuvo observándonos a todos, que desde que me vio se sintió atraído por mí y que ya desde ese momento tuvo la necesidad de protegerme, porque le pareció que me sentía perdida.

La residencia la hicimos los dos en Barcelona, aunque en hospitales diferentes, y al terminar yo comencé a trabajar con mi abuelo y Pep se fue con una ONG a Etiopía dos años, dos largos años, los más difíciles de mi vida… Decía que cumplía así su sueño, que se lo debía a sí mismo, pero pasados los dos años volvió y me dijo que ya con eso se sentía satisfecho, que ahora yo también formaba parte de sus sueños y no quería volver a estar lejos de mí. Y así fue: empezó a trabajar en la clínica él también y no nos volvimos a separar.

Necesito un café. Ya, total, cinco minutos más o menos no creo que a nadie le importen. Me meto en la cafetería que está justo al lado de la entrada de la clínica y ya casi desde la puerta veo a Néus dedicándome una sonrisa. Es uno de esos miles de casos que hay hoy en día en nuestro país de universitaria sobradamente preparada desempeñando un trabajo muy por debajo de su cualificación. Y aun así se la ve feliz y desprende optimismo. Este lugar es el refugio de quienes trabajamos en la clínica, a donde nos escapamos siempre que necesitamos un respiro, y ya nos conocen a todos a la perfección: nuestros gustos, nuestras manías…

—¡Buenos días, Luna!, ¿lo de siempre?

—Buenos días, Néus. Hoy necesito uno de esos especiales que solo tú eres capaz de hacer. —Sabe que en estos casos necesito mi café con leche, con ración doble de espuma y unos toques de canela.

—Qué, ha empezado mal tu día, ¿no? Me lo he imaginado solo con ver a tu abuelo esta mañana. ¿Tu madre?

No sé cómo lo hace, pero siempre acierta.

—Sí, ya sabes…, hoy tenía mal día y vengo de estar un rato con ella. Oye, ¿y tú qué tal?, ¿cómo está tu niña? —Tiene una hija de tres años que sé que es el secreto de su optimismo.

—Pues otra vez con catarro. No hay manera…, ya está terminando la primavera y seguimos con el dichoso catarro a cuestas.

—Ya sabes que siempre te digo lo mismo, que puedes traérnosla sin ningún problema siempre que lo necesites. Pep le echa un vistazo en un momento y así te quedas más tranquila. Es lo menos que podemos hacer por lo bien que nos cuidas a todos.

—Gracias, Luna, lo tendré en cuenta.

Me despido de Néus y ya voy notando el café en mi organismo. Mi mundo ahora es un poco mejor…

Abro la puerta de la clínica y Marta y Rebeca me saludan a dúo:

—¡Buenos días, Luna!

Son las recepcionistas, la primera impresión de la clínica para todo el que cruza la puerta, y la verdad es que no podríamos tener a nadie mejor que ellas, siempre impecables…

—Buenos días, chicas. —Las saludo con la mano.

La clínica fue reformada hace pocos años y la imagen es moderna, pero con un toque de calidez; las paredes están adornadas con fotos de recién nacidos. En la zona de pediatría los colores son alegres, tenemos dibujos colgados y en la sala de espera hay una zona de juegos, para que los niños se olviden de que están en una clínica. En el sótano tenemos la zona del gimnasio y la piscina, donde preparamos a las futuras mamás para el parto y las acompañamos en su recuperación posterior. Hay clases de natación para las madres y sus

bebés. Y hace diez años conseguimos poner en marcha la unidad de suelo pélvico, atendida por fisioterapeutas especializados. Completamos los servicios de la clínica con la unidad de psicología, porque el camino para llegar a ser padres en los casos de infertilidad puede ser largo y duro, y muchos pacientes acaban recurriendo a nuestros psicólogos para llevarlo mejor.

Subo al primer piso, que es donde están las consultas de ginecología, y me voy directa al de mi abuelo. Lo veo desde lejos; está en el pasillo, saludando a unos pacientes. Nunca me cansaré de admirarlo, es tan elegante… A sus ochenta y siete años conserva parte de su atractivo. Es alto, tiene el pelo blanco, se mantiene en forma y siempre va impecablemente vestido. Yo le suelo decir que de joven ha tenido que ser un peligro y él se ríe, me mira y me contesta que él solo ha tenido ojos para mi abuela, y sé que lo que dice es totalmente cierto, porque es un buen hombre, íntegro y con un gran corazón… Todavía hoy en día son una pareja entrañable, se miran con mucho amor y respeto. Es un hombre que ha dedicado su vida a los demás y no conseguimos que se jubile del todo y disfrute de la vida. Él se excusa diciendo que sin ir a la clínica se moriría, aunque a estas alturas, como es normal, lo único que le permitimos hacer es supervisar algún caso puntual, y la mayor parte de su tiempo lo dedica a pasear por la clínica y a hablar con todo el que se encuentra. Es lo que se diría nuestro relaciones públicas.

En cuanto me ve, se despide de las personas con las que está y viene hacia mí.

—Luna, cariño. —Me da un abrazo y le correspondo con todas mis fuerzas. Solo su olor ya me reconforta y en sus brazos siempre me siento protegida—. ¿Cómo está tu madre?

—Hoy estaba muy nerviosa, pero he conseguido que se relaje y duerma, que es lo que necesitaba…

—Sí, tienes gran influencia sobre ella… Por cierto, ahora acabo de estar hablando con el matrimonio Rovira-Palau, ya están en el séptimo mes de embarazo y se les ve tan entusiasmados… Luna, Pep y tú tenéis que seguir intentándolo…

—Abuelo, por favor, no empieces.

—Bueno, cariño, te recojo para comer y hablamos más tranquilamente.

Me voy a mi despacho, me siento en mi silla y, sin darme cuenta, cojo de la mesa la foto del día que nos casamos. Siempre me ha encantado esta foto, es tan natural… Es un instante de intimidad, en el que nos retrató el fotógrafo sin ser conscientes de ello. Estamos riendo abrazados y desprendemos felicidad. Si en ese momento llega a caer un meteorito a nuestro lado, probablemente ni nos hubiésemos enterado… Nos casamos en Menorca, como siempre habíamos imaginado; solo con la familia y unos pocos amigos, los más íntimos, con el mar como testigo y con el sol ocultándose en el horizonte, en el jardín de una finca que alquilamos para la ocasión. Fue también en esa isla donde me pidió que nos casáramos, en nuestra cala preferida, disfrutando de uno de los magníficos atardeceres que ofrece este paraíso. Todos los veranos hemos ido allí a perdernos, a desaparecer del mundo, a reencontrarnos el uno con el otro, a vivir…

De esta foto han pasado ya seis años y no sé si todavía queda algo de todo eso… Siempre habíamos dado por hecho que seríamos padres y tendríamos como mínimo dos hijos, y al poco tiempo de casarnos empezamos a intentarlo. Le acababan de diagnosticar a mi madre la enfermedad y de repente me di cuenta de que no había tiempo que perder, de que

quería tener hijos cuanto antes para poder compartir todos esos momentos especiales con ella, verla disfrutar de su nieto antes de que el alzhéimer hiciera de las suyas en su memoria y no fuera consciente de que había sido abuela.

Empezamos con toda la ilusión del mundo, disfrutando a tope de cada vez que hacíamos el amor. Cualquier momento era bueno para tener un encuentro y amarnos como locos. Pep me conoce a la perfección y sabe muy bien cuáles son mis puntos débiles. Unos besos en el cuello, en la oreja… y me desarmo totalmente, entregándome al momento. De repente, todo nuestro mundo como pareja comenzó a girar en torno al mismo tema, teníamos tantas ganas de ser padres… Y según se acercaba el día de tener que bajarme la regla, las mismas preguntas, acompañadas de la misma cara de emoción: ¿qué tal te encuentras?, ¿te notas algo?…

Fueron pasando los meses y el ansiado embarazo no se producía. Cada periodo era una tragedia, nos daba el bajón un par de días y nos recomponíamos con fuerzas renovadas, dándonos ánimos mutuamente porque había que seguir intentándolo. El sexo se fue convirtiendo en algo totalmente rutinario, con un único objetivo, y los encuentros pasaron a ser mucho más esporádicos. Al cabo de un año fuimos a hablar con mi abuelo, porque necesitábamos a alguien que no estuviera tan involucrado emocionalmente como nosotros, para que nos diera su opinión de experto. Él mismo puso todo en marcha para comenzar a hacernos pruebas y poder así descubrir dónde se encontraba la raíz de nuestro problema. Nos temíamos lo peor, pero para nuestra sorpresa todos los resultados fueron normales. Digamos que la cantidad de soldaditos de Pep no era como para formar un ejército, pero estaba todo dentro de lo normal, no había ningún motivo físico para que no se produjera un embarazo. Así que había que seguir intentándolo. Fue una inyección de moral, que nos hizo retomar la ilusión inicial. Pero fueron pasando los meses y más de lo mismo… Todo indicaba que íbamos a ser uno de esos casos de infertilidad sin motivo aparente, que, aunque se producen en un porcentaje muy bajo, existen.

Pep comenzó a sugerirme sutilmente que quizá necesitásemos recurrir a la ciencia para facilitar las cosas. Acepté, aunque no sabía si sería capaz de soportar los intentos fallidos. Siempre he admirado a mis pacientes por eso precisamente: porque vienen con toda la ilusión del mundo y cada vez que no lo consiguen se recomponen, sacan fuerzas de no sé dónde y vuelven a intentarlo con la misma ilusión, hasta que lo consiguen o hasta que deciden desistir. Son un ejemplo constante de lucha, entereza, coraje… Y yo pronto descubriría donde estaba mi límite.

Tras varias inducciones ováricas y tres inseminaciones artificiales fallidas dije basta, ya no lo soportaba… Otra decepción más y habría caído en una depresión de la que difícilmente habría podido salir sin ayuda. Pero Pep no lo veía así, y aquí fue donde empezó nuestro declive como pareja. Él consideraba que debíamos seguir intentándolo, que tarde o temprano me quedaría embarazada y que al abandonar le estaba demostrando ser una egoísta y no mirar por la pareja. Yo sin embargo pasé a la fase de aceptación, de asumir que nunca seríamos padres y de empezar a pensar que teníamos que aprender a vivir con eso. Debíamos superarlo juntos, apoyarnos, ayudarnos…, pero Pep no supo entenderme, no estuvo a la altura de las circunstancias y me hizo sentir muy sola en un momento en el que le necesitaba más que nunca. Es una situación que a muchas parejas une más, pero que en

nuestro caso solo sirvió para alejarnos. Probablemente teníamos que haber recurrido a ayuda experta, haber ido a alguna terapia…, pero claro, cómo van a necesitar nada de eso dos médicos…

Entre una cosa y otra habían pasado ya más de cuatro años…

Yo siempre he pensado que todo en esta vida ocurre por algún motivo y que debemos intentar sacar siempre el lado positivo (aunque en el caso de la enfermedad de mi madre todavía no he conseguido encontrar el porqué ni el lado bueno), así que llegué a la conclusión de que Pep y yo no debíamos tener hijos en común, de que por algún motivo no éramos una buena combinación genética y la naturaleza nos lo estaba diciendo a gritos, pero no habíamos querido escucharla. La parte positiva que saqué de todo este asunto era que había salido a la luz que como pareja teníamos muchas carencias y que no debíamos seguir perdiendo el tiempo cuando era más que evidente que no envejeceríamos juntos. Y por ese mismo motivo rechacé la idea de adoptar: ya no me sentía con fuerzas ni apoyada para recorrer ese largo y duro camino.

Sé que en algún momento vamos a tener que sentarnos a hablarlo y afrontarlo, porque el deterioro ha continuado progresivamente, hasta llegar al punto en el que estamos ahora. Los dos nos hemos refugiado en el trabajo, consiguiendo tener la mente ocupada y evitando así caer en un profundo pozo… Hace tiempo que el sexo es algo anecdótico y nuestras conversaciones se han reducido a palabras sueltas mientras cenamos delante de la televisión, para que algún programa llene nuestros incómodos silencios.

3. Recuerdos que afloran

Me sirvo una copa de vino mientras me preparo una ensalada para cenar. Antes no bebía nada, pero hace un tiempo que aprendí a disfrutar de una copita de vino como compañía perfecta para estos momentos en los que necesito desconectar. Me encanta Barcelona en esta época del año. Ya está terminando mayo, los días son bastante largos y se empieza a notar el calor. Siempre que puedo disfruto de mi ciudad desde la terraza de nuestro ático, donde he creado mi refugio.

Después de desistir del tema del embarazo me volqué en redecorar la gran terraza con la que cuenta el piso. Me negué en rotundo a comprarme una mascota en la que proyectar mi necesidad de darle todo mi amor a un ser pequeñito, así que tenía que descubrir algún hobby nuevo para mantener entretenida mi mente. Debajo de la pérgola de madera puse la zona de comedor, con una mesa grande con sillas, y junto a ella una zona chill out con sillones de exterior y una mesa baja. De abril hasta prácticamente noviembre la vida en nuestro piso se desarrolla entre la cocina y la terraza. Incluí también una zona solárium con un jacuzzi y hamacas, donde caliento mis huesos y me cargo con energía solar en mis siestas de domingo. Fue también diseñando la terraza cuando descubrí mi pasión por la jardinería: planté toda clase de flores y plantas de exterior e incluso añadí un par de palmeras para completar mi oasis particular. Es como mi pequeñín, y cada vez que estoy en ella miro a mi alrededor y me invade el orgullo de ver lo que he sido capaz de crear…

La comida con mi abuelo no ha ido mal del todo, aunque como era de esperar me ha vuelto a sacar el dichoso temita:

—Luna, cariño, no quiero ser un abuelo pesado, pero deberíais volver a planteároslo…

—Pues no seas un abuelo pesado… Por cierto, ¿qué tal está la abuela? —La táctica del despiste nunca me falla con él. No me quiero enfadar y por eso prefiero cambiarle de tema.

—Ya sabes, cariño, nos hacemos mayores y la abuela está bastante delicada. Lleva una temporada bien, pero no quiero que se preocupe demasiado e intento evitar hablarle de tu madre. Hay que proteger su delicado corazón. —Hace dos años que le dio un infarto y ha decaído bastante.

El dicho popular que dice que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer, tengo la seguridad de que lo dijo alguien que conocía a mi abuela, Luisa Ripoll, porque no puede haber un mejor ejemplo. Siempre a la sombra, sin hacer ruido, pero encargándose de todo. Mi abuelo recurría a ella para todo, hasta para asegurarse de que los calcetines que llevaba puestos eran la mejor opción para ese pantalón… Que mi abuelo saliera de casa seguro de sí mismo siempre ha sido cosa de ella. Para las tareas del hogar le ayudaba una chica, pero la cocina era su territorio y no dejaba que nadie entrara allí, excepto yo. Siempre estaba pegada a sus faldas y gracias a ella aprendí a cocinar, ya que mi madre puede haber sido increíble en muchos aspectos, pero la cocina desde luego no era uno de ellos… Valeria y yo, entre semana, siempre comíamos en casa de los abuelos, y a la tarde, al salir del

cole, también era la abuela la que nos daba la merienda. Encima es una gran repostera, y muchas tardes, al entrar por la puerta, el olor a bizcocho o a rosquillas te invadía y ya sabías que esa iba a ser una tarde estupenda. Qué recuerdos…, merendando los ricos postres de mi abuela mientras veíamos Barrio Sésamo. Siempre ha sido una persona muy dulce y cariñosa, todo el tiempo pendiente de Valeria y de mí, preocupándose de cómo nos iba en el cole, de que hiciéramos los deberes, de los primeros chicos… Y ahora tampoco podemos recurrir a ella como antes, ya que tenemos que intentar que lleve una vida lo más tranquila posible…

Voy a empezar a recoger; que no se me haga demasiado tarde para bajar a casa de mis padres.

El ruido de la llave en la puerta me sobresalta, ¡mierda!, yo que pensaba que hoy ya no nos encontrábamos…, no ha habido suerte.

—Hola, Luna, ¿qué tal? —Viene hasta mí y me da un beso en la mejilla. Por qué tiene que ser tan atractivo… Todo sería más fácil si ya no sintiera nada por él, pero no lo puedo evitar… Si no fuera porque estamos en galaxias diferentes…

—Bien, ¿y tú?, ¿has tenido mucho lío?

—Tenía que visitar en la clínica a los gemelos prematuros que nacieron hace cinco días. —Gracias al convenio de colaboración que tenemos con una clínica privada, nuestras pacientes dan a luz allí y ellos nos derivan sus casos de infertilidad.

—Y ¿qué tal están?

—Evolucionan según lo previsto.

—Por cierto, hoy bajo a dormir con mi madre, a ver si conseguimos que descanse algo. Estaba a punto de irme justo cuando has llegado.

—Dale un beso de mi parte. Me voy a duchar.

Y así, sin más, cerramos otro capítulo de nuestro maravilloso matrimonio y continuamos alejándonos el uno del otro…

—Buenas noches, papá, ¿cómo ha ido el día? —Me lo encuentro en el sofá tomando un café. Me acerco y le doy un beso en la frente.

—Hola, cariño. Bueno, no ha ido mal del todo. Se ha pasado casi toda la mañana durmiendo y a la tarde he conseguido convencerla para bajar un rato a la cafetería de al lado de casa a tomar un chocolate. La acabo de acostar. Hoy me ha dicho que deje de traerle flores, que nunca se va a enamorar de un hombre como yo… —Su cara esboza una media sonrisa, probablemente al recordar lo que le costó que cambiara de opinión.

—¡Sigue siendo una mujer de armas tomar, ¿eh, papá?! —Y nos reímos al unísono—. Menos mal que no le hiciste caso y seguiste insistiendo…

—Pues sí, cariño, si no el mundo se habría perdido a mis dos preciosas hijas —me dice acariciándome la cara, y puedo observar cómo la tristeza se apodera de su mirada.

—Bueno, papá, voy a acostarme yo también, que estoy muy cansada. —Le doy un beso y me dirijo a la habitación. Ahora duerme sola mi madre en ella y mi padre se ha trasladado a la mía, que es la que queda más cerca.

Está la luz apagada, pero conozco este espacio tan bien que llego hasta la cama sin ningún problema. Se oye perfectamente la respiración de mi madre, que es bastante arrítmica. Me quito las zapatillas, pongo el móvil en silencio, lo dejo en la mesilla y me meto en la cama.

Tenía pensado dormir en la butaca reclinable que hemos puesto en el cuarto para que pase la noche quien se quede con mamá, pero ahora que estoy aquí necesito acostarme a su lado, sentirla y pensar por un momento que todo está bien y que nada ha cambiado. Yo le hablaré sobre los problemas en mi matrimonio y ella me dará uno de sus sabios consejos, sellado con un beso en la frente… Te echo tanto de menos, mamá.

Me tumbo junto a ella y le acaricio el pelo. Cuando era pequeña, cada noche antes de dormirme se metía en mi cama para contarme un cuento y después nos quedábamos un rato las dos, tumbadas, mientras me acariciaba la cara y el pelo, nos contábamos secretos, me llenaba de besos y me decía cuánto me quería y que era lo más bonito que tenía… Era mi momento preferido del día, solas las dos… Hoy es ella quien recibe mis caricias…

—Luna, mi vida, ¿eres tú?

—Mamá… —Se me corta la voz y las lágrimas comienzan a resbalar por mis mejillas. Está aquí, conmigo…

—¿Qué te pasa, cariño?, no llores —me dice mientras acaricia mi rostro, retirando mis lágrimas—. ¿Te ha pasado algo en el cole?, ¿o con Valeria? Cuéntame. —Al menos me reconoce; no está mal… Por un momento pensé que íbamos a tener una conversación real, en la actualidad y no en algún lugar perdido de su memoria.

—No es nada, mamá…

—Es por un chico, ¿verdad? Pues hazte la dura. Si te quiere de verdad, sabrá esperar.

—Gracias, mamá, te haré caso. —Un chico, sí, mi marido, ni más ni menos; una vez más has acertado, mamá…

—¿Sabes qué, Koro?, mi papá dice que a tu abuelo lo fusilaron por rojo.

Ya está. La he vuelto a perder… No sé en qué momento de su pasado se encuentra, ni con quién se cree que está hablando. Me quedo callada, sin saber qué decirle.

Los primeros rayos de sol colándose por las rendijas de la persiana me despiertan. Hacía tiempo que no dormía tan a gusto; toda la noche de un tirón, y mi madre también. Se ve que nos relajamos mutuamente. Enciendo el móvil para mirar la hora; todavía son las siete y media. Le doy un beso en la frente, cojo mis cosas y salgo de la habitación sin hacer ruido.

Me encuentro con mi padre en la cocina, ya está con un café en la mano.

—Buenos días, papá, ¿te has ido a la cama o estás ahí desde anoche? —Le saco una sonrisa y me da un beso en la mejilla.

—¿Qué tal habéis dormido? Tienes cara de haber descansado.

—Sí, la verdad es que hemos conseguido dormir unas cuantas horas seguidas y eso se nota. —Me sirvo café en una taza y me siento a su lado.

—¿No quieres que te prepare nada para desayunar? —Y antes de terminar la frase ya está levantándose de su silla, dispuesto a cocinar algo para mí. Lo cojo del brazo para detenerlo.

—Papá, siéntate tranquilo, que con el café tengo más que suficiente…

—Luna, cariño, ¿en qué piensas? —Sin darme cuenta llevaba un rato agitando mi café, mirando fijamente los círculos que se dibujan en la superficie, en silencio y con la mente en otro lugar…

—¿Tú sabes quién puede ser Koro? Ayer mamá se dirigió a mí por ese nombre y no es la primera vez que lo hace.

—Vete a saber, hija…, quizá sea alguien de su pasado o simplemente un personaje de una película que vio hace años… No lo podemos saber y ella no nos lo puede explicar, así que será mejor que no le des demasiadas vueltas…

—No sé, papá, no estoy tan segura de que sea alguien que no conoce. Me dijo también algo sobre el abuelo, pero no es una frase que tenga mucho sentido en boca de él, sabiendo cómo es y cómo piensa…

—Pues no sé, Luna…, quizá esa tal Koro sea alguna amiga de su infancia y ahora le viene a la mente. No te puedo ayudar demasiado porque no conozco a sus amigas del colegio, pero lo que sí sé es que entre nuestras amistades no hay ninguna Koro. —Puedo percibir la incomodidad de mi padre al hablar de este tema. Será mejor que me vaya…

—Bueno, papá, voy a subir a casa a prepararme para ir a la clínica, gracias por el café. —Le doy un beso y se despide de mí serio, con el semblante preocupado… No sé por qué, me da que Koro no es una desconocida para mi padre.

—Buenos días, doctor Peña. Soy Luna Vila, la hija de Martina Vallirac. Le llamaba para hacerle una consulta sobre mi madre, ¿es buen momento o le llamo más tarde? —En cuanto he llegado a mi despacho he llamado al neurólogo de mi madre. No le soporto, pero según toda la familia es el mejor de la ciudad, así que me toca aguantar su prepotencia cada vez que tengo que hablar con él.

—Buenos días, Luna. Claro sin problema, para eso estamos. Tú dirás, ¿cómo está tu madre?

—Cada día que pasa, las crisis nerviosas van en aumento y nos cuesta mucho que se tranquilice. No la veo muy bien, la verdad…

—Puedes estar tranquila. Todo lo que me comentas es normal en el estado en que se encuentra tu madre. No hay nada de qué preocuparse. ¿Algo más?

—Hombre, para empezar, que mi madre, con sesenta y un años, se esté consumiendo con esta mierda de enfermedad no creo que sea para nada normal, así que no puedo estar tranquila. Igual es el momento de revisarle la medicación y…

—Luna, ¿qué especialidad hiciste? Me parece que Neurología no, ¿verdad? Bueno, pues el día que seas neuróloga quizá te permita que me digas lo que debemos hacer con tu madre; mientras tanto, te agradecería que respetaras mis decisiones.

—Mire, doctor Peña, puede que usted se considere el mejor neurólogo de toda Barcelona y que esté cansado de ver casos como el de mi madre, pero no se olvide de que para mí y para el resto de los familiares de sus pacientes las personas a las que trata no son un caso más para engordar su fantástico currículum; son sus madres, sus maridos, sus hermanos…, y nada de lo que les pasa es normal. Así que cuando aprenda a tratar con las personas y deje de creerse tan importante, entonces hablamos y quizá en ese momento se convierta en el mejor neurólogo, porque ahora mismo está usted muy lejos de serlo.

Cuelgo el teléfono con una rabia enorme y, lo que es peor, igual que antes de llamarle. Ya puedo empezar a buscar otro neurólogo, porque no sé por qué me da que el doctor Peña no va a volver a atendernos…

Voy a ver si encuentro por la clínica a mi abuelo, que ahora mismo es el único que me puede tranquilizar; con un poco de suerte estará en su despacho…

—Abuelo, ¿tienes un momento?

—Claro, cariño, siéntate, ¿qué te ha pasado?

—Acabo de tener una conversación muy constructiva con el doctor Peña. Vamos a tener que buscar otro neurólogo, así que con eso te lo digo todo…

—Luna… Pero cuántas veces te tengo que decir que hay batallas que es mejor no librar, que no consigues nada y pierdes más de lo que ganas. A tu padre no le va a hacer ninguna gracia.

—Tú tranquilo, que yo hablaré con él. Por cierto, abuelo, hablando de batallas, nunca me has contado cómo vivisteis la abuela y tú la Guerra Civil, siendo dos niños como erais.

—¿Qué? ¿A qué viene eso? —me pregunta, totalmente descolocado.

—No, sin más… Es que el otro día vi un documental sobre los niños de la guerra que habían tenido que huir a Francia y me vinisteis la abuela y tú a la cabeza.

—Los dos éramos unos niños… Yo tenía nueve años y tu abuela seis, y vivir algo así cuando eres tan pequeño te marca para el resto de tu vida. Luna, solo te diré que una guerra es algo que nunca debería pasar, y menos esa, en la que se mataron entre hermanos. Todavía a día de hoy hay gente esperando respuestas y saber qué pasó con sus familiares. Y así es difícil que se curen las heridas de un país.

Con eso me lo dice todo. Ya sabía yo que esa frase no era propia de mi abuelo, pero entonces, ¿a quién se refería mi madre?

4. Un continente de por medio

De repente, una cabeza asoma por la puerta de mi despacho.

—¡Buenos días, guapísima! ¿Se puede? —Y antes de que pueda abrir la boca para contestarle, ya está acercándose a mi mesa.

—Claro, Marc, como si estuvieras en tu casa… —La ironía me delata. No soporto a este tío… Es uno de los fisioterapeutas de la clínica y también tiene la carrera de Educación Física. Se encarga de preparar a las embarazadas para el parto a nivel físico, y en el postparto trabaja tanto con las madres como con los bebés. Tan pronto le ves dando una clase de aquagym para embarazadas como llevando un grupo de gimnasia hipopresiva o enseñando a un grupo de madres y padres a hacer masajes a sus bebés. Es un todoterreno. Pero es el típico guapo obvio, de los que todo el mundo piensa que es guapo y él mismo lo tiene muy asumido. Y si a su sobrada autoestima le sumas un cuerpo musculado de gimnasio, sale un cóctel explosivo llamado Marc.

—Luna, cariño mío, cada día que pasa estás más guapa, ¿qué tal te va la vida? —Como si le importara lo más mínimo…—. ¿Cuándo vas a aceptar mi invitación para cenar conmigo? Ya sabes que soy un hombre muy paciente y sabré esperar…

Puede tener a la mujer que quiera y por alguna extraña razón lleva tiempo encaprichado conmigo. Es como un niño que quiere lo que no puede tener…

—Marc, por favor, no empieces con lo mismo de siempre. Ya sabes que no puede ser.

—¿Seguro que no puede ser?… —Su sonrisa maliciosa me provoca un escalofrío por todo el cuerpo y viene a mi mente la imagen de un ave carroñera esperando impaciente a que el león termine con su presa para abalanzarse sobre los restos.

—Será mejor que te vayas, que tengo mucho trabajo. —Me levanto y me coloco junto a la puerta, invitándole a salir.

—Luna, cielo, no te enfades conmigo, solo quiero que seas feliz, y yo podría hacerte tan feliz… Piénsatelo. —Me guiña un ojo y se va con una sonrisa dibujada en su cara, como si se sintiera más cerca de lograr su objetivo.

Me quedo pensativa, dándole vueltas a la conversación con Marc; ¿tan obvio es que Pep y yo no estamos bien? Vale, ya sé que antes nuestra complicidad era total, de esas que dan rabia incluso, y a pesar de que en la clínica hemos intentado mantener las formas, para evitar comentarios, está visto que el deterioro de mi matrimonio es evidente a los ojos de quien nos rodea…

Y ahora empieza a sonarme el WhatsApp, pero ¿qué pasa hoy?, ¿no me van a dejar en paz o qué? Pues tengo acumulados un montón de informes, así que mucho me temo que hoy la comida se quedará reducida a un triste sándwich de máquina en mi despacho. Echo un vistazo rápido al móvil a ver quién es: mi hermana, que quiere saber si me apetece cenar mañana en su casa. Pues me va a venir muy bien un plan tranquilo de viernes por la noche, la verdad; luego le contesto. Solo espero que estemos las dos solas, porque sabe

perfectamente que yo iré sin Pep, así que supongo que le dará la noche libre a su noviete del mes de mayo y a su compañera de piso.

Valeria está viviendo en la zona del Borne, donde también trabaja, en una tienda de ropa y decoración de artículos de segunda mano. Todo muy vintage, como a ella le gusta… Terminó los estudios por obligación y nunca ha querido ejercer. Cuando terminó la carrera de Pedagogía se fue unos años a vivir a Londres porque decía que necesitaba alejarse del influjo protector de la familia y conocer mundo. Fue allí donde descubrió la cultura del reciclaje, segunda mano…, y con todo lo que aprendió volvió a Barcelona y montó junto con una amiga una tienda en la que venden ropa y objetos de decoración de segunda mano, restauran muebles y cuentan también con un espacio para jóvenes creadores y artesanos. Dice que es feliz con la vida que tiene y que le encanta su trabajo, y yo me alegro tanto por ella… Se define a sí misma como la incomprendida de la familia, pero es que tiene una forma de ser que no te permite tampoco llegar a ella fácilmente. Somos como la noche y el día en todo: físicamente yo soy alta, morena y con el pelo rizado, y ella sin embargo es más baja, rubia y con el pelo liso. Y respecto al carácter, yo soy muy familiar e insegura, y ella siempre ha sido más independiente y segura de sí misma… Con los años hemos aprendido a valorarnos y a querernos tal y como somos, con nuestros defectos y nuestras virtudes, intentando dejar atrás la rivalidad que existía de niñas y que nos provocaba discusiones constantes. Ahora intentamos vernos todas las semanas, aunque no siempre conseguimos cumplirlo.

En cuanto a hombres se refiere, tampoco tenemos nada que ver… Siempre me dice que no entiende cómo puedo llevar tantos años con el mismo y le parece totalmente normal que estemos teniendo esta crisis. Para ella, la solución es sencilla:

—Luna, tienes que salir más, conocer otros hombres…, porque te quedaste con el primero que apareció, y eso no es bueno. Tienes que probar con otros.

Y teniendo en cuenta la larga lista de conquistas que atesora, es un consejo de toda una experta en el arte de ligar. Dice que no hay hombre en la Tierra capaz de aguantarla, pero yo he llegado a la conclusión de que es ella misma a la que al ver que la cosa se pone seria le entran todos los males y lo manda de vuelta por donde ha venido. Imagino que será la consecuencia de no haber encontrado a la persona que la llene totalmente y le quite de la cabeza todas esas teorías tontas sobre el amor que ella tiene, que la hacen creer que no está diseñada para tener una pareja seria. O quien sabe, quizá así es feliz…

Por hoy ya he cumplido en la clínica. Me voy para casa, a ver si consigo acostarme a una hora prudente. Con un poco de suerte, Pep todavía no habrá llegado y tendré un poco de tiempo para mí.

Abro la puerta de casa y como si de un autómata se tratara me quito el bolso y lo cuelgo en el perchero de la entrada, dejo las llaves en el cuenco que tenemos encima de la consola y me voy hacia mi cuarto para ponerme el pijama. Pero al pasar por el comedor, un papel sobre la mesa me frena en seco. Ahí está, esperándome, un folleto de la ONG con la que Pep trabajó hace diez años colocado estratégicamente. Ya está, parece que ha llegado el momento de hablar y de afrontar esta situación, y el primero que ha dado el paso ha sido él, no podía ser de otra forma. Se va… Necesitamos espacio, pero no miles de kilómetros, qué voy a hacer yo ahora… ¿Tiene que ser algo tan drástico…?

Oigo la llave en la puerta; ya viene. No puede ser…, todavía estoy asimilándolo, no me ha dado tiempo de imaginar cómo va a ser la conversación, de preparar posibles respuestas ni pensar en todo un alegato que le haga cambiar de opinión y quedarse.

—Hola, Luna. Ya veo que lo has visto… —Muy observador, teniendo en cuenta que me ha pillado con el folleto en la mano.

—Pep, no… —No me salen las palabras y no quiero llorar, tengo que ser fuerte, no quiero despertar en él un sentimiento de pena. Sabíamos que tarde o temprano algo iba a pasar, pero yo por mí lo habría dejado estar; si tampoco estamos tan mal, ¿no?

—Luna, por favor, no hagamos las cosas más difíciles de lo que ya son. Necesitamos estar un tiempo separados para ver si queda algo por lo que luchar todavía…

—Pero entonces no es definitivo, ¿no? ¿Todavía me quieres?, porque yo a ti sí, te quiero…

—Yo también te quiero; te he querido mucho, Luna, como nunca podrás imaginar, y todavía te quiero. Has sido la persona más importante de mi vida y no sé si me podría acostumbrar a estar sin ti, pero ahora mismo no es suficiente. Hemos empleado tantas energías en intentar ser padres que como pareja nos hemos difuminado por el camino… No sé si es definitivo o no, pero sí que creo que tenemos que distanciarnos para descubrirlo.

—¿Y con irte a otro piso no era suficiente? ¿Es necesario que te vayas a otro continente?

—Sí, lo necesito. Necesito encontrarme a mí mismo, y nada mejor que esto para recuperar a la persona que era.

—Claro, es que se me olvidaba que renunciaste a tus sueños por mi culpa ¿no? —No me gusta nada hacia dónde está derivando esta conversación y mi cabreo va en aumento.

—Luna, yo no he dicho eso. En ese momento decidí establecerme aquí contigo, porque era lo que deseaba, tú no me obligaste a nada…

—Bueno, será mejor que lo dejemos. ¿Cuándo te vas?

—El lunes por la noche.

—¿Qué? ¡El lunes! ¡Pero eso es dentro de cuatro días! ¿Y la clínica?

—Ya lo he dejado todo arreglado, además de momento solo va a ser un año.

—De momento, tú lo has dicho. Nada te ata aquí, así que será el primero de muchos. Espero que te encuentres y que te vaya bien. —Me voy para el cuarto a toda velocidad

—Luna… No te vayas así, ven y… —Doy un portazo al entrar al dormitorio, dando por finalizada nuestra conversación.

Me siento en la cama y empiezo a llorar desconsoladamente. Cómo hemos llegado a esto… Ahora mismo no sé si estoy enfadada o muy triste. No sé si me da más rabia que Pep tenga la sensación de que no es quien él quería ser o que haya estado preparando todo a mis espaldas sin contarme nada hasta el último momento… Nuestra situación no es buena, eso es así, pero a mí me consolaba saber que estaba ahí. Lo he perdido para siempre y no hay nada que pueda decir o hacer que le haga quedarse…

Oigo la puerta de la calle; se ha ido. Mejor así, porque ahora mismo necesito estar sola y él lo sabe. Me miro en el espejo del cuarto y mi imagen consigue deprimirme más. Yo tampoco soy la mujer de casi cuarenta años que mi imaginación presuponía que sería cuando tenía veinte, pero no puedo culpar a nadie más que a mí misma. Desde luego que

me imaginaba de otra forma a estas alturas de la película, pero así son las cosas, y la vida y tus propias decisiones van esculpiendo esa imagen idealizada de tu mente hasta convertirla en la realidad que refleja el espejo. No he conseguido ser madre y dependo emocionalmente de una persona que no quiere estar conmigo. Llevamos tantos años juntos que ya ni me acuerdo de cómo es estar sola… Quiero pensar que se abre ante mí la oportunidad de reencontrarme y rediseñar esa imagen de mí misma olvidada dentro del cajón de la mesilla de noche, acumulando polvo…

El despertador me obliga a abrir los ojos, muy a mi pesar. He dormido casi once horas, pero no me siento mejor. Me quedé dormida encima de la cama, con la ropa puesta y llorando sin poder parar. Durante toda la noche, las pesadillas se han ido sucediendo una tras otra: campos de refugiados africanos, Pep rodeado de niños con los vientres abultados, yo embarazada…, y cuando por fin estaba consiguiendo descansar algo, me suena la dichosa alarma.

Arrastro mi cuerpo hasta el baño, me meto en la ducha y permanezco inmóvil, dejando que el agua resbale por mi cara. La noto deslizándose por mi piel y veo cómo desaparece por el desagüe, pero no es capaz de llevarse el dolor que siento. Salgo de la ducha y me visto, empiezo a deambular por la casa, me preparo un café y, al mirar hacia el despacho, una maleta preparada por Pep me recuerda que no ha sido un mal sueño… Por un momento me visualizo sacando todo lo que ha metido en ella y escondiéndolo por la casa, pero la imagen me resulta tan infantil y patética que la desecho al momento. Una vez más, gana mi lado racional; además, dudo mucho que consiguiera retenerlo junto a mí solo por ese motivo.

En el mismo momento en que traspaso la puerta de la clínica me doy cuenta de que ya todo el mundo lo sabe. Marta y Rebeca me saludan sin querer mirarme y mucho más serias que de costumbre. Me da la sensación de que todos a mi alrededor cuchichean a mi paso… ¡Qué bien!, ¡qué suerte tengo!, justo lo que necesitaba ahora mismo, notar que el mundo se compadece de mí y habla a mis espaldas. Llego a mi despacho lo más rápido que soy capaz y me hundo en mi silla, esperando convertirme en una versión microscópica de mí misma y que nadie pueda verme. Mi único consuelo ahora mismo es que tengo la mañana tan ocupada que con un poco de suerte no voy a tener tiempo de pensar demasiado en Pep…

—Luna, ¿se puede? —Mi abuelo asoma por la puerta.

—Claro, abuelo, pasa.

—¿Cómo estás? —me pregunta con cara de preocupación.

No creo que soporte que le diga que estoy hecha polvo, que me siento como si me hubieran pisoteado todo el cuerpo y que me gustaría irme a dormir y despertarme dentro de mucho tiempo, cuando no note el dolor que tengo ahora mismo en el pecho, que me impide hasta respirar.

—Bueno, abuelo, pues fastidiada, pero tranquilo, que saldré de esta. Y tú, ¿desde cuándo lo sabes?

—Me lo dijo ayer, poco antes de irse a casa. Tú ya te habías ido. Supongo que no se quiso arriesgar a contármelo con más antelación por si se me ocurría decirte algo. Lógicamente, te lo quería decir él. Cariño, si necesitas cogerte unos días para ti, ya sabes

que no hay ningún problema…

—En principio no, abuelo, pero muchas gracias de todas formas.

5. Una noche para olvidar

He aprovechado que a la tarde no tenía ningún paciente para escaparme prontito. Me apetece prepararme a conciencia para ir a cenar con Valeria. Necesito sentirme guapa, mirarme al espejo y que me guste la chica que aparece en él. Sé que Pep no me va a interrumpir porque desde ayer no está en casa, prefiere evitarme, él ya ha dicho todo lo que tenía que decir y creerá que yo necesito estar sola, así que me imagino que estará en casa de algún amigo.

Voy a empezar por un baño relajante. Enciendo unas velas y echo un chorro generoso del gel que tengo para estas ocasiones. El olor a fresas lo envuelve todo en pocos segundos. Me meto dentro y el agua caliente relaja todos mis músculos al instante. Apoyo la cabeza y disfruto de este momento; pequeños placeres de la vida que nos permitimos muy de vez en cuando… Repaso mi depilación. Empiezo a enjabonar mi cuerpo, mi piel está muy suave y enseguida empiezo a notar el calor. Mi cuerpo va reaccionando a mis propias caricias como si llevara un tiempo dormido. Mis pezones responden endureciéndose y mis manos se deleitan un rato con ellos. Me gustan mis pechos, de un tamaño justo, y a pesar de que rozo los cuarenta, la gravedad todavía no se ha cebado con ellos. Voy notando unos cosquilleos en mi entrepierna y mis dedos empiezan a centrarse en esa zona. De repente me atrapa un orgasmo maravilloso y al momento me siento más ligera. Parte de la carga que llevaba dentro desde ayer se acaba de ir con la última sacudida de mi cuerpo. Puf, voy a tener que hacer esto mucho más a menudo, y también desempolvaré la caja de juguetitos que tenemos Pep y yo de cuando nuestra vida sexual no era un recuerdo…

Salgo de la bañera y lo que veo en el espejo ya empieza a ser una versión mejorada de mí misma: la cara relajada, color en las mejillas… Me siento más sexi que hace media hora…, vamos por buen camino. Me seco y comienzo a extender por todo el cuerpo la crema que combina con el perfume que hoy voy a usar. Me pongo un conjunto de lencería de los reservados para las ocasiones especiales, que casualmente me regaló Pep en alguna de las fechas señaladas por el calendario para hacer regalos a tu pareja. Ya puedo centrarme en mi pelo. Un poco de espuma, secador y el resultado es espectacular, mi melena rizada luce estupenda. Hoy hasta me voy a maquillar tranquilamente, porque lo que me suelo poner en mí día a día es muy de batalla: lápiz de ojos, rímel y un poco de brillo de labios. Hoy no, hoy cumpliremos con todo el ritual de puesta a punto. Salgo del baño y voy al armario, tengo pensado desde hace rato el conjunto que voy a llevar, así que no tardo mucho en vestirme. Me pongo un vestido negro corto, pero no demasiado, justo por encima de la rodilla, bastante ceñido y con un escote en pico que, sumado al tipo de sujetador que he elegido, consigue realzar mi pecho de una manera muy sugerente. Hasta me voy a poner tacones. Elijo unas sandalias plateadas que me encantan, con unos siete centímetros de tacón, ya que mucho más altos están totalmente contraindicados para mi torpeza patológica… Me cojo una chaqueta para luego, porque ahora desde luego la temperatura es

estupenda; va a ser la típica noche de viernes que apetece tomar algo después de cenar en alguna de las terrazas que abundan por toda la ciudad… A ver si se anima Valeria a salir.

Ya estoy cogiendo el bolso cuando oigo la puerta.

—Luna… Pensaba que no estarías en casa.

—Tranquilo, que ya me iba. —Intento poner cara de indiferencia.

—Vaya, estás muy guapa…

—Gracias, Pep, voy a cenar con Valeria. —Me pongo bien tiesa para que pueda apreciarme mejor, y mi lado más perverso se alegra de que nos hayamos cruzado.

—Yo he venido a por unas cosas y me voy enseguida. Estoy en un hotel, porque no quería molestar a ningún amigo.

—Puedes estar el tiempo que quieras, esta también es tu casa… Ah, por cierto, ayer ni me di cuenta de preguntarte, ¿a dónde vas esta vez? —le digo mientras sigo metiendo las cosas en mi bolso, intentando aparentar indiferencia.

—Vuelvo a Etiopía, pero esta vez a otra zona, cerca de la frontera con Somalia.

—Ah, bien. Bueno, Pep, ya lo siento, pero me tengo que ir. Ya nos veremos antes de que te vayas ¿no?

—Claro, Luna, llámame cuando quieras y quedamos.

Salgo de casa, cierro la puerta y me quedo apoyada en ella. Pero ¿a qué ha venido eso, Luna?, ¿a quién quieres engañar?, ¿qué sentido tienen ese pasotismo y esa falsa fortaleza? Puede que por fuera me haya puesto monísima, pero por dentro sigo echa una mierda. Ahora mismo lo único que quiero es volver a entrar en casa, abrazarme fuerte a él y gritarle con todas mis fuerzas que no se puede ir, que si lo hace nuestro matrimonio terminará de morir y que si queda alguna esperanza para lo nuestro, poner tantos kilómetros de por medio no es la mejor idea. Pero claro, tengo que ser sensata y madura y respetar su decisión…

Me pongo a andar y llego hasta el ascensor. Se me han quitado las ganas de ir a cenar, pero no lo voy a anular con tan poco margen de tiempo, además seguro que Valeria consigue que me lo quite de la cabeza por lo menos durante un rato. Cuando vuelva a casa ya tendré tiempo de recrearme en mi pena. Al salir a la calle mi ánimo está por los suelos y tengo la sensación de que ya son las doce de la noche y me he vuelto a convertir en la versión harapienta de Cenicienta. Había pensado en ir dando un paseo y lucir modelito por el camino, pero al final me cojo un taxi, porque no me apetece que nadie me vea arrastrando mis penas por la ciudad.

Toco el timbre y enseguida me abren, subo y me encuentro la puerta abierta.

—¡Hola, hermanita! Vaya, vaya, pero qué guapísima estás… Aunque ahora mismo me cuentas por qué tienes esa cara de funeral. Laura y Dani ya se van. Bueno, a Laura ya la conoces de sobra, y este es Dani, mi chico.

—Encantada, Dani. —La verdad, es que tengo que reconocer que tiene muy buen gusto con los hombres: alto, pelo castaño, ojos claros y guapo. A ver si este le dura un poco más —. ¿A dónde vais a ir? —les pregunto mientras se preparan para salir.

—Vamos a cenar algo y luego a tomar unas cañas. Cuando terminéis de cenar os podíais pasar un rato, ¿no? —nos dice Laura con su característica sonrisa. Nunca he visto una chica tan risueña como ella.

—Bueno, no os prometemos nada, que igual estamos muy a gusto y se nos hace muy tarde. —Y antes de que salgan por la puerta, Val le da un beso a Dani con tanta pasión que me hace pensar en el tiempo que hace que no doy ni recibo un beso como ese…

—Pero bueno, hermanita, ¿de dónde has sacado a este hombretón?

—Pues ese hombretón, como tú dices, ha salido directamente de Berlín para venir a perderse aquí entre mis sábanas… —Y pone una sonrisa pícara—. Nos conocimos en la tienda. Ha venido con una beca de investigación. Es ingeniero medioambiental y está trabajando en no sé qué proyecto… Me lo ha dicho varias veces, pero no sabría explicarte de qué se trata.

—Me gusta, hermanita… —y le paso el brazo por los hombros imitando al Padrino.

—Y tú qué, no intentes despistarme, ¿por qué traías esa cara?

—Se va, Pep se va… —Ya he vuelto a abrir la caja de mis pesadillas.

—Era cuestión de tiempo. ¿Todavía no te habías mentalizado de que esto iba a pasar o qué?

—¡Se va otra vez a Etiopía, no a otro piso de esta ciudad!

—Vaya, Luna, lo siento… Pero piensa que va a ser beneficioso para ti también. Ya no teníais vida de pareja y todavía sois jóvenes, quién sabe, igual te está esperando una persona maravillosa con la que consigues cumplir todos tus planes.

—Yo ya había encontrado a esa persona…

—A ver, Luna, pues a la vista está que él no piensa lo mismo —me dice mientras coge mi bolso y la chaqueta y los cuelga en el perchero.

—Dice que tiene que ir para encontrarse y que se lo debe a sí mismo.

—Vamos, hombre, no me fastidies. Se larga y punto. Es lo más cómodo, salir corriendo y poner excusas profundas.

—No seas tan dura con él, todavía nos queremos, pero necesita distanciarse. —Me sorprendo a mí misma excusándolo, ya que no me gusta nada que terceras personas lo ataquen…

—Sabes qué te digo, que se vaya, que vas a estar mucho mejor sin él, y vamos a cenar, que no llevo la tarde entera cocinando para que nos lo comamos todo frío. —Me arrastra hasta el comedor, donde ya está la mesa preparada.

—Luna, ¿cómo está mamá? —me pregunta, mientras me sirve la ensalada templada que ha preparado de primero.

—Pues no está muy bien, Val. Últimamente dice cosas y nombra a personas que nadie sabe a quién se refiere. ¿A ti te suena haberle oído hablar de una tal Koro?

—No, no me suena nada ese nombre.

—Por cierto, que esta ensalada está buenísima, eh. Pues a lo que íbamos, varias veces se ha referido a mí llamándome Koro y no sabemos quién es… De todas formas, Val, ¿hace cuánto que no te pasas a ver a mamá?

—No tengo tiempo. Quiero ir, pero es que estoy muy liada… —Se levanta y va hacia la cocina para coger el segundo plato, intentando zanjar la conversación, pero la sigo para que eso no pase.

—No me cuentes películas, que no estamos tan lejos. ¿Qué pasa?, dime la verdad, ¿por qué no vas?

—Luna, yo no soy tan fuerte como tú. No puedo soportar verla así… —Su cara se vuelve triste de repente en un gesto que me resulta poco creíble y algo forzado.

—¿Fuerte yo? Qué te crees, ¿que a mí me gusta ir y que no me reconozca y ver cómo se va deteriorando poco a poco? Pues no, no me gusta nada, pero hay que ir, le tenemos que ayudar a papá, él no puede solo, también necesita apoyo, que ya sabes lo unido que estaba a mamá. Así que no seas egoísta y por una vez haz algo por los demás sin pensar solo en ti. —Sé que estoy siendo dura con ella, pero necesito que reaccione y deje de esconderse—. ¿O es que acaso crees que si no vas el problema va a dejar de existir y en tu mundo de fantasía todo va a seguir como estaba antes?

—Pero, de todas formas, ¿qué más da que yo vaya o no? ¿Ahora yo también cuento?… Mira, da igual, será mejor que lo dejemos estar.

—No, no, ¿por qué has dicho eso?

—Sabes perfectamente por qué. Tú siempre has sido su ojito derecho, así que no creo que me eche en falta…

—Valeria, no digas tonterías, por favor, las dos somos sus hijas y nos ha querido con locura a las dos. —No quiero enfadarme, pero me fastidia que siempre esté con lo mismo.

—Mira, Luna, sabes tan bien como yo que vosotras teníais un vínculo especial. Yo tenía que luchar por conseguir su tiempo y su cariño. Claro que yo era una piña con papá, porque los dos éramos meros observadores de vuestra relación y esperábamos las migajas. Mira, nunca te he dicho esto, pero ha sido muy difícil crecer siendo tu hermana pequeña; tu sombra abarcaba demasiado… Da igual lo que yo hiciera, porque unos años antes lo habías hecho tú muchísimo mejor. Hasta que me cansé, dejé de esforzarme y empecé a llamar la atención de otras maneras. Por eso he estado muchos años enfadada contigo, porque tenía mucha rabia acumulada hacia ti.

—Valeria, estoy harta ya de la misma historia. Toda la vida igual, con tu papel de pobre hermana pequeña que está frustrada y se rebela contra todo. Tú tenías que haberte encargado de ser tú misma, porque todo lo que hacías te lo valoraban muchísimo papá y mamá, y siempre estaban dándote ánimos; sabían que te infravalorabas… Pero tú te hiciste tu guion y estabas muy ocupada en seguirlo a rajatabla: soy la incomprendida, la diferente, la rebelde… Da igual lo que hiciéramos los demás para hacerte sentir mejor, que tú seguías en tu papel sin tener en cuenta nada más. ¡Ahora me dirás que también es culpa mía que siempre hayas pasado de la familia y todos los líos en los que te has metido en la adolescencia!

—¡Pues claro! Canalizaba mi rabia hacia vosotras con mis actos. Estaba intentando llamar la atención a gritos.

—Y por lo que veo sigues teniendo parte de rabia dentro todavía. Empieza a madurar ya, Valeria. Solo tú eres la responsable de tus actos, así que no te escudes en terceras personas. Y que te quede claro que mi objetivo en la vida nunca ha sido fastidiarte. Siempre he intentado hacer las cosas lo mejor posible, pero por mí, no por competir contigo…

—Claro, doña Perfecta siempre buscando agradar a los demás. También tenías que estudiar Medicina y trabajar con el abuelo… ¡Era imposible estar a tu altura!

—¡Ya vale, Valeria! ¡Te estás pasando! —Esto ya ha llegado a un punto en el que no tiene ningún sentido seguir con la cena—. Mira, será mejor que me vaya, porque se me ha

quitado el hambre.

—Perdona, Luna… —Ella misma se da cuenta que se ha pasado de la raya—. Ya sabes cómo soy, que a veces hablo sin pensar… No te vayas, anda… —me dice mientras se me pone delante con cara de pena cómica, buscando sacarme una sonrisa. Pero no estoy de humor.

—Tranquila, Valeria, prefiero irme, porque ya venía con pocas ganas y no te quiero estropear la noche del viernes. —Le doy un beso para intentar suavizar las cosas y me voy antes de que pueda decirme nada más.

Salgo a la calle y respiro profundamente. Noto cómo mis pulmones se llenan de aire fresco y un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Me siento fatal, no sé muy bien a que ha venido todo eso, pero está claro que la relación entre Valeria y yo todavía tiene muchas aristas sin pulir. Ahora mismo tengo un nudo en el estómago. Camino un par de calles hasta una pequeña plaza que hay cerca de casa de Val y me siento en un banco. Todas las emociones contenidas desde esta tarde empiezan a aflorar; comienzo a llorar como una tonta sin poder parar y todavía me siento peor…, con lo poco que me gusta mostrar mis sentimientos y además aquí, en mitad de la calle, vulnerable y expuesta a las miradas indiscretas… Pasa una pareja de mediana edad y me doy cuenta de que se me quedan mirando y comentan algo.

—Perdona, ¿te encuentras bien?, ¿te podemos ayudar? —me preguntan acercándose a mí.

¡Sí, me encuentro de maravilla! Mi marido me deja, mi hermana me odia y mi madre se está convirtiendo en una extraña con las capacidades de un bebé. Pero claro, tampoco me voy a molestar en darles tantos detalles, así que me lo ahorro.

—Sí… sí… Gracias… —es lo que acabo diciendo entre sollozos—, solo ha sido un mal día…

—Si lloras por un hombre, él se pierde a una mujer así… —me dice la mujer, poniéndome una sonrisa tierna y llena de cariño—. No te queremos molestar, pero de verdad que si te podemos ayudar en algo, dínoslo.

—Gracias, pero ya me habéis ayudado más de lo que creéis. —Contengo las lágrimas y les devuelvo la sonrisa cariñosa.

Siguen su camino y me quedo pensando que esta pareja me acaba de reconciliar un poco con esta ciudad. Me encanta Barcelona, pero en algunos aspectos tengo con ella una relación de amor-odio, por lo poco humana que puede ser, tan grande y con tanta gente de paso, en la que cada uno va a lo suyo… Supongo que como todas las grandes ciudades, pero claro, a cada uno le afecta la suya. Y ahora mismo me acaba de dar una lección por medio de esta pareja. Todavía queda gente que se preocupa por los que tiene alrededor, y encima con unas pocas palabras me han hecho sentir mejor. La verdad es que imaginándome desde fuera me viene una visión de mí misma un poco penosa.

¡Ya vale, Luna, deja de llorar y espabila! Que la vida pasa muy rápido y lo que ahora te parece un mundo dentro de un tiempo no tendrá tanta importancia. Saco el espejo que llevo en el neceser de supervivencia junto con las pinturas de guerra y me retoco el maquillaje. Cojo el móvil y mando un whatsapp. Ni yo misma me creo lo que estoy haciendo, pero ha llegado el momento de ser un poco irracional. Siempre he hecho lo correcto y lo que todo el mundo esperaba de mí, y tampoco es que me haya ido demasiado

bien; si no, no estaría en este banco ahora mismo debatiendo conmigo misma… Es la hora de hacer lo que el cuerpo me pide y en este momento me está pidiendo sentirme querida y deseada; vamos, en definitiva, que me pide guerra.

«Marc, soy Luna, ¿qué tal? Estoy cerca de tu casa, ¿qué te parece si tomamos algo?».

Pues sí, Marc, al que tantas veces he criticado su actitud hacia mí… Pero ahora mismo es el recurso fácil; necesito sus palabras y sus miradas. No sé qué va a pasar, pero ya está en marcha. Me he acordado de que vive muy cerca de Valeria, aunque a saber dónde está ahora mismo… Suena el WhatsApp, es él… Me estoy poniendo muy nerviosa, qué he hecho, madre mía…

«¡Luna, qué sorpresa! Estoy en casa, ¿te apetece venir y tomamos algo aquí? Tengo muchas ganas de verte…».

Después de enviarme otro mensaje con la dirección exacta me levanto y voy para allí. Está a solo dos calles de la plaza en la que me encuentro, así que llego en seguida. Estoy delante del portal y me tiemblan las piernas. La sensación que tengo de estar haciendo algo malo me empuja a mirar hacia los lados para cerciorarme de que nadie es testigo de lo que voy a hacer… Entro y subo hasta su piso, y sin darme tiempo ni a tocar el timbre me abre la puerta.

—Hola, Luna, estás preciosa. Pasa, no te quedes ahí. —Su cara tiene una sonrisa triunfal que en cualquier otro momento habría repulsado, pero ahora mismo la voy a pasar por alto por mi propio interés.

Estoy en el umbral de la puerta esperando a que alguien tire de mí hacia fuera y me grite que estoy loca, pero no sucede eso y la mano que me tiende Marc me resulta mucho más tentadora.

—Llevaba tanto tiempo esperando este momento… —Al entrar a su casa se coloca justo detrás de mí y me da un beso en un hombro. No me lo esperaba y pego un respingo.

—Marc…

—Relájate, Luna, tenemos toda la noche para nosotros. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, por favor, algo fuerte, lo que quieras… —acierto a decir mientras me siento en el sofá.

Lo observo mientras va al minibar que tiene en una zona de la sala. Está muy guapo: aunque no sea mi tipo de hombre para una relación, tengo que reconocer que a nadie le amarga un dulce. Lleva puestos unos vaqueros que le marcan bien el trasero y una camiseta negra que, aunque no es muy pegada, deja entrever el tipo de torso y brazos de gimnasio que se esconden debajo.

—No te puedes imaginar cómo me alegro de que por fin te hayas animado a llamarme, ya ves con qué poco me haces feliz… —Me mira poniendo una carita que hasta le hace parecer buen chico y todo—. No sé qué habrá pasado entre Pep y tú, pero prefiero que no me lo cuentes, solo me importa que ahora mismo estás aquí conmigo.

Se sienta a mi lado y me tiende un vaso.

—Toma, te he puesto vodka con hielo.

—Gracias. —Me lo tomo de un trago.

—¡Vaya, Luna! Pues sí que tenías sed… —Me coge el vaso y lo pone en la mesita que tenemos delante.

Se acerca más a mí y me acaricia la mejilla. Cierro los ojos y me recorre todo el cuerpo un escalofrío.

—No eres consciente de lo guapa que eres, Luna, y además eres sencilla, como me gustan a mí las mujeres.

—Marc, tú que me miras con buenos ojos…

Se inclina y me besa, poniendo sus labios juntos sobre los míos; un beso con el que me está pidiendo permiso, tanteando mi reacción. Se separa y me mira a los ojos. Ahora soy yo la que da el siguiente paso: me lanzo hacia él, le cojo la cara con mis manos y le beso apasionadamente. Él me responde y nuestras lenguas se encuentran. Todo mi cuerpo empieza a notar la electricidad de los besos y siento sus manos, que empiezan a investigar por encima de la ropa. Me baja las tiras del vestido dejando al descubierto el sujetador, yo no me quedo atrás y le quito la camiseta mientras nuestras bocas siguen enganchadas. Empieza a tocarme los pechos, primero por encima de la tela, pero en seguida se lanza a por el cierre del sujetador y muy hábilmente lo abre, me lo saca y lo lanza al suelo. Ahora ya tiene mis pechos en sus manos y empieza a besármelos. Me siento encima de él a horcajadas y puedo notar su miembro dentro del pantalón, pidiendo a gritos que lo libere. Seguimos besándonos como locos, alternando la boca, el cuello, el pecho… Menos mal que he tenido mi sesión de onanismo esta tarde, si no a estas alturas ya no habría podido resistirlo más. Me coge en volandas, me tumba en el sofá y me sube el vestido, que queda enrollado alrededor de mi cintura, dejando al descubierto mi braguita. Abro la cremallera del pantalón y él mismo se lo quita.

—Llevas unas braguitas preciosas, aunque ya lo siento, porque te las voy a tener que quitar… —me dice, y me da un mordisco suave en el labio.

Entonces me vienen a la cabeza esas braguitas y sin poder evitarlo recuerdo el momento en que Pep me regaló este conjunto. Pep… Pero qué estoy haciendo… No se lo merece…

—No puedo, no puedo. —Aparto a Marc de encima mientras me incorporo.

—¿Qué te pasa, Luna? —me dice mientras intenta volver a besarme.

—Para, Marc, me tengo que ir, no puedo hacerlo.

Empiezo a vestirme apresuradamente mientras Marc me mira alucinando.

—Pero ¡cómo que te vas, Luna, por favor!

Cojo los zapatos en la mano y salgo corriendo.

—¡Lo siento, Marc! —le grito mientras salgo por la puerta. Me giro para mirarle y veo que la cara de asombro que tenía en un principio le ha ido cambiando a una de cabreo monumental, y todavía desde la escalera puedo oír sus protestas.

Bajo las escaleras corriendo y salgo a la calle, me pongo los zapatos y sigo andando mientras me termino de colocar el vestido, pero… ¡no! ¡Con las prisas me he dejado el sujetador, mierda! Estupendo, ya era lo único que me faltaba…

Cómo he podido hacerle esto a Pep, todavía no se ha ido y ya me estoy liando con otros, cómo le voy a mirar a la cara… Y encontrarme con Marc en la clínica va a ser tan violento… Desde luego que este sería un buen momento para pedir un traslado a algún hospital de Groenlandia y desaparecer.

«Marc, perdóname, no quiero hacerte daño, pero es que no podía, lo siento. Espero que no te enfades conmigo… Con las prisas me he dejado el sujetador, ¿te importaría

llevármelo el lunes al trabajo? Sé discreto, por favor».

Le mando un whatsapp antes de que pase más tiempo y no me vea capaz, aunque dudo mucho que me conteste.

«Luna, no juegues conmigo o te arrepentirás. Te has confundido de persona».

¿Me está amenazando? ¡Genial, otro frente más abierto! Por qué será que no me sorprende viniendo de él.

No he podido terminar el día de mejor manera; todo por ser irracional… Definitivamente, prefiero estar dominada por mi mente antes que por los impulsos de mi corazón. Para una vez que no soy fiel a mi forma de ser, no sé por qué me da que voy a pagar un precio muy alto…

Cojo un taxi y me voy para casa. Ahora mismo solo quiero meterme en la cama y que este día de mierda termine ya…

6. Redescubriéndonos

No sé qué hora es, pero por lo descansada que me siento seguro que ya son más de las doce. Está la persiana medio bajada y entra mucha luz. Me quedo en la cama tumbada, pensando, dándole vueltas a todo lo que me pasó ayer. No puedo contarle a Pep lo de anoche, porque entonces sí que sería el fin. Encima con Marc, que no lo traga y siempre le ha dado mucha rabia la forma que tiene de dirigirse a mí. Con la de veces que le he tranquilizado diciendo que no me resulta nada atractivo, que no es mi tipo de hombre… En cuanto a Marc, solo espero que para el lunes ya se le haya pasado el cabreo y que el mensaje fuera fruto del enfado del momento.

El tema de Val también me preocupa. Dejaré que se enfríen un poco las cosas y dentro de unos días la llamaré, a ver si todo está más tranquilo. Probablemente siempre tengamos eso ahí; aunque nuestra relación sea cordial, cualquier chispa encenderá la llama y sacará a relucir ese tema, como pasó ayer.

A ver si mañana puedo estar un rato con Pep. No sé ni cómo voy a poder mirarlo a la cara con lo que ha pasado…, pero necesito verle antes de que se vaya. No quiero que se quede con mi actitud de indiferencia de ayer. Supongo que él ya sabe que es un escudo protector y que nada respecto a él me resulta indiferente. Y una vez más vuelve Marc a mi cabeza… Pero ¡cómo he podido…! Me doy con la palma de la mano en la frente, pero no consigo ni acercarme a lo que me haría yo misma como castigo por este error.

Miro el reloj y solo son las once y media. Pensaba que sería más tarde, así que me tomaré un café en la terraza tranquilamente antes de bajar a estar con mamá. Me han recomendado un par de neurólogos y quiero comentarlo con mi padre, a ver cuál le parece mejor.

—Buenos días, papá, ¿qué tal estamos hoy? —Le doy un beso en la mejilla.

—Hola, cariño. Se ha levantado muy bien, de buen humor. Está sentada en el mirador. ¿Y tú, cómo estás? ¿Está Pep en casa? —Ya sabía yo que no necesitaría contarle nada, que mi abuelo ya le habría puesto al corriente.

—No, se ha ido a un hotel a pasar los últimos días antes de irse. Yo estoy bien, no te preocupes. Espero que poco a poco se me vaya pasando…

—Seguro que sí. Eres una mujer muy fuerte. —Me da un beso en la frente y me mira con toda la ternura con la que puede mirar un padre preocupado por su hija.

Ahí la veo, en el mirador de la sala, sentada en su butaca, donde tantas horas pasa cuando hace sol, mirando hacia la calle. Hoy su mirada transmite melancolía…

—Hola, mamá, ¿qué tal te encuentras? —Le doy un beso y un abrazo y ella se aferra a mí, prolongándolo.

—Cariño, tranquila, vendrá a por nosotras… —me dice, acariciándome el pelo.

—¿Quién vendrá a por nosotras, mamá? —le pregunto, intentando descubrir en qué etapa de su vida se encuentra.

—Tu padre, Luna.

Justo en ese momento aparece papá en la sala.

—Mira, mamá, justo a tiempo, ya ha venido a por nosotras.

—Luna, ¿te quieres quedar a comer? —me pregunta mi padre

—Vale, papá, la verdad es que no hay nada que me apetezca hoy más que estar aquí tranquilamente con vosotros. —Se vuelve a ir hacia la cocina—. Mamá, ¿qué te parece si nosotras bajamos un rato a la calle a tomar un poco el aire mientras papá prepara la comida?

—¡Sí, sí! —me dice muy contenta.

Hace un día precioso, así que aprovechamos para sentarnos en una terraza.

—Koro, estás muy delgada —observa mi madre cogiéndome del brazo—. ¿Estás bien?

—¿Quién es Koro, mamá?, yo soy Luna, tu hija. —A ver si consigo saber quién es esa mujer.

—¡Koro, qué pregunta es esa, pues tú! Luna, Luna… ¡Luna es un bebé! —Y empieza a mover la cabeza, negando y murmurando palabras sueltas que no puedo llegar a entender.

Al rato pasa cerca de nuestra mesa una chica paseando con un cochecito de bebé.

—Luna, hija, ¿cuándo me vais a hacer abuela? —me pregunta cogiendo mi mano entre las suyas.

—Cualquier día de estos, mamá, ya verás…

—¿Qué le pasa a Pep?, ¿por qué no está aquí? Tiene que estar contigo.

A pesar de cómo está ahora, no se le escapa una… Esta es mi madre, la que solo con mirarme a los ojos ya sabía si me pasaba algo, la que tenía la habilidad de sacarme toda la verdad.

—Está trabajando, a ver si luego se puede pasar…

Primero le damos de comer a mi madre. Está muy callada, no dice nada en toda la comida. Lo que daría por poder llegar a ella y que me contara todo lo que parece que guarda dentro.

—¿Te quieres acostar un poco ahora, mamá, mientras comemos nosotros?

—No, no, no estoy cansada. Acompáñame a mi butaca.

—Te pongo un poco la tele, ¿vale, mamá? —Antes le gustaba ver el telediario, pero ahora prefiero no ponérselo porque la inquieta mucho; se hace un lío con las noticias porque no le cuadran en su mente.

Encuentro una película en uno de estos canales nuevos que hay ahora que además es de cuando ella era joven, así que seguro que le gusta.

—Mira, mamá, te dejo puesta esta película. —Le pongo una manta por encima de las piernas, para que no se enfríe después de comer, y le doy un beso en la frente—. Papá y yo estamos en la mesa.

—Ayer cené con Valeria.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tal le va?, porque con lo poco amiga que es del teléfono no sabemos nada de ella… A ver cuándo viene a vernos… —Lo noto ligeramente dolido.

—Mira, papá, acabamos con una gran discusión, y todo empezó porque yo le dije eso mismo. Pero se puso a decir cosas que no venían a cuento. Tiene todavía mucha rabia dentro hacia mamá y hacia mí.

—Yo pensaba que ya lo tenía más o menos superado. —Puedo apreciar cómo se le

entristece el semblante.

—Sí, eso mismo creía yo…

—Sé que de niña lo pasó muy mal, porque no entendía que su madre no pasara tanto tiempo con ella como contigo, pero no lo exteriorizaba. Yo se lo notaba e intentaba llenarle ese vacío y pasar todo el tiempo que podía con ella, pero una madre es una madre… —Sigue cabizbajo, mirando hacia la mesa.

—Sí, vale, de acuerdo, papá, yo también era una niña y no era consciente de que Val estaba sufriendo, pero me hizo blanco de su ira por ser quien recibía el cariño de mamá.

—Tienes razón, Luna, la adulta era mamá, la que tenía que obrar de otra forma, pero… Bueno, da igual, son cosas del pasado que ya no tienen solución. Supongo que Valeria siempre tendrá eso ahí, y ahora que es adulta y podía reconciliarse con esa etapa de su vida, mamá no está en condiciones de darle las explicaciones que ella necesita… Es una pena. Yo solo te pido que me prometas que pase lo que pase en vuestras vidas siempre intentaréis arreglarlo y por encima de todo tendréis en cuenta que sois hermanas y que siempre os vais a tener la una a la otra. Porque algún día ni los abuelos ni nosotros estaremos, es ley de vida, y solo os quedará a cada una el apoyo de la otra.

—Claro, papá, no hace falta que te prometa algo así, porque es lo que vamos a hacer, no te preocupes, solo son pequeñas asperezas que tienen muchos hermanos. Pero somos adultas y sabremos afrontarlas. Tú tranquilo, que el lunes hablo con ella y seguro que ya estará todo olvidado.

De repente, unos gritos rompen la conversación. Miramos al sofá y vemos a mi madre moviendo los pies y los brazos al ritmo de la canción que está sonando en la película, pegando gritos y diciendo palabras sueltas de la letra. Tiene cara de felicidad y parece una veinteañera… Esa canción la acaba de transportar a un momento muy feliz de su existencia. Claro, nunca se me había ocurrido que quizá por medio de la música puedo llegar a ella más fácilmente y situarla en la etapa de su vida que me interese, porque, por lo que se ve, sus recuerdos llevan incluidas canciones.

Voy a su lado y me siento junto a ella.

—¡Koro, hoy vamos a bailar, eh! ¡Dile a Montxo, dile a Montxo!

—Tranquila, que yo le digo. Y ¿a dónde vamos a ir a bailar hoy? —le sigo la corriente, a ver si me dice algún lugar.

—¡Dónde va a ser! ¡Pues donde siempre, Koro!

Donde siempre… Así no descubro mucho, la verdad, pero ha salido otro nombre, Montxo.

Mi madre me coge la mano y me la mueve al ritmo de la música, está feliz… Pero ¿qué relación puede haber tenido mi madre con esas dos personas? Y esos nombres, parecen vascos, no entiendo nada…

Llaman a la puerta y va mi padre a ver quién es.

—¡Hombre, qué sorpresa!, pasa, hijo, no te quedes ahí. Mira, Luna, quién ha venido. —Hace pasar a la persona que está en la puerta y le da un abrazo. ¡Pep!, vaya, no me lo esperaba, pero me alegro tanto de verlo.

—Buenas tardes, espero no molestar. Quería venir a despedirme de vosotros y me imaginaba que Luna también estaría aquí, así que, si luego quieres, tomamos un café y

hablamos un rato… —Y mira a mi padre primero, como pidiéndole permiso para llevarse a su hija, y en cuestión de segundos me siento como si tuviera dieciséis años y hubiese venido mi primer novio a buscarme a casa de mis padres.

—¡Pep, ven! —empieza a hacerle gestos mi madre para que se acerque. Le tiene mucho cariño desde que lo conoció, y eso no se le olvida… Una vez me dijo que no podía imaginar un hombre mejor para su hija, por eso sé que si ahora fuese consciente de la situación en la que estamos inmersos, estaría sufriendo ella también.

—Martina, estás estupenda. —Se le acerca y le da un abrazo. Él también aprecia mucho a mi madre, siempre ha admirado la relación que teníamos, y él también podía recurrir a ella para cualquier cosa—. Hola, Luna —viene hacia mí y me da dos besos. Es todo tan raro…

—¿Qué pasa, tenemos vergüenza? ¡Pep, quiero nietos! —le dice con una sonrisa abierta y sincera.

Ay, madre mía, ahora su cabeza no tiene ningún filtro, y claro, pasa lo que pasa. Pep y yo nos miramos y a mí no me entra la risa de milagro. Si no fuera porque el final está cada vez más cerca, esta situación sería hasta cómica.

—Cualquier día, Martina, pero hay que tener paciencia… —Mira hacia abajo intentando esconder su cara, pero yo puedo ver su tristeza.

Se sienta al otro lado de mi madre y empieza a hablar con ella, a preguntarle cómo se encuentra… No sigo el hilo de la conversación, estoy mirándole y pensando. Quizá me queda alguna posibilidad para retenerlo, pero cómo, qué le digo… Está tan guapo… Qué verdad es eso que dicen de que muchas veces valoramos lo que tenemos cuando lo perdemos.

—Luna, ¿te apetece que bajemos un rato a tomar un café? —Pep me está mirando y no sé cuánto tiempo han pasado hablando entre ellos porque he estado totalmente absorta.

—Eh…, sí, claro… —balbuceo con cara de tonta.

—Bueno, Pep, muchas gracias por haber venido a despedirte de nosotros. Cuídate y ten mucha precaución, por favor. —Mi padre le da un abrazo y yo tengo que aguantarme las lágrimas—. Cuando nos queramos dar cuenta está aquí otra vez, ya verás —me dice mientras me pasa la mano por la cara intentando animarme con sus palabras.

Salimos a la escalera y nada más cerrar la puerta Pep me coge de la mano en un acto que creo que es involuntario. Yo tengo ganas de llorar, de que me abrace, de hundirme en su pecho y de que me envuelva, de quedarnos pegados y desaparecer durante horas hasta que vengan a buscarnos porque nadie sabe nada de nosotros.

—Pep… Yo… —No puedo seguir sin que se me llenen los ojos de lágrimas, me siento mal, en parte por lo que pasó ayer con Marc y lógicamente porque solo faltan dos días para que se vaya.

—Luna, no llores, por favor. —Me pasa la mano por la cara para quitarme las lágrimas, se acerca a mí y me besa—. No puedo verte así…

—No te preocupes, estoy bien —aunque no sueno demasiado creíble.

Ahora soy yo la que me lanzo a sus labios. Empiezo con un beso suave, le miro a los ojos y veo cómo se enciende su mirada. Empiezo a besarlo con ansia, con pasión, con las lágrimas colándose en nuestros labios. Pero de repente me paro de golpe.

—Espero que no me hayas besado por compasión, porque no podría soportarlo…

—¿Tú crees que esto es fruto de la compasión? —Aprieta su cintura contra mi cuerpo y puedo notar ya la dureza de su entrepierna.

—Vaya, vaya… Parece que Pepito quiere guerra, ¿no? —Ese es el nombre cariñoso que le puse a su miembro hace ya mucho tiempo, cuando todavía éramos unos críos, y ya se quedó con ese nombre.

Al oírlo en voz alta los dos nos echamos a reír abrazados, recordando esa complicidad que siempre hemos tenido. Hacía tanto tiempo que no estábamos tan a gusto juntos…

—Mejor subimos a casa, ¿no? —Le pongo una mirada pícara y me muerdo el labio inferior con miedo a que me diga que no, como si fuera un chico al que acabo de conocer en un bar.

—Sí, será mejor.

Subimos en el ascensor sin parar de besarnos, entramos en casa con prisa y empezamos a desnudarnos y a devorarnos. Noto su boca en todo mi cuerpo y yo me dejo querer, de pie en mitad de la sala y con Pep arrodillado ante mí. Ahora mismo me dan ganas de gritar de felicidad. Me coge por las caderas, me tumba en el sofá y hacemos el amor como hacía tiempo que no lo hacíamos, sin pensar en nada más, solo en disfrutar sin más…

Estoy acomodada en su pecho, jugueteando con algún pelo suelto de su pectoral, no sé ni qué hora es. Del sofá hemos pasado a la cama, donde nos hemos vuelto a amar, y ahora seguimos tumbados, abrazados, contando las horas que nos quedan para poder estar así.

—¿Qué ha sido esto exactamente, una despedida por todo lo alto o un punto y seguido? —Siempre me gusta saber qué terreno piso, y en este caso no quiero patinar haciéndome ilusiones cuando Pep quizá me está diciendo adiós.

—Luna, yo solo con estas horas que hemos estado separados ya he visto que te necesito y que no quiero que este paréntesis sea definitivo. Ayer, cuando nos encontramos en casa, estabas tan guapa que solo de pensar que te tocaba otro hombre no he pegado ojo en toda la noche… —Mierda, Marc se cuela en mi mente y tengo que esforzarme para que salga. Se lo tendré que contar en algún momento, pero ahora seguro que no—. Sé que nos va a venir bien este año, pero para reforzar nuestra relación. He estado pensando y ya voy asumiendo que no seremos padres, pero también que podemos hacer muchas cosas juntos y sentirnos completos como pareja, aunque no tengamos hijos.

—¡Pues entonces no te vayas! ¡Diles que te ha surgido algo y no puedes ir! —Pongo todo mi ímpetu, a ver si así reacciona y lo convenzo.

—No puedo hacer eso, cariño… No los puedo dejar colgados a estas alturas, ya me he comprometido. Lo siento, Luna… Pero venga, va… No estés triste —me dice mientras me abraza—. ¿Tienes hambre? Son más de las diez ya.

—Sí, ahora que lo dices sí que tengo hambre. —Estaba demasiado entretenida para darme cuenta.

—Quédate aquí, no te muevas hasta que yo te avise. —Me da un beso, sale de la cama dando un salto, se pone la ropa interior y me deja sola en la habitación.

Qué estará planeando… Yo me quedo tumbada, pensando. Ahora mismo soy una montaña rusa de sentimientos. Estoy feliz por que estas últimas horas hayan transcurrido de esta forma, por que hayamos hablado y los dos queramos lo mismo…, pero en mi cara no

asoma ni una sola sonrisa, no puedo exteriorizar lo que siento porque también tengo un vacío dentro solo de pensar en el lunes. Qué rabia que las cosas tengan que ser así…

Salgo de la cama y me pongo unos shorts y una camiseta de tirantes, porque no sé qué hace Pep, pero quiero estar preparada. Entro al baño de nuestra habitación y al mirarme en el espejo me siento muy sexi, de andar por casa pero provocativa; bueno, aparte de la ropa, una sesión intensiva de sexo siempre le sube a una la autoestima y la hace sentirse poderosa.

—Luna… ¿Estás ahí o has preferido escapar del lobo por la ventana? —Por fin ha venido a buscarme, y se ha puesto muy guapo, con unos pantalones de lino y una camisa negra de manga corta que todavía tendría en su vestidor.

—Anda, tonto, eres lo menos parecido al lobo que conozco… —Me acerco a él y le beso—. Dónde voy a estar mejor que aquí, no me escaparía por nada del mundo.

—Eres mala… —Me abraza y baja sus manos hasta mi trasero—. Te pones estos pantaloncitos para que no sea capaz de pensar, eh…

—Como sigas tocándome así, vamos a tener que volver a deshacer la cama… —Siento cómo mi cuerpo empieza a reaccionar otra vez a las caricias de Pep.

—Vale, vale, pues ya paro porque te he preparado una cosita —tiene la cara iluminada por la emoción—, pero no puedes mirar.

Cierro los ojos y me va guiando por la casa. Se detiene y puedo notar la brisa cálida en mi piel, por lo que supongo que estamos al lado de la terraza.

—Ya está —me susurra al oído—. Puedes mirar, mi amor.

—Oh… Pep… —Me acabo de quedar sin palabras.

Miro hacia la terraza y lo vuelvo a mirar a él. Ha decorado todo con velas, ha encendido los farolillos y puedo oír de fondo música jazz. Ha puesto la mesa con todo detalle, incluyendo un ramo de nuestras rosas, recién cortadas. Ha conseguido crear un ambiente mágico.

—Está precioso, no me lo esperaba… Y yo con estas pintas, no voy acorde contigo, ni con el entorno… —Por qué no me habré preparado un poco más, ahora mismo ya no me siento tan sexi.

—Tranquila, cariño, todavía no ha llegado la cena, vete a cambiar si quieres, que te espero aquí, aunque yo te veo perfecta. —Me coge de las caderas y me besa y consigue devolverme la confianza en dos segundos, pero prefiero ponerme algo más apropiado para la ocasión.

Voy corriendo al vestidor y me pongo un vaquero negro ceñido con un top de raso de tirantes gris perla y unas sandalias negras de tacón. Ahora me lanzo a la carrera hacia el baño para ver si puedo hacer algo del cuello para arriba. Pongo la cabeza boca abajo y atuso mis rizos con los dedos, un poco de laca y…. ¡ya está! Melena de leona en un momento. Me pongo un poco de rímel y brillo de labios y ya estoy preparada para esta velada. Entre las prisas y la emoción me he puesto nerviosa, parece mentira después de tantos años, y a la vez me parece precioso sentir otra vez las mariposas que estaban dormidas. Si esta mañana me llegan a decir que Pep y yo íbamos a estar así a la noche no me lo habría creído, cuando ya creía que lo nuestro estaba muerto…

Oigo el timbre de la puerta, seguro que es la cena, qué hambre, a ver con qué me sorprende. He terminado justo a tiempo. Vuelvo a la sala y veo a Pep en la terraza

colocando la comida en la mesa. Voy hacia él.

—Buenas noches, señorita, está usted preciosa. El caballero que cene con usted es muy afortunado. —Me tiende la mano para que me acerque a donde está él.

—Muchas gracias, he quedado para cenar con el hombre más maravilloso y guapo que conozco. Y créame si le digo que la afortunada soy yo. Por cierto, no intente ligar conmigo porque tiene que estar a punto de llegar. —Me tira del brazo para poder abrazarme y me besa—. ¡Qué veo aquí! Has pedido japonés para cenar y del restaurante que más nos gusta. Pero… ¡si no tienen servicio a domicilio!

—Bueno, digamos que el gerente me debía un favor por un tema de su hijo que le solucioné y me lo he cobrado hoy. Le he explicado la situación y ha accedido encantado a ayudarme para sorprenderte.

—Si es que no se puede pedir más… Eres increíble, cariño. —Y lo beso.

—Quiero que guardes cada instante de esta noche en tu memoria y que si durante este año te fallan las fuerzas y crees que no puedes más recurras a estas imágenes y sensaciones para volver a sentir que lo nuestro vale la pena, y así no te rendirás…

La cena transcurre en un ambiente maravilloso, como si fuéramos una pareja que está empezando a conocerse, charlando cariñosamente y coqueteando.

—Definitivamente, teníamos que habernos separado mucho antes, porque el resultado me encanta —le digo con voz insinuante mientras me inclino hacia adelante en la mesa juntando mis pechos para mostrarle un sugerente canalillo.

—Sí…, la verdad es que todos los matrimonios deberían separarse una vez al mes por obligación, seguro que así disminuían los divorcios.

Nos echamos a reír y me siento pletórica.

—Esta noche te quedas aquí, ¿no?

—Si tú quieres, sí.

—Por supuesto. Esta también es tu casa, Pep.

—Lo único…, mañana estaré todo el día fuera, porque ya había quedado con mis amigos para despedirme y mi madre ha organizado comida familiar, así que será difícil que nos veamos. Y tranquila, que no tienes que venir a comer —me dice al ver mi cara, qué bien me conoce…

Menos mal, porque preferiría comer dentro de la jaula de los leones, que seguramente me tratarían con más cariño. Lo último que necesito es la mirada acusadora de su madre culpándome de que su hijo se vaya a la otra punta del mundo por ser mala esposa.

Lo que queda de noche transcurre igual, entrelazados en besos, caricias, sexo…, como si tuviéramos que absorber la esencia del otro para poder aguantar todo un año separados. De la terraza al sofá y de ahí a la cama, hasta que caemos rendidos.

7. La traición

Voy hacia la clínica por inercia. Prefiero no pensar en cómo va a terminar el día de hoy, porque si no puede que empiece a llorar ya desde el punto de la mañana, y claro, una tiene que mantener su reputación de chica dura, de las que lloran por dentro. Así que me voy a guardar mi cupo de lágrimas para cuando se acerque el momento de despedirnos.

Ayer no conseguimos vernos en todo el día porque se fue muy temprano para pasar por el hotel, y el resto del domingo sus familiares lo mantuvieron muy ocupado. A la noche intenté esperarle despierta, pero volvió tarde de la cena que le habían organizado sus amigos para darle una sorpresa, y no conseguí estar con él. Esta mañana nos hemos despertado juntos, Pep se ha tomado un café rápido, me ha prometido reservar la tarde para mí y ha salido hacia la clínica con la intención de dejar todo zanjado. Yo no tenía tanta prisa y he desayunado tranquilamente, demasiado quizá, porque entre tostada y tostada mi mente se iba a sitios remotos en los que las cosas se desarrollaban de otra manera diferente y hoy no nos decíamos adiós.

Así que ahora, mientras me dirijo hacia el trabajo, solo espero que la mañana pase lo más rápido posible, porque a la tarde tengo que drogar a mi marido, atarlo a la cama y conseguir que pierda el avión… Me viene la escena a la cabeza como si fuera una película mala de Pajares y Esteso, y sin darme cuenta voy por la calle riéndome sola como si estuviera loca. «Ay, Luna, mira que tienes un humor extraño», Val siempre me dice lo mismo, pero es mi forma de desdramatizar. Así que mejor desechamos la idea de los narcóticos y las cuerdas, porque yo creo que me conformaré con pasar toda la tarde pegada a él. Bueno, por lo menos gracias a estas pequeñas tonterías de mi cabecita he conseguido alejar las ganas de llorar… Cuando esté con Pep intentaré controlarme, porque no quiero que sea un gran drama, prefiero que nos quedemos con un buen sabor de boca los dos, con ganas de más, y que esas ganas se mantengan intactas durante este año.

Entro en la clínica y al ver la cara con la que me saludan mis compañeros de trabajo me doy cuenta de que nadie sabe lo que ha pasado este fin de semana entre Pep y yo. La Luna que ha entrado hoy por la puerta no es la misma que se fue el viernes, pero claro, no tienen ni idea… Me saludan casi como dándome el pésame, porque creen que hoy vamos a asistir al entierro de mi matrimonio. Supongo que les habrá sorprendido que en mi cara asome algo parecido a felicidad. No desprendo alegría, pero está claro que hoy mi situación es mucho mejor que la de hace tres días. Pero vamos a dejar que cada uno piense lo que quiera, si al final hasta me voy a aficionar a ser el centro de los comentarios…

Salgo del ascensor y puedo ver al final del pasillo a Pep dentro de mi despacho, de pie, de espaldas a la puerta. ¡Qué bien! Seguro que viene a darme fuerzas para afrontar este día… Voy hacia allí, acelerando el paso. Pero de pronto veo que tira algo que tiene entre las manos, se gira y sale del despacho dando un portazo. Viene hacia mí y la expresión de su cara me tiene desconcertada, nunca lo había visto tan enfadado, ¿qué ha pasado?

—Pep, ¿qué pasa?, ¿estás bien? —Intento pararlo cuando pasa a mi lado agarrándolo del brazo, pero da un manotazo en el aire y se libra de mí fácilmente. Da dos pasos más, se detiene, se gira y su mirada me deja helada.

—¡Cómo has podido Luna, te creí! ¡Soy tan idiota! —me grita muy enfadado.

—Pep…, qué pasa…, no entiendo nada. —Me acerco a él e intento tocarlo para ver si se calma.

—¡Suéltame! ¿Que no entiendes nada? ¡Pues pregúntale a Marc! Encima con Marc…, qué falsa e hipócrita. ¡Quita de mi vista, que no te quiero ni ver!

Me quedo inmóvil en mitad del pasillo. Estoy conteniendo la respiración y creo que no me circula ni la sangre. Marc…, ¿qué has hecho? Pep ha salido corriendo hacia el ascensor, yo consigo reaccionar y voy corriendo a mi despacho.

Nada más entrar ahí lo veo, encima de mi mesa, mi sujetador, el sujetador que me dejé el viernes en casa de Marc, el puñetero sujetador que me regaló Pep…, y en el suelo, tirada, una nota.

«Luna, mi amor, te devuelvo lo que te dejaste el viernes en mi casa. Me lo pasé muy bien contigo, me encantó todo lo que hicimos. Quién me iba a decir que la gatita escondía a toda una tigresa… Por cierto, la próxima vez, quedamos en tu casa, que ya no estará tu maridito. Estoy deseando volver a quitarte el sujetador… Tu nuevo amante, Marc».

¡Mierda, Marc! Me dejo caer en la silla, me tiemblan las piernas y la rabia me está recorriendo el cuerpo. Tengo los puños y los dientes apretados. Necesito unos minutos para poder ponerme de pie otra vez. ¡Joder, cómo se puede ser tan rastrero! Salgo corriendo del despacho hacia el ascensor. Luego me ocuparé de Marc, porque ahora solo tengo a una persona en la cabeza y ese es Pep.

Bajo por las escaleras por no esperar al ascensor y aparezco en el vestíbulo corriendo como una loca. Madre mía, me falta el aire; pues sí que estás en forma, Luna…

—Chicas…, habéis… visto a… Pep —consigo decir al final.

—Acaba de salir. Se ha ido hacia la derecha, se le veía muy enfadado… —me dice Rebeca.

—¡Gracias! —Y salgo disparada en la misma dirección.

Luna, piensa, piensa… A dónde puede haber ido… Voy a probar primero en el hotel, a ver si por casualidad se le ha ocurrido ir allí.

Mientras voy en dirección al hotel pruebo a llamarlo, pero está apagado. No quiere ni oírme, pero me tengo que explicar, ¡no puede ser que le dé total credibilidad a Marc! Vale, que lo que hice no estuvo bien, pero ni siquiera nos acostamos… Que se me pasó por la cabeza, sí, no lo voy a negar, pero lo importante es que no fui capaz… Tiene que escucharme, le tengo que contar lo que pasó realmente… Pep, ¿dónde te has metido? Mi cabeza no puede parar de pensar en lo que pasó, en lo que no pasó, en lo que acaba de pasar… ¡Dios, qué rabia, Marc! Cuando te pille… Cómo se puede torcer todo tanto en un momento…

Nada, no ha habido suerte, por el hotel no ha pasado desde ayer. Así que probaré en casa, por si ha ido a recoger sus cosas. Sigo llamando, pero no hay suerte. Y está a unas horas de irse… No puede hacerlo pensando que me he acostado con Marc, porque entonces sí que estamos acabados. Las comunicaciones allí son complicadas, y encima esta vez se va a una

zona más apartada.

Llego a casa, y efectivamente ha pasado por aquí, pero ya no está. Ha recogido las pocas cosas que le quedaban, incluida la ropa que ha usado este fin de semana, y se ha vuelto a ir. ¡Mierda! Tenía que haber venido directa aquí… También ha aprovechado para liberar un poco de la rabia que traía, como me indican los pedazos de jarrón que hay esparcidos por el suelo de la sala. Y entre trozo y trozo de cristal, rosas pisadas. Las mismas rosas que el sábado cortó para sorprenderme con la cena romántica de la terraza y colocó en ese jarrón maltrecho para decorar el centro de la mesa. Esas rosas que fueron testigo de nuestras palabras y simbolizaron la reconquista, el reencontrarnos, el volver a mirarnos a los ojos y el volver a hablar con el corazón. Ahora las miro ahí tiradas, aplastadas, y se me pone un nudo en la garganta… Me transmiten ira, rencor… Me siento en el borde del sofá, sin poder dejar de mirar a las rosas. Me duele el alma, respiro hondo y siento un gran vacío, y es aquí en la soledad de mi salón donde me permito llorar. Ahora que no sé por dónde seguir buscándolo voy a llorar, porque lo necesito, necesito recrearme un poco en mi desdicha y limpiar mis sentimientos.

Borro todo rastro de lágrimas de mi rostro y pruebo una última vez a llamarlo, ya sin ninguna esperanza. Y, como era de esperar, sigue apagado. Le voy a enviar un mensaje, porque en algún momento tendrá que encenderlo y yo necesito explicarme. Y aunque no quiera hablarme, que por lo menos sepa la verdad.

«Pep, lo siento, siento mucho haberte herido de esta forma, pero el viernes con Marc no pasó nada. Me encontraba mal por tu marcha y busqué un consuelo fácil, aunque sé que no es excusa, pero tienes que saber que no pude hacerlo, porque te quiero. Todo lo que te dije el sábado salió de mi corazón. Espero que con el tiempo puedas perdonarme, yo estaré esperando que vuelvas. Llámame, por favor, no te vayas así».

En esta ciudad es imposible encontrar a alguien que no quiere ser encontrado, así que voy a abandonar la búsqueda. Confiaré en que se calme, lea el mensaje y por lo menos me llame. Tampoco le puedo pedir mucho más, la verdad, porque si hubiera sido al revés, yo no sé cómo hubiese reaccionado. Ahora mismo está dolido y se siente traicionado, pero que piense que lo que ha pasado este fin de semana no era de verdad me duele…

Vuelvo a la clínica. Creo que necesito coger unos días libres, pero antes tengo que solucionar algo.

—Hola, Luna, ¿has encontrado a Pep? —me pregunta Marta con fingida preocupación. Nunca he sabido cómo tomarme a esta chica; quizá yo sea muy mal pensada, pero juraría que su cara tiene un punto de estar disfrutando con todo esto.

—Sí, sí, tranquila, todo solucionado. —Si crees que voy a alimentar tu imaginación dándote detalles, vas lista—. ¿Me puedes decir por favor dónde puedo encontrar a Marc?

—Sí, claro, cómo no. —Mira en su ordenador los horarios de los trabajadores—. Pues ahora mismo no tiene ninguna clase, ni consulta, así que supongo que estará en la sala del café.

—Gracias, Marta.

Acelero el paso y me dirijo hacia la sala de descanso del personal, y ya desde fuera, a través de los cristales, lo veo. Está en el centro de la habitación con una taza en la mano, pavoneándose en medio de un par de compañeras. Abro la puerta de golpe y los tres se me

quedan mirando.

—¡Tú! ¡Capullo arrogante! ¡Cómo has podido ser tan rastrero! —le digo gritando desde la puerta.

Las chicas abandonan la sala disimuladamente y yo me acerco a él.

—¡Eres un mierda! ¿En qué coño estabas pensando?

—No te equivoques Luna, en qué coño pensabas tú, porque yo no tengo pareja. Y ya te dije que conmigo no se juega. Ahora no te hagas la ofendida porque yo no te llevé obligada a mi casa. Mírale el lado bueno, así te he ahorrado el mal trago de tener que contárselo tú a tu marido, porque ¿se lo ibas a contar, no? ¿O ibas a ser capaz de estar con él como si nada hubiera pasado? A ver si la mierda de persona vas a ser tú, cariño…

—¡Serás…! —Levanto la mano para darle un bofetón, pero me la para antes si quiera de rozarle.

—Luna, ¿qué está pasando aquí? Se oyen los gritos desde mi despacho. —Mi abuelo acaba de entrar por la puerta y nos mira con cara de asombro.

—Tranquilo, abuelo, ya está. Solo ha sido un pequeño malentendido entre Marc y yo, pero ya está solucionado. No te preocupes. —Me acerco a él para que se tranquilice.

—Bueno, yo ya me iba —dice Marc acercándose a la puerta—. Luna, si me necesitas otra vez, estaré en la piscina. Y si no, ya sabes dónde vivo… —Sale de la salita y me guiña el ojo al pasar por mi lado.

Puf, que pena de persona, cómo se puede mirar cada día al espejo y no odiar lo que ve. Me siento totalmente frustrada ahora mismo; tengo los dientes y los puños apretados. Lo peor de todo es que tenía parte de razón y eso todavía aumenta más mi rabia.

—Abuelo, puede que sí sea buena idea que me coja unos días libres.

—Claro, cariño, los que necesites —y me da un beso en la frente—, pero ¿seguro que estás bien?

—Sí, abuelo, no te preocupes.

Vuelvo a mi despacho, recojo el maldito sujetador de la mesa, tiro la nota a la papelera y guardo unos informes en mi maletín para terminarlos en casa. Mi abuelo se encargará de repartir mis pacientes de estos días entre mis colegas, por eso estoy tranquila, porque nos suplimos perfectamente entre todos.

Tengo la sensación de que últimamente, entre una cosa y otra, no estoy al cien por cien en el trabajo. Menos mal que durante muchos años he sido la primera en llegar y la última en irme, quizá por la necesidad de demostrar que no me regalaban nada por ser quien era, y así conseguí ganarme el respeto de todos. Solo espero que entiendan que este es un mal momento para mí…

Me voy para casa, lamentándome por que no tengamos puerta de atrás como en las películas, para evitar el trago de tener que ver a nadie en estas condiciones.

Al llegar, me doy cuenta de que ya es mediodía. Con tanto circo se me ha pasado la mañana volando sin enterarme, pero no tengo nada de hambre. Me preparo una ensalada y salgo a la terraza a comer. No puedo dejar de pensar en Pep, dónde estará, qué se le estará pasando por la cabeza… Le voy a dejar espacio, no lo voy a volver a llamar porque lo conozco bastante bien y sé que cuando se enfada necesita su tiempo. Aunque también es verdad que nunca antes había tenido un enfado de esta magnitud conmigo; ahora mismo

estará dominado por un sentimiento de traición tal, que no sé cuánto tiempo va a necesitar para que se le pase.

Pasan las horas y sigo sentada en la terraza, absorta en mis pensamientos. Últimamente mi vida se ha convertido en un auténtico culebrón del que no sé cómo salir, y cada día que pasa, las tramas se complican más. Ahora mismo me gustaría ser solo espectadora, poder apagar la tele, seguir con mis cosas y a la noche juntarme en casa con mi marido, con el que apenas hablo, pero con el que estoy en una situación cómoda y segura… ¡Anda, mira, Luna, pareces un anuncio de compresas! A ver si el secreto de la felicidad va a ser tener un matrimonio tipo compresa… Me echo a reír y no puedo parar, qué buena terapia la risa. Por un momento mis problemas me parecen un poco más pequeños…

Empieza a caer el sol y sigo impasible en la terraza. Me he trasladado de la mesa a la zona chill out y estoy hecha una bola en un asiento, con los pies encima del sofá y las piernas pegadas al pecho, las estoy abrazando y tengo la barbilla apoyada en las rodillas. La conversación con Marc sigue dándome vueltas en la cabeza, estoy repasando cada frase y ahora es cuando se me ocurren respuestas geniales que le podía haber dado. Pero la verdad es que me ha dejado sin argumentos, porque no le faltaba parte de razón… El viernes, cuando fui a ver a Marc, creía que mi matrimonio estaba acabado, por eso ni me planteé si se lo iba a contar a Pep o no, y todo lo que ocurrió el fin de semana fue tan inesperado que lo último que se me pasó por la cabeza fue contarle mi encuentro con Marc, para no estropearlo todo. Pero es que iba a reconstruir mi matrimonio con una traición y guardar el secreto en mi propio beneficio. Ahora me hago yo la misma pregunta que me ha hecho Marc: ¿qué clase de persona eres, Luna Vila?, ¿habrías podido estar tan tranquila con Pep sin contárselo nunca?, ¿o habrías acabado diciéndoselo porque tu conciencia no te hubiese dejado vivir? Quizá no soy tan sincera y honesta como me consideraba… A la primera de cambio, cuando hay que demostrar esos valores que me atribuyo, voy y la cago con una de las personas más importantes de mi vida. Tendré que modificar mi definición de mí misma por la de cobarde y egoísta. Yo tomo las decisiones poniendo como excusa el bien de mi matrimonio, ¿pero acaso me he parado a pensar qué querría Pep?, ¿quién me ha autorizado a mí a decidir por el bien de los dos? Voy a bajar a ver a mi madre porque si no me va a estallar la cabeza…

—Hola, papá, ¿qué tal estáis? —Lo encuentro en la sala, sentado en el sofá, viendo la tele.

—Hola, cariño. Bueno, hemos estado tranquilos en casa, porque tu madre no quería salir. Ahora ya está en la cama, descansando.

Me siento en el sofá yo también.

—¿Tú qué tal, hija? El sábado os vi muy bien a Pep y a ti. ¿Cómo estáis?

—Ay, papá… Sí, estuvimos bien, pero he cometido un error imperdonable y lo he echado todo a perder…

—Luna, cariño, no sé qué error será ese, pero tú tranquila, que casi todo tiene solución en esta vida, sobre todo si os queréis tanto como vosotros. Puede que ahora Pep esté dolido, tú dale tiempo, pero no te preocupes demasiado, porque el sábado vi cómo te miraba…

—Ojalá tengas razón, papá —le digo mientras me coge una mano entre las suyas y me dedica una sonrisa tranquilizadora.

Últimamente he descubierto la faceta de consejero de mi padre y me gusta. Siempre me tranquiliza, e intenta dar a cada cosa la importancia justa que merece. Antes, cuando mi madre estaba bien, nunca recurría a él para los consejos, porque creía que como ella no me iba a asesorar nadie, pero la verdad es que me ha sorprendido gratamente, y yo le había negado esa ayuda hasta hace un tiempo.

Charlamos un rato más sobre cosas banales y al rato me vuelvo a mi casa. Ya está vacía y silenciosa, y quién sabe, igual este vaya a ser el estado permanente de este hogar… Podría ir al aeropuerto a quemar los últimos cartuchos, pero no lo voy a hacer, porque se lo debo a Pep. Tengo que respetar su necesidad de espacio y confiar en que se le pase. Aunque si esto fuera una peli americana ahora es cuando cogería un taxi para ir corriendo al aeropuerto porque es casi la hora de que despegue su avión, me bajaría del coche a la carrera, cruzaría toda la terminal de salidas esquivando a gente con maletas que me mira con cara de extrañeza, me saltaría los controles y llegaría a su puerta de embarque justo en el momento en el que Pep estaría entregándole su billete a la chica de la compañía para recorrer el pasillo que le lleva hasta el avión. Yo le gritaría, él se giraría, llegaría corriendo a su lado, le diría alguna frase estupenda propia de guion de Hollywood, nos besaríamos apasionadamente y no cogería ese avión, volviéndose conmigo para casa. Pero no me veo en ese papel, la verdad, porque él ha decidido irse, y hacerlo sin antes hablar conmigo. Y sé que hoy no hay nada que yo pueda decirle que haga que se sienta mejor, así que mejor me voy a la cama, a ver si consigo dormir algo, aunque dudo mucho que pueda, porque no paro de mirar el reloj pensando en dónde estará en este preciso instante…

8. El pasado aflora

Primer día de mi vida sin Pep. Lo que son las cosas…, hace unas semanas estaba deseando que llegara la noche sin habérmelo encontrado en todo el día y ahora daría lo que fuera por cruzármelo en algún momento, en casa o en la clínica. Incluso hasta firmaría ahora mismo volver a esas cenas en las que los silencios incómodos reinaban en el ambiente. Qué pena, cuánto tiempo desperdiciado por no haber hablado antes, por no habernos parado a expresar cada uno lo que llevaba dentro, por haber dejado que todo se enquistara hasta el punto de que la única solución fuera irse tan lejos uno del otro… Ahora ya está a miles de kilómetros de mí.

Hoy pasaré el día con mi familia, lo necesito. Estaré con mi madre, a ver si consigo descubrir más cosas de su pasado, al que ella recurre una y otra vez y en el que parece que se ha refugiado. También estoy pensando en irme unos días a la casa de la Costa Brava a meditar, a estar en contacto con la naturaleza, a cargar pilas… No sé cómo me voy a sentir allí sola, porque siempre he ido con alguien: primero con mi familia y luego Pep y yo. Pero hace más de dos años que no vamos. Allí tenía mi grupo de amigos, a los que conocía desde pequeños. Algunos eran del pueblo y la mayoría éramos de otros lugares e íbamos a pasar ahí el verano. Nos fuimos haciendo mayores y empezamos a ir con nuestras parejas, incluso surgió alguna dentro del grupo, nos fuimos casando y, lógicamente, el siguiente paso natural fueron los niños… El grupo se multiplicó, no había un verano en que alguna de mis amigas no estuviera embarazada o hubiera algún pequeño miembro nuevo, menos nosotros, claro… Y eso, más las típicas preguntitas incómodas del tipo: «Y vosotros qué, ¿para cuándo?», seguidas de una respuesta del estilo de: «Puf, quita, quita, más adelante, es que ahora estamos muy liados con el trabajo…» y de un cambio de tema rápido, convirtió las estancias en demasiado dolorosas para nosotros. Y así, sin ni siquiera comentarlo, dejamos de ir. Por estas fechas, que todavía los niños tienen colegio, es probable que no me encuentre con nadie, y si van, será como mucho el fin de semana.

Me suena el móvil, y al mirarlo puedo ver que es un mensaje de Val. Quiere saber qué tal estoy, y me dice que va a venir a ver a mamá a la tarde cuando salga de trabajar y me pregunta si voy a estar yo también. Sé que está haciendo un gran esfuerzo y que se le hace muy difícil venir, así que por supuesto que estaré en casa de mis padres para cuando venga ella. Me alegra comprobar que la discusión del viernes sirvió para algo. Le ha dado vueltas a lo que le dijo su hermana mayor y ha reunido el valor necesario para volver a ver a mamá. El resto de la discusión, por mi parte por lo menos, está totalmente olvidada, y me encantaría que algún día Val fuera capaz de enterrar sus fantasmas de la infancia y que pudiera vivir sin que esa etapa la afectara. Yo estaré encantada de ayudarla en lo que necesite, porque para mí es muy triste ser consciente de que, habiendo vivido en la misma casa y con los mismos padres, no ha sido tan feliz como lo fui yo… Le contesto enseguida, haciéndole saber que me alegro un montón de que vaya a venir y que a la tarde nos vemos.

—¡Buenos días! —Me los encuentro terminando de desayunar y les doy un beso a cada uno.

—Buenos días, cariño, ¿ya has descansado algo?, ¿te preparo un café?

—No, gracias, papá, acabo de tomar en casa. He descansado poco. Me costó muchísimo dormirme. Serían ya las cuatro de la mañana o más cuando lo conseguí. ¿Qué tal vosotros?

—Pues tu madre también ha pasado una noche complicada, ha estado bastante inquieta. Un par de veces se ha puesto a gritar y me ha costado calmarla…

—Bueno, hoy estaré aquí todo el día y así descansamos las dos.

—¿Estás segura, hija?, te vendría bien salir a despejarte un poco.

—Que no, papá, de verdad, necesito estar aquí. Además, estoy pensando en irme unos días a Tossa, y allí ya tendré tiempo de despejarme. —Por la cara que pone no le hace mucha gracia que me vaya sola a esa casa, pero sabe por experiencia que a las mujeres de esta familia cuando se nos mete algo en la cabeza no hay forma de quitárnoslo.

—Pues nada, Luna, como quieras. Si vas a estar hoy aquí, voy a aprovechar para pasarme por las oficinas y estar con Andrés para que me ponga al día, que hace días que no me ven por allí… —Andrés trabaja con mis padres casi desde el principio, es su mano derecha y ahora mismo quien se está encargando de todo.

—Papá, aunque no esté yo, también puedes ir, que para algo viene Susana todos los días. —No se termina de fiar de que la enfermera de mamá sea capaz de cuidarla. Es una mujer de unos cincuenta años, con muchísima experiencia en geriatría, pero es que además es dulce y cariñosa y trata a mamá como si fuera alguien de su familia. Vamos, que no podríamos haber encontrado mejor enfermera, y me da bastante rabia que mi padre no confíe en ella.

—Ya lo sé, Luna, pero es que…, no la conoce como nosotros… —Ya no sabe ni qué excusa ponerme.

Entiendo que no se quiera separar de mamá, pero tiene que confiar en la gente porque está claro que necesita ayuda, que él solo no puede con todo.

—Ah, papá, por cierto, me ha dicho Val que hoy a la tarde se pasará a veros. Parece que surtió efecto la charla del viernes…

—¿Va a venir?, qué bien. Me alegro mucho de que se haya animado y de que le dieras el empujón que necesitaba. —He conseguido dibujarle una sonrisa con la noticia.

Mi padre se va y me quedo a solas con mi madre, que está sentada, mirando hacia la mesa pero con la mirada perdida. Pego mi silla a ella, pongo una mano encima de la suya que está apoyada sobre la mesa y con la otra la rodeo por los hombros y le doy varios besos seguidos en la mejilla. Es curioso, pero despierta en mí la misma ternura que los bebés, tan indefensa…, y siento la necesidad de protegerla y cuidarla.

—Hola, mamá —le digo suave para que no se asuste—. Soy Luna.

Me mira y sin decir ni una sola palabra vuelve otra vez a fijar su mirada en la mesa.

—¿Quieres acostarte un rato? —le digo mientras le acaricio el pelo.

Tarda mucho en contestarme, hoy me parece que está especialmente ausente.

—Koro, no puedo más —me dice de repente—. Montxo tiene razón.

Qué le pasará y a qué se refiere…

—Hay que hablar con mis padres. —Me mira a los ojos con expresión de miedo y

preocupación.

Tiene algo dentro que le pesa demasiado.

—Tú tranquila, que yo estaré contigo —le digo, a ver si se relaja un poco.

—¡Gracias, Koro! Tú sí que eres una hermana para mí. —Puedo ver cómo su mirada se suaviza y pasa a expresar gratitud y amor.

No sé quién era Koro, pero está claro que jugó un papel muy importante en la vida de mi madre, y que la quería un montón. Voy a tener que hablar con mi abuela, porque seguro que ella sabe cosas que mi padre o mi abuelo desconocen.

—Mamá, ¿quieres que vayamos a la sala y vemos un poco la tele?

No me contesta, pero se levanta y me agarra del brazo. La llevo hasta su sofá y enciendo la tele. Pongo uno de esos programas que echan por las mañanas en los que hablan un poco de todo y me siento a su lado.

—Luna, hija, quita eso. —Nunca le gustaron ese tipo de programas y ahora no iba a ser una excepción…—. Pon una peli de las mías.

Voy al armario de las películas y pongo en el DVD Memorias de África. Mi subconsciente me traiciona; qué oportuna eres, Luna. Con todas las películas que le han gustado a tu madre a lo largo de su vida, tienes que elegir justo la que lleva África ya desde el título. Igual con Los amantes del Círculo Polar conseguías no pensar en Pep cada cinco segundos, pero así, bastante complicado… Menos mal que una de las dos sí que disfruta con la elección de la película y nada más escuchar la melodía del principio comienza a aplaudir descoordinadamente.

Me siento a su lado y la observo mientras mira embelesada la tele. Qué duro es esto…, ver a tu madre así, a uno de tus referentes en la vida, a la persona que te hace sentir que todo va bien aunque el mundo se esté desmoronando, a la que recurres siempre que necesitas algo independientemente de los años que tengas…, nadie te prepara para esto, para mirarla sin sentirte perdida, sin enfadarte con ella porque no puede ser que no se acuerde de que ya te ha contado esa historia hace un rato, y te enfadas, te enfadas mucho con esa mierda de enfermedad, porque ves que ese olvido va encaminado hacia un pozo negro lleno de chapapote que le va a inundar sus recuerdos. A veces me gustaría gritarle que pare ya de hacer como que no se acuerda de las cosas y de comportarse así, que ya no tiene gracia, zarandearla por los hombros y conseguir devolverla a la realidad, como si estuviese en algún tipo de letargo del que pudiera salir.

Se abre la puerta. Es Susana, que ya ha llegado.

—¡Buenos días, chicas! —nos dice con alegría—. ¡Luna, qué bien verte por aquí!, ¿qué tal estás?

—Pues he tenido épocas mejores, la verdad. Hoy estaré todo el día con mi madre porque me he cogido unos días de vacaciones.

—Muy bien, eso es genial para Martina. Estar rodeada de la gente que la quiere es una buena medicina. —Y me dedica una gran sonrisa.

Eso me gusta de Susana, que no pregunta. No quiere saber más de lo que le cuentas, es discreta y no se mete donde no la llaman.

Sin darme cuenta, mi madre se ha quedado dormida en el sofá mientras hablaba con Susana. La recuesto un poco para que esté más cómoda y la tapo con una manta.

Aprovecho para dormir un rato yo también. Son las diez de la mañana y mi mente se va a Pep. No sé exactamente a qué hora tenía las conexiones de los vuelos…, creo que me lo comentó el sábado, pero no le hice demasiado caso porque quería aprovechar cada segundo de los que estuviéramos juntos sin pensar en vuelos ni transbordos ni nada que no tuviera que ver con nuestro propio espacio aéreo. Estoy agotada y no consigo dormirme. Mis pensamientos saltan de Pep a mi madre sin darme tregua.

Un ruido me sobresalta. Vaya, parece que al final sí que he conseguido dormir un poco… Es Susana, que está ordenando la sala. No tendría por qué limpiar ni recoger, pero no sabe estar quieta.

—Perdona, Luna, no quería despertarte. Quería aprovechar el rato que dormíais para recoger un poco —se excusa, con expresión de niño al que acaban de pillar haciendo algo que no debe.

—Tranquila, Susana, si ya me tenía que despertar. ¿Qué hora es?

—Las doce y media.

—¡Ostras, qué tarde! Si no he preparado nada para comer…

—Creo que de eso ya se ha ocupado tu padre.

Voy al frigorífico y puedo ver que, efectivamente, ayer a la noche se dedicó a cocinar. No sé si él vendrá a comer, aunque supongo que aprovechará para estar toda la jornada con Andrés y ponerse al día.

—Susana, ahora vengo. Voy un momento a casa de mi abuela.

Voy a aprovechar que mi madre sigue dormida para bajar a verla y si con un poco de suerte consigo saber algo más.

—¡Abuela!, ¿qué tal estás? —La abrazo y le doy un beso.

Estará más delicada por culpa del corazón, pero la verdad es que yo la veo como siempre, igual de activa y vital. Me la encuentro en la cocina, entre pucheros, como no podía ser de otra forma a estas horas.

—¡Luna, mi vida!, cómo me alegro de verte. Yo estoy muy bien, mírame. —Y se da una vuelta para que la contemple.

—Estás estupenda, abuela; ya me gustaría a mí, ya…

—Anda, zalamera, ven aquí. —Me da un abrazo de los que solo una abuela sabe dar—. Oye, y tú qué, porque el abuelo no me cuenta mucho, pero yo tonta no soy. Ya sé que Pep se ha ido… —Se sienta en una silla de la cocina y me invita a sentarme en otra junto a ella.

Le cuento brevemente mis problemas con mi marido sin querer profundizar mucho, porque me interesan más otros temas ahora mismo y porque tampoco la quiero preocupar demasiado.

—Abuela, cambiando de tema, últimamente mamá nombra a dos personas que nadie sabe quiénes son: Koro y Montxo. Y a mí continuamente me confunde con esa tal Koro. ¿Tú sabes quiénes pueden ser?

—Koro y Montxo… —Se queda pensativa y puedo adivinar preocupación en su rostro —. No sé…, con esos nombres igual serán amigos de los veranos que pasamos en San Sebastián, supongo…, pero tampoco sé nada de ellos —y lo dice sin mirarme a los ojos—, ya sabes que los padres nunca lo sabemos todo de los hijos, aunque nos gustaría…

—¿Veranos en San Sebastián? Nunca me había dicho nada mamá…

—Igual no te comentó nada porque puede que ni se acordara. Fuimos un par de veranos a casa de un colega del abuelo. Estudiaron juntos y nos invitaron un año a ir allí. Al verano siguiente nos volvieron a invitar y fuimos otra vez, pero, estando allí, el abuelo tuvo una discusión bastante fuerte con el que era su amigo y no volvimos a ir. Puede que esas dos personas las conociera en esa época…

—Sí, puede ser…

No me convence nada lo que me acaba de contar y sé que me está ocultando cosas. Hay algo que no me cuadra, pero no le voy a decir nada a mi abuela porque no es bueno que se ponga nerviosa.

Cuando Pep y yo estudiábamos en Pamplona, íbamos muchos fines de semana a San Sebastián de viernes a domingo, porque al poco de estar saliendo reservó por sorpresa un fin de semana romántico allí y a raíz de ese viaje descubrimos una ciudad que nos encandiló, pensada para parejas enamoradas y en la que cada rincón invita a pasear, a besarse, a quererse… Nosotros éramos jóvenes, nos queríamos con locura, estrenábamos relación e independencia de nuestras familias y Donostia se convirtió en la ciudad de nuestra historia de amor, un sitio en que nos hacían sentir como si estuviéramos en casa y en el que la tercera vez que fuimos, el dueño de la pensión en la que nos solíamos alojar ya se sabía nuestros nombres. Todo eso, unido al hecho de que en ella conseguíamos cubrir nuestra necesidad de tener el mar cerca, la convirtió en nuestro sitio preferido para escaparnos. Ahora se uniría a mi lista de lugares a los que no podría volver sin Pep, porque en cada rincón me invadiría su recuerdo, su imagen, la tontería que dijo y las risas que lo acompañaron, los besos que me dio…, sería demasiado doloroso. Por eso me parece extraño que, con todas las veces que le he hablado a mi madre de esta ciudad, ella no me comentara que ya la conocía. Yo le solía decir, cuando iba a visitar la tienda de Bilbao, que se tenía que acercar a conocer San Sebastián, y siempre me decía que algún día iría conmigo en plan escapada de chicas, y así le hacía yo de guía.

—Bueno, abuela, gracias por la charla. Voy a volver a casa, que mamá ya habrá empezado a comer y así comemos juntas.

—Es un placer para mí que vengas a verme, cariño. Ya sabes que puedes venir siempre que quieras. —Se levanta y me acompaña hasta la puerta—. Luna, tampoco le des demasiadas vueltas a estas cosas, que ya sabes cómo está tu madre y seguro que son personas sin importancia en su vida.

—Sí, seguramente. —Le doy un beso y me voy.

Al terminar de comer, acompaño a mi madre a sentarse en la butaca del mirador, preparo unos cafés y me siento con ella. Voy a intentar que me cuente más cosas, que me dé más datos, a ver si descubro qué es lo que lleva dentro y nadie parece conocer.

—¿Sabes si Koro y Montxo están en San Sebastián? —le digo de repente.

—No, no… —Se empieza a agitar e intenta levantarse de la butaca—. Koro, dile a Montxo…

—¿Qué le tengo que decir? —Me levanto y me pongo en cuclillas a su lado para cogerle de las manos y que se tranquilice.

—Vamos a bailar…, a los Tilos…, dile…, eh.

Se recuesta en la butaca y se queda en silencio.

—Claro, tranquila, que yo le digo.

Me vuelvo a mi butaca y cojo mi móvil. Tengo que buscar a ver qué es eso de los Tilos, dónde es, a qué se refiere… Escribo en el buscador «baile en los Tilos», y nada, nada que pueda tener relación con mi madre, con San Sebastián o con esas dos personas misteriosas, ya que lo que aparece hace referencia a academias de baile, pero de Andalucía. Cambio la búsqueda y pongo «bailar en los Tilos San Sebastián». Lo que aparece ahora me resulta más interesante, o por lo menos que puede tener más relación con lo que busco. Se trata de artículos de opinión hablando de un baile al que iban los jóvenes guipuzcoanos en la época de los 60, 70…, en el paseo de los Tilos, pero pone que es en Hernani, no en San Sebastián. Creo recordar que yendo en tren pasabas por ese pueblo un poco antes de llegar a la estación del Norte. Puede ser que en esos dos veranos en los que dice mi abuela que fueron, conociera a Koro y Montxo y le llevasen a bailar a los Tilos. Sería lo más lógico, con los datos de que dispongo, pero por qué nunca ha hecho referencia a esa época de su vida, por qué nunca me habló de sus visitas a San Sebastián… Esta historia sigue teniendo muchos agujeros que pretendo ir rellenando poco a poco.

Me suena el móvil; es Valeria, que ya viene. Son las seis de la tarde, es pronto para cerrar la tienda, así que supongo que se habrá quedado su socia al frente del negocio.

A los diez minutos más o menos se abre la puerta y aparece Val. Voy a su encuentro. Mamá se ha quedado adormilada en la butaca del mirador.

—Hola, hermanita —le digo en voz baja mientras voy a abrazarla.

—Hola, ¿dónde está mamá? —me dice mirando a todas partes.

Le señalo la butaca y vamos hacia allí. Está nerviosa. Se lo he notado nada más verle la cara; solo espero que tengamos una tarde tranquila.

—Hijas…, las dos aquí…, qué bien. —Se acaba de despertar y sabe quiénes somos, no está mal. A ver si así Valeria se relaja un poquito.

—Mamá… —tiene la voz entrecortada y las lágrimas amenazan con asomar en sus ojos —. Voy a prepararme un café, ¿queréis algo?

Se escapa corriendo a la cocina y voy detrás de ella.

—Val, ¿estás bien?

Cuando llego donde está ella, sus ojos ya están llenos de lágrimas.

—Sí…, solo que hacía tiempo que no la veía y no esperaba verla así…

—Así, ¿cómo?

—Así…, tan mayor…, tan…, no sé…, diferente. No parece ella.

Sí, ha envejecido mucho últimamente. A mí quizá no me impresiona tanto porque la veo casi a diario, pero si me pongo a pensar en la imagen que tenía hace poco tiempo, me da miedo ver cómo está cayendo.

—Bueno, tómate el tiempo que necesites, estamos allí, ¿vale? —Le pongo una mano en su hombro para intentar transmitirle tranquilidad.

Voy otra vez junto a mi madre y a los pocos minutos se nos une Val. Después del golpe inicial que le ha supuesto ver a mamá, parece que ya se ha recompuesto y ha venido más relajada.

—Mamá, ¿qué tal te encuentras? —le pregunta aparentando normalidad.

—Ahí, en esa casa, hay un hombre muy malo —y nos señala el edificio de enfrente—, malo como papá.

Valeria me mira asombrada sin saber qué decir.

—Mamá, ¿el abuelo es un hombre malo?, ¿qué ha hecho? —le pregunto yo.

—Sí, sí…, malo malo, Koro, tú ya lo sabes… —y se calla, dejando perdida su mirada.

Valeria y yo nos levantamos para apartarnos un poco de ella y poder hablar tranquilamente.

—Ya ves, hermanita. Siempre está con lo mismo. A la mañana he estado hablando con la abuela y me ha contado una historia que no me ha convencido demasiado, la verdad.

La pongo al día de todo lo que hemos hablado y de lo que he leído en internet a partir de las cosas sueltas que me ha ido diciendo mi madre.

—Luna, tenemos que seguir investigando, porque parece que nos quieren ocultar algo. Perdóname, el viernes cuando me lo comentaste no le di importancia, pero creo que tienes razón. Hay algo del pasado de esta familia que tiene que ver con mamá y no nos lo han contado…

—Menos mal… —Respiro, aliviada—. Por fin alguien me da credibilidad, porque todas las personas con las que hablo intentan quitarle importancia. Ya estaba empezando a pensar que mi vida es muy aburrida y necesito inventarme películas para darle emoción…

—Y papá, ¿qué te dice al respecto?

—Nada, me dice que él no conoce a nadie que se llame así y que no le dé más vueltas, que puede ser alguna película que vio hace tiempo. Pero claro, de San Sebastián todavía no he hablado con él. Aunque si fue anterior a conocerse, puede que a papá tampoco le contara nunca nada…

—Por cierto, ¿cómo estás? Pep ya se ha ido, ¿no?

—Anda, vamos a sentarnos otra vez porque hay mucho que contar… —La cojo por el brazo y vamos a la sala.

Mi madre sigue en su butaca mirando por la ventana y Susana está a su lado leyéndole un libro. Le cuento a Valeria todo lo que pasó desde que salí el viernes de su casa.

—Luna, lo siento…, es culpa mía… —me dice disgustada.

—¿Culpa tuya?

—Si no hubieras salido tan mal de mi casa no habrías llamado a Marc y nada de eso habría pasado… —Le veo en la cara que se siente totalmente culpable de lo que ha ocurrido.

—Val, no pienses eso ni por un segundo. Lo que pasó fue exclusivamente culpa mía, que fui la que mandó el mensaje. Motivado por un estado de ánimo concreto, vale, de acuerdo, pero la última responsable soy yo. Además de que ya soy mayorcita como para pensar las consecuencias de mis actos antes de llevarlos a cabo.

Se abre la puerta y aparece mi padre.

—¡Hijas, que alegría veros aquí! Valeria, cariño, ¿qué tal estás?

—Bien, papá. Siento no haber venido antes, pero es que estaba bastante liada… —Lo dice mirando al suelo, consciente de que no es verdad.

—Tranquila, hija, lo importante es que estés aquí —le dice mi padre mientras se acerca a

abrazarla.

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo ha ido con Andrés? —le pregunto, para relajar un poco la emoción del ambiente.

—Bien, he aprovechado todo el día y he vuelto a comprobar una vez más que no podríamos tener a nadie mejor al frente de la empresa. Por cierto, hijas, ya que estáis aquí, ¿os quedáis a cenar, no?

—Gracias por la invitación, papá, pero mejor me voy a casa, que si no se me hace muy tarde. Otro día será… —responde Val mientras se levanta para coger sus cosas.

—Venga, hermanita, por los viejos tiempos —le digo mientras le pego un ligero empujón con mi hombro.

Por los viejos tiempos…, qué ilusa soy. Miro a mi alrededor y puedo ver que ya nada queda en esta casa de esa época, y, encima, son probablemente esos viejos tiempos los que quiere borrar Valeria de su mente. Me mira y sin decir nada ya sé lo que está pensando. No la tenemos que presionar, porque creo que ya ha tenido suficiente por hoy.

9. Secretos destapados

La cena transcurre tranquilamente, con mi padre poniéndome al día de los entramados del negocio y yo haciendo ver que le sigo el hilo, pero con mi cabeza intentando cuadrar las piezas de un rompecabezas que tiene a mi madre como protagonista.

Llevo a mamá a su habitación y la ayudo a acostarse. Me tumbo a su lado y le acaricio el pelo. Qué día más largo, aquí es como si las horas no avanzaran… Se gira hacia mí y empieza a acariciarme.

—Ay…, *nire ilargitxo maitea*…[1]

—¿Qué, mamá?, ¿cómo has dicho?

Me quedo bloqueada y noto que se me acelera el pulso. En mi memoria se abre una compuerta y me empiezan a venir recuerdos sueltos. Esa frase me la decía cada noche cuando era pequeña, y me parece que es en euskera. Comienzo a recordar canciones que me cantaba para dormirme que tampoco eran ni en castellano ni en catalán…, y me viene a la mente la cara de un hombre, con mi madre, en la casa de la Costa Brava, que no es mi padre, pero no sé quién es, no consigo descifrar esa cara…

Ha pasado un buen rato ya y sigo inmóvil en la cama. Mi madre está dormida. Empiezo a oír voces: vienen del despacho de mi padre, que está cerca de la habitación de mi madre. Puedo distinguir las voces de papá y del abuelo, pero no sé de qué están hablando, porque, aunque la casa está en silencio, no hablan alto. Esta es mi oportunidad de estar con los dos a la vez y que me expliquen de una vez por todas a qué se refiere mi madre, y qué son todos esos recuerdos que han venido a mi memoria. Salgo despacio del cuarto y me quedo quieta al lado de la puerta del despacho, intentando escuchar la conversación.

—¿Y qué podemos hacer?

—No lo sé, Antonio, pero está haciendo muchas preguntas, yo ya no sé qué decirle cuando me pregunta algo…

—Tarde o temprano iba a llegar este día, y será peor que lo descubra por su cuenta. Creo que ha llegado el momento de que le contemos a Luna toda la verdad.

Lo sabía. Yo tenía razón, hay algo que me han ocultado durante años y ha llegado el momento de saber qué es. Abro la puerta y los dos se quedan helados al verme en el umbral.

Ninguno es capaz de decir nada: no se esperaban que apareciera de esta forma. Han decidido que tenían que hablar conmigo, pero supongo que no se lo imaginaban así. Pensarían planificarlo, pensar lo que me iban a decir, pero al sorprenderles han perdido toda posibilidad de maquillar la historia. Ya no hay vuelta atrás.

—Aquí estoy. Ya me podéis contar todo lo que no habéis sido capaces hasta ahora, y estoy deseando oírlo. —Intento no ser sarcástica, pero me cabrea descubrir que yo tenía razón y todos me lo negaban.

—Luna, hija, pensábamos que estabas dormida —dice por fin mi padre, al que parece

que ya le ha vuelto la sangre al cuerpo.

—Siéntate, por favor, porque hay mucho que contar —me dice mi abuelo con una cara de preocupación que no puede ocultar—. Lo primero que tienes que saber es que, desde que naciste, el único objetivo de esta familia era hacerte feliz, y ocultarte esto fue con ese propósito.

—Vale, muy bien, lo tendré en cuenta. Podéis empezar cuando queráis. —Me siento en el sofá y espero con ganas a que alguno de los dos comience.

—Está bien, Luna, no nos vamos a andar con rodeos a estas alturas. Hace treinta y nueve años —empieza a hablar mi abuelo— recibí una llamada de un colega ginecólogo, Jesús Mari Galarza, de San Sebastián, con quien coincidí en la facultad. Tenía un problema que quería que yo le solucionara: su hija Icíar se había quedado embarazada. Era una familia adinerada, y muy religiosa, que no podía permitir que su hija mayor, y soltera, tuviera un hijo con un chico al que no aceptaban. Lo que quería Jesús Mari era enviar a su hija aquí, y que yo le hiciera el favor de poner fin a ese embarazo en mi clínica.

Me estoy poniendo muy nerviosa y no sé si quiero ir atando cabos o prefiero esperar a que siga la historia.

—No sé si ya te imaginas algo… pero esa chica asustada de veintidós años, que se llamaba Icíar, era tu madre, Martina. Llegó aquí, a nuestra casa, y tu abuela y yo la acogimos como si fuera nuestra hija. Nosotros no habíamos tenido hijos y desde el primer día nos encariñamos con ella. Además, yo no me dedicaba a poner fin a embarazos, como Jesús Mari; iba en contra de mi trabajo, que era conseguir que las mujeres se quedaran embarazadas y no al revés.

Icíar, Martina, embarazos… Ahora mismo estoy totalmente bloqueada. Mi madre no es quien yo creía que era y mis abuelos no son mis abuelos. ¿Pero esto qué es? Ni en la peor de mis pesadillas me acercaba a una historia parecida.

—Y estaba embarazada de mí, ¿no? —Miro a mi padre, que se ha sentado a mi lado, buscando respuestas en él.

—Sí, hija, estaba embarazada de ti. Cuando yo conocí a tu madre, tú ya estabas a punto de nacer…

No me puedo creer todo lo que acabo de oír. Nada en mi vida tiene sentido ahora mismo, ¿qué voy a hacer? Estoy inmóvil en el sofá, sin poder decir nada, solo pensando, digiriendo, asimilando todo y controlando mis ganas de gritarles. Icíar Galarza…, mamá…, contigo también estoy enfadada, ¿por qué no me contaste nada?

—Tu madre nos dijo que quería seguir adelante con el embarazo y tenerte. Nosotros le ofrecimos la posibilidad de quedarse aquí, acogerla y convertirnos en sus tutores, y ella aceptó encantada. Decidió romper toda relación con su familia, se cambió de nombre y adoptó nuestros apellidos. Y así, de repente, pasamos casi al mismo tiempo a ser padres y abuelos. No tuvimos ningún problema en adoptarla legalmente, porque en aquella época con dinero y contactos podías conseguir lo que quisieras.

Noto que los dos me observan.

—Luna, por favor, di algo —me dice mi abuelo.

—Y mamá, ¿estaba de acuerdo en no contarme nada?

—Tu madre fue quien decidió que era mejor para ti no saber nada. Te quería proteger y

solo le importaba tu felicidad. Pensaba que, si te enterabas, te podía perder y no lo soportaría. Quería que nunca tuvieras duda de que esta es tu familia y de que perteneces a este hogar.

—Pero ¿cómo habéis podido? ¡Ni tú eres mi padre, ni tú eres mi abuelo! ¡Y cómo queréis que me sienta! Todos estos años haciéndome creer algo que no era verdad, y si mamá no hubiese empezado a decir cosas que no tenían sentido, nunca me hubiese enterado de nada. ¡Tenía derecho a saberlo! Y ¿quién es mi padre? —Me he puesto de pie y voy de un lado para otro de la habitación, que se ha quedado pequeña para albergar todo mi enfado.

—De tu padre sabemos poca cosa: que se llamaba Montxo y que era hijo del matrimonio que trabajaba en la casa de tu madre. Nunca quisimos preguntarle demasiado, porque cuando llegó estaba muy cerrada en sí misma y tampoco nos quiso contar nada de él.

—¡Montxo!, ¡Montxo es mi padre! Y, ¿quién es Koro?

—Koro es su hermana, tu tía.

Ya está, no quiero escuchar nada más. Tengo que salir de aquí. Necesito perspectiva y descubrir cómo me siento.

—Me voy, no puedo estar aquí ni un segundo más.

Voy hacia la puerta y mi abuelo me coge del brazo.

—Luna, por favor, no te vayas así.

—Déjame, haz el favor. No os preocupéis, pero necesito salir de aquí ahora mismo. Dadme tiempo.

Salgo a la calle y echo a correr. Bajo el paseo de Gracia y llego a la plaza de Catalunya, la cruzo y sigo corriendo. No puedo parar. Cojo la Rambla y llego hasta la estatua de Colón, pero necesito sentir el mar más cerca de mí. Llego a la Barceloneta y bajo a la arena, y cuando estoy en la orilla paro. Me descalzo y meto mis pies en el agua. Por más que he corrido, no he conseguido dejar atrás esta pesadilla y me ha seguido hasta aquí…

Hace una noche estupenda. La brisa del mar me acaricia la piel. Mi cabeza no para ni un segundo… Me quito la ropa, dejándome puesta solo la braga y el sujetador, y poco a poco voy avanzando mar adentro, notando cómo las suaves olas me van mojando el cuerpo. Cuando el agua me cubre hasta el cuello, cojo aire y me sumerjo por completo. Ni por un segundo se me pasa por la cabeza abandonarme a la inconsciencia, rendirme y dejar de luchar, aunque una sensación de bienestar se esté apoderando de mí. Emerjo y vuelvo a la orilla sintiéndome un poco más ligera.

---

1 Ay…, mi lunita querida.

2.ª Parte

10. Verano del 81

Desde que hace dos días mi abuelo y mi padre me contaran la verdad sobre mi madre, estoy como en una nube. Me he venido a la casa de Tossa de Mar y no recuerdo nada del viaje; estoy continuamente pensando en lo mismo. Tengo que repasar treinta y ocho años de frases y recuerdos… Ahora estoy comprendiendo muchas cosas de las que me decía mi madre, sin ir más lejos cuando le pregunté si papá había sido su gran amor y ella me contestó: «Sí, cariño, tu padre ha sido el gran amor de mi vida». Se refería a Montxo…

Durante estos dos días mis sentimientos se han ido modificando, he pasado del enfado inicial con toda mi familia a la comprensión. Sigo dolida por el hecho de que decidieran ocultármelo, pero también estoy agradecida de que acogieran a mi madre como a una hija, le diesen la oportunidad de criarme y pusieran a su disposición los recursos para que se convirtiera en la gran empresaria que llegó a ser. ¿Cómo es posible que sus padres decidieran por ella?, ¿qué clase de personas tratan así a su propia hija y prefieren perderla antes que dejar que viva su vida? Afortunadamente fue a parar a casa de mis abuelos, que son un ejemplo de generosidad. Pero tengo tantas preguntas ahora mismo… ¿Quién es mi padre? ¿Dónde estará? ¿Tendré más hermanos? Todo son interrogantes. También tengo una tía, Koro, ¿tendrá hijos?, ¿tendré primos? Esto es demasiado para cualquier persona. Mamá…, ¿por qué no me contaste todo esto antes? Tú eras quien podía responder a todas mis dudas y la persona que mejor me podía contar qué pasó y cómo era la vida que dejaste atrás cuando viniste a Barcelona…

No he sido capaz de ir a ver a mi madre después de saber la verdad. Necesito aclarar mis sentimientos primero y no quiero agobiarla con preguntas. Creo que en el fondo me da miedo verla de una forma diferente; es como si fuera otra persona…

He buscado en internet algo relacionado con los padres biológicos de mamá y he descubierto la existencia de una clínica en el centro de San Sebastián fundada por Jesús Mari, Clínica Galarza de Ginecología y Obstetricia, que a día de hoy sigue funcionando. Lo que no sé es si todavía seguirá gestionada por la familia de mi madre o quizá la hayan vendido y continúe manteniendo el nombre. Ese lugar será un buen punto de partida, porque voy a tener que ir a San Sebastián a buscar respuestas. He encontrado también alguna noticia de los años 60 sobre alguna fiesta en la ciudad en la que aparecía su nombre como uno de los asistentes, pero no he conseguido ver ninguna foto suya. Se nota que era una persona influyente en la ciudad y a la que le gustaban los actos sociales. También había una pequeña reseña sobre él en la que indicaban su fecha de nacimiento, pero no la de defunción… Quizá todavía esté vivo, aunque dudo mucho que esa noticia fuera reciente.

Está amaneciendo y ya se ve todo el cielo despejado; hoy va a hacer un día precioso. Llegué ayer a la noche y apenas he dormido. Son las siete de la mañana y estoy en la terraza con el primer café del día en mi mano. Menos mal que me traje algunas cosas de casa, porque aquí no había nada; así por lo menos he podido desayunar algo. Más tarde me

acercaré al pueblo a hacer unas compras. Miro a mi alrededor e inspiro hondo. Este lugar es tan relajante… El día está despertando y solo se oyen los pájaros y el rumor de las olas. La suave brisa mueve ligeramente las hojas de los árboles y el frescor del amanecer me obliga a cubrirme con una manta fina. Me he traído el portátil para seguir intentado contactar con Pep. Ya estarán instalados en el campamento, pero desconozco si dispondrán de alguna conexión a internet. Yo por si acaso seguiré mirando por si me contesta al e-mail que le envié, y si es necesario, le enviaré alguno más. Ahora mismo lo necesito más que nunca, me gustaría poder contarle todo lo que ha pasado, explicarle cómo me siento y que me reconfortase con uno de sus abrazos…

Ayer me volví a reunir con mi padre y con mi abuelo para hablar con Valeria; ella también tenía que saber toda la verdad. Para mí, oírlo por segunda vez me hizo darle la vuelta y poder verlo también desde la perspectiva de mi familia, ya que con el impacto inicial no eres capaz de analizarlo todo en profundidad, y eso fue lo que me ayudó a no estar enfadada con ellos. Para Valeria fue duro, muy duro…, pero creo que a la vez fue liberador. Las diferencias que ella siempre había percibido entre nosotras tenían una razón de ser: éramos de padres diferentes, pero en parte también de madres distintas. Yo, hija de Icíar, y Valeria, de Martina…, dos mujeres en dos momentos de la vida, en distinto contexto, que vivieron dos historias de amor que nada tenían que ver, pero a la vez la misma mujer… Ahora es más fácil comprenderlo; por un lado, mamá se aferraba a mí como el nexo con su gran amor, y por otro lado, Valeria era la constatación de que ese gran amor ya era imposible…

Cuando terminó de oírlo todo se sentó en el sofá sin poder decir nada, con la mirada perdida, y yo me senté a su lado.

—Val, ¿estás bien? —le pregunté.

Se giró hacia mí, me abrazó y empezó a llorar.

—Lo sabía, lo sabía… —repetía entre sollozos.

Tuve la sensación de que la losa que llevaba tiempo oprimiéndole el pecho se la acababan de quitar de golpe. A media mañana la llamaré, a ver qué tal se encuentra hoy. Espero que, al igual que a mí, las horas que han pasado le hayan servido para verlo con otra perspectiva y que por nada del mundo vuelva a la época en la que odiaba a toda su familia…

En las últimas horas, también he hecho el ejercicio de ponerme en el lugar de papá, y me da mucha pena, porque creo que ha sido uno de los grandes perjudicados en esta historia. Tan enamorado de mamá que no le importó en ningún momento asumir mi paternidad y criarme como si fuera su hija. Cómo se puede sentir ahora, llegados a este punto, cuando el subconsciente se apodera de su mujer y ella pierde la capacidad de filtrar los sentimientos; cuando, después de haber pasado toda una vida juntos, de quien se acuerde sea de otra persona. Que tenga que escuchar cómo lo nombra a él mientras es papá el que sufre día y noche su deterioro a su lado, y que tenga que ver cómo pasa las horas mirando por la ventana, esperando a que venga a rescatarla de una vida que parece no haber querido vivir, tiene que ser muy triste y desalentador. Aunque no tengo duda de que han sido felices juntos, y de que mamá también lo ha querido mucho, me queda la sensación de que no se entregó del todo a papá y, por lo que dice ahora, siempre tuvo la esperanza de que él viniera a buscarla.

Y Montxo qué, ¿por qué no vino a por ella?, o igual ni sabe que existo… Necesito respuestas y mi familia ya me ha contado todo lo que sabe.

Ayer también nos aclaró mi abuelo por qué la llegada de mi madre no salió a la luz por parte de la prensa rosa: nos explicó que, en el año 1975, que fue cuando mamá vino, el país todavía estaba sumido en la dictadura, aunque faltaban dos meses para que muriera Franco, y la prensa del corazón se limitaba a seguir las pautas marcadas por el Régimen; solo se hacían eco de la vida de las distintas casas reales europeas, así como de los amoríos de las tonadilleras, toreros y actrices de Hollywood. Por tanto, no les costó ningún esfuerzo que su llegada pasase desapercibida, porque, a pesar de ser una familia adinerada de Barcelona, era sabida por todos la poca afinidad de mi abuelo con el Régimen, con lo cual no había que hablar de ellos. Con el paso de los años, mi madre ha sabido mantenernos alejadas a Valeria y a mí de ese tipo de publicaciones, y de esta forma a ningún periodista se le ha ocurrido indagar en el pasado de esta familia. Así que solo tuvieron que explicárselo a su círculo más cercano, y fue una noticia que celebraron todos, porque, gracias a la simpatía que generaban mis abuelos entre sus amistades, debido a su carácter y bondad, no pudieron más que alegrarse por ellos, ya que finalmente conseguían tener la familia con la que tanto habían soñado.

Voy a abrir todas las ventanas de la casa, para que entre aire renovado en las habitaciones. Cada una de ellas es una caja de recuerdos de momentos vividos junto a Pep y también junto a mi madre. No sé si voy a poder permanecer aquí mucho tiempo… Está todo tal y como lo dejamos la última vez que estuvimos los dos. La casa parece estar esperando a que la llenemos de vida nuevamente, como pasaba en la época dorada de esta familia, cuando los fines de semana de verano se convertía en lugar de acogida de amigos y familiares. Preparábamos barbacoas en el jardín y Valeria y yo éramos felices siendo las anfitrionas de un nutrido grupo de niños, hijos de los amigos de mis padres, con los que nos gustaba jugar al escondite por toda la casa y volver locos a los adultos…

Abro la puerta de la habitación de mis padres y me quedo mirándola desde el umbral. Ya no parece tan grande como cuando era pequeña, pero sigue siendo el cuarto más bonito que conozco. El blanco es el color que predomina en esta habitación, roto solo por las baldosas antiguas de barro que cubren todo el suelo. Un gran ventanal se abre a la terraza desde la que se ven el jardín y la cala, y en medio, presidiendo la habitación, se encuentra la preciosa cama con dosel de mis padres. Es una cama de madera clara, con una colcha de hilo y un montón de cojines, todo ello en blanco, y las cortinas del dosel son también del mismo color. Es una de esas camas que invitan a tumbarte, dejarte envolver y dormir durante horas. Y también era mi escondite preferido cuando era pequeña. Venía aquí, cerraba la puerta, soltaba las cortinas del dosel y abría las ventanas de par en par, para que la brisa del mar las moviera a su antojo. Yo me tumbaba en mitad de la cama, observando el baile de las telas a mi alrededor, y dejaba volar mi imaginación, inventándome historias en las que yo era la protagonista. Más de una vez me quedaba dormida, y mi madre, que ya sabía perfectamente dónde buscarme en caso de no encontrarme por la casa, me despertaba llenándome de besos.

Cruzo el umbral, pero como nunca lo había hecho hasta ahora: con la necesidad de

hallar respuestas, de encontrar algo que me ayude en mi búsqueda… Me voy directa al vestidor, que sigue lleno de cosas de mi madre. Empiezo a mover los montones de ropa doblada de las estanterías con la esperanza de encontrar algo escondido detrás, abro cajones y rebusco en su interior, muevo las perchas para hacer hueco en la parte de abajo del armario y veo las cajas de zapatos vacías que guardaba ahí. Las voy abriendo una a una, pero nada: aparecen fulares, cinturones…, hasta que al abrir una lo que me encuentro dentro son fotos. Cojo la caja, salgo del vestidor y me siento en la cama para mirarlas detenidamente. Son fotos de hace años, de los veranos en esta casa, cuando Val y yo éramos pequeñas; en algunas aparezco yo sola jugando en la playa, en otras estoy con mamá, hay también fotos de las famosas barbacoas de verano en las que puedo reconocer a algunos amigos de mis padres… Y entonces aparece una en la que estamos mi madre, muy joven; yo, que soy una niña, y un chico, cuya cara me resulta familiar, pero que no consigo situar… Está hecha en la terraza de una cafetería de este pueblo, supongo que le pedirían a alguien que nos la hiciera, y en el reverso puedo leer «verano del 81» escrito por mi madre. Observo detenidamente la imagen y veo que mamá lo mira embelesada. Es un chico muy guapo, moreno, con el pelo no muy largo, pero en el que se aprecian rizos incipientes. Su cara me resulta familiar… Tiene su brazo rodeándola a ella y yo estoy sentada en el regazo de ese hombre, que con su otro brazo me rodea a mí por la tripa. Físicamente se ve que es fuerte, e incluso estando sentado se aprecia que es un hombre alto. Analizándola fríamente, la verdad es que parecemos una familia que desprende felicidad… ¡Claro! Esa cara… ¡es la del hombre cuya imagen me vino el otro día a la cabeza! No me había dado cuenta… ¿Será Montxo? Entonces sí que lo conozco, hemos estado juntos ya, sabe que existo… Pero, si él vino aquí, ¿dónde estaba mi padre? Porque, según he podido saber ahora, se casaron a los pocos meses de nacer yo, en 1976, y Valeria nació en 1982, en noviembre. Pero entonces qué pasó en el verano de 1981, ¿por qué vino Montxo aquí?… Bueno, seguimos sumando incógnitas a la ecuación. Tendré que hablar con papá, porque supongo que para la parte de la historia en la que ya estaba él sí que tendrá respuestas.

Me tumbo en la cama de mis padres, cierro los ojos y me duermo; me siento agotada…

Me despierto poco a poco y no sé dónde estoy, ni qué hora es. Miro a mi alrededor y veo las fotos esparcidas a mi lado. Saco el móvil del bolsillo y observo que ya son las seis de la tarde… Qué bien…, qué gusto da poder dormir cuanto necesites sin preocuparte del reloj. Tengo que ir al pueblo a por comida, así que cojo la bici, porque me hace falta despertar del todo y el aire en la cara me va a venir muy bien.

Primero necesito un café, y sin ser consciente de ello me dirijo al lugar donde se hizo la foto. Es como si necesitara volver al escenario para que los recuerdos encuentren más fácilmente el camino de regreso a mi mente… Me siento aproximadamente en el sitio desde el que se sacó la foto y pido mi café. Estoy en el paseo de la playa y frente a mí observo la zona de la muralla y a mi izquierda la playa, que me invita a pegarme un chapuzón… Miro las sillas vacías que me hacen compañía e intento imaginarnos a los tres ahí sentados, hace treinta y tres años…

Cojo el móvil y llamo a Valeria; necesito saber cómo se encuentra.

—Hola, hermanita —le digo con todo el cariño que puede transmitir una voz—. ¿Te cojo en buen momento?

—¡Hola, Luna!, me alegra oírte. Sí, tranquila, que hoy me he cogido el día libre y ahora mismo estoy paseando.

—¿Qué tal estas? ¿Ya lo vas asimilando poco a poco?

—Aunque parezca mentira, hacía tiempo que no me encontraba tan bien, Luna. Y tú qué, ¿cómo estás?, porque me preocupa que te hayas ido sola al pueblo.

—No te preocupes por mí, necesitaba alejarme un poco de todo para poder analizarlo con más perspectiva. Por cierto, hoy buscando entre las cosas de mamá me he encontrado una caja con fotos antiguas, de cuando éramos pequeñas, y en una de ellas, pone que es del verano del 81, aparezco yo con mamá y un chico que estoy casi convencida de que era Montxo.

—¿Tu padre? ¡O sea, que ya lo conoces! ¡Habéis estado juntos ya! ¿Cómo es? —Casi está más emocionada que yo con el descubrimiento.

—Sí, eso parece. Tengo que hablar con papá para ver si me aclara qué pasó en el verano del 81, porque ahora tengo todavía más preguntas que antes. Ah, ahora ya sé de quién he sacado el pelo rizado…

—Luna, ¿has pensado en algún momento en ir a conocer a tu padre y a la familia de mamá?

—Sí, lo tengo prácticamente decidido, ya que hay una parte de la historia que aquí no me puede explicar nadie. Necesito conocer a mi padre y que me diga por qué nunca he sabido nada de él, por qué renunció a su hija… En cuanto a la familia de mamá, no sé qué decirte… Todavía no he descubierto si necesito saber algo de ellos, la verdad. ¿Y tú, quieres conocerlos?

—Pues mira, Luna, lo he estado pensando en estas últimas horas y a los padres de mamá les podría dar las gracias por haber sido tan malnacidos y haberla echado de casa, porque de esa forma conoció a papá y nací yo, pero todo lo demás que les podría decir serían reproches por haber condicionado el resto de la vida de su hija y de rebote también las nuestras, hermanita —noto claramente su enfado en el tono—, así que no, no quiero conocerlos, porque no se merecerían que desperdiciara ni un solo minuto de mi tiempo en ellos.

—Me parece perfecto, Val. Yo todavía no lo sé…

—Bueno, Luna, pero también te digo que si tú decides ir a conocerlos y necesitas que te acompañe, sin dudarlo iré contigo y te apoyaré en esos momentos, aunque me mantenga al margen.

—Gracias, Val, lo tendré en cuenta.

Sigo hablando con mi hermana unos minutos más y me voy a hacer las compras. No quiero comprar demasiado porque no sé cuántos días voy a estar por aquí, ya que cada vez tengo más claro que quiero ir a San Sebastián, y voy a hacerlo cuanto antes, ahora que se me amontonan las preguntas en la mente y mis sentimientos hierven.

Cuando llego a casa son ya las nueve de la noche. Luego llamaré a papá a ver si me puede explicar algo de lo que pasó el verano del 81, pero ahora mismo necesito hacer otra cosa. Me quito toda la ropa, me pongo una camiseta larga de tiras y unas chancletas y salgo por la terraza en dirección al caminito que baja a la cala. Todavía hay luz, es lo bueno del mes de junio y una de las cosas que lo convierten en la época que más me gusta del año. Al llegar a

la orilla me desprendo de la camiseta y la arrojo a la arena. Me introduzco lentamente en el agua, hasta que me llega a la altura del pecho y noto la relajación en cada centímetro de mi cuerpo. Nadar desnuda es una sensación tan placentera que creo que lo tendrían que recetar los médicos de cabecera para combatir el estrés del día a día…

Vuelvo a la orilla y me siento en la arena; los últimos rayos de luz del día se van despidiendo. Intento recordar ese verano, el del 81, en el que estuve aquí mismo con Montxo, pero no hay suerte, era demasiado pequeña… Por una asociación de ideas me viene a la mente la última vez que vinieron mis padres, hace tres años, poco antes de mi última estancia con Pep. Conseguimos convencer a mi madre para que saliera de casa, ya que pensábamos que estar aquí un tiempo le sentaría muy bien, por el cambio de aires y porque en esta casa siempre ha sido muy feliz, pero nada más lejos de la realidad… Al llegar no reconocía nada ni a nadie y todo el tiempo que pasaron aquí se sintió muy perdida. Encima, la gente del pueblo, que la conocía de toda la vida, al verla se acercaba a saludarla, ajena a su estado, y cada día se convirtió para ella en un trabajo continuo de hacer memoria y de frustración. Pero es que al volver a Barcelona también tuvo una época de desorientación hasta que volvió a sentirse segura en su casa. Y así ese verano se cerró otro capítulo de nuestras vidas: ya nunca volveríamos a estar en esta casa con mamá, a desayunar juntos en la terraza, a tener nuestras confidencias a la luz de los farolillos después de cenar… Las estancias aquí ya nunca serían iguales.

—Hola, papá, ¿cómo estás? —Cuando por fin llamo a mi padre, me descuelga el teléfono en el primer tono.

—Luna, cariño, ¡qué alegría que me llames! ¿Qué tal estás? ¿Qué tal por el pueblo? —Puedo notar la preocupación en su voz.

—Bien, papá, pero necesito que me aclares algo. ¿Qué pasó el verano del 81? —Voy directa al grano porque necesito respuestas—. He encontrado una foto en la que estamos mamá y yo con un chico que creo que es Montxo, pero ¿dónde estabas tú?, si ya estabais casados ¿no? —Puedo oír una respiración profunda al otro lado del teléfono y me alegro de que lo estemos hablando de esta forma y no en persona, porque me parece que así es algo más fácil para él.

—Luna… —comienza a decir por fin, después de un silencio que se me ha hecho eterno —. He intentado enterrar ese verano en lo más profundo de mi mente durante muchos años, porque fue el peor momento de mi vida, pero ahora vuelve a emerger… —Hace otra pausa, en un intento por coger fuerzas para darme una explicación—. Era finales del mes de julio del 81, un martes que yo volvía a casa tarde después de haber estado reunido con unos posibles proveedores de la empresa, que por aquel entonces estábamos empezando a expandir. Al entrar me encontré a tu madre llorando desconsoladamente en la sala y fui corriendo a su lado, asustado, pensando que te había pasado algo a ti. Me miró sin poder parar de llorar y me dijo que se tenía que ir, que necesitaba estar un tiempo separada de mí para descubrir lo que sentía, y que por nada del mundo me quería hacer daño. Me quedé helado. No me salían las palabras, mi cerebro se bloqueó por completo, porque yo creía que estábamos bien, que éramos felices… Yo desde luego lo era y daba por hecho que ella también, por eso sus palabras me cayeron como un jarro de agua fría, porque no me las

esperaba. Al día siguiente estaba todo preparado para iros y solo fui capaz de acompañaros hasta la puerta y ver cómo mamá y tú os despedíais sin saber si volveríais. No dije nada para retenerla, no pude, porque la víspera la había visto tan infeliz que no me sentí con derecho a hacerla cambiar de opinión. Necesitaba un tiempo y yo se lo iba a dar. Solo quería verla bien y que volviera conmigo. —Las palabras le salían una detrás de otra, sin parar, como si hubiese estado esperando a que alguien le preguntara sobre aquello para poder contar lo que llevaba dentro tanto tiempo.

—Vaya, papá…

—Os fuisteis ahí, a la casa de la Costa Brava. Aquí, mis días trascurrían lentamente y yo andaba como alma en pena, pensando que había perdido a la persona que más había querido nunca. Dejé que pasaran un par de semanas y como no tenía noticias vuestras decidí ir a visitaros para ver cómo se encontraba tu madre. Cuando llegué no podía creer lo que veía: ahí estabais, mamá y tú con Montxo, en una estampa ideal, como una familia feliz que disfruta del mes de agosto en un lugar maravilloso. No entendía nada, porque cuando conocí a tu madre me dijo que era viuda, así que no tenía ni idea de quién era ese hombre. Me sentía tan idiota… Ella me explicó que era tu padre biológico y me puso al corriente de cómo la habían mandado sus padres a Barcelona a abortar cuando se enteraron del embarazo, que ella había decidido romper todo lazo con su pasado y que hacía poco tiempo que habían vuelto a contactar. Yo hasta ese momento no sabía nada del pasado de tu madre. Me dijo que necesitaban descubrir si quedaba algo entre ellos y por eso se habían refugiado ahí, dejando todo atrás. Sentí que me arrancaban todo por dentro y que el único que sobraba en esa historia era yo, me retiré totalmente derrotado y volví a Barcelona como si fuera un fantasma. Mi vida se apagó y me refugié en el trabajo.

—Pero ¿qué pasó para que volviera? —lo interrumpo intrigada.

—A principios de septiembre me llamó por teléfono llorando, pidiéndome perdón, diciéndome que se había equivocado y que el único hombre con el que quería estar era yo. La perdoné sin dudarlo, porque mi vida estaba vacía desde que me dejasteis, y al día siguiente de la llamada volvisteis a casa. Llegué a la conclusión de que yo había aparecido demasiado pronto en su vida, cuando sus heridas aún estaban sin cicatrizar. Por eso lo consideré como algo que fortalecería nuestro matrimonio, porque si no tu madre siempre habría tenido a ese hombre en su cabeza, ya que su historia estaba inconclusa. Había cerrado ese capítulo de su pasado, me había elegido a mí y yo solo podía alegrarme por ello.

—Y seguisteis adelante sin más, ¿no os afectó?

—Sí, seguimos adelante, pero todo había cambiado. Tu madre no era la misma mujer que antes de todo este asunto. Volvió a casa, pero estaba triste, apática, sin ilusión… No sé qué pasó ese mes de agosto, porque nunca hablamos del tema y yo no le quise preguntar nada, pero claramente la cambió. Con el paso del tiempo, mucha paciencia y una insistente reconquista, fui recuperando poco a poco a la Martina de antes. El embarazo de Valeria también colaboró en la mejora de su estado de ánimo, aunque quizá no tanto como hubiera sido de esperar.

Parece que ha terminado ya y nos quedamos los dos en silencio. No sé qué decirle…

—Vaya, papá, fuiste muy generoso con mamá.

—Para lo que me ha servido… Solo hay que oírla ahora, acordándose del hombre que la dejó tirada estando embarazada, apareció seis años después y tras estar un mes con ella y llenarle la cabeza de ilusiones se volvió a ir. Quizá habría sido mejor que nunca hubiese vuelto conmigo, y ahora probablemente sería yo el hombre presente en sus recuerdos y su memoria maltrecha, para acompañarla en esta última etapa de su vida… —Se le quiebra la voz y comienza a sollozar.

—Papá…, por favor…, no te pongas así. Perdóname, no quería hacerte pasar un mal rato… Pero necesitaba…

—Tranquila, Luna, no te disculpes. No había hablado de esa época con nadie y ya iba siendo hora de sacar lo que llevaba dentro. Perdóname por no habértelo contado antes; creo que sigo intentando protegerte de toda esta historia.

—Papá, no te preocupes. Ya bastante difícil está siendo todo esto para ti. Vete a descansar, mañana hablamos.

—Descansa, cariño

Me quedo sentada, pensando en todo lo que me acaba de contar mi padre. Qué mal lo tuvo que pasar, y encima ser capaz de perdonarla… Una vez más me demuestra la clase de persona que es y lo perdidamente enamorado que ha estado siempre de mamá, hasta el punto de dejar de lado sus sentimientos para anteponerlos al bienestar de su mujer.

Entiendo que mi padre está dolido, pero me niego a pensar que Montxo sea la persona que él cree: un hombre que dejó tirada a mi madre. En esa historia tuvo que pasar algo más, porque si no creo que mamá lo habría desterrado de su vida y su cabeza para siempre.

Y mi madre… Una mujer atrapada entre dos hombres, qué difícil… Cuando el pasado se cuela en tu vida y te la pone del revés, hay que ser muy valiente para afrontarlo e intentar descubrir qué sientes realmente y no jugar a dos bandas. Y yo que siempre había pensado que mis padres habían sido un matrimonio estable y sin altibajos… Quién sabe, igual lo mío con Pep tiene alguna posibilidad…

11. Sorpresas de la vida

Miro el reloj del móvil: son las cinco de la madrugada y me han despertado unos pinchazos en el bajo vientre. Qué bien…, mañana estaré feliz de ser mujer, como me sucede cada veintiocho días exactamente. Y ni me acordaba, no sé dónde tengo la cabeza últimamente… Tendré que volver a ir al súper, porque no lo había previsto y no me he traído el kit básico de supervivencia a la regla.

Intento recordar cuándo fue mi menstruación anterior y no lo consigo. Calculo veintiocho días hacia atrás y por esas fechas no creo recordar haberla tenido. Se me empieza a acelerar el pulso y comienzo a agobiarme haciendo memoria. No puede ser…, recuerdo perfectamente que me coincidió con los días festivos de Semana Santa, y desde entonces… ¡no me ha vuelto a bajar! Hace casi dos meses que no tengo la regla, yo, que soy como un reloj suizo, pero… ¿cómo es posible? ¿Cuándo? Si Pep y yo no…

Me he incorporado y estoy sentada en la cama mirando el calendario del móvil: abril, mayo, abril, mayo… Paso la pantalla una y otra vez de un mes a otro a ver si consigo encontrar una explicación científica. Seguro que todo se debe al estrés y a las emociones que he sufrido últimamente. Porque es imposible que esté…, no…, no puede ser. Entonces mi respiración se detiene y empiezo a notar mucho calor; viene a mi memoria un encuentro casual con Pep hacia finales de abril. Yo estaba en el sofá llorando tras venir de visitar a mi madre y llegó él a casa. Se puso a consolarme tan bien que acabamos haciendo el amor ahí mismo. Ahora lo recuerdo todo y me vienen hasta las sensaciones a la memoria… Fue un encuentro triste, con sabor a despedida, en el que los besos se mezclaban con las lágrimas, como si supiéramos que esa intimidad ya no se iba a repetir, porque nos encontrábamos en ese punto muerto en el que creíamos que ya no había solución. Incluso al día siguiente no quisimos ni hablar de ello y seguimos como si nada. Ya ni me acordaba. La pena es que no sirvió para ablandar nuestras corazas, pero quien sabe, igual sirvió para… ¡Vale ya, Luna!, para, no te hagas esto a ti misma. Tranquilízate y no adelantes acontecimientos. Mañana mismo me hago la prueba y así salgo de dudas.

Tranquila, tranquila… Se dice muy fácil, pero estoy tumbada otra vez y no consigo dormir, dándole vueltas al temita y pensando en qué pasará si da positivo… La vida puede ser tan puñetera… Algo que he deseado tanto, y que pase ahora, tal y como está mi vida… No lo voy a pensar, prefiero no hacerlo, no hasta que llegue el momento, pero no puedo evitarlo…

Son las nueve y media y ya estoy delante de la farmacia del pueblo que está más alejada del centro. Todavía no han abierto y mi ansiedad crece por momentos; encima no puedo parar de bostezar porque anoche no conseguí volver a dormirme.

—¡Luna, qué sorpresa! Pasa, pasa, no te quedes ahí.

¡No me lo puedo creer! Cómo puedo tener tanta suerte… Con todas las personas que habitan este planeta, y Murphy con sus leyes ha decidido instalarse en mi vida unos días…

Justo tenía que trabajar en esta farmacia Adela, la farmacéutica del grupo de amigos del pueblo.

—Qué sorpresa, no sabía que trabajabas aquí. —Fuerzo una sonrisa intentando esconder mi desagrado por habérmela encontrado en este preciso momento. Quería hacer esto cuanto antes, sin tener que dar explicaciones, para poder escabullirme al baño de mi casa sin perder ni un minuto, pero ahora no será posible…

—¿Qué tal estáis? ¡No sabía que habíais venido! —Me abraza y me da dos besos mientras yo le correspondo, porque lo último que me gustaría es ser desagradable con Adela. Al fin y al cabo, ella no tiene la culpa de trabajar aquí.

—Bien, como siempre… No, he venido yo sola, Pep vendrá en cuanto pueda. —Tampoco quiero darle demasiados detalles, a ver si consigo no alargar esto demasiado.

—Tenemos que quedar para tomar un café y nos ponemos al día. Ahora cuéntame, ¿qué te trae por aquí a estas horas?

—Quería un…, test de embarazo… —Bajo la voz porque tengo la sensación de que me está oyendo todo el pueblo.

—¡En serio! ¡Qué bien! ¡Por fin habéis dejado de lado el trabajo para centraros en tener hijos, no sabes cuánto me alegro!

—Bueno, Adela, todavía no sé cuál va a ser el resultado… —Saco la cartera y voy cogiendo dinero, a ver si capta la indirecta: «Dámelo ya, por favor, que quiero escaparme de aquí».

—Pero chica, no seas negativa. Tengo el presentimiento de que va a dar positivo. ¡Qué ilusión! ¡Solo faltabais vosotros!

Nosotros…, qué grande me suena ahora mismo esa palabra…

Me voy acercando hacia la puerta con mi paquetito, intentando cortar ya la conversación. ¿Dónde están los jubilados con un taco de recetas cuando se los necesita…? Nada, no hay suerte y no entra nadie… Adela sale de detrás del mostrador para acompañarme hasta la puerta y me da otro abrazo.

—Bueno, Luna, lo dicho entonces, me llamas y nos vemos un día. Si queréis, cuando ya esté Pep aquí, podéis venir un día a cenar a casa y así veis a Luis y a los niños también, que ya están más mayores… Y de paso lo celebramos, eh… —Me toca la tripa y me hace un guiño cómplice.

—Sí, sí, descuida. Dales recuerdos a todos.

Ya está todo en marcha, el palito mojado apoyado en el lavabo y el tiempo que no avanza. Creo que ya no me queda ninguna uña por morderme. Estoy sentada en el borde de la bañera y no quiero mirar, pero ya han pasado más de cinco minutos, seguro. Me levanto, lo cojo en mis manos y ahí está la frase: «Embarazada de más de tres semanas».

Me vuelvo a sentar con la mirada clavada en ese trozo de plástico. Con todas las veces que me había imaginado este momento y en ninguna de ellas era así, tan agridulce. No sé si reír o llorar. Estoy contenta, por fin ha sucedido, pero Pep…, debería estar aquí conmigo. Ahora tendríamos que estar abrazados y llorando de alegría, y no así, cada uno en un continente… Tenía que ser todo tan diferente… No es justo… Empiezo a llorar, sin poder controlarlo. Me deslizo hasta el frío suelo de baldosa, apoyo la espalda en la bañera, flexiono

mis piernas hasta el pecho y hundo mi cara en las rodillas, abrazándome fuerte. Voy a ser madre, no me lo puedo creer, pero tengo ganas de gritar como una loca, gritarle al mundo para que todos vean la rabia que siento. No sé quién está repartiendo las cartas en la partida de mi vida, pero está claro que me las está dando todas desordenadas; tenía en mi mano la posibilidad de que Pep no se hubiera ido, pero no lo sabía. Cómo puede ser que no me diera cuenta…

Después de un rato desahogándome en el baño, salgo y me siento delante del portátil. Tengo que mandarle otro e-mail a Pep para conseguir que contacte conmigo. Tarde o temprano espero que los lea y me llame.

«Pep, por favor, llámame, necesito hablar contigo. Han pasado muchas cosas en mi vida desde que te fuiste y hay algo que te afecta directamente a ti. No me gustaría tener que contártelo vía mail porque no creo que sea el canal adecuado. Después de que hablemos, si lo deseas, desaparezco de tu vida. Te quiero».

Ahora mismo soy lo más parecido a un león enjaulado, de un lado a otro de casa sin poder parar, con mil cosas en la cabeza y esperando un aviso de mensaje entrante o una llamada que no llega nunca. No puedo quedarme así, con mi vida en punto muerto, esperando a ver si lo lee y me llama, y solo se me ocurre una cosa: tendré que ir a la sede que la ONG tiene en Barcelona, porque supongo que ellos sí tendrán forma de hablar con el campamento.

Decidido: vuelvo a casa, porque este asunto no puede esperar más, así que el café y la charla con Adela quedan pospuestos. Los días de desconexión han quedado reducidos a menos de dos, y con el giro que acaba de dar mi vida mis líos de familia han pasado a un segundo plano. En cuanto asimile lo del embarazo y lo hable con las personas que lo deben saber retomaré la idea de ir a San Sebastián.

A la una del mediodía ya estoy en Barcelona y voy directa a la oficina que tiene la ONG en pleno centro. Al llegar a la puerta veo que el horario en verano se modifica y los viernes trabajan en jornada intensiva hasta las tres. Menos mal, porque no me apetecía nada irme de vacío.

Nada más entrar, ahí la veo. Andrea: la antítesis de voluntaria de ONG que todos tenemos en mente, totalmente preocupada por la imagen, siempre tan mona y estupenda. El claro ejemplo de mujer que levanta ampollas entre el resto y que siempre que te la encuentras piensas que vas hecha un desastre… Es enfermera, y cuando no está en algún país de voluntaria, está en la oficina trabajando en labores administrativas. Se mantiene igual que hace diez años, cuando la conocí. Me la presentó Pep un día que nos la encontramos por la calle, al poco tiempo de volver de su estancia en África. En ese momento supe que habían trabajado juntos y me cayó bastante mal al instante. No puedo soportar a las mujeres que te llaman «cariño» o «amor» sin conocerte de nada y mucho menos aún si le hacen carantoñas a tu marido en tu cara. Así que tanta falsedad reunida en una sola persona me puso en alerta desde el minuto uno. Eso sí, como no podía ser de otra forma, tuve que soportar a Pep diciéndome que era una exagerada, que Andrea es una chica muy maja y que cómo somos las mujeres entre nosotras… Vamos, todo un clásico.

El caso es que ahí está; con todas las personas que trabajarán en esta oficina… Ay,

Murphy, Murphy…

—¡Luna, corazón, qué sorpresa verte por aquí!

Tranquila, Luna, «corazón», respira hondo…

—Hola, Andrea, ¿qué tal estás? —Espero que entienda que le pregunto solo por educación, porque no me importa ni lo más mínimo nada de lo que me cuente de su vida.

—Bien, pero tú, ¿cómo estás tú? —me dice mientras me coge de las manos representando un papel de amiga íntima que no le corresponde para nada—. Estarás destrozada… Ven, vamos a mi despacho y me cuentas tranquilamente.

La sigo sin saber exactamente a qué se refiere, y aunque me gustaría ver por dónde sale esta conversación, prefiero ignorarla y quitarle protagonismo.

—Mira, Andrea, yo solo he venido porque necesito hablar urgentemente con Pep y he supuesto que vosotros tendríais forma de contactar directamente con el campamento.

Su cara cambia de golpe.

—Ay, Luna, Luna… Déjame que te de un consejo de amiga. —Ahora es mi expresión la que se endurece—. Tienes que asumir por tu propio bien que lo vuestro ha terminado. Tú hazme caso, que de hombres sé un montón.

¿Cómo? ¿Perdona? ¿Pero a ti quien te ha nombrado nuestra consejera matrimonial?

—Andrea, cari, no sufras por mí, que estoy perfectamente, pero es que le tengo que preguntar quién se queda con la horrible vajilla de su abuela.

¡Ja! El embarazo me da agilidad mental, no me vas a pillar en un renuncio, mala pécora.

—Ya, claro, seguro que es eso…. ¿Sabes qué pasa?, que nos dijo que bajo ningún concepto quería tener noticias tuyas… Pero de todas formas tú tranquila, que en dos semanas voy allí, a unirme a su grupo, y yo misma se lo preguntaré encantada. —Me lo dice poniendo una sonrisilla de satisfacción que hace que me hierva la sangre—. Bueno, Luna, corazón, cuídate mucho y descansa, eh, porque tienes mala cara.

—Muchas gracias por todos los consejos Andrea, es que eres un amor. No sé por qué se empeña Pep en decirme lo contrario… Por cierto, tú sin embargo tienes la misma cara de siempre —le digo, aunque dudo mucho que sea capaz de detectar las frases con doble sentido.

Salgo de la oficina con la imagen de su gesto de ofendida grabado en mi retina e intentando disimular mi sonrisa de satisfacción. Pero una vez que me encuentro en la calle, lejos de su radio de visión, la expresión de mi rostro cambia totalmente. ¿Será verdad lo que me ha dicho Andrea y Pep no quiere saber nada de mí, o es todo invención de este mal bicho…?

12. Buenas noticias

Aparco el coche en el garaje de casa y subo a ver a mis abuelos. Quiero que sean los primeros en saberlo y que mi abuelo se encargue del control de mi embarazo; con las ganas que tenía de que sucediera, supongo que le hará mucha ilusión la noticia.

—¡Abuela! ¿Cómo estás? —Me la encuentro en la cocina preparándose un café y voy corriendo a darle un abrazo.

—¡Luna, mi vida! ¿Pero qué haces aquí? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué tal estos días? —Me ha cogido la cara entre sus manos y no puede parar de hacerme preguntas.

A juzgar por la expresión de su rostro ha estado muy preocupada desde que me fui. Intentan mantenerla al margen, pero este asunto se lo han tenido que contar.

—Abuela, tranquila que estoy bien. Soy la misma Luna de antes, solo que ahora tengo preguntas sobre mi pasado que debo ir descubriendo. Todavía no le digas nada a papá, pero estoy pensando ir a San Sebastián, aunque no me gustaría que os sintierais traicionados, porque por nada del mundo voy a dejar de quereros. Nos habéis dado todo a mi madre y a mí; os debemos tanto…

—Mira, cariño, tú haz lo que tengas que hacer, es tu vida, tu historia, y estás en tu derecho de descubrir tus raíces y las de tu madre. Jamás nos vas a defraudar porque tanto tú como tu hermana sois nuestra vida. Tu madre cuando vino aquí quiso romper de tal forma con su pasado que nunca nos contó nada de su familia de San Sebastián, ni entró en detalles sobre tu padre biológico, y nosotros tampoco quisimos nunca herirla preguntándole por ello. Y ahora que ella no puede explicarte qué pasó, yo tampoco tengo respuestas para darte… Ve y búscalas, cariño mío, completa las piezas de tu puzle, y cuando estés preparada para volver, te estaremos esperando con los brazos abiertos.

Me abraza y rompe a llorar, liberando la tensión que ha acumulado durante los últimos días. Yo me uno a ella en una sinfonía de lágrimas y la abrazo todo lo fuerte que puedo para intentar transmitirle tranquilidad.

—Abuela, será mejor que dejemos de llorar de momento… ¿Está el abuelo en casa? —pregunto mientras me retiro las lágrimas de los ojos con las manos.

—Sí, nada más terminar de comer se ha ido a su despacho, que tenía papeleos que hacer, me ha dicho.

—Ven, acompáñame, que tengo buenas noticias que daros.

Me mira sorprendida, la cojo de la mano y vamos a ver a mi abuelo.

Nada más asomarnos por la puerta de su despacho se pone en pie y viene hacia nosotras con los brazos abiertos.

—¡Luna, cariño, ya has vuelto! ¿Qué tal estás? —No ha terminado la frase y ya me está apretando fuerte entre sus brazos.

—Muy bien, abuelo. Podéis estar tranquilos… Pero sentaos, por favor, que tengo algo que contaros.

Se miran los dos extrañados y se sientan en el sofá del despacho.

—Tú dirás, Luna, que me estoy empezando a preocupar…

—Bueno, no es para menos… Si yo me fuera a convertir en bisabuela también estaría preocupada… —digo, intentando parecer seria pero sin poder disimular una sonrisa de felicidad.

—¿Qué…? ¿En serio…? Pero… —Se miran asombrados y a continuación me miran a mí. Ahora mismo se les amontonan las preguntas, pero ni les salen las palabras.

—¡Abuelitos, estoy embarazada! Resulta que estoy ya de siete semanas y ni me había dado cuenta.

—¡Luna, que alegría! —Mi abuela se levanta para abrazarme y cuando me quiero dar cuenta está también mi abuelo rodeándonos a las dos con sus grandes brazos.

—Hija mía, ¿ya has comido? Venga, vamos, que ha sobrado mucha paella y ahora te tienes que alimentar muy bien, eh.

Como en su casa y pasamos un buen rato hablando sobre el embarazo y también del asunto de mi madre y Montxo. Quieren saber cómo me encuentro y qué tal he estado estos dos días en la Costa Brava.

Hoy ha sido un día lleno de emociones. A la larga sobremesa en casa de mis abuelos la ha seguido una merienda con Valeria: ha sido toda una terapia de hermanas de las buenas. Hemos reído, llorado, nos hemos abrazado… Se ha alegrado por mí como solo una hermana lo haría, hemos disfrutado de estar juntas y hemos celebrado la nueva etapa que la vida nos depara. Está tan cambiada… La he notado más relajada, feliz…, hasta parece más madura. Bueno, y desde que se ha enterado de que va a ser tía, más todavía.

Me encuentro agotada, pero he quedado para cenar con papá en su casa y tengo que ir. Estoy nerviosa; no he vuelto a hablar con él desde que ayer me contara lo del verano del 81 y no veo a mamá desde el día que me revelaron quién era realmente…

—Papá, ¿cómo estás?

Lo encuentro sentado en el sofá leyendo un libro, aunque mucho me temo por su expresión que no es consciente de lo que lee y realmente está absorto en sus pensamientos.

—¡Luna, cariño! No te había oído entrar… —Se levanta y se acerca a abrazarme—. ¿Estás bien? Con tu mensaje me has dejado un poco preocupado. Pensaba que estarías unos días más en Tossa…

—Sí, yo también, la verdad, pero han surgido algunos imprevistos. ¿Tú cómo estás, papá?, siento mucho que ayer te abriera viejas heridas…

—No te preocupes por mí, Luna, de eso hace ya tanto tiempo que casi ni me acordaba… —Sé que me está mintiendo por la forma en que me lo contó, con tanto detalle e intensidad como si le acabase de pasar—. Entiendo perfectamente que necesites conocer la historia de tu madre y yo te ayudaré en todo lo que pueda.

No quiere que me preocupe, pero solo tengo que mirarlo a los ojos para ver que no está bien. Tiene la mirada apagada, triste… Está abatido, como derrotado. Creo que está cansado de luchar… Quizá piense que según vaya conociendo la historia de mamá me iré alejando de él. Papá se quedó con mi madre, aunque ahora tiene que ver cómo Montxo se la ha arrebatado, al cabo de los años y sin estar presente. Ya ha conseguido llevarse al amor

de su vida y cree que también le pasará conmigo; que me perderá… Ve cada día a mamá que se encuentra anclada en la etapa que vivió junto al otro. El eterno otro, que probablemente siempre estuvo ahí, escondido en el corazón de mi madre y conviviendo día a día con su marido, al que oficialmente tenía que querer. Y papá, mientras tanto, intentando ser siempre la mejor versión de sí mismo, sin bajar la guardia, y mantener enamorada a una mujer cuyo corazón no era libre del todo, dándose todos los días de su vida al cien por cien para que lo fuera olvidando…

—Papá, tú ya sabes que pase lo que pase en nuestras vidas siempre serás mi padre y te querré por encima de todo, ¿no? —Me mira a los ojos con esperanza en la mirada. Creo que le he dicho justo lo que necesitaba oír en este momento—. Además, papi… —continúo, cambiando a un tono más alegre y enrollando mi brazo en el suyo—, creo que estás un poco tristón y eso no puede ser, porque esta noche tenemos algo muy importante que celebrar. Será mejor que te sientes, que ahora que vas a ser abuelo tienes que descansar…

—¿Cómo? ¿Abuelo? —Me mira con cara de asombro, sin dar crédito a mis palabras. Me da la impresión de que todos daban por hecho que Pep y yo ya nunca tendríamos hijos—. ¡Pero eso es estupendo, hija! ¡Ven aquí! —Me da un fuerte abrazo.

Al separarnos se retira unas lágrimas que le asoman tímidamente a los ojos.

—Esta noche lo celebramos. Voy a buscar una botella buena de cava y brindamos… Bueno, me parece que brindo yo solo. —Y sale hacia la cocina.

La noticia lo ha cambiado totalmente. Parece un hombre diferente al que me he encontrado hace quince minutos. Está feliz y ahora en su cara veo ilusión. A ver si esto le sirve para animarse y dejar un poco de lado sus penas.

Cuando vuelve de la cocina está radiante. Cómo me alegro por él… Pienso hacerle muy partícipe durante todo el embarazo, porque sé que le va a venir muy bien. Sin Pep a mi lado y con mamá así, voy a tener que buscar el apoyo que necesito en mi padre y en Val.

—Papá, ¿dónde está mamá?, ¿qué tal se encuentra?

—Se ha tomado un vaso de leche y se ha ido a su cuarto porque no tenía ganas de cenar. Estos días ha estado bastante tranquila, la verdad, pero hoy está muy ausente. Creo que no me ha reconocido en todo el día…

—¿Te importa que vaya un rato a estar con ella? Llevo tantos días sin verla que necesito tenerla cerca un momento. En seguida vuelvo y te ayudo a poner la mesa.

—Tranquila, Luna, estate con ella todo el tiempo que necesites y yo voy preparando todo tranquilamente.

Está sentada en el borde de la cama, mirando hacia la ventana, pero las cortinas están echadas, así que estará sumida en sus pensamientos…

La observo desde la entrada de su habitación, pero no se da ni cuenta. Ay, mamá…, lo que daría por tenerte lúcida durante una hora aunque sea y hacerte todas las preguntas que martillean mi mente. Te escucharía atentamente contándome una nueva historia como cuando era pequeña, pero esta vez sería la historia de tu vida, la vida de Icíar Galarza, la historia del verano del 81 en el que estuviste a punto de dejar todo atrás por un hombre que no era papá… Con lo que te gustaba contarme historias, ¿por qué nunca me contaste esta?

Llego hasta su lado y me siento junto a ella.

—Mamá… —le digo con voz suave para no asustarla.

—Luna, mi vida, estas aquí… —responde, acariciándome una mejilla—. ¿Cómo estás, cariño? Trabajas demasiado, eh, que no tienes tiempo para venir a verme…

—Tienes razón, mamá. Pero ahora estoy aquí, y ¿sabes qué?, que tengo una buenísima noticia que darte. —Aprovecho su momento de lucidez para contárselo—. Mamá, ¡estoy embarazada!

Todavía no han terminado de salir las palabras de mi boca y ya me estoy arrepintiendo de haberlas dicho en alto, porque me mira con expresión de desconcierto.

—Oh, no… Mi niñita… No te preocupes, hija mía. Yo te ayudaré. No vas a sufrir como yo… —Me ha rodeado con un brazo por los hombros y no puedo evitar sentirme como si tuviera quince años—. Pero ¿de quién es?, ¿el padre lo sabe?

Para qué le habré dicho nada…Me he dejado llevar por la ilusión de que me reconociera y por un momento pensé que estaba con mi madre como si nada pasara… Quería hacerla feliz, aunque fuera solo un segundo, al saber que por fin iba a ser abuela… Cómo habría disfrutado de esta noticia si su cabeza estuviese bien… Nos habríamos abrazado, me habría llenado de besos, habríamos llorado de felicidad… Y en cuanto hubiésemos sabido el sexo del bebé, ella misma me habría hecho un montón de ropitas para su primer nieto con sus prodigiosas manos… Sin embargo, en su estado, se ha quedado preocupada, porque ahora mismo cree que su hija Luna es una adolescente…

—¿Quieres que te ayude a acostarte, mamá? Tienes que estar cansada ya… Y no te preocupes por mí, que estaré bien. —Retiro las mantas para que pueda meterse más fácilmente, la ayudo a tumbarse y le doy un beso en la mejilla—. Descansa.

—Gracias, Koro, pero no puedo dormir… Mañana hablamos con mi padre. Me da mucho miedo su reacción. Ya sabes cómo es. Cualquier cosa que pase, coge la carta y guárdala bien.

¡La carta! Hay una carta de mamá y la tiene mi tía Koro. Tengo que encontrar a esta mujer, porque cada vez tengo más claro que es la persona que tiene la respuesta a todas mis preguntas.

La cena con papá transcurre distendida y alegre. Hablamos de mi embarazo y de lo bien que va a venir a la familia la llegada de este bebé…

Al terminar, me acompaña hasta la puerta.

—Luna, ¿tienes pensado ir a San Sebastián? —pregunta cuando ya me disponía a salir hacia mi casa. Veo que la relación con mi padre ya ha llegado a ese punto en el que sabe lo que pienso antes incluso de decirlo. Como me pasaba con mamá…

—Sí, papá, no te quiero engañar. Necesito ir. Ya me habéis dicho todo lo que sabéis y yo tengo muchas preguntas todavía; quiero conocer a mi familia biológica.

—Lo entiendo perfectamente, cariño, solo que me da mucho miedo que sufras y te hagan daño.

—Lo sé, pero es un riesgo que tengo que correr. Gracias por apoyarme, porque ahora os necesito más que nunca.

—Claro, hija, siempre… —Me abraza, me da un beso y nos despedimos.

Me sorprendo a mí misma apoyada en el marco de la habitación de invitados, analizando cada rincón y convirtiéndola mentalmente en la del bebé. Siempre habíamos imaginado que este sería el cuarto de nuestro primer hijo, pero con el paso de los años se ha convertido en un lugar multiusos, donde una bicicleta estática y una cinta de correr comparten espacio con una cama de matrimonio para esos invitados que rara vez tenemos en casa. Mi imaginación se ha puesto a volar, pensando en dónde colocaría cada uno de los muebles del bebé, e incluso consigo ver a Pep sentado en una mecedora blanca acunando a nuestro hijo… Solo espero que esa imagen llegue a producirse en algún momento y que cuando sepa que va a ser padre recapacite y yo pueda recuperarlo.

Me siento delante del portátil; estoy agotada, solo quiero meterme en la cama y dormir doce horas, pero primero necesito hacer algo.

Ya que ha levantado un muro de hormigón a su alrededor para no saber nada de mí, no me ha dejado más opciones que contárselo por e-mail. Me hubiese gustado darle la noticia vía Skype y ver la expresión de su rostro al descubrirlo, pero no me lo ha permitido… De esta forma no sé cuándo lo leerá, ni tan siquiera sé si lo hará o lo mandará directamente a la papelera de reciclaje, pero lo tengo que intentar.

ASUNTO: Léelo, por favor…

Hola, Pep. Sé que sigues enfadado y que no quieres saber nada de mí. Me pongo en tu lugar y entiendo perfectamente que estés así, y considero que estás en tu derecho. Ahora te pido por favor que tú también te pongas un poquito en mi lugar, si no es mucho pedir. Te vuelvo a repetir que no me acosté con Marc; no fui capaz de hacerte eso, pero no puedo cambiar lo que pasó y espero que con el tiempo tus sentimientos de rabia hacia mí se puedan mitigar un poco. Tienes que tener muy claro que cada palabra que pronuncié el último fin de semana y cada beso que te di eran sinceros y salían directamente de mi corazón.

Ahora las cosas han cambiado y nuestro futuro se ha modificado. Me hubiese gustado decírtelo por teléfono como mínimo, pero como no puede ser y necesito contártelo cuanto antes, este va a ser el canal elegido: estoy embarazada de dos meses. Espero que recuerdes el encuentro casual que tuvimos en abril…

Ya ves que la vida puede ser muy irónica, tanto tiempo intentándolo y llega justo ahora… Durante estos últimos años me imaginé miles de veces cómo te daba la noticia y ni en la peor de mis pesadillas pensé que sería de esta forma, con un triste e-mail. Sé que tú tampoco te lo imaginabas así, pero hay que afrontarlo y llevarlo lo mejor posible, dejando de lado nuestras diferencias por el bien del bebé.

Cuando te sientas capaz, por favor llámame y hablamos tranquilamente, porque a pesar de que estés tan lejos me gustaría que fueras partícipe de este embarazo que tanto deseábamos y mantenerte informado continuamente.

También tengo cosas que contarte respecto a mi familia, pero bueno, esa es otra historia y creo que de momento tienes suficiente con la noticia que te acabo de dar. Echo tanto de menos hablar contigo, te echo tanto de menos…

Por favor, cuídate mucho. TE QUIERO.

13. Viaje a los orígenes

«Tren con destino San Sebastián, vía 6», se oye por megafonía.

Todavía no son las ocho de la mañana y la estación de Sants es un ir y venir de gente con maletas, personas despidiéndose…, mil historias que confluyen ahora mismo en este punto de la ciudad. Siendo junio, la mayoría estará empezando sus vacaciones, tan ansiadas durante todo un año, pero quién sabe…, quizá alguien más en esta misma estación, al igual que yo, va a emprender un viaje a sus orígenes.

—Bueno, hermanita, cuídate mucho, y si hace falta que vaya, tú llámame y estoy allí enseguida, ¿eh?

—Gracias, Val, lo tendré en cuenta. —Nos abrazamos y me voy hacia el andén.

No he querido que viniera nadie más a despedirme a la estación porque sabía que me iba a resultar muy duro. Preferí reunirme ayer con todos en casa, sin los nervios previos a coger el tren, que habrían hecho que me derrumbase. Ya con Val me ha costado mantener el tipo… Pero es que no quiero llorar delante de mi familia. Prefiero que piensen que estoy bien, que el tiempo que voy a estar fuera no va a ser duro para mí y que estoy preparada mentalmente para cualquier cosa que pueda pasar. Aunque no sea así…

Me acomodo en mi asiento, saco el portátil, lo enciendo y conecto los cascos. Miro a mi alrededor y observo que el tren está prácticamente lleno. A mi lado se ha sentado una señora de unos sesenta años, y para evitar que quiera darme conversación pongo una película en el portátil y me coloco los auriculares, aunque dudo mucho que le preste atención. Tengo por delante seis horas de tren y necesito aislarme de todo lo que me rodea, estructurar en mi mente los pasos que voy a dar en cuanto llegue a San Sebastián y pensar, pensar en lo que busco, en las personas que quiero encontrar, en cómo me siento… No sé qué va a pasar, ni siquiera sé si estoy preparada para que me rechacen y no quieran saber nada de mí. Probablemente abra viejas heridas que ya estaban cerradas…

Miro al otro lado del pasillo y veo a una chica con una niña de unos dos años sentada en su regazo. La madre le está explicando algo a la pequeña y esta la mira embelesada. Qué imagen más bonita y cuánto amor desprenden… Me imagino a mí misma con mi hijo, y por primera vez desde que sé que estoy embarazada me permito pensar en el sexo del bebé y descubro que me haría mucha ilusión que fuese una niña. Incluso sé qué nombre me gustaría ponerle… Ahora estoy en la novena semana de embarazo y todo marcha muy bien. Me encuentro de maravilla, y entre mi abuelo y mi matrona me están haciendo un seguimiento perfecto.

Cierro los ojos y me duermo.

Me despierto sobresaltada al notar que el tren se está deteniendo. Miro hacia el exterior y puedo leer en un cartel del andén «Pamplona». Vaya…, he dormido un buen rato.

En cuanto veo la estación me viene Pep a la cabeza. Qué buenos recuerdos…, pero parece que haya pasado un siglo desde entonces. Y sigo sin tener noticias suyas… Este viaje

va a ser muy duro para mí.

En menos de dos horas estaremos en San Sebastián y me empiezo a poner nerviosa. A mí alrededor ya no veo a algunas de las personas que montaron conmigo en Barcelona. En el asiento que ocupaba la madre con su hija se acaba de sentar un chico joven, de unos veinte años, que a juzgar por los apuntes que le acompañan yo diría que estudia en Pamplona y va a casa. Y una vez más Pep inunda mi mente y me viene a la memoria uno de aquellos fines de semana que pasamos en San Sebastián. Acabábamos de terminar los exámenes de febrero y decidimos ir en tren. Fue un viaje maravilloso, en el que no paramos de besarnos ni un segundo. Teníamos tantas ganas el uno del otro que nos resultaba imposible separar nuestros labios. A la vista de cualquiera podíamos parecer una pareja que se acababa de reencontrar, cuando en realidad estábamos veinticuatro horas al día juntos en Pamplona, pero nunca teníamos suficiente… Las primeras horas de ese fin de semana las pasamos encerrados en la habitación de la pensión queriéndonos, degustándonos, conversando, acariciándonos, disfrutando de nuestra desnudez y dejando pasar las horas sin nada más que hacer que estar juntos… Pep siempre conseguía que cada vez que hacíamos el amor fuera tan intenso como cuando te descubres por primera vez, con esa misma ansiedad, pero con la tranquilidad que te da el ser consciente de que cuando despiertes va a seguir a tu lado.

La pensión en la que nos solíamos alojar estaba en plena Parte Vieja y era preciosa: muy familiar, solo con cinco habitaciones, con las paredes de piedra y vigas de madera a la vista, la decoración muy moderna y bañera con jacuzzi. Pero no me he visto capaz de reservar en el mismo sitio; no quiero infligirme ese castigo. Así que me he decantado por un hotel delante de la playa de la Concha, que, si bien está muy cerca de la Parte Vieja, por lo menos es un sitio en el que no he estado nunca con Pep.

Vamos dejando atrás las estaciones de pueblos cercanos y en una de ellas leo «Hernani». ¿Qué parte del pasado de mi madre esconderá este pueblo?

Recojo todas mis cosas para estar preparada y en cuanto pare el tren poder bajar: el vagón ha despertado de golpe y ahora son todo voces de personas hablando por el móvil para avisar de su llegada inminente a la persona que espera en la estación a la vez que recogen y sacan las pertenencias de los compartimentos de encima de los asientos. Los más ansiosos se colocan con sus maletas delante de las puertas de salida, intentando ganar el título del primero que consigue colocar el pie en el andén. Yo prefiero esperar en mi asiento, con la certeza de que el tren no va a dejar a nadie dentro, y así aprovecho para peinarme un poco y disimular las horas de tren, que hacen mella en mi pelo.

Por fin se para el tren y se abren las puertas. La gente empieza a bajar ordenadamente y comienza a diseminarse por la estación, en busca de esos familiares o amigos que la espera. Me viene el recuerdo de la primera vez que pisé esta estación del Norte de San Sebastián. No podía dar crédito: dos vías, una para cada dirección, un subterráneo que las une y un edificio que sale al exterior. Eso era todo… Acostumbrada a que en Barcelona sea todo a lo grande, al tamaño y el caos de la estación de Sants, esta me pareció como de cuento. El prólogo a una ciudad como su estación de tren, pequeña y calmada.

Salgo a la calle y el olor a mar llega a raudales a mi nariz. Donostia me recibe en todo su esplendor: no hay ni una nube y la brisa marina amortigua la temperatura. Cruzo el puente

y me adentro en la ciudad. En poco más de quince minutos estoy delante de mi hotel. Me registro y pido que me suban algo de comida. Nada más entrar en la habitación, abro las ventanas y salgo al balcón. La Concha se presenta magnífica ante mí; nunca me cansaría de mirarla… Y pensar que una parte de mí pertenece a este lugar…, quizá por eso siempre me he sentido tan bien aquí.

En cuanto me suben la comida a la habitación me siento a devorarla, como si llevara días sin comer. Si sigo comiendo estas cantidades durante todo el embarazo, difícilmente voy a engordar solo los diez kilos que se les recomiendan a todas las embarazadas…

Me pego una ducha rápida, me cambio de ropa y cojo mis papeles. Mientras me tomo el café en la terraza que tiene el hotel en el paseo, repaso el mapa de la ciudad que me he traído desde Barcelona y en el que ya tengo localizados el hotel y la Clínica Galarza. Están bastante cerca uno del otro y en cuanto termine iré hacia allí; quiero empezar la búsqueda sin perder ni un solo minuto.

Estoy delante del portal y puedo leer en la placa «Clínica Galarza de Ginecología y Obstetricia. Plantas 2 y 3». Toco el timbre sin saber todavía qué voy a decir, pero me abren directamente sin preguntar nada. Es un edificio señorial, que mantiene el estilo que predomina en todo el centro de la ciudad. Tiene el portal renovado y se puede apreciar que han puesto ascensor recientemente. Subo al segundo y veo la puerta de la clínica entreabierta; estoy nerviosa. En las últimas horas me he imaginado este momento y se me ocurrían distintas historias para presentarme y conseguir información sin tener que revelar mi identidad, por miedo a que me rechazaran. Pero ahora que estoy en la puerta las desecho todas y opto por ir directa al grano; no tengo por qué esconderme.

Abro la puerta y me meto dentro; un estrecho pasillo me recibe. Hacia la derecha solo se ven puertas cerradas que parecen consultas y al mirar hacia la izquierda observo al fondo que el pasillo se ensancha en lo que parece una sala de estar. Todo el suelo está recubierto por una alfombra descolorida, las paredes están amarillentas y de ellas cuelgan cuadros horrendos de cacerías antiguas… Este lugar da miedo… Dudo mucho que tengan muchas pacientes. Me dirijo hacia la salita y al llegar me encuentro en una mesa de escritorio a una señora igual de triste que toda la clínica, una de esas personas de las que no sabrías decir los años que tiene.

—Buenas tardes —saludo, intentando llamar su atención.

—Siéntese un momento y ahora mismo la atiendo —me dice sin mirarme ni parar de teclear en el ordenador.

Vaya…, disponen de una atención exquisita… Bueno, quién sabe, quizá esté mandando un e-mail crucial para la historia de la humanidad. En ese caso no tengo nada que objetarle.

Mi ironía y yo nos sentamos en una silla de plástico negra, a la altura de la decoración de todo este sitio. Alzo la vista y centro toda mi atención en un retrato colgado en la pared de enfrente, el de un hombre de mediana edad. Preside toda la estancia y es hasta demasiado grande para esta salita. Resulta incómodo e intimidante; te hace sentir muy pequeña… En la parte de abajo se puede leer «Don Jesús Mari Galarza». Vaya…, ahí tendría unos cincuenta años. El gesto de su cara es muy serio y su mirada es muy fría. Parece como si nos estuviera vigilando… Un escalofrío recorre mi cuerpo solo de pensar en lo que habría

sido criarme con esa persona ejerciendo de abuelo…

Mirando a mi alrededor me da la sensación de que esta clínica se quedó estancada en la época en que se realizó ese retrato y ahora mismo es solo una sombra de lo que fue.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarla? —me dice por fin la señora que se esconde tras el ordenador sin prestarme ninguna atención.

Me levanto y me dirijo hacia su mesa.

—Me gustaría saber dónde puedo encontrar al doctor Jesús Mari Galarza.

Para de teclear de golpe y levanta su mirada hacia mí, con cara de asombro.

—¿Y usted quién es, si se puede saber?

—Eh…, una amiga de la familia… —Sueno tan poco creíble que estoy convencida de que me va a invitar a irme.

Descuelga el teléfono y marca una tecla.

—Disculpe que la moleste, doña Jesusa, pero es que aquí hay una chica que pregunta por su padre… —Habla con voz de niña asustada—. Dice que es amiga de la familia…

Jesusa…, mi madre tiene una hermana… Esto me coge por sorpresa, era algo que desconocía. Otra vez me pongo muy nerviosa. Voy a conocer a mi tía… ¿Cómo me recibirá?

—¡Pero quién narices pregunta por mi padre! —Oigo una voz que vocifera desde el fondo del pasillo—. ¡Amiga de la familia…, no me fastidies!

Se oyen pasos que se dirigen hacia donde estamos nosotras. Ahora mismo me gustaría salir corriendo de aquí.

—¡¿Dónde está esa amig…?! —aparece ante mí y se calla de golpe.

La hermana de mi madre, a simple vista, parece una mujer muy mayor. Tiene todo el pelo blanco recogido en una coleta baja y lleva un traje gris que le queda grande. Solo hay que mirarla para apreciar que cuidar su imagen no está en la lista de sus prioridades. Pero al fijarme en su cara observo que probablemente sea más joven que mamá.

—Vaya, vaya… Sí que habéis tardado en aparecer por aquí… Aunque estaba claro que tarde o temprano vendríais… ¡Sígueme! —me ordena; se da media vuelta y vuelve por el pasillo por el que ha venido.

No sé muy bien de qué va todo esto, pero voy detrás de ella. Se mete en uno de los despachos y entro yo también. ¿Cómo puede saber quién soy? Y ¿por qué me habla así?

—¡Cierra y siéntate! —me grita—. Qué, te envía tu madre, ¿no? Pensaba que nunca más tendría que ver a nadie de tu familia. ¿A qué has venido aquí?

—No sé quién crees que soy, pero me parece que te equivocas —le digo en tono firme intentando ganar confianza en mí misma, porque no puedo permitir que me hable así ni un segundo más.

—¡Pues quién vas a ser! Alguna hija de Koro, solo hay que verte —me espeta ofendida.

—Sabía que me habías confundido con otra persona. Yo no soy hija de Koro. Soy Luna…, la hija de Icíar y Montxo.

Su cara se transforma y se endurece aún más. Me clava la mirada y empieza a pasear a mi alrededor. Sus ojos reflejan ira y tiene los puños apretados.

—¡Cómo te atreves a venir aquí! —me vocifera de repente, y pego un respingo—. Tú y tu madre acabasteis con esta familia y nos trajisteis la desgracia.

—¿Qué? ¿Pero qué estás diciendo? No te voy a permitir que hables mal de mi madre. —Ahora soy yo la que aprieto los puños, y me tengo que contener para no cogerla de las solapas de su horrenda americana y sacudir su cuerpo menudo para disuadirla de volver a nombrar a mi madre en ese tono.

—¿Qué es lo que has venido a buscar aquí? ¿Dinero? Ya le puedes ir diciendo a tu madre que te mandó al sitio equivocado. Está desheredada y no vais a ver ni un solo céntimo.

—¿Dinero? —Intento contener la risa, pero no lo consigo y suelto una carcajada—. ¿Pero tú has mirado a tu alrededor? No hay que ser muy lista para ver que no tienes dónde caerte muerta. Quizá hace años fueseis una familia importante en esta ciudad, pero está claro que solo quedan los fantasmas.

Me mira desconcertada y abre la boca queriendo hablar, pero no se lo voy a permitir: por hoy ya he escuchado bastantes sandeces.

—Mira, tanto mi madre como yo gozamos de una situación económica envidiable, así que respira tranquila. Solo había venido aquí buscando respuestas, contactar con familiares de mi madre y conocer mis orígenes…, pero dudo mucho que tú, con todo el rencor que tienes, seas la persona adecuada para darme una versión objetiva de lo que pasó.

—Tienes razón, yo no soy la persona que buscas, porque tu madre, para mí, dejó de existir hace muchos años.

—Qué curioso…, a ella le pasó lo mismo contigo. Fíjate que yo ni siquiera sabía que tuviera una hermana.

Me dirijo hacia la salida con paso firme pero con una sensación de derrota. Esta persona me acaba de cerrar todas las puertas. ¿Por dónde sigo ahora?

—Espera, Luna. —Me detengo al oír su voz y noto que ha suavizado el tono en lo que puede ser un momento de debilidad—. Busca a la familia de Koro en Hernani, en la Carnicería Elosua. Ellos te darán las respuestas que buscas. Pero ni se te ocurra volver por aquí.

Salgo a la calle y respiro profundamente. Los nervios se me han instalado en el estómago y necesito pasear y que me dé el aire. Vuelvo al hotel y me cambio de ropa para bajar a la playa.

Guardo el vestido y las chancletas en el bolso y me voy a caminar por la orilla. La marea esta baja y el mar está en calma. La isla emerge en mitad de una bahía que simula una piscina; pequeñas olas golpean mis tobillos mientras observo a varios niños jugando en la arena, cerca del agua, afanados en hacer pozos, castillos, figuras…, y siendo conscientes de que si no se dan prisa la marea cubrirá esa pequeña obra de ingeniería que realizan, sin darles tiempo a disfrutarla.

Mientras paseo, no consigo quitarme de la cabeza a Jesusa. Me vienen a la mente imágenes de su despacho y caigo en la cuenta de detalles en los que en el momento no había reparado, como por ejemplo un sofá que había en la parte izquierda, con una manta desdoblada, y una silla con varias prendas de ropa echadas por encima. Me atrevería a decir que esa mujer vive en la clínica. No puedo evitar sentir pena por ella y me alegra comprobar que mi grado de empatía por las personas no se ha visto modificado después de conocer a ese personaje. Está sola y amargada, y no sabría decir cuál de las dos sucedió primero: ¿la soledad provocó su amargura, o su carácter alejó de su lado a todas las personas

que la querían? El caso es que el rencor que posee hacia mi madre y hacia mí me resulta alucinante. Es obvio que siempre hay dos versiones de una misma historia, pero culparla a ella de lo que pasó… no tiene sentido. Qué le contarían sus padres sobre mamá… Y a qué se referiría cuando ha dicho que mamá y yo trajimos la desgracia a esta familia…

Vuelvo al hotel y aprovecho para llamar a Val y a papá. Los pongo al corriente de mis avances, pero modificando ligeramente la historia. Prefiero omitir el hecho de haber encontrado a la hermana de mamá, porque no sabría cómo explicarles el encuentro tan amargo que he tenido con ella. Así que les digo que en la clínica una empleada me ha remitido a Hernani para encontrar a la familia de Montxo, sin hacer referencia a Jesusa. Mi padre me escucha atentamente, se alegra por mis progresos y por el hecho de que vaya acercándome cada vez más a lo que busco. Pero con Val es otra historia. Algo no le cuadra y mi tono de voz no la convence.

—Luna, cuéntame lo que ha pasado de verdad, por favor…

—Val, ya te lo he dicho… Una chica que trabaja en la clínica me ha dado los datos de la familia de Montxo.

—Ya, claro, así, sin más. Una chica que no te conoce de nada, ni tiene por qué saber de la existencia de mamá, pero sí que conoce a Montxo, ¿no es así? Luna, por favor, que mañana mismo cojo un tren y me planto allí, eh. Cuéntame la verdad. ¿Qué ha pasado?

—Vale, vale… Y tú, ¿desde cuándo eres tan perspicaz?

—Pues mira, desde que descubrí que mi madre no es quien yo creía, que mis abuelos no son mis abuelos, que mi hermana tiene otro padre… Llámame paranoica si quieres. —Las dos nos reímos a la vez intentando verle el lado cómico a todo esto, porque tiene toda la razón del mundo.

—Hoy, al ir a la clínica, he descubierto que mamá tiene una hermana, aunque si te soy sincera hubiese preferido no conocerla… Ha sido un encuentro muy desagradable. Esa mujer está amargada y nos culpa a mamá y a mí de no sé qué desgracias que han pasado en su familia. Me ha acusado de aparecer por puro interés económico. Y ha sido ella la que, con el único objetivo de hacerme desaparecer y no volverme a ver nunca más, me ha dicho dónde encontrar a la familia de Montxo.

—Y de los padres de mamá, ¿te ha dicho algo? ¿Siguen vivos?

—No me ha dicho nada y tampoco he querido preguntarle. Con su comportamiento ha reafirmado mi rechazo a conocer a la familia de mamá.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por eso tú sola. ¿Cómo te encuentras ahora?

—La verdad es que no esperaba que me recibieran con confetis y serpentinas, pero tampoco a patadas… Ahora ya estoy más tranquila. Mañana mismo iré a Hernani a buscar a Montxo y a Koro y solo espero que no sea un encuentro tan hostil.

—Bueno, hermanita, intenta descansar y no le des muchas vueltas a esa cabecita. Tengo el presentimiento de que en ese pueblo te esperan cosas buenas. Mañana me cuentas cómo ha ido.

—Dales muchos besos a los abuelos de mi parte, Val. Y diles que los quiero mucho, que somos muy afortunadas de habernos criado con ellos. —Se me empieza a quebrar la voz, pero me aguanto las lágrimas.

—Pero serás tontorrona, cualquiera diría que no vas a volver… Ay, las hormonas,

hermanita… Este embarazo te está ablandando, a ver si vas a ser humana y todo y tú también lloras… —Las dos nos reímos de mi tono melodramático y nos despedimos hasta el día siguiente.

El sonido de un móvil se cuela en mis sueños. ¿Qué es eso? ¿Dónde estoy? ¡Es mi móvil! ¡Le ha tenido que pasar algo a alguien de mi familia!

De un salto cojo el teléfono y descuelgo sin saber ni qué hora es.

—Sí, ¿qué pasa? —respondo casi gritando y con el miedo en el cuerpo.

—Luna, soy yo, Pep… —oigo que me dice una voz débil al otro lado del teléfono.

No me lo puedo creer. Es él…, por fin… No sé qué decir y no consigo articular ni una sola palabra… Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Luna, Luna, ¿estás ahí? ¿Me oyes?

—Pep… —consigo decir entre sollozos.

—Luna, no llores, por favor… —Se le quiebra la voz—. ¿Cómo te encuentras? La semana pasada leí tu e-mail y no te había podido llamar hasta ahora.

—Pep, te echo tanto de menos… Perdóname, por favor… —Ya solo me queda la súplica.

—Tranquila, cariño. Estaba muy dolido, pero este tiempo me ha servido para pensar y he llegado a comprenderte. Estábamos en un momento en el que éramos muy vulnerables a terceras personas y pasó lo inevitable. Descuidé el amor que siento por ti y casi te pierdo. Y cuando me he enterado de que por fin vamos a ser padres, has conseguido hacerme el hombre más feliz del mundo. Un bebé, Luna, es increíble… Solo me importáis tú y esa personita que viene en camino. Todo lo demás queda atrás, en el pasado.

No puedo parar de llorar mientras escucho sus palabras. Y siento un gran alivio.

—Luna, dime algo, por favor…

—Te quiero, Pep. ¿No puedes volver antes? Te necesito…

—Mañana mismo a primera hora nos trasladan a Addis Abeba para volver a casa. No te preocupes, que dentro de poco estaremos juntos otra vez.

—¿Que os trasladan? ¿Por qué, qué pasa?

—Nada, tú tranquila, hazme caso, solo que es mejor que dejemos esta zona porque ya no es tan segura como antes.

—Pep, por favor, que no soy una niña pequeña, dime qué está pasando. —Si quería que estuviera tranquila, desde luego está consiguiendo el efecto contrario.

—Luna, no quería que te preocuparas sin motivo. Es solo que nos han amenazado y nos ha llegado información de fuentes cercanas al grupo terrorista que opera en Somalia cerca de esta región de que tienen intención de venir a por nosotros. Pero ya nos vamos, por eso no hay nada de lo que preocuparse…

—¡Cómo! ¡Que no hay nada de lo que preocuparse! ¡Pep, por favor, salid de ahí esta misma noche!

—No sería seguro. En cuanto estemos a salvo me pondré en contacto contigo. Estate tranquila, que todo va a salir bien, y cuando te quieras dar cuenta estoy a tu lado hablándole a tu barriguilla. Te tengo que dejar, que el resto de los compañeros también tienen que hablar con sus familiares para comunicárselo. Te quiero mucho cariño, y cuida de nuestro

peque, ¿eh?

—Te quiero, Pep…

La comunicación se corta y me quedo muy intranquila y preocupada. Está en peligro y no puedo hacer nada desde aquí. ¿Pero en qué narices estaban pensando para mandarles a esa zona?

Mi cabeza va a mil por hora, de Etiopía a San Sebastián pasando por Barcelona. El agotamiento me vence y me paso toda la noche durmiendo a ratos y despertándome sobresaltada con alguna pesadilla horrible.

14. Tanto por descubrir

Por fin amanece y los primeros rayos de luz de la mañana intentan borrar los recuerdos de una mala noche. Hoy tengo que seguir adelante con mi búsqueda de respuestas y de esta forma también conseguiré no pensar tanto en Pep. No sé cuánto tiempo van a necesitar para llegar a la capital y estar a salvo; quizá esté días sin tener noticias suyas… Tengo que mantenerme ocupada.

He mirado en internet a ver si aparecía la carnicería y he encontrado la dirección en Páginas Amarillas. Las chicas de la recepción del hotel, muy amablemente, me han explicado cómo llegar hasta Hernani, y para suerte mía una de ellas era de un pueblo cercano, así que me ha comentado que la carnicería está en plena parte vieja del pueblo y que muy probablemente, al preguntar, cualquier persona me podrá indicar cómo llegar.

Vuelvo a la estación del Norte. ¿Qué me deparará el día de hoy? Cuando regrese aquí para volver al hotel, ¿qué habré descubierto?, ¿ya estarán resueltas todas mis dudas? ¿Conoceré por fin a Montxo? Llego cinco minutos antes de que venga el tren. Sin poder ocultar mis nervios paseo hacia un lado y otro del andén. De repente siento que alguien me observa y, al fijarme en las personas que me rodean, descubro a un chico de unos treinta y cinco años mirándome descaradamente. Al darse cuenta de que ha sido descubierto, comienza a disimular mirando su móvil… El caso es que me resulta extrañamente familiar; quizá ya nos hayamos visto antes en algún otro lugar…

Durante todo el trayecto en tren, nuestras miradas se cruzan varias veces, consiguiendo incomodarme.

La voz enlatada anuncia mi parada y al descender observo que el chico misterioso también se baja aquí. Casualidad, o me está siguiendo…

Sigo las instrucciones que me han dado las chicas del hotel, cruzo las vías, salgo de la estación y subo las escaleras que hay frente a mí, apareciendo directamente en plena parte vieja de Hernani. Cada vez estoy más cerca…, pero quizá aquí tampoco quieran saber nada de mí…

De forma involuntaria miro hacia atrás y ahí lo veo. El chico del tren va unos pasos por detrás de mí. También es verdad que la mayoría de los que hemos bajado en esta parada hemos recorrido el mismo trayecto, pero sigue incomodándome. Decido pararme a mirar un escaparate para ver cuál es su reacción y observo cómo pasa de largo. Quizá me esté volviendo un poco desconfiada…

Tal y como me habían comentado las recepcionistas del hotel, Hernani se encuentra calentando motores de sus principales fiestas, los Sanjuanes. Dentro de tres días será la noche más larga del año; una noche mágica, en la que el fuego quema todo aquello que queremos dejar atrás, el agua de mar nos purifica y las brujas celebraban sus rituales. Y para mí, la noche más especial del año. Siempre la celebrábamos en la casa de Tossa de Mar, y de entre todas las fiestas que organizábamos esta era sin duda la más famosa entre nuestros

amigos y ansiada durante todo el año. Mis padres montaban una gran cena, cuyo postre eran las mejores cocas que he probado nunca. Después bajábamos a la cala para disfrutar de una enorme hoguera, se lanzaban cohetes y fuegos artificiales y nos pasábamos la noche entre baños purificadores y bailes alrededor de la fogata. Ya en la adolescencia era la primera noche que nos dejaban salir hasta tarde y nos permitían acercarnos a la verbena del pueblo; la noche de los primeros besos…, esa época en la que se crean los momentos que luego revives durante la madurez, los que, aunque quizás a los dieciséis años no vives de la misma forma, a los treinta recuerdas como instantes mágicos, en los que eras realmente feliz y tu única preocupación era descubrir si el chico que te gustaba iba a bajar a la verbena…

En Hernani se respira ese ambiente de fiestas inminentes; mire donde mire veo gente atareada, a un ritmo más acelerado de lo normal, pensando en todo lo que tienen que hacer en las próximas horas para preparar las cenas o comidas que se les avecinan, las largas noches de estar con los amigos… Veo una plaza llena de árboles, rodeada de bancos, en los que la gente mayor observa que todo transcurra con normalidad. Todo el mundo se conoce y se saluda.

—Perdone, ¿me podría decir dónde está la carnicería Elosua, por favor? —le pregunto a una mujer que pasa a mi lado.

—Claro. Tienes que seguir por esa calle que ves ahí y un poco antes de llegar a la plaza del ayuntamiento la verás en el lado izquierdo. De todas formas, no tiene pérdida, porque siempre está llena.

—Muchas gracias.

Avanzo por la calle que me ha indicado la mujer y voy pensando qué voy a decir, pero ahora mismo mi mente está en blanco, estoy demasiado nerviosa…

Ya está, tengo enfrente la carnicería y efectivamente está a rebosar. Espero fuera, con la esperanza de que se vacíe, para eliminar testigos de un posible momento desagradable en el que me rechacen y me manden de vuelta a Barcelona sin querer saber nada de mí… Pero no hay manera: aunque sale gente, llegan otros, así que me armo de valor y yo también entro. Me quedo en el fondo, observando. Centro mi atención en el hombre y la mujer que atienden tras el mostrador y me quedo paralizada. Ella es Koro, sin duda; es como verme a mí misma dentro de veinticinco años. Desde luego que hay veces que la genética pone a cada uno en su lugar, sacando a relucir parentescos que han querido ser ocultados, y en mi caso en concreto se ha encargado de que la familia de mi padre esté presente en mí de forma evidente… Y es gracias a este parecido por lo que se ha destapado todo. Ahora entiendo también la confusión de Jesusa: es normal que pensara que era hija de Koro.

Poco a poco me voy acercando al mostrador a medida que se va yendo la gente. No puedo dejar de mirarla; es mi tía… Él dudo mucho que sea Montxo porque no le saco ningún parecido con el chico de la foto que vi. De repente ella me mira y yo le mantengo la mirada; el mundo se detiene durante unos segundos.

—¡Ay, ama! ¡Ay, ama! —empieza a gritar Koro a la vez que deja caer el cuchillo para llevar sus manos a la boca en un gesto de incredulidad.

—Koro, ¿qué pasa? —inquiere asustado el señor que trabaja con ella.

—¡Ay, Andoni, es Luna, Luna! ¡La hija de Montxo!

Sale del mostrador y se dirige hacia mí. Yo voy a su encuentro. Al llegar una frente a la

otra observo su cara, por la que resbalan lágrimas sin ningún control. Sus manos siguen tapando su boca, pero ahora mismo no consigue emitir ni una sola palabra, ni un grito ahogado… Sus ojos son una mezcla de alegría y angustia. Sin decirme nada, me está trasmitiendo tantas cosas… Su mirada habla de sufrimiento, de sentimiento de culpa… Alarga sus manos y coge las mías. De su boca sale mi nombre, tan suave, que solo yo soy capaz de oírlo. Asiento con la cabeza, confirmándole que efectivamente soy la hija de Montxo. Rompe a llorar y me abraza. Yo alargo mis brazos y la rodeo fuerte. Ahora mismo también soy un mar de lágrimas. No sé cuánto tiempo pasamos así. Poco a poco se va oyendo el murmullo de la gente presente en la tienda.

—Koro, ¿estás bien? —El señor del mostrador, al que ha llamado Andoni, se ha acercado hasta nosotras.

—Andoni, mírala, está aquí, por fin. —Mi tía se ha separado de mí, pero sus manos se aferran con fuerza a uno de mis brazos.

—Sí, cariño, qué alegría. —Él intenta aguantarse las lágrimas y a duras penas lo consigue —. Luna, yo soy Andoni, tu tío. —Y me da un fuerte abrazo.

—Encantada —consigo decir al fin.

—¿Por qué no vais mejor atrás y así podéis hablar tranquilamente? —nos dice Andoni, guiándonos hacia la puerta que hay en la pared de detrás del mostrador.

En ese momento nos percatamos de la expectación que hemos generado. Todo el mundo comenta lo vivido hace unos minutos y el murmullo va en aumento.

—Dile a Mikel que salga a ayudarme, por favor.

Koro abre la puerta y pasamos a una habitación del mismo tamaño aproximadamente que la tienda. En ella hay una zona de almacenaje con baldas y arcones y otra zona habilitada de descanso, con una mesa con un par de sillas, un mueble con un microondas, cafetera, un frigorífico pequeño… Y sentado en la mesa de espaldas a nosotras hay un chico revisando unos papeles; supongo que será Mikel…

—¡Mikel! ¡Mira! ¡Es Luna! ¡Está aquí!

Mikel se levanta sobresaltado y se gira. No me lo puedo creer… ¡Es el chico del tren! Los dos nos miramos sorprendidos.

—¿Luna? ¡No puede ser! Ya decía yo que me sonabas de algo… ¡Eres igual que la amá cuando era joven! ¡Qué fuerte! —exclama mientras se acerca a nosotras.

Intento disimular la risa… Hace media hora he confundido a mi primo con un acosador; ya me vale…

—Este es Mikel, mi hijo mayor. —Koro, fruto de la emoción, ni se ha percatado del comentario de su hijo.

—Encantada. —Me acerco a darle dos besos, pero él me coge y me da un fuerte abrazo. Es más alto que yo, y antes no me había fijado, pero es un chico muy guapo…

—Gracias, Luna, por venir a buscarnos. Mi madre por fin va a poder descansar por las noches… —Abraza a Koro y puedo notar el cariño tan grande que le tiene a su madre.

—Mikel, sal a ayudar al aita, por favor, que está la tienda llena. Luna y yo tenemos mucho de que hablar… —Le dedica una tierna sonrisa para confirmarle que se encuentra bien y no tiene nada de que preocuparse.

Mi llegada no ha podido ser más satisfactoria. No me lo puedo creer… Es como si

llevaran toda la vida esperándome.

Las dos nos acomodamos en las sillas y Koro prepara unos cafés.

—Cuéntame, Luna, ¿cómo has sabido de nosotros y has llegado hasta aquí?

—No sé si sabrás que mi madre lleva cinco años luchando contra el alzhéimer…, pues parece ser que su mente se ha refugiado en la época de su vida en que vivía aquí. A mí me llama Koro, menciona a Montxo, se refiere a su padre como una persona mala, habla de ir a bailar a los Tilos, incluso en algún momento me ha llegado a decir que mi padre nos va a venir a buscar a las dos, y se pasa las horas sentada mirando por la ventana, esperando que aparezca su gran amor… Al final, después de insistir, mi padre y mi abuelo se han visto obligados a contarnos a Valeria y a mí la verdad.

—¿Valeria? Es tu hermana, ¿no?

—Sí, eso es. Nació en el 82.

—Bueno, yo, aparte de Mikel, tengo dos hijos más: Leire, que es la mediana, y Xabier, el pequeño. Tienes tres primos. ¡Ah se me olvidaba! Leire está embarazada, así que para finales de año seremos abuelos.

—Pues ya somos dos… Yo también estoy embarazada, aunque el mío llegará en enero del año que viene.

—¡Qué bien! ¡Qué ilusión! Tengo tantas ganas de que los conozcas a todos… Pero bueno, sigue, sigue con lo que me estabas contando. Es que hay tantas cosas que no sabemos una de la otra…

—Sí, supongo que poco a poco nos pondremos al día. —Le muestro una amplia sonrisa porque tengo la sensación de conocer a la mujer que tengo enfrente y me hace sentir muy a gusto y cómoda—. A lo que iba: tras hablar con mi padre y mi abuelo, vi que tenía que venir a San Sebastián a intentar buscar mis raíces, porque ellos conocen solo la parte de la historia que les quiso contar mi madre, y todo eran incógnitas para mí. Me proporcionaron el nombre de la clínica del padre de mamá y ayer a la tarde empecé por ese lugar. Tuve el grandísimo placer de conocer a la hermana de mi madre, Jesusa, quien muy amablemente me dijo dónde encontraros, con la promesa de no volver nunca donde ella. ¿Qué problema tiene esa mujer con mi madre y conmigo? Me dijo que nosotras acabamos con su familia. Está amargada…

—Uf, Jesusa…, hace siglos que no la veo. Le tenía una envidia enorme a Icíar. Es cuatro años más pequeña que ella y siempre quería estar con nosotras. Tendría que empezar la historia por el principio para que llegaras a entender a esa mujer, pero dime… ¿cuándo has llegado? ¿Hasta cuándo vas a quedarte? Perdona, no te quiero agobiar con preguntas, pero es que no me lo puedo creer… —La noto nerviosa, excitada… Tiene sus manos puestas en mi antebrazo como si quisiera cerciorarse que realmente estoy ante ella.

—Tranquila, es normal. Me presento así, sin avisar… Lo tienes que ir asimilando. Llegué ayer a mediodía y la duración de mi estancia todavía no la sé ni yo, la verdad. Todo iba a depender de cómo fuera recibida aquí… Por cierto, Koro, ¿Montxo también vive en Hernani? Tengo tantas ganas de conocerlo…

—Ay, Luna, mi vida… —Su rostro se entristece y me temo lo peor—. Supuse que ya lo sabrías, pero veo que no… Tu padre murió hace muchos años, siendo tú muy pequeña. El 5 de septiembre de 1981 tuvo un accidente de coche, en la provincia de Zaragoza, en el

que murió en el acto. Venía de estar con tu madre y contigo en la casa que tenéis en la Costa Brava.

Está muerto… El verano del 81… Oh… Me quedo en silencio un instante, mientras mi cabeza intenta hilar datos.

—¿Pero por qué se volvía aquí? ¿Qué paso esos días que estuvo con nosotras? —Se me acumulan las preguntas.

—Pues pasó que Icíar y Montxo volvieron a ser felices, eso pasó. Que después de seis horribles años en los que los obligaron a estar separados ibais a poder ser una familia, y mi hermano por fin podría estar con las dos personas que más quería en el mundo. Todo era perfecto. La víspera del accidente, a la noche, me llamó Montxo para contarme que tenía que venir unos días a arreglar unos papeles y que en cuanto estuviera todo solucionado se iba a vivir a Barcelona con vosotras. Estaba entusiasmado, no paraba de hablarme de ti, me decía que eras la niña más bonita que había visto nunca… Tu madre, por su parte, ya había hablado con su marido y le había comunicado que lo dejaba. Pero el 5 de septiembre todos esos sueños se truncaron… A las seis de la tarde se presentó la Guardia Civil en nuestra casa para darnos la horrible noticia. Yo siempre he sospechado que el padre de Icíar tuvo algo que ver con el accidente, pero no lo he podido demostrar. Ese demonio era capaz de eso y de mucho más con tal de que nunca estuvieran juntos… Fui yo quien se encargó de llamar a tu madre para contárselo. Todavía seguíais en la casa de Tossa. Al enterarse se quedó muda, no fue capaz de decirme nada y dejó caer el teléfono; pude oír a lo lejos tu voz llamando a gritos a tu madre…

Mi voz llamando a gritos a mi madre, como en mi pesadilla… Era justo ese momento. Le acababan de dar la fatal noticia y como si fuera un zombi se dirigió camino de la cala, hacia el mar. Yo le gritaba, pero ella no hacía caso, y me asusté de tal modo que creí que la perdería para siempre. Lo he tenido dentro desde entonces y lo he revivido en forma de pesadilla en el momento en que he sentido que la perdía nuevamente, pero esta vez por culpa de la enfermedad.

—Luna, ¿estás bien?

Sin darme cuenta estaba totalmente ausente, asimilando lo que Koro me acababa de contar.

—Sí, sí… Es solo que no se me había ocurrido pensar que Montxo no estuviese vivo. No voy a poder conocerlo… Lo estoy digiriendo… —Voy enlazando lo que me acaba de contar mi tía con la parte de la historia que me relató papá—. Entonces mamá, llamó a papá y volvió con él, retomando así su matrimonio…

—Así es… A la hora aproximadamente de que habláramos, recibí la llamada de tu madre. Su voz estaba totalmente apagada. Me dijo que lo mejor era volver con su marido y que había decidido romper toda relación conmigo, por tu bien, para que nunca supieras de nuestra existencia y siempre creyeras que su marido era tu padre. Yo en ese momento se lo prometí, pensando que todo lo que me decía era fruto del dolor que sentía por la muerte de Montxo y que más adelante recapacitaría. No quería creer que fuera capaz de privarnos de conocer a la hija de mi hermano y de verte crecer… Eras lo único que nos quedaba de él… Pero nunca conseguí que entrara en razón. Intenté varias veces contactar con ella y saber de ti, pero no había forma, nunca contestaba a mis llamadas… Los años fueron

pasando y las llamadas se fueron espaciando en el tiempo, hasta que al final dejé de llamar. Nunca tuve el valor suficiente para ir a Barcelona, intentar conocerte y enfrentarme a tu madre…, y siempre he tenido esa espinita clavada dentro de mí. Solo me quedaba la esperanza de vivir más años que Icíar, y cuando ella ya no estuviera, ir allí y explicarte toda la historia, porque daba por hecho que ella nunca lo iba a hacer. Espero que algún día puedas perdonarme… —Agacha su mirada hacia la taza de café que rodea con sus dos manos.

—Tranquila, no tengo nada que perdonarte. —Le digo, alargando mi mano y poniéndola sobre la suya—. En esta historia cada persona actuó de la manera que consideró que era la mejor para todos. Sé que la decisión de mi madre no fue la correcta, pero también sé que lo único que la motivaba era mi bienestar. Si te sirve de consuelo, he sido muy feliz y me he sentido muy querida. He crecido rodeada de personas de las que hace poco he descubierto que no tenían mi sangre y que sin embargo se han desvivido día tras día para que fuera feliz y me convirtiera en la mujer que soy hoy. Es verdad que nos privó de conocernos antes y hemos perdido unos años que no se pueden recuperar, pero tenemos un montón de tiempo por delante, y la historia para nosotras empieza ahora, todavía nos quedan muchas cosas por compartir.

—Sí, eso es cierto. —Me mira y esboza una leve sonrisa—. Yo ya sabía que las personas que acogieron a tu madre y se encargaron de vosotras eran maravillosas, porque ella misma me lo contó cuando volvimos a contactar a los seis años de irse, y quizás era lo único que me reconfortaba: saber que eras una niña feliz y que, aunque no crecías junto a tu familia, por lo menos lo estabas haciendo en un entorno lleno de amor.

—Koro, ya es la segunda vez que lo mencionas, ¿por qué estuvisteis seis años sin saber nada de nosotras? ¿Por qué no vino Montxo a buscarnos antes?

—Para llegar a esa parte, tengo que explicarte muchas cosas primero, pero a grandes rasgos te diré que mis padres trabajaban en la casa de tus abuelos y vivíamos todos allí, así que nos criamos juntos. Tus padres se enamoraron, y cuando se enteraron de que iban a tener un bebé se armaron de valor y decidieron hablar con los padres de Icíar, que ni siquiera sabían que estaban juntos y se querían. Eran conscientes de que sus creencias religiosas les impedirían estar de acuerdo con un embarazo fuera del matrimonio, pero tus padres se querían como he visto a pocas personas quererse a lo largo de mi vida. Significaban todo el uno para el otro y lo único que deseaban era estar juntos y poder disfrutar de su historia de amor y de esa familia que empezaban a construir. Montxo le pidió la mano de Icíar a Jesús Mari, porque quería hacer las cosas bien, y su único deseo era que este les diese la bendición y les permitiese estar juntos.

»Jesús Mari les hizo creer que estaba de acuerdo en todo y que lo había hecho muy feliz la noticia del embarazo y la inminente boda, pero nada más lejos de la realidad. Les dijo que estuviesen tranquilos, que él se encargaría de todo, y tus padres salieron desbordando felicidad del despacho de Jesús Mari. Todavía recuerdo sus caras, porque yo me escondí fuera para enterarme de lo que había pasado en cuanto salieran. No se podían ni creer que todo hubiera salido tan bien. Pero esa misma noche, Jesús Mari entró en el cuarto de Icíar, la sacó de la cama y la montó en un coche rumbo a Barcelona, para poner fin a ese embarazo. Le dijo que, si intentaba contactar con Montxo, lo denunciaría a la Guardia Civil

por su desaparición y no volvería a verlo nunca más. Yo pude ver cómo metían en el coche a tu madre y ella gritaba desesperada…, pero no supimos a dónde se la llevaban.

»Luego le tocó el turno a mi hermano. Fue a su habitación y le dijo que tenía veinticuatro horas para desaparecer, porque pasado ese tiempo lo denunciaría por la desaparición de su hija. Y sabíamos perfectamente que hablaba en serio, porque era un hombre sin corazón. Era muy influyente y tenía muchos contactos, así que sin duda podía llevar a cabo su amenaza sin tener que dar demasiadas explicaciones a la Guardia Civil, ya que muchas personas importantes le debían favores. Era un hombre de doble moral: por un lado muy católico, y por otro lado no dudaba en devolverles el honor a las hijas de coroneles, abogados, jueces y demás peces gordos, poniendo fin a embarazos no deseados en su clínica. Teníamos una habitación en casa preparada para recibir a esas pobres chicas asustadas, que en unos días regresaban a su hogar como si nada hubiera pasado. Así que sabíamos perfectamente que, si él quería, detendrían a mi hermano, acusado de cualquier cosa, y probablemente no lo volveríamos a ver nunca más; eran unos años muy difíciles…

»Al día siguiente Jesús Mari ya había comunicado la desaparición de su hija en la comisaría, señalando directamente a mi hermano como el culpable. En esas horas que le dio de cortesía, Montxo fue al puerto, se escondió en casa de un amigo y a la mañana siguiente se enroló en el primer barco que zarpaba. Trabajó un tiempo a bordo y a los seis meses se instaló en Argentina, con la esperanza de poder volver algún día, aunque sabía perfectamente que de momento no lo podría hacer, pues nada más poner los pies en este país lo detendrían. Por su parte, tu madre, pensando que podía evitar que denunciasen a Montxo, no contactó con nadie de nosotros para decirnos dónde estaba, pues lo único que quería era proteger a mi hermano, sin saber que ya estaba denunciado y había tenido que huir del país. Icíar nunca perdonó a su padre lo que les hizo y decidió romper totalmente con su familia y empezar de cero en Barcelona, junto a las personas que la habían acogido y le daban la oportunidad de criarte. Tuvo mucha suerte de dar con ellos, la verdad…

—Entonces…, no les permitieron estar juntos… —Mis lágrimas resbalan por mis mejillas, pensando en lo que tuvieron que sufrir—. No es justo…, pero quién era él para decidir sobre la vida de los demás y separar a una familia… —Ahora mismo siento tanta rabia dentro al pensar en lo que nos hicieron…—. Primero creí que Montxo nunca supo de mi existencia, pero al enterarme de lo del verano del 81 comprendí que el motivo por el cual no estuvo a nuestro lado debía ser otro. Hasta llegué a pensar que no me quería y por eso se fue y no volvió nunca más… Pero ¿qué pasó a los seis años de irse mi madre? ¿Por qué en ese momento por fin retomasteis el contacto?

—Cuando Icíar decidió seguir adelante con el embarazo, quedarse en Barcelona y olvidarse de su familia, a su madre, Felisa Lopetegui, se le cayó el mundo encima. Era una mujer muy callada, sumisa, que nunca le llevaba la contraria a su marido, pero eso fue demasiado. Ella adoraba a sus hijas y en especial a Icíar, supongo que eran el único motivo que la impulsaba a aguantar cada día a su marido. Felisa nunca se lo perdonó y lo culpó a él directamente. Jesús Mari se quedó totalmente solo y su carácter todavía se endureció más: no era así como él había planificado las cosas. En su mente, pasadas unas semanas recuperaban a su hija y de paso se deshacían de Montxo… Pero le salió mal. Todo cambió por completo: mis padres y yo nos fuimos de esa casa y volvimos aquí, a Hernani, y la pena

y la tristeza se instalaron en ese hogar. A Felisa la afectó tanto perder a su hija que se sumió en una profunda depresión que la fue consumiendo poco a poco, hasta que, a los seis años de irse Icíar, falleció. Poco antes de morir, como última voluntad, obligó a Jesús Mari a quitar la denuncia que todavía recaía sobre Montxo, y nos dijo dónde podíamos encontrar a Icíar.

—Es increíble todo el dolor que generó ese hombre… No solo destrozó la vida de mis padres, sino también la de todos los que lo rodeaban….

—Sí, influyó totalmente en las vidas de todas las personas que vivíamos en esa casa en ese momento… Y Jesusa, la hermana de tu madre, en vez de culpar a su padre por todo lo que pasó, se encerró en una postura incomprensible en la que Icíar es la raíz de todos los males de su familia, por haber seguido adelante con el embarazo, por haberse quedado en Barcelona…, y en consecuencia también la considera la responsable de la muerte de su madre. Ya te he comentado antes que siempre le tuvo mucha envidia a tu madre, y además sabíamos perfectamente que ella también estaba enamorada de Montxo en secreto, pensaba que algún día él se daría cuenta de que con quien tenía que estar era con ella. Así que, para más rabia suya, el embarazo fue el detonante de toda la desgracia y de alejar a Montxo de su lado para siempre…

—Puf…, qué mente más retorcida. Sí, desde luego que me dejó muy clarito que no nos quiere ni ver a ninguna de las dos, y yo desde luego no voy a suplicar su cariño… Aunque, si te digo la verdad, me pareció una pobre desgraciada, que está en la ruina y vive en su despacho…

—Bueno, es algo que no sé a ciencia cierta, pero se comenta que efectivamente está arruinada, porque la clínica hace muchos años que dejó de funcionar y la casa de Miraconcha, que está deshabitada desde hace mucho tiempo, está colonizada por la maleza y sufriendo en su fachada los efectos de los temporales del Cantábrico… Pero su padre se aseguró en el testamento de que mientras él viva no se pueda vender ninguna de las dos propiedades. Así que la amargura de Jesusa crece con los años, viendo cómo la casa se devalúa…

—¿Cómo? ¿Qué está vivo? ¿El desgraciado que arruinó la vida de tantas personas está vivo?

—Sí. Está en una residencia de ancianos, viendo pasar los días, solo… y, al igual que tu madre, sufriendo en sus propias carnes los efectos del alzhéimer.

Es duro pensarlo, pero me alegro. Me alegro de que de alguna forma se haya hecho justicia y acabe su vida solo, aunque sí que me gustaría que fuera consciente de que no hay nadie a su lado por culpa de todo el mal que hizo en su vida.

—Por cierto, Koro, hace unos días, mi madre, en uno de sus momentos de confusión y dirigiéndose a mí como si fuera tú, me dijo algo de una carta. De que la cogiera y la guardara si algo pasaba… ¿Existe esa carta? ¿La tienes tú?

—La carta… Claro… Es curioso que pueda acordarse de eso, pero no de lo que ha desayunado… La mente puede ser un misterio. Tengo esa carta guardada como oro en paño en casa. La escribió cuando supo que estaba embarazada y va dirigida a ti. Tu madre conocía perfectamente a su padre y no se fiaba de él. Así que un día me contó que había escrito una carta para su hijo o hija, y me explicó dónde estaba escondida. Me hizo

prometer que, si algún día pasaba algo, yo la cogería y la guardaría, para dártela a ti. Y ese día llegó: la noche que se llevaron a tu madre a Barcelona, entré en su habitación a escondidas y me la guardé, antes de que otra persona la pudiera descubrir y destruir. Por fin va a llegar a la persona a la que estaba destinada. Después vamos a cogerla.

—Tienes esa carta… Vaya…, me la escribió mi madre antes de nacer… Sí, sí…, luego vamos a cogerla. —Me parece increíble que exista esa carta de verdad y todavía esté guardada. Me muero de ganas de leerla.

De repente tocan a la puerta y las dos nos giramos. Abren y vemos a Mikel asomarse.

—Perdón que os interrumpa. Amá, ¿dónde has guardado el encargo de Conchita? Es que no lo encontramos…

—Ahora mismo voy, Mikel. —Me mira, disculpándose con la mirada.

—Koro, será mejor que os deje trabajar, que tenéis la tienda llena. Mejor doy un paseo y vuelvo en otro momento —le digo mientras me levanto.

—Podemos hacer una cosa. Vente para las dos, que es cuando cerramos, comes con nosotros en casa y seguimos poniéndonos al día, ¿te parece bien?

—Perfecto. —Miro el reloj y veo que ya son las doce y media—. ¡Madre mía, se me ha pasado el tiempo volando!

Me pongo a pasear y me siento en la terraza de una cafetería. Tengo la sensación de estar tan cerca de mis padres… Y no solo por encontrarme en este pueblo, no… Las circunstancias han hecho que haya una ligera similitud entre la historia que vivieron ellos y la mía con Pep: estar tan lejos de la persona a la que quieres sin saber si está bien, un embarazo al que te enfrentas sin tu pareja… El sufrimiento que tuvieron que padecer me resulta extrañamente familiar. Ay, Pep…, ¿dónde estarás en este preciso momento? Aunque, claro, ellos tenían el añadido de que no les permitían estar juntos, cuando en nuestro caso nos hemos alejado por voluntad propia… Las personas podemos ser tan complicadas…

Ahora mismo necesito llamar a Val y contarle todo lo que acabo de vivir.

15. Una historia prohibida

La casa de Koro se encuentra en la misma calle de la carnicería, en un edificio de tres plantas, de piedra y madera, totalmente renovado. Viven en el segundo y por dentro es preciosa, moderna pero con toques rústicos, con las paredes de piedra y las vigas de madera. Nada más entrar, te encuentras con un solo ambiente en el que la sala, el comedor y la cocina comparten un espacio luminoso. La zona de estar la presiden un sofá blanco y una alfombra de color gris, y la mesa de comedor da paso a una cocina pequeña pero muy coqueta, con una barra americana y unos taburetes.

—Luna, ¿qué quieres comer? —me pregunta Koro mientras comienza a sacar táperes de la nevera—. Tengo poquitos que han ido sobrando estos días. Tienes puré de verduras, coliflor, macarrones con chorizo, porrusalda…

—¡Madre mía, Koro! ¿Esto qué es, un restaurante? —le digo riéndome—. Tú, como mi abuela: con lo que vosotras llamáis restos, podríais alimentar una semana a la selección de fútbol…

Ella también comienza a reírse, mientras sigue rebuscando en el frigorífico.

—Mis hijos me dicen lo mismo…

—Koro, ponme lo mismo que vayáis a comer Andoni y tú, por favor, por mí no te compliques. —Aunque creo que lo que le digo es en vano y va a molestarse en complacerme totalmente.

—Mira, cielo, nosotros vamos a terminar el puré de verduras y de segundo haré unos filetes a la plancha. Si quieres te preparo una ensalada y luego tengo para hacerte pechuga de pollo, ¿qué te parece?

—Estupendo, tía, por mí perfecto.

Ha dejado lo que tenía entre manos y me mira emocionada.

—Tía, me has llamado tía… Gracias, Luna, no te imaginas lo que eso significa para mí.

Es verdad, ni me había dado cuenta. Me ha salido espontáneo, porque es así como lo siento…

—Bueno, es que eres mi tía, ¿no? —planteo, sonriéndole para quitarle importancia.

La comida trascurre tranquilamente, hablándoles de mi vida en Barcelona, de Pep, de Valeria, del trabajo…

—Bueno, chicas, yo me voy a tener que ir —nos dice Andoni dándole un beso a Koro —. Vosotras seguid charlando tranquilamente, que esta tarde yo solo me arreglo en la tienda perfectamente.

—Andoni, dentro de un rato voy, que igual tienes mucha gente y…

—Y qué…, pues ya esperarán. Hoy es vuestro día y quiero que lo aprovechéis al máximo. Además, ya han recogido todos los encargos a la mañana y ha pasado medio pueblo por la carnicería, así que dudo que esta tarde tenga mucho trabajo…

Me da dos besos y se va, haciéndome prometer que nos volveremos a ver antes de que

me vaya.

—Luna, vamos al sofá, que estaremos más a gusto. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor. Que esta noche he dormido fatal y, a pesar de que todo lo que me estás contando me está apasionando, corro el riesgo de quedarme dormida.

—Ay, antes de que se me olvide… —Va hacia una habitación y vuelve con la carta en la mano—. Toma. Esta es.

Me alarga el sobre y ella se vuelve a la cocina. Yo lo sostengo sobre una mano y paso los dedos de la otra por el papel, acariciándolo, en un intento por imaginarme a mi madre escribiéndola… Me lo acerco a la nariz e inspiro el aroma, para finalmente apretar la carta contra mi pecho. Es absurdo creer que casi cuarenta años después un trozo de papel pueda guardar parte de la esencia de una persona, pero a mí este sobre me ha olido a ella, a mamá, a la que me arropaba en la cama cuando era pequeña y me llenaba de besos por la mañana y me hacía sentir que pasara lo que pasara ella iba a estar a mi lado…, a la que echo en falta cada segundo; en definitiva, a la que era antes de la enfermedad.

—Si quieres leerla, adelante, ¿eh?, por mí no dejes de hacerlo —me dice Koro desde la cocina—. Me tomo el café aquí y ya está, te dejo sola un rato.

—No, no, Koro, que va, no te preocupes. Prefiero leerla tranquilamente, a la noche, en mi habitación. —Cojo el bolso y la guardo dentro.

—Como quieras. Pues si te parece te sigo contando. Bueno, lo mejor es que empiece por el principio, Luna, porque la historia de nuestras familias está entrelazada desde mucho antes de que tú nacieras, y para entender todo bien nos tenemos que remontar a mi abuelo, José Huici, y al abuelo de tu madre, Jesús Mari Galarza padre.

—Adelante, estoy deseando conocer la historia de mi familia.

—Los dos eran de Hernani, vecinos de caserío, y al tener la misma edad se criaron prácticamente juntos; eran como hermanos. Pero tu bisabuelo aspiraba a más. Este pueblo se le quedaba pequeño y siempre decía que algún día formaría parte de la alta sociedad. Era un chico muy listo y muy espabilado. Estuvo ahorrando durante mucho tiempo, trabajando en todo lo que le salía, para poder hacerse un traje a medida con el que esperaba mejorar su imagen y poder alcanzar sus sueños. En el verano de 1918, con dieciséis años recién cumplidos y un traje nuevo por estrenar, se dedicó a ir cada día andando hasta Donosti para mezclarse con la alta sociedad que veraneaba en la ciudad en plena belle époque. Al principio lo echaban a patadas de todas partes, pero poco a poco y a base de insistir se fue haciendo un hueco en los ambientes más selectos. Se convirtió en el chico para todo: tan pronto estaba haciendo los recados de un conde como de chofer para un marqués que quería ir al hipódromo, o ayudando a alguna señora de alta cuna en sus baños en la Concha. Hasta que un día, un importante empresario donostiarra se fijó en él y lo tomo como su pupilo: supo ver el gran potencial que escondía ese chico y le enseñó todo lo que debía saber de los negocios y de ese mundillo del que estaba deseando formar parte, de tal forma que en 1920 abrió su primera empresa, que lo situó rápidamente en el círculo de personas importantes de la ciudad. Lo invitaban a todas las fiestas e inauguraciones. En 1925 se casó con Pilar Gallastegui, la hija de su mentor, y se instalaron en la casa de Miraconcha que su suegro hizo construir para ellos. En 1930 ya era el dueño de dos negocios más…, aunque siempre se rumoreó que todo era una tapadera y a lo que se dedicaba realmente era al

contrabando…, vete a saber. Más de una persona de la alta sociedad no supo aceptar que un chico de pueblo se codeara con ellos y en menos de diez años se convirtiera en alguien tan importante. Tu bisabuelo seguía manteniendo el contacto con mi abuelo, aunque cada uno tenía su vida, pero venía a menudo a Hernani, a casa de mis abuelos, a interesarse por ellos. Nunca se olvidó de sus orígenes.

—Vaya, parece que fue un buen hombre… Por lo poco que sé, nada que ver con su hijo, ¿no?

—Nada, la verdad. Mi familia le debe tanto a ese hombre… Mis abuelos tuvieron ocho hijos: siete chicos y una sola chica, mi madre, Josefa Huici, que nació en 1930. En 1927 nació Jesús Mari Galarza hijo, único descendiente de tus bisabuelos.

—¿No tuvieron más hijos?

—No, tu bisabuela casi se muere durante el parto de tu abuelo. Tuvo una hemorragia muy fuerte y en los días posteriores sufrió infecciones y fuertes fiebres. El caso es que no consiguieron tener ningún hijo más. Nunca llegó a recuperarse bien y se convirtió en una mujer débil y enfermiza, que cada dos por tres necesitaba estar un tiempo en cama porque no se encontraba bien. Así que tuvieron que contratar a una señora para hacerse cargo de criar a su hijo: la señorita Adela. Era muy estricta, con unas férreas creencias religiosas, y fue quien influyó directamente en que tu abuelo se convirtiera en el tipo de persona que llegó a ser… Luna, ¿te encuentras bien? Tienes mala cara…

—Perdona, Koro, es que cada vez que te refieres a ese señor como mi abuelo se me revuelven las tripas… Lo siento, pero para mí el padre de mi madre es otra persona, y afortunadamente no tiene nada que ver con Jesús Mari… —Parece que mi cara es como un libro abierto.

—Claro, tienes razón… Perdóname, Luna, no me había dado cuenta. De ahora en adelante me referiré a él por su nombre.

—Te lo agradezco, Koro… Entonces, ¿esa mujer fue quien lo crió?

—Así es. Cuando estalló la Guerra Civil, toda la familia de tu madre se escapó a Francia y se refugiaron en casa de unos familiares del suegro de tu bisabuelo. Al finalizar la guerra, volvieron a San Sebastián y fue cuando descubrió que a su gran amigo José lo habían fusilado, que su mujer malvivía junto a sus hijos y que solo habían sobrevivido cinco de los ocho que tenían. Se sintió destrozado y hundido; creía que le había fallado a su hermano del alma, por no habérselos llevado junto con su familia. Se sintió en deuda con él y se encargó de la manutención de la familia de mi abuelo. Cuando los chicos tuvieron edad para trabajar los colocó a todos en sus empresas, y a mi madre, al ser la única chica, se la llevó a trabajar a su casa en las labores del hogar. Así que se hizo cargo de mi madre desde que tenía nueve años, le enseñó a leer y escribir y la querían casi como si fuera su hija. A los catorce años se encargaba ella sola de toda la casa, incluida la cocina, y siempre la trataron de maravilla…, aunque ahí estaba la señorita Adela para recordarle que ella no era una más en esa familia. Le solía decir que solo era una muerta de hambre y el proyecto de caridad de Jesús Mari. A mi madre siempre que hablaba de esa mujer le cambiaba la cara; aun estando muerta le daba miedo acordarse de ella. Afortunadamente esa encantadora mujer murió siendo nosotras muy pequeñas, pero el mal ya estaba hecho, pues le inculcó muy bien el sentimiento de superioridad a tu abu… perdona, a Jesús Mari.

—Pero ¿y su padre? Él provenía de una familia sin recursos, ¿por qué no lo educó en otros valores?

—Porque estaba todo el día fuera de casa con sus negocios, y antes no era como ahora, los hijos eran cosa de las mujeres. Y tu bisabuela Pilar estaba totalmente anulada por la señorita Adela, que la hacía sentir que no estaba en condiciones de ocuparse de su hijo y que lo mejor era dejarla a ella llevar las riendas del hogar.

—De todas formas, no puedo entender cómo tenían a esa tal señorita Adela trabajando para ellos…

—Porque era muy astuta y por supuesto tenía dos caras. Una era la que le ponía a Jesús Mari padre, cuando llegaba a las tardes a casa, cansado de trabajar, y se encontraba con una Adela dulce y eficaz que le pasaba el parte del día y hacía que su hijo fuera un ejemplo de perfección. Y otra cara era la que tenía el resto del día, gobernando la casa a su antojo, como si fuera una dictadura, haciéndole la vida imposible a mi madre y educando a Jesús Mari a su voluntad.

—¡Puf, qué asco de persona!

—Sí, y da miedo comprobar la influencia que puede tener un adulto sobre un niño… Así que Jesús Mari creció convencido de su superioridad frente a mi madre. Los años que estuvo fuera estudiando Medicina fueron los más felices para ella. En esa época conoció a mi padre, Ramón Elosua, al empezar a trabajar en la casa como jardinero, y cuando mi madre tenía dieciocho años se casaron. Un año después, en 1949, nació Montxo. Al poco tiempo volvió Jesús Mari a casa, tras terminar la carrera, y su padre ya le tenía montada la clínica para que pudiera empezar a ejercer. Gracias a los contactos de este, se convirtió en el ginecólogo de referencia de toda la gente de dinero de la ciudad. Se casó con Felisa, con la que llevaba unos años de novios; en 1953 nació Icíar, en el mismo año que yo, y cuatro después Jesusa.

»Nuestra infancia la recuerdo muy feliz. Tu madre y yo éramos inseparables, siempre corriendo de un lado para otro de la casa, haciendo de las nuestras… A Icíar le encantaba estar en la cocina con mi madre y conmigo. Mis padres la adoraban y la trataban como a una hija más, y ella se sentía más querida por ellos que por sus propios padres… Montxo nunca quería jugar con nosotras porque decía que éramos niñas y él solo jugaba con niños. —Esboza una sonrisa—. Y Jesusa siempre andaba escondida mirando cómo jugábamos: desde pequeña fue muy introvertida. Todavía recuerdo perfectamente el día que se murió tu bisabuelo; nosotras tendríamos unos diez años, mi madre estuvo llorando durante varios días sin consuelo. Para ella, fue lo más parecido a un padre que tuvo. Jesús Mari, sin embargo, no mostró ningún tipo de dolor, ni pena. Su padre le hizo prometer que él seguiría haciéndose cargo de nuestra familia en su nombre y que bajo ningún concepto prescindiría de mis padres como empleados.

»Los años fueron pasando y los días transcurrían entre el colegio y las tareas de cada uno: Icíar y Jesusa debían ir a clases de francés, mecanografía, costura… Siempre había algo que debían aprender, como decía su madre, «para ser mujeres de provecho». Y Montxo y yo, por nuestra parte, al volver del colegio debíamos ayudar a nuestros padres en las tareas de la casa. Pero en cuanto terminábamos y disponíamos de algo de tiempo libre, tu madre y yo nos juntábamos en su cuarto, nos tumbábamos en la cama y jugábamos a imaginarnos cómo

seríamos de mayores, con quién nos casaríamos, cuántos hijos tendríamos… Y, por supuesto, que seríamos amigas toda la vida… —Koro suspira y baja la mirada hacia el suelo.

—¿Y al padre de mi madre no le molestaba veros tan unidas? ¿Os lo permitía?

—Su madre, Felisa, nos protegía. Cuando sabía que estábamos juntas, se asomaba por la puerta y siempre nos decía lo mismo: «Chicas, ¿habéis hecho los deberes?». Nosotras le decíamos que sí, porque la verdad es que éramos muy responsables, y entonces nos respondía: «Está bien, pues entonces podéis jugar, y cuando llegue tu padre os aviso». Ella misma se encargaba de venir a decírnoslo, y en cuanto el coche de Jesús Mari estaba entrando en el garaje yo me iba a mi cuarto e Icíar bajaba a recibirle. Ser cómplice de su hija probablemente era su forma de rebelarse contra su marido, porque no le habría hecho ninguna gracia descubrir que éramos tan amigas.

—Vaya, no me puedo ni imaginar la vida que tuvo que tener Felisa…, qué matrimonio tan horrible… —Una vez más me vienen a la cabeza mis abuelos y una gran sensación de gratitud por haberme criado junto a ellos.

—Felisa le tenía miedo a su marido, solo había que mirarla a los ojos para verlo. Nunca le llevaba la contraria; por eso, estos pequeños actos de rebeldía le daban fuerzas para seguir adelante.

—Qué pobre mujer…

Nos quedamos las dos en silencio. Miro a Koro y tiene la mirada perdida en su pasado…

—Koro, ¿estás bien? —le pregunto, poniéndole mi mano sobre la suya.

—Sí, sí… Perdona, Luna, es solo que hacía mucho que no desempolvaba mis recuerdos… Mi mente empieza a divagar y voy recordando momentos muy especiales que viví con tu madre y me pongo un poquito melancólica…

—Vaya…, entonces será mejor que vayamos a las partes alegres de la historia. Cuéntame vuestra adolescencia, cuándo empezaron mis padres su relación…

—Ay…, esa fue sin duda la etapa más bonita de nuestras vidas… Sin darnos cuenta, nuestros temas de conversación empezaron a cambiar y pasamos a hablar continuamente de chicos: que si uno de clase, que si el hijo de la panadera… Pero tu madre siempre acababa hablando de Montxo. Y por las noches, a mí, que compartía habitación con mi hermano, me tocaba hablar de Icíar. Él se sentaba en mi cama, me interrogaba sobre lo que habíamos hecho durante el día y no me dejaba dormir hasta que le decía que había preguntado por él o hasta que le daba con la almohada para que me dejara tranquila. —Sonríe acordándose de esos buenos momentos junto a mi padre.

—O sea, que estabas en medio de los dos tortolitos…

—Sí, fue todo tan bonito…, no te lo puedes ni imaginar. De repente dejaron de verse como si fueran hermanos y empezaron a despertarse sentimientos diferentes en ellos… Se miraban y se sonrojaban. Cada vez querían pasar más ratos juntos… Pero claro, las cosas no eran como ahora, así que tenía que estar yo también. Si es que eran dos críos… Hasta que empezó a ser evidente también para los adultos, y fue cuando los padres de Icíar decidieron actuar. Aprovecharon el deseo de tu madre de estudiar confección para mandarla lo más lejos que pudieron, así que, con catorce años, la matricularon en la escuela de París.

»Durante los cuatro cursos que duraron los estudios solo la veíamos en Navidad y un mes en verano. Fueron cuatro largos años para tus padres, pero también para mí… Todavía me

acuerdo de la víspera de irse por primera vez… Fue un drama tremendo. Nos tenías que ver a los tres abrazados en el jardín de la parte de atrás de la casa, llorando sin consuelo, como si se fuera a acabar el mundo…, y mis padres, los pobres, intentando consolarnos.

—Claro, estudió en París… Eso sí que nos lo había contado. Aunque siempre supuse que había sido decisión suya y no algo orquestado por sus padres para alejarla de Montxo…

—Pues sí, así fue. Icíar siempre decía que quería estudiar diseño, pero aquí, en Donosti. En sus planes de futuro no había cabida para decisiones que implicaran alejarse de tu padre…

—¿Y al terminar los estudios?

—Cuando por fin pasaron los cuatro años, volvió convertida en toda una mujer… Bueno, supongo que nosotros también habíamos cambiado, claro… Pero es que ella estaba tan diferente… Encima trajo un montón de ropa nueva, entre la que había comprado en París y la que ella misma se había confeccionado… Estaba guapísima, tan elegante… Llamaba la atención allá donde fuéramos. Recuerdo que me regaló varios conjuntos, porque tu madre era así de generosa, y cuando salíamos a pasear por Donosti, las dos vestidas con modelitos de las últimas tendencias parisinas que empezaban a llegar a la ciudad, te puedes imaginar cómo me sentía yo… Era como si anduviera cinco centímetros por encima del suelo. Ay…, qué jóvenes y guapas éramos… Cómo pasa el tiempo… Y qué viejas nos hemos hecho…

—Koro, no digas eso, por favor… Tenéis recuerdos preciosos de esa época de la vida, pero vuestras historias no acaban ahí. La adolescencia genera momentos que revivimos con anhelo en la madurez, pero sé que tanto mi madre como tú, después, por separado habéis disfrutado de otras etapas: habéis sido madres, empresarias, emprendedoras, esposas… Bueno, Koro, y tú tienes por delante etapas muy bonitas que vas a poder disfrutar con tus hijos y los nietos que vendrán…

—Ya, Luna, si todo eso ya lo sé y es lo que yo me repito a mí misma, pero es muy duro ver que te vas haciendo mayor, y en estas últimas horas, al revivir tantos recuerdos, soy más consciente de ello y de que quedan ya pocas etapas por vivir…

—Sabes, Koro, si ahora viniera alguien y me dijera que dándole todo el dinero que tengo sacaría a mi madre del pozo negro en el que se encuentra y le devolvería la salud, no dudaría en darle hasta el último de mis céntimos. Ella soñaba con esta etapa de la vida: con jubilarse, viajar con su marido, ser abuela, disfrutar de sus nietos… Pero no va a poder ser. No me va a poder acompañar a ninguna ecografía, ni podremos quedar cuando nazca mi hijo para pasear y tomar un café, ni la podré llamar desesperada porque no consigo que mi hijo deje de llorar y que ella me tranquilice diciéndome que lo estoy haciendo bien y soy una buena madre… ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Que no está muerta, que no lloramos su ausencia, lloramos su presencia, porque nos mata verla avanzar cada día un paso hacia su final. Más de una vez he pensado que si estuviera muerta todo sería más fácil, y me odio por ello…

No sé en qué momento exacto de mi relato he empezado a llorar, pero mis lágrimas resbalan por mis mejillas sin control y Koro está igual que yo. Me abraza y las dos lloramos juntas.

—Perdóname, Luna, y gracias por la bofetada de realidad que me acabas de dar. Te

prometo dejar de mirar atrás con anhelo y como si ya no me quedara nada bueno por vivir…

—Más te vale, si no quieres que te suelte un mitin de los míos…

Las dos nos reímos y nos secamos las lágrimas con los pañuelos que ha sacado Koro.

—Por dónde iba… —continúa Koro—. ¡Ah, sí! Cuando tu madre volvió de París… Como te he comentado, Icíar volvió muy cambiada, pero solo por fuera, en su aspecto, porque por dentro era la misma niña que cuatro años antes lloraba desconsoladamente y a la que solo tranquilizaban los brazos de Montxo… El tiempo que estuvieron separados les sirvió para descubrir que no querían volver a estar lejos uno del otro nunca más. Así que los padres de Icíar consiguieron el efecto contrario al que buscaban. Pensaban que con la distancia se les pasaría y se quedaría solo en una historia de chiquillos, sin ninguna importancia… Pero no fue así.

—Y siguieron viéndose a escondidas, ¿no?

—Eso es. A Icíar le montaron un estudio en el ático de la casa, para que pudiera seguir con sus diseños, y nuestro cuarto estaba justo debajo de la terraza del estudio. Así que Montxo no tenía ninguna dificultad para trepar hasta el piso de arriba, ayudado por unas guías de madera que había en la fachada de la casa por las que crecían unas preciosas enredaderas. Se pasaban horas y horas los dos juntos, planeando cómo sería su vida algún día, cuando pudieran gritar que se amaban y los padres de Icíar aceptaran a Montxo como yerno…

—Pero eso nunca pasó… Es tan triste… Y más ahora, que ya sé por qué no consiguieron estar nunca juntos y me cuentas cómo fueron los años previos, de ilusión y planes. Siento una gran desazón.

De repente, el aviso de un mensaje en mi móvil me trae de vuelta al presente.

—Es Val, que quiere saber qué tal ha ido la tarde y si he descubierto más cosas de mi familia —le digo a Koro mirando el WhatsApp—. Pero ¿has visto qué hora es? ¡Si son más de las ocho! Sintiéndolo mucho me voy a tener que ir, además ya te he robado bastante tiempo por hoy.

—Luna, no te imaginas lo que ha significado para mí el que hayas venido a buscarme. Me has devuelto la esperanza y por fin puedo estar en paz con Montxo, porque has conocido la verdad sobre tu padre… —Le doy un fuerte abrazo y oigo cómo intenta reprimir unos sollozos—. Pero tienes que volver, Luna, porque ahora iba a empezar a contarte la época en la que íbamos a bailar cada domingo a los Tilos.

—No me perdería por nada del mundo más historias sobre mis padres, y sobre todo si son de esa parte de la vida de mamá, en la que ella está refugiada ahora mismo. Probablemente cuando vuelva a casa, con toda la información que me estás dando, consiga que esté más tranquila, ya que podré seguirle el hilo de las conversaciones…

—Sí, este encuentro va a tener efectos muy positivos en muchas personas… Por cierto, Luna, ¿no te quieres quedar aquí esta noche? Ya no hace falta que estés en el hotel si no quieres, has encontrado a tu familia…

—Te lo agradezco, Koro, pero necesito poner en orden mis ideas, digerir toda la información que me has dado, y quiero leer la carta. Espero que no te parezca mal, no quisiera ofenderte…

—¿Ofenderme? No cariño, lo entiendo perfectamente. —Coge las llaves de casa y nos dirigimos hacia la puerta—. Vamos, que te acompaño hasta el tren.

De camino a la estación caminamos una junto a la otra, pero vamos en silencio, pensando en todo lo que ha pasado hoy.

—Ay, Luna, casi se me olvida. El domingo nos juntamos a comer toda la familia en la sociedad de Andoni y me encantaría que vinieras tú también, y así conoces a tus primos.

—Encantada. Estoy deseando conocerlos… —Qué bien, voy a poder ver a toda mi familia…

—Si quieres puedes venir antes y seguimos con nuestra charla.

—Vale, me parece genial. Ya tenemos los teléfonos, así que mañana concretamos la hora, si te parece bien.

—Estupendo. Cuídate, Luna, y cualquier cosa que necesites no dudes en llamarme, por favor.

Me da un abrazo y me quedo esperando al tren, absorta en mis pensamientos.

16. Carta de mamá

Abro el balcón de mi habitación y al asomarme dirijo mi mirada hacia la zona en la que me ha indicado Koro que se encuentra la villa en la que crecieron. Son más de las diez y, a pesar de acabar de anochecer, no hay luz suficiente para distinguir la casa con detalle desde donde me encuentro. A pesar de todo, creo reconocerla… Mañana mismo me acercaré dando un paseo; quiero observarla con detenimiento.

Dejo la ventana abierta, para que el rumor de las olas amenice este momento. Me siento sobre la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y la carta entre las manos. Estoy deseando leerla… ¿Qué dejaría escrito en estas hojas? Mamá, cuéntame tus secretos…

15 de agosto de 1975

Hola, cariño mío:

No sé muy bien cómo empezar esta carta, pero tengo el presentimiento de que debo escribirla. De hecho, si la estás leyendo, será porque mis malos presagios se han cumplido y algo ha sucedido que ha impedido que sea yo misma quien te cuente la historia de tus padres.

Estoy embarazada de ti, y aunque me griten mil veces que esto no está bien yo siempre les responderé que eres fruto del amor más puro que haya podido haber nunca entre dos personas. Y sin que todavía ni siquiera te sienta, ya sé que serás lo mejor que me pasará en la vida.

A tu padre y a mí nos dicen que somos de mundos diferentes y que nunca podremos estar juntos, y sin embargo cada vez que mis manos se entrelazan con las suyas siento que no hay mejor mundo que el que nosotros dos construimos, y nos sobran todas aquellas personas que no opinan lo mismo, porque, de hecho, este es un mundo solo para dos, es nuestro mundo.

Esta semana queremos hablar con mis padres y contárselo, pero a mí me da mucho miedo… Tu abuelo ni siquiera sabe que somos pareja, porque nunca nos habría permitido estar juntos. Tiene un arraigado sentimiento de superioridad hacia la familia de tu padre que no le permite ver la clase de personas que son… Dudo mucho que en su frágil mundo de cristal dominado por las apariencias tenga el placer de tratar con gente la mitad de honrada y noble que la familia de Montxo.

Tu abuelo es una persona muy difícil, con un carácter muy fuerte, y realmente lo creo capaz de cualquier cosa para que no estemos juntos. Es muy católico, pero posee una doble moral que me repugna. Me da miedo que, al enterarse, quiera poner fin a esta relación o incluso intente acabar con este embarazo para recuperar el honor de su familia… Lo ha hecho tantas veces con las hijas de conocidos, a las que había que reconducir al buen camino, haciendo desaparecer todo rastro de embarazos no deseados, fruto de la lujuria y el pecado, que por qué no lo va a hacer conmigo… Para él, que esta vez quien se haya descarriado sea su propia hija puede suponer un duro golpe. Por eso tengo tanto miedo de contárselo…

Tu padre intenta tranquilizarme diciéndome que cuando vea que nuestra relación es seria, que nos queremos y que sus intenciones son buenas y pretendemos casarnos y formar una familia nos apoyará. Yo no puedo ser tan optimista como él, pero de todas formas tienes que saber que, independientemente de la reacción de mi padre, nosotros vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para seguir adelante. Y en caso de que no nos apoyen, ya hemos pensado en irnos. Preferimos empezar de cero juntos, donde sea, que seguir aquí separados. Quizá París… Quién sabe… Serías un niño parisino, ¿qué te parece?

Tu abuela, por el contrario, es perfectamente consciente de que estamos juntos, aunque para ella sea más cómodo mirar para otro lado. No le ha tocado vivir una vida fácil, con el marido que tiene… Y encima la educación que ha recibido es la de sumisión total a su esposo. Así que, a pesar de que quiere a Montxo como a un hijo, sé que llegado el momento no podría ponerse de nuestro lado, y tampoco sería justo por mi parte que yo se lo pidiera…

Tu padre y yo nos hemos criado juntos y no me imagino la vida sin él. Más o menos a los doce años dejé de verlo como a un hermano mayor y se fue despertando en mí un sentimiento diferente, que todavía no comprendía bien, pero que me hacía sentir feliz estando a su lado, ponerme nerviosa solo de pensar que me rozara levemente y sentir cosquilleos si me dirigía cualquier frase… Él es cuatro años mayor que yo, por lo que daba por hecho que estaría pensando en chicas de su edad, pero no, le estaba pasando lo mismo que a mí.

Poco a poco los juegos de niños, de perseguirnos gritando por toda la casa, dieron paso a miradas de complicidad, a largas charlas sentados en el banco del jardín mirándonos a los ojos, buscando rozar nuestros dedos… No podíamos ocultar nuestros sentimientos y pasó a ser algo obvio para todos los que nos rodeaban, incluidos mis padres… Estos, intentando evitar lo inevitable, a los catorce años me mandaron a estudiar a París, con la esperanza de que el tiempo que íbamos a pasar separados enfriara nuestra relación y se convirtiera en una anécdota de chiquillos. Pero consiguieron el efecto contrario al deseado… No se me olvidará en la vida el momento en que mi padre me comunicó que habían decidido que estudiase en Francia. Me sentí traicionada por mis propios padres, noté una punzada de dolor en el pecho y tuve ganas de pegarle y gritarle que no me podía hacer eso… Pero solo pude apretar los puños, agachar la cabeza y aguantarme las lágrimas para que no se sintiera victorioso. Y una vez más lo odié con toda mi alma… De mi boca solo salió una frase:

—Claro, papá, lo que tú digas.

Todo el trayecto en tren desde San Sebastián hasta París lloré como una niña asustada a la que nadie era capaz de consolar… Lloré por todos los momentos que nos estaban arrebatando y no íbamos a poder vivir juntos… Y lloré por miedo… Miedo a que tu padre no fuera capaz de cumplir su promesa de esperarme, le fallaran las fuerzas que nos hacían creer en nuestra relación y encontrara a otra chica con la que le resultara más fácil ser feliz…

Durante los cuatro largos años que duraron mis estudios, venía a casa dos veces al año: en Navidad y en verano. Y eran unos días mágicos que nos daban fuerzas para los meses que nos pasábamos separados. Pero debíamos ser muy cuidadosos, ya que ninguno de los dos queríamos que alargaran mi estancia en el extranjero más allá de ese periodo.

Cuando todo terminó y volví para quedarme, habíamos cambiado tanto… Esos

años nos sirvieron para madurar: ya no éramos unos niños descubriendo sus sentimientos. Nos habíamos convertido en dos adultos que se amaban. Queríamos estar juntos en todo momento, pero debíamos extremar nuestras precauciones: había que seguir ocultándose, durante un tiempo al menos, ya que al volver de París mis padres ejercieron sobre mí un control extremo para cerciorarse de que nuestros sentimientos hubiesen desaparecido, y yo por nada del mundo quería volver a separarme de Montxo… Así que nuestros días transcurrían entre miradas de complicidad, roces furtivos y la búsqueda de momentos de soledad…

Mis padres, como regalo, me montaron un estudio de diseño muy completo en el ático y yo me pasaba las horas ahí metida. Por un lado trabajaba sin parar, para darme a conocer cuanto antes en el mundo de la moda e ir introduciendo mis colecciones de mujer, y por otro lado, ese lugar se convirtió en nuestro refugio, donde nos encontrábamos siempre que podíamos… Tu padre trepaba por la enredadera que acababa en el balcón del ático y siempre que tenía un rato libre venía a estar conmigo. Le gustaba verme diseñar y crear los conjuntos de ropa. Todavía hoy en día es donde pasamos la mayor parte del tiempo que estamos juntos. Ese lugar nos ha visto reír, compartir confidencias, sueños, planear nuestras vidas… Esas paredes guardan miles de nuestros besos…

Al volver de París, una de las cosas que más me gustaba hacer era ir a pasear con tu tía Koro, para lucir los modelitos que traje de allí. Nos tenías que ver a las dos causando sensación por la ciudad, llevando puestas las últimas tendencias en ropa de mujer… Mis conjuntos no podían tener mejor modelo que tu tía. He conseguido tener un número importante de clientas a las que les gusta la ropa que diseño, y si finalmente tenemos que irnos a vivir a otra ciudad empezaré de cero sin ningún problema. En ese sentido estoy tranquila: sé que no nos va a faltar el trabajo allá donde vayamos, ya que, por suerte para ti, tienes unos padres muy trabajadores. Hasta me estoy planteando empezar a diseñar ropa de bebés y niños… Supongo que será por el embarazo…

El tiempo iba pasando, y a la vista de la gente que nos rodeaba nuestro amor era obvio. Contábamos con el beneplácito de los padres de Montxo y por supuesto con la complicidad de tu tía Koro, que junto con tu padre es la persona que más quiero en el mundo. Hasta que llegó el momento que mis padres decidieron dejar de mirar para otro lado y solucionarlo a su manera: organizaron una cena con un matrimonio amigo de ellos y con su hijo, Alberto del Álamo, el primogénito de una importante familia de arquitectos de la ciudad, de los que por supuesto que él iba camino de convertirse en la tercera generación. Sus padres, por lo visto, también querían cerciorarse de juntar a su hijo con una chica que ellos aprobaran y fuera digna del nombre de su familia. Y al parecer habían decidido que lo mejor para todos era que Alberto y yo fuésemos novios.

Durante la cena fui incapaz de probar bocado. Todo era tan indecente… Me sentí humillada, como si de una mercancía se tratase… Nuestros padres habían decidido en un despacho nuestro futuro y a nadie se le había ocurrido preguntarnos qué nos parecía la idea. Pude observar que Alberto no tenía mejor cara que yo y que tampoco comió nada en toda la noche. Ninguno de los dos éramos capaces de articular una sola palabra, atónitos, escuchando cómo se referían a nuestro noviazgo como a un negocio. Pero ¿en qué siglo se creen que estamos?

Al terminar la cena, insistieron para que los «tortolitos» fuésemos a dar un paseo por la playa, «para conoceros mejor», dijeron; que cínicos, yo más bien habría dicho para conocernos…

Al bajar a la playa, ninguno de los dos decía nada. Caminábamos uno junto al otro, cabizbajos, mirándonos los pies y con las manos en los bolsillos. Estábamos derrotados. ¿Cómo iba a poder estar con Montxo a partir de ahora, si en mi tiempo libre tenía que quedar con Alberto? ¿Y si ese chico estaba de acuerdo con todo esto y tenía que acabar casándome con él? En mi mente solo había una idea: fugarme al día siguiente con tu padre… Entonces Alberto comenzó a hablar y jamás olvidaré esa conversación:

—Icíar, no me gustaría ofenderte, pero yo no quiero salir contigo…

No era capaz ni de mirarme a los ojos, pero yo, al oír esa frase, sentí un gran alivio y empecé a reírme, una risa probablemente fruto de los nervios acumulados en las últimas horas. Cuando conseguí parar y empezar a hablar, le dije que yo tampoco quería estar con él, y le expliqué mi historia con Montxo y que mi padre nunca nos permitiría estar juntos. Alberto también se sinceró conmigo y me explicó que él, al igual que yo, estaba enamorado, y que sus padres jamás lo aceptarían, ya que la persona a la que amaba era otro chico. Decidimos que lo mejor que podíamos hacer era sacarle partido a la situación que nuestros padres habían creado y pasamos a convertirnos en la coartada del otro para estar con la persona que amábamos. Alberto me venía a buscar los fines de semana después de comer para ir a pasear y quedábamos en el muelle, yo con Montxo y él con Alex, el chico de su facultad con el que salía, como si fuésemos cuatro amigos que pasan la tarde juntos, pero nos subíamos al monte Urgull, escapando de miradas indiscretas que nos pudieran delatar, y cada pareja tomaba un camino, en busca de un rinconcito en el que estar un rato tranquilos… Al llegar la hora de volver, nos reuníamos de nuevo en el muelle y Alberto me acompañaba a casa, donde realizábamos la representación final de nuestro teatro, en el que los actores simulaban ser la pareja ideal y los espectadores asistían felices a la obra, sintiéndose totalmente satisfechos por la pareja que habían creado.

Hará aproximadamente un año empezamos a ir los domingos a la tarde a Hernani, a bailar a los Tilos, y desde que fuimos la primera vez no hemos fallado ni un solo fin de semana. Todo comienza después de comer, cuando Koro y yo nos juntamos en mi habitación y comienza el ritual: risas, nervios, rizador de pestañas, pelo cardado con kilos de laca, plataformas y pantalones con pata de elefante… Y estamos listas para cuando Alberto pasa a buscarnos con su coche. A mis padres les pareció bien que fuésemos a bailar, pero como condición me dijeron que Koro debía venir con nosotros, ya que no consideraban que fuera decente ir los dos solos sin estar casados… Al llegar a Hernani, nos encontramos con Montxo y con Alex, y durante unas horas solo somos jóvenes que quieren bailar y pasárselo bien. La mayoría de los chicos observa sin bailar y muchas chicas bailan entre ellas, nerviosas, esperando a que el chico que les gusta se arme de valor y decida acercarse, comenzando así una conversación banal que muchas veces puede ser el inicio de algo más. También hay alguna pareja que, al igual que Montxo y yo, aprovecha la ausencia de miradas recriminatorias para bailar arrimados y sentir sus cuerpos. Y durante unas horas, esa plaza, esa orquesta y toda esa gente que allí se reúne se convierte en testigo de nuestra historia y da cobijo a nuestras caricias…

Alberto y Alex, por su parte, aprovechan para perderse por Hernani, en busca de algún rincón discreto o un banco solitario donde poder darse la mano sin sentir que nadie los señala con el dedo. A pesar de que en los Tilos todos somos gente joven, con ganas de vivir, que quiere descubrir su sexualidad…, ellos no se atreven a sacar su relación a la luz. Sé, porque él mismo me lo ha contado, que lo han pasado muy mal, por culpa de comentarios malintencionados, miradas, risas…, y se quieren proteger. Solo espero que algún día puedan pasear juntos, de la mano y a plena luz del día, sin sentir que están haciendo nada malo.

Es también en los Tilos donde tu tía Koro ha conocido a un chico muy majo, que se llama Andoni. Es de Hernani y lo ve todas las semanas. Está tan ilusionada… A mí me da la sensación de que tienen mucho futuro juntos y ojalá no me equivoque, porque tu tía se merece lo mejor y creo que él podría ser esa persona.

Así que cada domingo, en cuanto nos vamos acercando al paseo de los Tilos y empezamos a oír la música, los nervios se nos instalan en el estómago y a mí no se me pasan hasta que veo a Montxo a lo lejos, de pie, nervioso, pasándose la mano por sus rizos en un intento vano por controlarlos, y en cuanto nos ve acercarnos me mira con una sonrisa en la cara que ilumina toda la plaza, y yo pienso, como cada vez que lo veo, que lo quiero con toda mi alma y que nunca me separaré de él, por muy difícil que nos pongan el camino…

Pero hace aproximadamente dos meses que fuimos por última vez a los Tilos: era el día de San Juan, el día grande de las fiestas de Hernani, y al igual que los domingos, había baile. Al ser martes y no ser fiesta en San Sebastián, todos tuvimos que inventar distintas excusas para pasar la tarde entera fuera, pero el plan merecía el riesgo, ya que no podíamos desperdiciar ni una sola oportunidad de estar juntos… Al llegar, el ambiente festivo lo inundaba todo y la plaza estaba especialmente llena. Me costó más de lo normal ver a Montxo, y cuando por fin lo distinguí entre el gentío pude comprobar que su semblante no era el mismo de cada domingo: estaba triste, pensativo, ausente… Y al verme, la amplia sonrisa a la que me tenía acostumbrada fue sustituida por un simple movimiento de cabeza que me indicaba que me había visto. No le apetecía bailar, así que nos sentamos. Le pregunté varias veces qué le pasaba y su respuesta siempre era la misma: «No me pasa nada, estate tranquila». Pero sabía perfectamente que no era cierto. Finalmente, mis caricias, con la música de la orquesta de fondo, tiraron abajo el muro que había edificado para protegerse y comenzó a hablar. Empezó diciéndome que ya no se sentía con fuerzas para seguir escondiéndose y mis piernas empezaron a temblar. Me iba a dejar… No podía ser… Continuó con una frase a la que yo me agarré con fuerza para no desfallecer: «Te quiero con locura», me dijo. Deseaba poder gritárselo a la gente, pasear conmigo de la mano sin miedo a ser descubiertos por algún conocido de mis padres… Quería ser mi novio… Las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas y se escondió tras sus manos, intentando evitar que yo le viera. Lo abracé, y apoyó su cara en mi hombro y lloró. Yo no era consciente de que se sintiera tan mal. Cuando consiguió controlar el llanto, se separó ligeramente de mí, clavó sus ojos inundados en lágrimas en los míos y me hizo una pregunta que no me esperaba:

—¿Te avergüenzas de mí? —me dijo.

En ese momento me sentí la peor persona del mundo. Había alargado la situación en exceso pensando que era cómoda para todos, pero sin pararme a analizar

cómo se sentía Montxo. Y él, durante este tiempo, había perdido la confianza en sí mismo, se sentía infravalorado, y solo de pensarlo me faltaba el aire. ¿Cómo podía pensar ni por un solo momento que yo albergara algún tipo de sentimiento negativo hacia él, si lo quería con toda mi alma? «No digas eso, por favor», fue lo único que conseguí decirle, ya que la emoción quebraba mi voz y las lágrimas me ahogaban. Besó las gotas que resbalaban por mis mejillas, me rodeó con sus brazos y me acercó a su pecho. Estuvimos así un rato, llorando, sin decir nada y pensando. No sé qué le pasaría a tu padre por la cabeza en ese momento, pero yo no podía parar de darle vueltas a lo que debía hacer. Tenía que transmitirle confianza, devolverle la seguridad y que volviera a apostar por nosotros sin ninguna duda. Necesitábamos estar solos, tener intimidad y darle todos los besos que no le podía dar durante el día… Así que se me ocurrió una idea y le dije que al volver a casa esperara un rato y después subiera a mi estudio, porque le iba a preparar una sorpresa. Montxo me miró extrañado, pero le volvió la ilusión a la mirada y me dijo que por supuesto, que allí estaría.

Cuando Alberto me dejó en casa, fui corriendo a la cocina para decirle a tu abuela Josefa que me preparara algo para picar, como para dos, pues tenía mucha hambre. A mis padres también les comenté que subía al estudio a trabajar, que había vuelto inspirada del paseo y quería aprovechar para diseñar. Subí las escaleras de dos en dos, emocionada y nerviosa, pensando en lo que iba a suceder… Entré un momento en mi habitación para cambiarme de ropa: me puse un vaquero, una camiseta y me quedé descalza, que es algo que me encanta… Siempre que puedo voy sin zapatos por casa, por el jardín, hasta bajo así a la playa… Mi padre cree que solo lo hago para sacarlo de quicio, pero en realidad me hace sentir libre tener la sensación de poseer el control de mi cuerpo, ya que el de mis relaciones recae en él… Me refresqué un poco en el baño y subí al ático. Al llegar me apresuré a hacer todo lo que tenía pensado, pues no quería que Montxo llegara antes de tener todo listo. Cogí la manta y los cojines del sofá y los coloqué en el suelo de la terraza. Saqué las velas del cajón de mi escritorio y las puse estratégicamente alrededor de la improvisada cama, creando un ambiente mágico.

Tu abuela me subió la comida y, tras dármela, me puso una mano en la mejilla mirándome con toda la ternura del mundo y me preguntó:

—Icíar, hija mía, ¿estás bien?

—Mejor que nunca —le respondí. Y me dio un beso lleno de dulzura. Esa mujer me conoce mejor que mis padres y tengo mucha suerte de haberme criado junto a ella, porque ha sido quien me ha enseñado a amar sin condiciones…

Me apresuré a colocar también la comida en la mesita de la terraza y me senté a esperar. Miraba a mi alrededor observando todo lo que había organizado y mis nervios iban en aumento. Yo estaba preparada para estar íntimamente con tu padre, nunca en mi vida había tenido nada tan claro, y consideré que era la mejor forma de demostrarle que le amaba con locura y que podía confiar en mí. Pero en ese tiempo de espera me pasó de todo por la cabeza, incluso no pude evitar sentirme un poco ridícula pensando que Montxo quizá no quería acostarse conmigo y hasta estuve tentada de volver a colocar todo en su sitio y limitar la sorpresa a una simple cena para dos… Afortunadamente no tuve que esperar demasiado, aunque me pareció una eternidad, y enseguida oí el ruido que hacía la enredadera cuando tu padre trepaba por ella.

Cuando asomó la cabeza por la barandilla yo estaba realmente nerviosa, y él, en cuanto vio todo aquello, se quedó sin palabras. Me miraba y miraba a su alrededor sin poder decir nada, y cuando por fin consiguió hablar me dijo:

—Icíar, qué sorpresa… Está todo tan bonito… Te quiero tanto…

Me abrazó fuerte contra su pecho y me mantuvo así durante unos minutos, y me susurró al oído:

—Gracias, mi amor, pero ¿estás segura? No quiero que hagas nada de lo que no estés convencida.

—Montxo, te quiero y esta noche quiero pasarla contigo —le dije yo—. Dejémonos llevar y seamos solo tú y yo, sin apellidos. Que pase lo que tenga que pasar; yo estoy preparada. Solo sé que, con lo que nos queremos, nada de lo que hagamos puede ser malo…

No me veo capaz de entrar en detalles contigo, hijo mío, pero te puedo asegurar que ni en mis mejores sueños me hubiese podido imaginar nada parecido. Fue una noche mágica, pero porque estaba con la persona adecuada. El lugar ayudaba, sin duda, pero si llega a ocurrir en cualquier otro sitio, tu padre se habría comportado conmigo de la misma manera: cariñoso, atento, cuidadoso…

Nos quedamos tumbados y abrazados y de repente tu padre comenzó a hablar:

—¡Luna! —exclamó, dirigiendo su mano hacia el cielo—. ¡Te hago testigo a ti, que has visto cómo nos hemos unido para siempre, de que lucharé por esta mujer hasta que no me queden fuerzas y que algún día será mi esposa!

Yo me puse a llorar como una tonta y así nos quedamos dormidos, abrazados, por primera vez en muchos años. Esa noche soñé con una vida más fácil, en la que éramos una pareja normal, y fui feliz como nunca antes lo había sido… A media noche nos refugiamos en el estudio, para dormir en el sofá, a resguardo de la humedad del mar.

Así que el día de San Juan, en la terraza de mi estudio, bajo la atenta mirada de la luna y con las olas de música de fondo, desafiamos a todos aquellos que nos habían dicho que no teníamos futuro y nunca estaríamos juntos, y te hicimos a ti… Tú serás quien cada día callará las bocas de esas personas, ya que cada vez que te miren verán reflejado todo el amor que Montxo y yo nos tenemos…

Después de ese día las cosas han cambiado bastante: tu padre y yo ya no nos preocupamos tanto por escondernos, al menos cuando estamos en la calle; apenas quedo con Alberto, ya que todo mi tiempo libre se lo quiero dedicar a Montxo. Ya no vamos a Hernani; el día de San Juan fue la última vez que fuimos a bailar a los Tilos. Solo tu tía Koro sigue yendo, para estar con Andoni.

A finales de julio me enteré de que estaba embarazada y nunca en la vida se me olvidará el momento en que se lo conté a tu padre. Yo estaba en el estudio, y le había dicho a Koro que en cuanto viese a Montxo lo avisara de que tenía que hablar con él. Cuando vino a verme estaba asustado y su respiración era agitada: esta vez había subido corriendo por las escaleras.

—¿Qué te pasa, Icíar? ¿Estás bien? —me dijo nada más verme, y corrió a abrazarme.

—Sí, tranquilo, pero siéntate, que tengo algo importante que decirte… —le contesté yo. Y lo acompañé hasta el sofá.

En cuanto se lo conté se le iluminó la cara y se le dibujó una amplia sonrisa. Empezó a reír y a gritar preguntándome todo el rato si estaba segura. Comenzó a llorar y me abrazó. Estaba exultante de felicidad. Fue la reacción que toda mujer

espera en su pareja frente a una noticia de este tipo…

La semana pasada quedamos con Alberto y con Alex para explicarles que vamos a contarles todo a mis padres, para que estén prevenidos. Y nos confesaron que ellos también van a hablar con los suyos y que ya lo tienen todo preparado para irse a vivir a Madrid. Quieren empezar de cero donde no los conozca nadie, y saben que esa ciudad les puede dar todo lo que ellos necesitan. Nos da muchísima pena que se vayan, porque nos hemos hecho grandes amigos, pero sabemos que es lo mejor para ellos…

Bueno, hijo mío, esta carta ya va llegando a su fin. No puedo negarte que tengo mucho miedo por los acontecimientos que se avecinan, pero también te diré que vas a tener el mejor padre que pudieras imaginar y que los dos te vamos a querer con locura. Y pase lo que pase con tu abuelo, haré lo que sea para que tú vengas a este mundo. Como si tengo que irme sin mirar atrás. Pero eso sí, siempre de la mano de Montxo, porque la vida de las personas se puede gobernar, pero no sus corazones.

Te quiere tu madre.

17. La desaparición

Anoche conseguí quedarme dormida cuando ya estaba amaneciendo; me resultaba imposible cerrar los ojos leyendo la carta una y otra vez, pensando en mis padres e imaginándomelos viviendo su historia de amor a escasos metros de aquí. Cuánto daño les hicieron…; bueno, para ser más exactos, nos hicieron. Ella intuía lo que iba a pasar, pero seguro que ni en sus peores pesadillas imaginaba lo que les esperaba: una separación tan injusta y dolorosa. Y sobre todo el no poder criarme junto a mi padre. Afortunadamente escribió esa carta y me ha hecho testigo de su historia, de su amor tan puro y libre de clases y prejuicios… Y con estas hojas voy despejando las pocas incógnitas que me quedaban ya por descubrir. Dos días en esta tierra y sé más de mi madre que en treinta y ocho años… Hasta he comprendido que probablemente mi nombre sea el homenaje que mamá le hizo a mi padre, en relación con la noche en que me concibieron. Pero no puedo parar de preguntarme cosas: ¿qué habría pasado si jamás llega a tener ninguna demencia?, ¿habría sido capaz de llevarse todo esto a la tumba? Nunca lo sabré… Quizá, después de todo, su enfermedad sí que tenga un porqué.

Son las diez de la mañana y ya no voy a conseguir dormirme de nuevo, así que me preparo y voy a desayunar; hoy quiero hacer un par de cosas y las quiero hacer cuanto antes.

Es una bonita mañana de sábado y el paseo de la Concha comienza a estar más concurrido: gente que pasea en las dos direcciones, turistas parados en la barandilla inmortalizando el momento, familias llegando a la playa… Empiezo a caminar y en menos de cinco minutos me encuentro en la zona en la que Koro me explicó que está la casa. Me apoyo en la barandilla de espaldas a la bahía, empiezo a analizar las villas que hay frente a mí y enseguida veo la casa en la que se criaron mis padres: una construcción un tanto atípica para esta zona, mezcla de caserío típico de esta región, con contraventanas de madera, y casa solariega. Mi tía me hizo una descripción muy detallada, por lo que no hay lugar a dudas. Ahí está… La casa en la que todo empezó, la que procuró a mis padres momentos de intimidad y fue testigo de tantas confidencias y planes, ahora es tan solo una casa colonizada por la maleza, donde la brisa del mar hace estragos en su fachada. En el lateral derecho veo la terraza del ático, aunque ya no se distingue la enredadera por la que subía mi padre, escondida bajo los hierbajos… Paso un rato observándola, imaginándolos ahí, hasta los puedo ver…

Al rato prosigo mi camino, hacia Ondarreta, pensativa. Me alegra pensar que mi madre no pueda ver ya nunca el estado de esa casa y que en su memoria siempre se mantenga intacta, tal y como ella la recuerda, como en los buenos tiempos…

Llego a El Antiguo y cojo un taxi. Le doy la dirección del siguiente sitio al que quiero ir y en diez minutos escasos estamos en la puerta: la residencia de ancianos en la que está el padre de mi madre. Todavía no sé muy bien qué hago aquí, ni lo que me va a aportar esta visita, pero quiero verlo y tenerlo delante.

Es un edificio de tres plantas. Al lado de la puerta principal hay una terraza con mesas y sombrillas, donde varios de los residentes comparten con sus familiares un café, disfrutando del sol de media mañana. Al entrar me dirijo a la recepción, donde me encuentro a una chica de unos treinta años, ataviada con una bata blanca. Me dedica una amplia sonrisa al verme.

—¡Buenos días! ¿En qué puedo ayudarla? —me pregunta.

—Buenos días. ¿Me podría indicar dónde puedo encontrar a Jesús Mari Galarza, por favor?

—A Jesús Mari Galarza, vaya, qué sorpresa… ¿Es usted familiar? —me pregunta con cara de curiosidad.

—Mmmm…, sí. Soy su nieta. —Ni yo misma me reconozco en ese título, pero prefiero decirle eso antes que tener que darle más explicaciones.

—¿Su nieta? No teníamos conocimiento de la existencia de ninguna nieta, la verdad…

Ya, ni yo tenía conocimiento hasta hace poco de la existencia de ningún otro abuelo que no fuera el que dejé en Barcelona, y aquí estoy…

—Bueno, digamos que mi madre perdió la relación con su familia hace muchos años y se fue a vivir a Barcelona. Comprendo que mi tía Jesusa no les hablara de nosotros, pero estoy aquí de visita y me gustaría ver a mi abuelo. Al fin y al cabo, los hijos no tenemos que pagar los platos rotos de nuestros padres, ¿no crees? —le digo poniendo cara angelical.

—Está bien… —Sale de detrás del mostrador y me hace un gesto para que la siga—. Supongo que ya sabrás que tu abuelo sufre alzhéimer desde hace varios años. No sé si tienes recuerdo de él de cuando era una persona sana, pero quiero que sepas que en los últimos meses ha sufrido un deterioro físico notable. Su malhumor se ha acentuado y ya pocas enfermeras quieren tratar con él. Siempre ha tenido un carácter muy fuerte, pero últimamente no hay quien lo aguante… Se siente muy solo y por aquí nunca viene nadie a visitarlo. No sé qué tipo de persona ha sido, pero está muy atormentado… El pasado lo persigue, balbucea continuamente los nombres de Felisa e Icíar…

—Vaya, para estar en la recepción conoces muy bien a los residentes… —observo con cierta sorna.

—Sí, porque muchos de mis ratos libres los dedico a hacerles compañía y a hablar con ellos. Sobre todo, con los que no reciben la visita de sus parientes —me responde con ironía—. Bueno, ya hemos llegado. —Se detiene en la entrada de un gran salón rodeado de ventanales—. Ahí está, en su butaca preferida. —Y señala hacia el fondo de la estancia—. Espero que consigas transmitirle algo de paz.

—Muchas gracias —le contesto, y me dirijo hacia allí.

Por el rabillo del ojo puedo ver que se ha quedado en el umbral de la puerta, vigilándome, a la espera de lo que pueda suceder. A medida que me voy acercando a donde se encuentra, puedo distinguir algo más, hasta que por fin estoy frente a él. Está dormido, su cabeza reposa en su hombro izquierdo, y lleva una boina. Su boca está abierta; sus labios se hunden hacia adentro, en una señal inequívoca de que no tiene dentadura, y la baba le resbala por la comisura. Está muy delgado… Sus manos descansan sobre su pecho, una encima de la otra. Se le ve frágil y vulnerable, pero lo que más me ha impactado es que parece pequeño, muy pequeño… Nada que ver con el hombre del cuadro de la sala de estar

de su clínica: ya no queda nada de esa persona…

Cojo una silla y me siento junto a él, de espaldas a la puerta, intentando conseguir cierta intimidad, ya que sigo notando un par de ojos analizando cada uno de mis movimientos.

—Jesús Mari… —llamo en voz baja, moviéndole ligeramente el brazo derecho.

Quiero que se despierte, que me mire y decirle quién soy. Quiero hacerle recordar el daño que ha hecho en su miserable vida y que los días que le queden vivo los pase lamentándose de su existencia…

Emite unos sonidos guturales en respuesta a mi ligero zarandeo, pero ni siquiera abre los ojos. Y me quedo quieta observándolo.

Luna, ¿qué pretendes con todo esto? Si solo es un anciano apurando sus últimos días de vida. Ya nada de lo que yo le diga, o él responda, puede curar las heridas del pasado, ni cambiar la historia. Y tampoco será él quien consiga hacerme sentir mejor en el futuro…

Después de un buen rato observándolo, me levanto y salgo por donde he venido. Me voy en paz conmigo misma; al fin y al cabo, sí que he encontrado lo que buscaba.

Al salir por la puerta, oigo que la chica de la recepción que me ha acompañado antes me dice algo, pero ni me paro a escucharla y salgo a la calle. Respiro hondo y mi madre me viene a la cabeza; nunca voy a estar preparada para verla deteriorarse hasta ese punto… Y la tristeza me invade. Vuelvo al hotel: necesito descansar.

A pesar de estar tumbada en la típica cama de hotel king size, llena de cojines, que envolvería a cualquiera en los mejores sueños, yo no consigo dormir. Tengo demasiadas cosas en la cabeza y sigo sin saber nada de Pep. ¿Puede ser que todavía no estén en lugar seguro? Tendré que ponerme en contacto con la central de la ONG, porque quizá ellos sí que sepan algo y sean los encargados de comunicarse con las familias, pero claro, con la simpatía que despierto en mi queridísima amiga Andrea, dudo mucho que me llamen a mí para darme ninguna noticia… Finalmente me vence el sueño.

Me despierta un mensaje del móvil: es Koro. Quiere saber cómo estoy y me dice que mañana pasarán mi primo Mikel y su mujer a buscarme en coche y que esté a las doce en la puerta del hotel. Qué ganas tengo de comer mañana con todos y conocer a mis primos… Mientras estudiábamos, Pep y yo tuvimos la oportunidad de cenar una vez en una sociedad a la que nos invitó un amigo de clase que era de aquí. Estaba en la Parte Vieja, cerca del puerto y la verdad es que nos encantó a los dos. El ambiente que había era familiar y distendido: todos parecían conocerse y charlaban animadamente en las cocinas mientras preparaban la cena de sus respectivos grupos para después reunirse alrededor de grandes mesas, a disfrutar de todo lo que se había preparado, en una cena que se alargó en una larga sobremesa… Fue una experiencia de la que guardo un grato recuerdo y sé que mañana disfrutaré de una gran comida al lado de personas que estoy deseando conocer y que me conozcan. Lo que está claro es que en esta tierra todo se celebra alrededor de una buena mesa…

A las doce en punto estoy en la puerta del hotel y la verdad es que llevo un buen rato nerviosa; creo que me he cambiado de ropa unas cinco veces hasta que me he decidido por el vestido que llevo puesto. Quiero causarles buena impresión y con la ropa que he elegido

me siento segura. En seguida para un coche delante de mí y veo que se baja Mikel, del asiento del copiloto lo hace una chica.

—¡Luna! ¿Qué tal estás? —Se me acerca y me da dos besos—. Mira, esta es Ainhoa, mi mujer.

—Encantada —le digo, y le doy también dos besos.

Es una mujer muy guapa; prácticamente va con la cara lavada, pero posee un atractivo natural de los que no pasan desapercibidos. Tiene una amplia sonrisa y mirada de buena persona. Viste sencilla, pero con mucha clase.

—Luna, encantada de conocerte —me dice—. No te imaginas lo que nos alegramos de que estés aquí.

Y sé que lo dice de verdad. La acabo de conocer y siento que podríamos congeniar muy bien.

—Vámonos, chicas, que están todos deseando que lleguemos con la invitada de honor —dice Mikel mientras me abre la puerta de atrás del coche.

Me hundo en el asiento y respiro profundamente.

—¡Ah, Luna!, por cierto, enhorabuena, que ya nos ha dicho Koro que estás embarazada…

—Sí, la amá ya nos ha puesto al día de todo lo que hablasteis el viernes… Nos ha pasado el informe —dice Mikel sonriendo.

—Gracias —les digo.

—Nos dijo también que eres ginecóloga, ¿no? —quiere saber Ainhoa.

—Sí. Trabajo en la clínica que fundó mi abuelo y somos expertos en técnicas de reproducción asistida.

—Vaya, Luna, vamos a tener que ir a visitarte a Barcelona y pasar por tu clínica… —dice Mikel mirando a su mujer.

—Pues sí, porque llevamos ya un tiempo intentando tener familia y no hay manera… —añade Ainhoa con voz triste.

—Bueno, sobre todo, tengo que deciros que no os obsesionéis con el tema. ¿Os habéis hecho ya las pruebas para ver si hay algún problema?

—No… Supongo que lo estamos retrasando por miedo a los resultados…

—Lo mejor es que empecéis por ahí, y que no esperéis mucho más, ya que, en este tema, el tiempo corre en vuestra contra… Pero no os agobiéis, eh, y si no miradnos a mi marido y a mí, que somos un claro ejemplo de que nunca hay que perder la esperanza, porque después de varios años ha sucedido lo que ya pensábamos que no pasaría nunca, y de forma natural… En cuanto dejamos de pensar en ello, pasó.

—Gracias, Luna —me responde Ainhoa, esbozando una sonrisa—. Te haremos caso e iremos al médico.

—Por cierto, supongo que el viernes a la mañana, en el tren, te diste cuenta de que te observaba ¿no? Siento mucho si te incomodé, pero es que me resultabas tan familiar que no podía parar de mirarte…

—Sí que me di cuenta, la verdad, y también reconozco que me incomodaste, pero en cuanto descubrí quién eras, la situación me resultó muy cómica. Te tomé por un acosador…

—Sí, Mikel puede ser muy poco discreto cuando observa a alguien. Te lo digo por experiencia… —observa Ainhoa, y los dos se ríen de forma cómplice, supongo que recordando cómo se conocieron.

Al llegar a la sociedad veo a Koro y a Andoni esperándonos en la puerta, y junto a ellos a tres personas más.

—¡Luna! ¿Qué tal estás? —Koro se acerca a mí y me da un fuerte abrazo.

—Cómo nos alegramos de que estés hoy aquí con nosotros… —Andoni, al igual que mi tía, me abraza fuertemente.

—Mira, estos son Leire y su marido, Ander, y Xabier, el pequeño de los tres.

Leire es la primera en acercarse a mí. Está emocionada, aunque se nota que se esfuerza por no llorar.

—Luna… Qué alegría me da poder conocerte por fin… —Me ha cogido de las manos y al estar frente a mí puedo observar que tenemos bastante parecido—. No te imaginas lo que supone para nosotros que hayas venido a buscarnos… La hemos visto llorar tantas veces a la amá, contándonos historias de nuestro tío Montxo y lamentándose por haberte perdido… ¡Jo! Mira que me había prometido a mí misma que no iba a llorar, pero ya he empezado en el minuto uno… —dice, riendo y retirándose las lágrimas de sus mejillas.

Probablemente, por el lazo de unión que existe normalmente entre madres e hijas, ella sea la más consciente de los tres de lo que ha sufrido Koro…

Ander y Xabier se acercan a mí y me dan dos besos.

—¡Vaya prima más guapa que tengo! Te tienes que venir de juerga con mi cuadrilla, para que pueda fardar un poco…

—¡Xabier! —le regaña Koro, dándole de forma cariñosa en la cabeza—. Eres incorregible… —Y me aclara—: Tu primo pequeño es el soltero de oro de la familia. No quiere saber nada de las mujeres, pero me parece que ellas de él tampoco.

Pues, a juzgar por lo que veo, será porque no quiere, ya que es un chico muy atractivo.

—No te creas nada de lo que te digan —me dice Xabier poniendo cara de niño bueno —. En el fondo soy un trozo de pan, y todas las mujeres se aprovechan de mí y luego me dejan tirado…

Todos se echan a reír, y la cara de pícaro que pone me hace pensar que más bien es él quien se comporta así.

—Tienes que conocer a mi hermana Valeria —le contesto—, porque creo que os ibais a llevar muy bien. Es como tú en las relaciones: otro trozo de pan… —añado, guiñándole un ojo.

—¿Es guapa? —me pregunta con cara de interés—. Porque, oye… no es prima, prima… Ya me entiendes…

—¡Xabier! —le corta Koro, y todos nos echamos a reír.

Han conseguido que me sienta muy a gusto y que desaparezcan los nervios que traía. Están todos tan felices… Solo hay que mirarlos a la cara para verles la sonrisa dibujada en sus rostros. Se nota que están disfrutando con este encuentro. Me siento tan querida en este momento… Desearía que Val estuviera aquí conmigo, porque estoy convencida de que le iban a demostrar el mismo cariño que a mí a pesar de no ser hija de Montxo. Ella también se merece que toda esta historia que acabamos de descubrir le aporte cosas buenas, y

conocer a estas personas sería muy positivo para Val; al fin y al cabo, si la historia no llega a pasar tal y como sucedió, ella nunca habría nacido… Tiene que conocer cada detalle de la relación de mis padres, ya que quizá de esa forma pueda comprender mejor a mamá y reconciliarse con su pasado.

—Bueno, ¿qué? Vamos a tomar algo antes de comer, ¿no? —propone Andoni.

Todos están de acuerdo y comenzamos a caminar en dirección al centro del pueblo. Mikel, Ainhoa, Leire y Ander caminan juntos, hablando animadamente de algún tema que no consigo saber cuál es, ya que lo hacen en euskera. Y justo delante de ellos Andoni lleva a Xabier cogido por el hombro mientras charlan también de algo. Koro, por su parte, se ha colocado a mi lado y aprovecha nuestra soledad para hablar conmigo.

—¿Qué tal, Luna? ¿Cómo te encuentras? ¿Ya has leído la carta? —Se le amontonan las preguntas sin que pueda responderle a ninguna.

—Ya ni sé cuántas veces la he leído… Escribió la carta para poder explicarme ella misma cómo fue la historia de mis padres, porque no se fiaba de Jesús Mari. Ya intuía que al contarle lo del embarazo intentaría por todos los medios posibles interrumpirlo. Tuvieron una historia de amor increíble, Koro, y me da mucha pena leer la carta sabiendo el final que les esperaba y que ella en ese momento desconocía. Es muy triste conocer el desenlace viendo cómo ellos estaban dispuestos a todo con tal de ser felices y crear una familia juntos. No paro de pensar en cómo se tuvo que sentir en ese coche que la llevó a Barcelona… Tenía que estar muerta de miedo sin saber lo que le esperaba…

—Sí, imagínate, tuvo que ser un viaje horrible para ella, porque a esas alturas de la vida ya se esperaba cualquier cosa de su padre… Es normal que hayas leído la carta con otra perspectiva sabiendo cómo se desarrolló después la historia y teniendo en cuenta que todo lo que se esforzaron en mantener en secreto su relación no les sirvió de nada… Fue una pena enorme…

—Te imaginas poder dar marcha atrás sabiendo lo que sabemos y decirles que no se lo cuenten a Jesús Mari; que se escapen para vivir su historia de amor. ¿Cómo habrían sido entonces las cosas?

—No pienses eso, Luna… Yo a estas alturas de la vida prefiero pensar que todo pasa por algún motivo, y hay que saber encajar los hechos tal y como van sucediendo. Lo que está claro es que en la vida hay que tomar continuamente decisiones que irán determinando nuestro camino, y, tal y como podemos comprobar en la historia de tus padres, las decisiones que toman las personas que tenemos a nuestro alrededor también condicionan nuestras vidas…

—También habla de los famosos bailes en los Tilos, lo que suponía para mis padres venir cada domingo a Hernani, y ha sido como si me lo contara ella misma… Era el único día de la semana en el que se sentían como una pareja normal y este pueblo les proporcionaba el escenario ideal para poder estar juntos. Casi hasta me los podía imaginar bailando, como si el resto de la gente no existiera… Entiendo perfectamente que ahora viaje continuamente a esos momentos de su vida, porque le reportaron una gran felicidad…

—Sí… De esas tardes de domingo tenemos nuestros mejores recuerdos de juventud… —Suelta un suspiro—. Yo también recurro a esos momentos muy a menudo, para después pensar que cuándo nos hemos hecho tan viejos…

—Por cierto, Koro —prefiero cambiar de tema rápidamente porque no quiero que hoy sea un día triste—, también he conocido la existencia de Alberto y los planes que urdieron sus padres para que estuvieran juntos…

—¡Alberto! Es verdad… Ya casi ni me acordaba de él y de su novio, Alex…

—¿Qué fue de ellos? —le pregunto, intrigada por saber qué pasó con esta pareja tras el anuncio de mis padres de que estaban juntos.

—Aprovecharon que tus padres iban a contar todo para hablar ellos también con sus familias. En un principio no obtuvieron el resultado que esperaban; a los dos los echaron de casa y se fueron juntos a Madrid. Pero una vez allí, consiguieron trabajar como arquitectos y acabaron montando un estudio. Se hicieron muy famosos, porque se dedicaron a reformar las casas de la jet set; todos los famosillos querían contratar a la pareja gay de moda. Hace poco los vi en una revista: siguen juntos y construyendo villas de lujo a la gente de dinero. Seguro que has oído hablar de ellos…

—¿Los arquitectos Doble A? ¡Claro! Siempre que mi madre iba a Madrid quedaba con ellos para comer, porque decía que eran grandes amigos. ¿Ellos son Alberto y Alex? Qué fuerte…

—O sea, que han seguido en contacto… Si es que Alberto y tu madre se hicieron grandes amigos. Los dos se comprendían a la perfección, ya que sufrían la misma incomprensión por parte de sus familias.

—Pues sí… ¡Ah, por cierto! Hablando de familias y de incomprensión, ayer fui a visitar a Jesús Mari a la residencia en la que está.

Koro se detiene de golpe y me mira incrédula.

—¿Qué? ¿Tú sola? ¿Para qué? ¿Por qué no me avisaste?, te habría acompañado para que no estuvieses sola en un momento tan delicado…

—Tranquila, tía, que fue un encuentro sin ningún tipo de peligro. Ese hombre ya solo es un vegetal consumiendo sus últimos días; si cuando le hablé ni tan siquiera fue capaz de levantar la cabeza y mirarme…

—Y ¿qué es lo que buscabas al ir allí? ¿Simplemente conocerle?

—Si te digo la verdad, mi idea era devolverle algo del daño que había provocado a lo largo de su vida, mirarlo a los ojos y dedicarle unas cuantas frases lanzadas como dardos venenosos… Pero no pude, no soy así… No soy como él… Y verlo tan solo, olvidado en el rincón de una residencia, me hizo ver que ya estaba pagando por lo que había hecho…

—Muy bien, Luna… Tu padre estaría tan orgulloso de ti…

Me agarra del brazo y seguimos caminando en silencio.

—Bueno, hemos preparado algo de picoteo y una ensalada para empezar, y después hay merluza en salsa.

Me han obligado a sentarme presidiendo la mesa y, aunque no me gusta nada sentirme tan expuesta, no me he podido negar. La sociedad está llena; en todas las mesas se aprovechan al máximo los sitios. Por lo visto, durante las fiestas no hay ni una sola mesa libre, ni para comer ni para cenar.

Me suena el móvil y al cogerlo veo que es Valeria. Qué raro… Si ya sabía que hoy tenía la comida…

—¡Hermanita! ¿Qué tal? Estoy…

—Luna —me interrumpe con voz seria—. ¿Estás viendo la tele?

—No, por qué, Val, ¿qué pasa?

—Es Pep…

—¡Pep! ¿Qué le ha pasado a Pep? —le grito sin poder controlarme.

—Luna, tranquilízate y siéntate, por favor… Acaban de decir en el telediario que el campamento de Etiopía de la ONG para la que trabaja Pep fue atacado la noche del jueves. No han encontrado supervivientes, pero hay tres desaparecidos y uno de ellos es Pep. Creen que los pueden haber cogido de rehenes, pero no se han puesto en contacto con nadie todavía para pedir ningún rescate. Luna, ¿estás ahí? ¡Luna!…

Oigo a Val hablándome por el teléfono, pero soy incapaz de decir nada. Se me acelera el corazón y creo que estoy conteniendo la respiración. Mi vida se acaba de detener ahora mismo, en este lugar… Noto que todos me miran asustados al ver mi cara, se me acercan y me tocan para ver si estoy bien, pero yo ya no estoy aquí, no puedo reaccionar… Que alguien me despierte de este mal sueño… Pep… No…

3.ª Parte

18. De vuelta a la realidad

—¡Luna! ¡Haz el favor de levantarte y salir de la cama! Ya está bien; deja de hacerte esto a ti misma. Tienes que volver a tu vida. Te tengo que hacer la revisión de las doce semanas y si es necesario te llevaré de los pelos.

Mi abuelo me grita junto a mi cama, pero yo sigo sin moverme, tapada con la manta hasta la cabeza y hecha un ovillo. Ya no saben cómo hablarme para que reaccione…

Han pasado más de dos semanas desde ese fatídico momento en que mi vida se detuvo y yo sigo en estado de shock. Me trajeron Koro y Andoni de vuelta a casa y fue un viaje horrible, eterno… Mis tíos intentando en vano consolarme y animarme y yo rememorando una y otra vez mi último encuentro con Pep, y solo conseguía decir: «No…, Pep no…». Treinta y nueve años después, un angustioso viaje a Barcelona en coche se repite…

Como porque mi padre viene a la mañana, al mediodía y a la noche y se empeña en ello. Y me ducho porque Val aparece cada tarde y me mete en la bañera, aunque yo no quiera. No se merecen lo que les estoy haciendo, pero es que no puedo… Lo intento, pero no puedo…

—Luna —prosigue mi abuelo, desesperado por conseguir sacarme de la cama—, tienes que pensar que lo van a encontrar y que va a volver. Pep es médico, no es un enemigo para ellos, seguro que cuando consigan lo que quieren lo dejan marchar. No puedes ser tan negativa. Mientras no nos digan lo contrario, hay esperanza…

Esperanza… Esperanza hay aquí, que lo miramos todo desde nuestro confortable salón y vivimos en un mundo de comodidades y felicidad material, construido a base de exprimir hasta la extenuación a países como en el que está mi marido. Allí la esperanza desaparece en cuanto te bajas del avión, porque se la quedan los gobiernos. La esperanza se esfuma al ver a niños deambulando por las calles. Dudo mucho que Pep vea esperanza en los ojos de las personas que lo tienen retenido…

—¡Bueno, ya está bien! ¡Quizá Pep no vuelva nunca más! ¿Es esto lo que quieres oír? Pues yo te lo digo. Es muy probable que ya ni siquiera esté vivo, pero tienes algo por lo que luchar: ¡tu hijo! Ese que tantas lágrimas os hizo derramar… Si no eres capaz de hacerlo por ti, hazlo por favor por él. Sigue adelante. Ya te hemos dado suficiente tiempo para que llores, ahora es el momento de afrontarlo: compórtate como una persona adulta…

—Vale…Ya voy…

Ya está, ya me he cansado de oírlos a todos. Me incorporo y retiro la manta que me cubre, ante la incrédula mirada de mi abuelo, que ya se imaginaba arrastrándome por la calle hasta la clínica. Todo sea por ti, pequeñajo.

—¡Muy bien, Luna! Me alegra que entres en razón. Te espero fuera mientras te vistes.

Me pongo ropa cómoda en colores oscuros, y por encima una sudadera que suelo usar en invierno. Soy consciente de que fuera hace calor, pero yo estoy helada: llevo dos semanas helada…

—Vamos, abuelo, no lo demoremos más —le digo al salir de mi habitación.

—Ya te adelanto, cariño, que los análisis han salido perfectos, y ahora veremos la ecografía; seguro que está todo bien, pero sabes mejor que nadie que no nos podemos saltar ningún control…

—Ya, ya…

A pesar de vivir al lado de la clínica, vamos en coche para salir directamente por el garaje y evitar a la prensa que lleva dos semanas haciendo guardia delante de nuestro portal. ¿Qué están buscando? Si la familia de Pep es quien habla con la prensa… ¿Quieren verme llorar? ¡A quién narices le importa ver llorar a la mujer del médico retenido por los grupos radicales somalíes! Ojo, que si hace falta salir como una macarena delante de la cámara para que dejen a mi marido libre, seré la primera en ofrecer unos minutos de lagrimeo gratuito, aunque dudo mucho que funcione…

Al llegar a la clínica evito el contacto visual con ningún compañero para que nadie esté tentado de venir a saludarme y preguntarme cómo lo llevo mientras me miran con cara de circunstancia… Subimos directamente al despacho de mi abuelo.

—Luna, ¿no vas a ir a ver a tu madre? —me pregunta mientras me tumbo en la camilla.

Desde que volví de San Sebastián no he sido capaz de estar con mamá todavía. Me da miedo ponerme a llorar delante de ella, porque no lo puedo evitar y no quiero que me vea así; no se lo podría explicar y no quiero que sufra más… Me estoy comportando como una cobarde, lo sé…, pero es que es todo tan difícil…

—Abuelo, por favor, no me presionéis. Ahora mismo no soy una buena compañía para mamá.

—Creo que te equivocas, cariño, y que, al revés de lo que piensas, ella te puede ayudar. Así sales de tu habitación, ves a más gente y no estás todo el rato pensando en Pep… Y de esa manera tu madre también está contigo después de tantos días, que, aunque parezca que no se entera de las cosas, te echa de menos y percibe que no estás con ella desde hace tiempo.

—Bueno, ya he salido para venir aquí, vamos paso a paso… Tú tranquilo, que lo intentaré, abuelo.

—Mira, Luna —me dice emocionado, mientras gira la pantalla del ecógrafo para que yo misma pueda verlo—. Es perfecto…

Sin poder evitarlo, rompo a llorar una vez más.

Me pongo el pijama y salgo a la terraza, para tumbarme un rato al sol. Necesito calentar mis huesos y cargar mis reservas de vitamina D.

Está todo bien Pep, nuestro hijo está bien…, ahora solo falta que tú también lo estés. Hazme ese favor, ese pequeño favor: vuelve. No me dejes aquí tirada, que yo no soy como tú. Yo no quería que te fueras, no lo necesitaba porque no puedo estar lejos de ti. Dependo de ti, por eso estás obligado a volver. Y me prometiste que iba a ser solo un año, así que tienes que cumplir tus promesas, porque si no vuelves el año se convertirá en toda una vida y para eso sí que no estoy preparada…

Me despiertan unas gotas de lluvia: el cielo al que miraba mientras hablaba mentalmente con Pep se ha cubierto de nubes negras que han comenzado a descargar grandes gotas,

típicas de las tormentas de verano. Sigo tumbada en la hamaca y cada vez la lluvia cae con mayor intensidad arrastrando las lágrimas que han quedado adheridas a mis mejillas, y se lleva también las que han resbalado por mi cuello y descansaban en la tela de la tumbona. Se van por el suelo de la terraza, hasta el agujero que descarga el agua en el canalón. Llévatelas, no quiero que vuelvan. De hecho, estoy casi segura de que ya no me quedan más; estas han sido las últimas.

Entro en casa empapada y voy hacia el baño dejando un rastro de agua tras de mí. Me pego una ducha caliente y me pongo unos vaqueros y una camiseta. Voy a bajar a casa de mis padres: necesito ver a mamá. Estoy lista.

—Hola, papá… —Me lo encuentro en la cocina preparando la cena y en cuanto me ve deja todo lo que tiene entre manos.

—¡Luna, cariño! Cómo me alegra verte aquí. ¿Qué tal te encuentras? —me pregunta mientras me da un fuerte abrazo.

—No muy bien, la verdad, pero tengo que seguir adelante… He agotado mis depósitos de lágrimas hasta dentro de diez años, así que no me queda otra que afrontar lo que está pasando y mirar al futuro… A mi hijo…

No quiero hablar como si ya fuera viuda, pero me resulta inevitable estar metida en una espiral de negatividad, debido a la ausencia de noticias.

—Bueno, Luna, a vuestro hijo… No demos nada por sentado. ¿Te mantienen informada desde la ONG?

—No; supongo que hablarán directamente con los padres de Pep, y como estos no me llaman…, pues no sé mucho. Conociendo a su madre, estará enfadada por no ponerme en contacto con ella para ver cómo se encuentra, pero y ella qué, ¿acaso se ha interesado por mí? Se cree que es la única persona en el mundo a la que le duele lo que le pasa a su hijo, siempre tan tremenda…

—Cariño, suena a tópico, pero cuando nazca tu hijo entenderás muchas de las cosas que hacemos los padres y sabrás lo que es querer como nunca habías querido hasta ahora.

—¡Ah, bueno! —lo interrumpo para cortar el momento, porque ya he dicho que no puedo llorar más—. Ahora que lo dices…, ayer me llamaron del Gobierno.

—¿Del Gobierno? ¿De qué gobierno?

—Del central, de Madrid, ¿de cuál va a ser? Era el secretario del presidente, para informarme de que siguen sin tener noticias y de que nadie se ha puesto en contacto con ellos para exigir nada a cambio.

—Y lo dices así, tan tranquila, y ¿tú qué le dijiste?

—Pues le dije todo lo educadamente que pude que para no decirme nada no hacía falta que se molestaran en llamarme y que preferiría que centraran sus esfuerzos en encontrar a mi marido.

—Ay, hija mía… El día que repartieron la diplomacia me parece que no estabas tú presente, eh… —Y los dos nos echamos a reír.

—Papá, dónde está mamá, quiero estar un rato con ella.

—Está en su habitación. Te ha echado tanto de menos…

—Por cierto, ¿cómo fue el encuentro con Koro y Andoni cuando me trajeron?

Yo tengo muy borrosos los recuerdos de cuando volvimos de San Sebastián, ya que estaba refugiada en mi caparazón, así que se me pasaron por alto detalles tan importantes como el reencuentro entre Koro y mi madre y el momento en que se conocieron mis tíos y mi padre.

—Fue raro, la verdad. No se daban las condiciones idóneas para algo tan especial y todos estábamos demasiado preocupados por ti como para pensar en otra cosa, pero Koro sí que estuvo un buen rato hablando con mamá: rieron, lloraron, se abrazaron, se besaron… Aunque poco más te puedo decir, porque no nos comentó nada. Y conmigo fue un encuentro muy cordial, la verdad. Se ve que son muy buena gente y me alegro mucho de que los hayas encontrado. Les ofrecí pasar la noche aquí, para que pudieran descansar y volver al día siguiente, pero prefirieron hacer la vuelta inmediatamente. Eso sí, tu tía se fue muy preocupada por ti. Hubiese preferido quedarse para apoyarte, pero al venir tan repentinamente no pudieron organizar nada allí para ausentarse unos días.

Es verdad, tengo que llamar a Koro… Todos los días se ha interesado por mí, llamándome o mediante mensaje, y yo únicamente le he dado monosílabos por respuesta. Tiene que estar muy preocupada… Acabo de aparecer en sus vidas y ya les estoy dando problemas…

Me encuentro a mamá paseando por su habitación mirando al suelo, sin ser consciente de que la observo.

—Hola mamá… —le digo con voz suave para no asustarla—. Soy Luna, ¿qué tal estás?

Ya estoy a su lado y cuando me inclino para abrazarla se gira hacia el otro lado, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Por qué has tardado tanto? —me dice enfadada.

—Perdona, mamá, pero es que tenía que resolver unos asuntos. Tú no te preocupes, que no me voy a volver a ir a ningún sitio. —Me pego a ella por detrás y la abrazo—. Mamá, ahora ya conozco toda tu historia.

—Y ¿cuál es mi historia? ¡Cuéntamela! —Se gira y me mira con emoción.

Empiezo a contarle su propia vida y aprovechando que llevo su carta en el bolso se la leo también. Al terminar, me mira confundida. Parece que recuerda partes de la historia…

—Pero… Este cuento ya me lo habías contado antes, ¿no?

No sé si ha sido buena idea, porque ahora parece confusa…

—Sí, pero como te gusta mucho, te lo he vuelto a contar. —Prefiero seguirle la corriente, ya que dudo mucho que llegue a comprender que era ella la protagonista.

—Pues no me lo cuentes más. Es muy triste… No consiguen estar juntos… Pero Icíar tuvo que ser una mujer muy valiente, eh…

—Ya lo creo, mamá…

Si yo fuera solamente la mitad de valiente y fuerte de lo que has sido tú en la vida, habría sabido encajar mejor lo de Pep. Pero no, he preferido desaparecer dos semanas, compadecerme una y otra vez y revolcarme en mi pena.

—Chicas… ¿Seguís ahí? ¿No tenéis ganas de cenar? —Mi padre acaba de asomarse por la puerta.

A mamá, en cuanto lo ve, se le apaga la expresión del rostro.

—Icíar, él también te quiere —le digo en bajo acercándome a su oído—. No es Montxo, pero vas a ser muy feliz con él.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—Estoy segura de ello —Y le doy un beso en la mejilla.

—Hija, ¿te quedas a cenar, no?

—No, papá, gracias, pero prefiero ir a casa, porque vendrá Valeria a asegurarse de que me alimento y así estamos un rato juntas.

Le miento. Dudo mucho que hoy venga mi hermana, ya que le he mandado un mensaje diciéndole que ya estaba mejor y que por fin había salido de mi cama y había llegado hasta la calle y todo… Pero es que no tengo hambre y ahora mismo ya me vuelve a apetecer estar sola otra vez. Por hoy ya me he relacionado bastante…

Tengo que encontrar algo positivo a lo que poder agarrarme. Algún otro caso de secuestro parecido al de Pep que haya terminado bien. Abro el portátil y busco información, pero sigo dándole vueltas a lo mismo: ¿por qué aún no han contactado con ningún gobierno? ¿No quieren nada a cambio de mi marido? Es complicado ser optimista en estas condiciones…

El sonido del móvil me devuelve a Barcelona: es Koro.

—¡Tía! Hola…

—¡Luna, cariño! Me alegra tanto oír tu voz… ¿Cómo te encuentras?

—No estoy bien, para qué nos vamos a engañar… Pero por lo menos he salido de mi estado catatónico…

—Algo es algo, cielo. Por aquí estamos todos muy preocupados y pendientes de las noticias. ¿Te mantienen al día? ¿Qué te han dicho?

—Poca cosa. Siguen sin contactar con nadie. No saben nada; es como si se lo hubiese tragado la tierra…

—Ten paciencia, hija, porque en algún sitio tiene que estar… Tarde o temprano alguien llamará.

—Mientras que no contacten para enseñarnos uno de esos horribles videos en los que decapitan a su rehén…

—Luna, por favor, no digas eso. Quítate esas ideas de la cabeza. No te tortures de esa forma.

—Es inevitable, Koro… No puedo dejar de pensar en que no lo voy a volver a ver con vida. Cierro los ojos y me lo imagino sufriendo en algún lugar perdido de África. No puedo más. Prefiero no dormir por las noches, porque no consigo descansar más de dos horas seguidas sin despertarme sobresaltada…

Nos quedamos las dos en silencio durante poco más de un minuto y decido cambiar de tema.

—Koro, por cierto, ¿qué tal fue el encuentro con mi madre después de tantos años?

—Ay, cariño…, fue duro, muy duro… Cuando apareciste en mi vida, me imaginé que algún día nos volveríamos a ver, pero no de forma tan repentina. No estaba preparada todavía. Ya suponía que la persona que me iba a encontrar no tendría nada que ver con la mujer que yo conocía, pero ¿cómo te preparas para algo así?

—Es muy difícil, y después de tantos años…

—Imagínate, casi cuarenta… Es verdad que siempre que salía algún artículo hablando sobre ella en alguna revista, la compraba, con la esperanza de que tú aparecieras en alguno, así que la he ido viendo envejecer. Pero claro, ya en los últimos años, que no salía, no había visto las consecuencias de la enfermedad en su cuerpo… Fue muy impactante, la verdad.

—Y mamá, ¿supo quién eras?

—Al verme no. Pero mientras hablábamos, me vino a la memoria una anécdota que nos pasó cuando éramos jóvenes, estando en la playa de la Concha. Se nos acercaron dos chicos que eran de Madrid a ligar con nosotras, y a tu madre no se le ocurrió otra cosa que hacerse pasar por francesa porque ninguna de las dos estábamos interesadas en ellos. Nos tenías que ver a las dos: tu madre soltándoles una parrafada en francés, que luego sin poder parar de reírse me dijo que les estuvo explicando cómo tejer un jersey, y yo, que no decía ni una sola palabra, asintiendo continuamente y sonriendo, roja como un tomate.

—Vaya dos… —Me las imagino e inevitablemente sonrío.

—Sí, la verdad es que nos lo pasábamos muy bien… Pues al terminar de contárselo, me puso una mano en la mejilla, se le iluminó la cara y me dijo: «Koro, ¿eres tú?». Y sin poder evitarlo me puse a llorar como una tonta. Nos dio tiempo a reír también… Fue muy intenso.

—Le vendría tan bien estar contigo más a menudo… Tú eres quien mejor conoce a la persona que habita ese cuerpo…

—Bueno, cuando se solucione el tema de Pep volveremos, te lo prometo. Y estaremos allí varios días. Me encantaría poder ir a Tossa de Mar y conocer el último sitio donde mi hermano fue tan feliz…

—Vale, pero si por lo que sea no se soluciona, venid también, por favor, porque entonces todavía os necesitaré más…

—No lo dudes, cariño, pero confía, por favor. Yo cuando murió tu padre dejé de rezar, ya no tenía ningún sentido para mí. Pero cuando me enteré de lo de Pep, hablé muy seriamente con el de ahí arriba, y a cambio de que nos lo traiga sano y salvo hasta he vuelto a ir a misa y todo… Oye, nunca se sabe…

—Gracias, tía, pero lo de los rezos te lo dejaré a ti. Porque a estas alturas de la vida no voy a renunciar a mi ateísmo… No vaya a ser que me dé por rezar ahora de repente y me ponga algún castigo por estar cuarenta años ausente…

Las dos nos reímos y damos la conversación por finalizada.

Me iré a dormir, a ver si hoy consigo descansar algo más.

19. La llamada

Es muy temprano y ya estoy en la terraza, con el primer café del día delante de mí. Rodeo con mis dos manos la taza e intento sentir a Pep. Hace dos semanas que tomo el café en su taza. Cada vez que la miro, vienen a mi mente miles de momentos con mi marido asociados a ese objeto. Siempre le he tenido bastante manía. Incluso deseaba que se le rompiera, es muy fea y tiene un montón de años, pero él le tiene muchísimo cariño, y ahora es uno de esas cosas que hay en casa que me conectan a él. Igual que su camiseta. Llevo dos semanas poniéndome una camiseta suya, con la que durmió el último sábado que estuvimos juntos. Después de tantos días ya ni huele a él, pero no soy capaz de lavarla… El día que volví de San Sebastián necesitaba algo que me hiciera sentir más cerca de Pep y encontré esta camiseta en el armario. Todavía conservaba su olor, el de su colonia… Me quité toda la ropa y me la puse. Me tumbé en la cama y lloré toda la noche, pero lo sentía cerca de mí, rozando mi piel, abrazándome… Y así me encontré un poco menos sola y angustiada.

Probablemente, vista desde fuera, pueda parecer una mujer perdiendo el norte, que necesita ayuda especializada urgentemente. Es más, a mí misma hace un mes me habría parecido una tontería que alguien se aferrase a unos objetos para sentirse más cerca de un ser querido que no está, incluso habría pensado que estoy para encerrar… Pero realmente es algo que me ayuda a tenerle presente, a no olvidarme de que algo ha cambiado y de que no lo veo cada día igual que antes, y puede que ya no lo vuelva a ver más… En definitiva, a que no se diluya su ausencia en la rutina del día a día.

Tocan el timbre del portal. ¿Quién puede ser tan temprano? Espero que ningún periodista más intente tener una entrevista conmigo, porque ya no sé en qué idioma decirles que no quiero salir en la tele.

—¿Sí? —contesto un poco irritada

—Luna, soy Andrea. ¿Puedo subir, por favor? Necesito hablar contigo.

¡Andrea! Pero ¿qué narices viene a hacer esta a mi casa? Le abro la puerta sin contestarle y empiezo a moverme nerviosa por la sala. Por qué iba a molestarse en venir hasta aquí, ella en persona… Trae malas noticias, seguro. Se me está haciendo eterna la espera. ¿Tanto se puede tardar en subir a mi casa?

Por fin suena el timbre de la puerta y le abro inmediatamente. La verdad es que es de las últimas personas que me apetecía ver aquí, pero qué se le va a hacer, es causa de fuerza mayor…

—Luna, perdona que me presente en tu casa tan temprano, pero quería hablar contigo en persona.

Su cara me sorprende. El gesto de superioridad inherente a su rostro ha desaparecido. Se la ve realmente preocupada, y eso aumenta mi nerviosismo.

—Andrea, ¿qué pasa? Sabes algo, ¿no? —pregunto rozando el histerismo.

—Sí, pero tranquila, vamos a sentarnos.

—Hombre, ahora mismo estar tranquila me resulta muy difícil —le digo mientras avanzo rápido hacia el sofá—. Bueno, por favor, dime algo ya. ¿Son malas noticias?

—No, Luna. Pero escúchame, tenemos que ser prudentes, porque todavía está sin confirmar, ¿vale? Esta misma mañana, a las seis, me han llamado del Gobierno central a mi móvil. Me han explicado que se habían puesto en contacto con ellos los responsables de la embajada de España en Etiopía, para decirles que una persona anónima de un poblado situado a cinco kilómetros de donde estaba nuestro campamento se había presentado en la embajada. Lo que les ha contado es que tiene acogidos en su casa a los tres cooperantes desaparecidos.

—Oh… Pep. —Me cubro la boca con las manos y siento cómo mi corazón vuelve a latir dos semanas después.

—Luna, por favor, sé prudente, ya te lo he dicho. Todavía no saben nada seguro, ni siquiera si es cierto, ni si están vivos… Tenemos que esperar… Pero por lo menos hay alguna noticia, por eso quería compartirla contigo. Ya está de camino hacia ese lugar un destacamento del Ejército para comprobar la veracidad de la información y, en caso de que estén allí, realizar el rescate y el traslado.

No me lo puedo creer. De repente hay algo a lo que agarrarse, que puede devolverme la esperanza.

—Luna, yo lo siento tanto… —empieza a decirme entre sollozos—. Es culpa mía… Sabíamos que estaban en peligro y les dijimos que tenían que dejar la zona, pero no quisieron hacer caso. Les tenía que haber obligado. —Llora ya desconsoladamente, cubriéndose el rostro con las manos—. Si le pasa algo a Pep no me lo perdonaré en la vida…

De repente lo veo todo desde su punto de vista y no puedo evitar sentir pena por Andrea. La culpabilidad la está consumiendo…

—Tranquila —le digo, sentándome a su lado y rodeándola con mi brazo—. Ahora más que nunca tenemos que ser fuertes. Ya verás como dentro de poco será solo un mal sueño.

Me cuenta alguien hace un mes que iba a estar en el salón de mi casa consolando a Andrea y no me lo creo… La vida puede ser tan irónica…

—Ya les he dicho que en cuanto sepan algo te llamen a ti —continúa diciéndome entre sollozos—. Esta misma mañana saldremos de dudas, porque todo el dispositivo de rescate se puso en marcha ayer.

—Gracias, Andrea. Estaré todo el rato pendiente del móvil.

—Yo me voy ya. No te quiero molestar más, que estos momentos supongo que preferirás pasarlos con tu familia.

Sí, supone bien. Estoy deseando llamarlos a todos para ponerlos al corriente.

Ya más serena se dirige hacia la puerta y en el umbral se detiene, se inclina hacia mí y me abraza. Me coge totalmente por sorpresa y no puedo evitar poner cara de extrañeza. Agradezco mucho el gesto que ha tenido de venir hasta aquí para contármelo, pero de ahí a recibir un abrazo suyo sin que me sorprenda hay un largo camino…

—Sabes, Luna, el otro día no fui honesta contigo. Por mucho que me duela, Pep te adora. Sé que se fue enfadado, aunque no entró en detalles de lo que había pasado, pero en

ningún momento me dijo que no quisiera saber nada de ti. Espero que algún día puedas perdonarme. Te envidio tanto… Tienes un gran hombre a tu lado; cuídalo, por favor…

Se va y me quedo con la palabra en la boca, sin ser capaz de decir nada. Vaya…, doña Perfecta me envidia. Esto sí que tiene gracia. Con lo insignificante que me sentía yo a su lado…

Cojo el teléfono rápidamente y aviso a toda mi familia. En menos de cinco minutos están todos informados de las nuevas noticias, y, como sé que van a empezar a aparecer en casa para acompañarme, voy corriendo a prepararme.

Estoy terminando de peinarme y ya me están llamando a la puerta. Al abrir me encuentro a mi padre y a mis abuelos. Yo estoy eufórica. Sé que debería ser más prudente, como me ha dicho Andrea, pero soy incapaz. Entran en casa y los recibo con un fuerte abrazo a cada uno. Se les ve muy contentos, pero están más contenidos que yo…

—Luna, cariño, qué bien. Por fin sabemos algo… —me dice mi padre.

—Sí, y sé que debemos ser prudentes todavía, que no es nada seguro, pero me da la impresión de que hoy nos van a dar buenas noticias.

Los hago pasar a los tres a la sala y les ofrezco café. Vuelven a tocar el timbre: esta vez es Val, y viene acompañada de Dani. Vaya, siguen juntos, cómo me alegro… No sabía nada… Hace bastante que no le pregunto por su vida amorosa… Realmente, hace mucho que no hablamos de nada que no esté relacionado conmigo…

—¡Hermanita! —Se abalanza hacia mí y me abraza fuertemente—. Ya verás, dentro de nada lo tenemos otra vez con nosotros.

—Bueno, Valeria… —se le oye decir a mi padre desde la sala—. Por favor, no adelantéis acontecimientos, que luego puede ser peor…

—Papá, no seas negativo… —le recrimino—. Val, pasad, no os quedéis ahí, ¿queréis un café o algo?

—Vale, que con las prisas ni hemos desayunado. Ya tendrás algo para comer, ¿no?, porque últimamente tu frigorífico daba un poco de miedo… —me dice riéndose, haciendo alusión a los días que he pasado sin moverme de la cama.

—Sí, tranquila que ya he vuelto de las catacumbas y he llenado la nevera.

Me voy hacia la cocina y Val acompaña a Dani hasta la sala. Puedo oír cómo lo presenta a todos como su novio.

—Ya te ayudo, hermanita —me dice, presentándose en la cocina de repente, después de dejar a su chico con la familia—. Que con los nervios que tienes te vas a echar el café por encima…

—Oye, ¿qué acabo de oír ahora mismo desde aquí? ¿Que Dani es tu novio? Claro, que igual con la distancia me ha parecido oírlo y no lo has dicho… Espera, ven un momento que te mire si tienes fiebre. —Le pongo la mano en la frente y las dos nos reímos.

—Pero mira que eres tonta, eh, Luna… Pues sí, lo he dicho y lo repito: Dani es mi novio. Novio, novio… Ya está, ¿suficiente?

—Me alegro mucho por ti, Val. Es la primera vez que te oigo ponerle ese título a un chico con el que estás, así que estoy segura de que es alguien muy especial.

—Sí, es esa persona que cuando aparece te preguntas dónde había estado metida todo este tiempo. Se ha convertido en un gran apoyo para mí desde que me enteré de lo de

mamá. Puede que haya aparecido en mi vida justo en el momento más crucial. Por lo que se ve, necesitaba poner todo en orden para poder tener una pareja. Y él es esa persona que me equilibra. Todo lo que hago lo quiero compartir con él, y no me agobia pensar en estar juntos, incluso a veces me sorprendo planeando en mi mente a largo plazo y Dani aparece en esos planes. No tengo la sensación de estar perdiendo mi espacio, ni de que me estén invadiendo; al revés, quiero ser invadida, nunca tengo suficiente y me gustaría estar las veinticuatro horas del día con él…

—Vaya, vaya… Tengo un diagnóstico: usted está enamorada.

—Tiene toda la razón, doctora.

Me abraza fuerte y nos quedamos un rato así. Hoy las emociones están a flor de piel.

Aprovecho para desayunar yo también con Dani y con Val. Colocamos todo en la mesa de la terraza y me como las tostadas observando discretamente la complicidad que desprenden, típica de los primeros meses de relación. Me fijo en sus manos, que buscan tocarse continuamente; se miran, se sonríen… Se hablan sin decir ni una sola palabra, en su código de comunicación, propio de cada pareja. Es una pena que con el paso del tiempo desaparezcan estos momentos… Que pensemos que no necesitamos caricias, ni gestos de atención, y demos por hecho que lo sabemos todo de la otra persona… Inevitablemente, Pep inunda mi mente una vez más…

Las horas van pasando y no me llama nadie. Mi padre ha tenido que volver a casa para estar con mamá y el resto sigue haciéndome compañía, aunque el salón parece un habitáculo del zoo lleno de animales enjaulados. Yo ya no sé ni que pensar, y nadie dice nada. Y si todo era una falsa alarma y siguen sin encontrarlo… Compruebo una y otra vez la batería del móvil, el sonido… Pero nada, todo está perfectamente.

Dani se ofrece para ir a por algo de comer, y nos parece muy buena idea, porque ya son casi las tres de la tarde. Al momento de cerrarse la puerta, suena mi móvil. Todos se quedan inmóviles donde están y el silencio invade mi casa. Lo cojo rápidamente y veo en la pantalla una larga sucesión de números. Descuelgo inmediatamente.

—Sí, ¿dígame? —Noto que todos me observan casi sin pestañear.

—¿Es usted la señora Luna Vila? —me pregunta una voz grave al otro lado del teléfono.

—¡Sí, soy yo! —le grito, intentando en vano contener la emoción.

—Soy el Ministro de Asuntos Exteriores y llamo para comunicarle que hemos encontrado a su marido y que ya está a salvo.

Me dejo caer sobre el sofá y empiezo a llorar, desatando toda la emoción y los nervios que tenía contenidos. Me doy cuenta de que todos me miran haciéndome gestos para que les diga algo, y solo puedo sonreír entre lágrimas y mover la cabeza arriba y abajo en un gesto afirmativo.

—Su marido —prosigue la voz— se encontraba acogido en una casa de un poblado situado a cinco kilómetros del campamento de la ONG. La noche del asalto, los atacantes irrumpieron en el campamento y abrieron fuego contra todos los que encontraron. Su esposo tuvo suerte, ya que únicamente le hirieron en un hombro, pero al caer se golpeó la cabeza y perdió la consciencia. Tras el ataque, una persona de la aldea cercana que colaboraba en el campamento descubrió que el lugar había sido asaltado. Buscó entre las víctimas algún superviviente y encontró a su marido y a dos compañeras suyas, aún con

vida. Los trasladó hasta su casa, donde cuidó de ellos. Cuando esta persona consideró que se encontraban algo mejor, como para dejarlos solos unos días, se trasladó hasta la capital para comunicarlo a la embajada. Y ahí es cuando se puso en marcha todo el operativo de rescate. Ahora mismo los han trasladado a un hospital de campaña que tiene el Ejército instalado en Addis Abeba, donde les realizarán un chequeo completo. En cuanto se encuentren en buenas condiciones para viajar, un avión del Ejército los traerá de regreso.

—Ajá… —No consigo decir nada más porque mi cerebro está concentrado en procesar toda la información que me está dando.

—De todas formas, señora —prosigue el ministro—, a lo largo del día de hoy intentaremos que sea su propio marido quien se ponga en contacto con usted para contarle de primera mano cómo se encuentra.

—Gracias, muchas gracias…

—En cuanto tengamos los resultados del chequeo la informaremos de su regreso. Y me gustaría agradecerle la paciencia que ha demostrado durante estas semanas de incertidumbre. Estaremos en contacto, reciba un fuerte abrazo de mi parte.

—Gracias…

Cuelgo el móvil sin poder decir nada más. Miro a mi familia, que me observa expectante.

—Está bien y a salvo —les adelanto, y noto cómo sus caras se relajan y comienzan a sonreír.

—¡Qué bien! —se les oye exclamar mientras todos me abrazan a la vez.

Les cuento lo que me ha explicado el ministro y noto que me voy relajando poco a poco. Un suspiro prolongado escapa de mi boca. Está vivo… Está bien… Va a volver…

Aparece Dani con la comida y, nada más entrar, Val corre a abrazarle y le cuenta lo que ha pasado en su ausencia. Él viene a felicitarme y se le ve realmente contento. Es sincero. Me gusta este chico.

—Bueno, vamos a comer antes de que se enfríe —les digo, levantándome del sofá y dirigiéndome a la cocina para coger la vajilla necesaria—. Podéis ir colocando todo en la terraza.

—Ahora mismo vengo. Voy a casa a por una cosa —nos dice mi abuelo, y sale por la puerta sin que podamos preguntarle nada.

Empezamos a colocar la comida en la mesa y vamos comprobando el surtido de raciones, a cuál más apetecible, que ha traído Dani del bar de la esquina.

Antes de que terminemos de montarlo todo, aparece mi abuelo otra vez por la puerta. Trae una botella de cava en cada mano, y, conociéndolo, seguro que ha cogido el mejor que tenía en casa.

—¡Bueno, ahora ya podemos empezar! ¡Que esto hay que celebrarlo como se merece!

—Sí, id empezando, que quiero llamar a Koro.

Me meto en casa un momento para poder disfrutar de un poco de intimidad y llamar a mi tía. Las nuevas noticias la alegran tanto como al resto de mi familia, y nos despedimos con la certeza de que, en cuanto haya pasado todo y se restaure la normalidad en nuestras vidas, va a venir con sus hijos a Barcelona. Le gustaría que conocieran a mi madre, a Val, a mis abuelos… Y sé que ella está deseando ir a la casa de Tossa, a ver el sitio donde su

hermano fue tan feliz antes de morir.

Echo un vistazo a la terraza y observo a mi familia. Por fin es todo tan normal… Hablan, bromean, disfrutan de la comida y de la compañía… Este puede ser uno de esos momentos cotidianos que no te paras a apreciar hasta que alguien intenta robártelo y lo ves peligrar. Entonces te das cuenta del valor que tiene. Ahora mismo soy tan feliz…

Una vez terminada la sobremesa, insisto para que cada uno vuelva a su casa, asegurándoles que me encuentro perfectamente. Ya los he entretenido demasiado tiempo y cada uno tiene sus propias rutinas y quehaceres.

Cuando todos se marchan me preparo un café y salgo a la terraza a tomármelo tranquilamente. Sin darme cuenta, este me lo he servido en mi taza. Ya no necesito un objeto para estar cerca de Pep… Él mismo podrá volver a usarla cuando vuelva.

Mi cabeza no para ni un segundo. Me imagino cómo será el reencuentro. Mis pensamientos van evolucionando y acabo visionando a Pep el verano que viene jugando en nuestra terraza con un bebé rechoncho.

—¡Papá! —Corro a abrazarlo al entrar por la puerta de casa de mis padres.

—¡Luna cariño, cómo me alegro de que Pep esté bien! —me dice mientras me abraza fuertemente.

—Sí, va a volver… Todavía no he conseguido hablar con él, pero ahora ya sabemos seguro que está a salvo.

—Es increíble. Ha vuelto a nacer…

—La verdad es que tenemos mucho que agradecerle a ese hombre que los recogió a los tres y se encargó de ellos. Papá, y yo tengo que darte las gracias a ti, por haber estado conmigo todos estos días y no dejar que me hundiera. —Mis ojos se llenan de lágrimas y mi padre me las retira con sus dedos.

—Hija mía, Valeria y tú sois mi vida y siempre que necesitéis ayuda estaré ahí, para lo que sea. Estas últimas semanas fueron horribles para todos, pero sobre todo para ti. Y nosotros estábamos muy preocupados por tu salud, porque te habías abandonado totalmente. Tocaste fondo y ahora es el momento de mirar hacia adelante y subir otra vez a la superficie. Te toca ser feliz, cariño mío.

—Gracias, papá. —Me quedo abrazada a él en silencio.

De repente, la voz de mamá nos llega desde su habitación. No se le entiende bien lo que dice, y nos acercamos a ver lo que le pasa.

—Hola, mamá, ¿qué tal estás?

Está sentada en su cama mirando hacia la ventana, y al oír mi voz, se gira y me dedica una mirada perdida. De inmediato corrijo mi frase.

—Hola, Icíar, ¿qué tal estás?

—¡Koro! Ven aquí conmigo —me pide, poniendo su mano encima de la cama, a su lado, indicándome dónde quiere que me siente.

—Icíar, ¿qué te pasaba? Te he oído gritar desde el pasillo. ¿Estás bien?

—Montxo, que no llega… Si lo ves, dile que estoy enfadada.

—Tú tranquila, que vendrá. Pero me ha dicho que tenía bastante trabajo y que luego subirá a tu estudio a verte. No te enfades con él, que te quiere mucho.

—Y yo a él… ¿Tú estás contenta?

—Mucho, Icíar. Hacía tiempo que no estaba tan contenta.

Mi Montxo sí que va a volver, mamá. Afortunadamente para mí, la historia no se va a repetir y voy a tener más suerte de la que tú tuviste. No me pasaré la vida pensando en lo que pudo ser y no fue… Y te prometo que aprovecharé cada minuto de esta segunda oportunidad que la vida nos ha regalado, por ti y por él.

Me voy a dar una ducha y luego pediré algo para cenar. Hoy quizás italiano, sí, me apetece una buena pizza. Aunque no sé si seré capaz de levantarme, la verdad. Estoy en el salón de mi casa y siento como si el sofá me atrapara y no me dejara levantarme… Mis pies descansan sobre la mesita del salón que hay justo enfrente de mí.

De repente suena mi móvil y de un salto me pongo en pie. Miro la pantalla y otra vez es un número desconocido con más cifras de lo normal.

—¡Sí! —respondo ansiosa.

Solo deseo que sea una persona…

—Luna, mi vida, soy yo…

—¡Pep! Por fin oigo tu voz… ¿Cómo estás? ¿Qué te han dicho? ¿Cuándo vuelves? —sin darme cuenta lo someto a un interrogatorio que sale de mi boca sin control.

—Tranquila, poco a poco… Estoy bien. Me han hecho una revisión en profundidad y me han curado la herida. Pasado mañana volvemos a casa. Ay, cariño mío…, tengo tantas ganas de abrazarte… —Comienza a quebrársele la voz—. Sabes, cuando los vi aparecer en la sala en la que estábamos, acababa de hablar contigo. Venían encapuchados y armados. Pensé que nunca más te volvería a ver y que no conocería a mi hijo…

Rompe a llorar sin que pueda abrazarlo y me tengo que contener para no empezar yo también.

—Tranquilo, cariño, ya está. Ya ha pasado todo.

—Luna, he tenido tanta suerte… Han muerto casi todos… Llevo dos semanas sin dormir. ¿Qué les voy a decir a sus familias? —continúa sollozando.

Estaba tan feliz al saber que estaba vivo que no me había parado a pensar en el posible trauma que pudiera tener.

—Pep, mi vida… No te sientas culpable por haber sobrevivido. Hablar con las familias no es tu trabajo… Tenemos que valorar la suerte que has tenido y disfrutar juntos esta segunda oportunidad que la vida nos brinda. Yo solo quiero que estés aquí conmigo, abrazarte muy fuerte y no soltarte nunca más…

Hago una pausa para inspirar profundamente y retener las ganas de llorar que me están invadiendo. No puedo soportar sentirlo tan abatido…

—Cariño, en casa estarás mucho mejor… Ahora tienes que mirar para adelante, ¿me oyes? Ahora empieza nuestra nueva vida y la vas a disfrutar conmigo y nuestro hijo, ¿vale?

—Sí… Bueno, ya te volveré a llamar en cuanto sepamos algo más. Te quiero mucho, Luna…

20. El regreso

Me siento en el sofá y me vuelvo a levantar a los tres segundos. No consigo estar quieta y cada minuto que pasa mi nerviosismo va en aumento.

Papá y el abuelo hace un rato que han salido, camino del aeropuerto de El Prat, y no sé quién ha tenido la brillante idea de que era mucho mejor que yo me quedara en casa, esperando… Hoy vuelve Pep, y lo único que quiero ahora mismo es que esté aquí ya, conmigo; tocarlo, acariciarlo e intentar curar poco a poco sus heridas.

El avión militar que los trasladaba de Etiopía a la base de Torrejón de Ardoz ha hecho su llegada a la hora prevista y ya solo es cuestión de minutos que aterricen en El Prat. Enciendo la tele y pongo TV3, con la esperanza de que en cuanto estén tocando tierra interrumpan la emisión para dar la noticia de la llegada de los tres cooperantes catalanes. Necesito ver su imagen, cerciorarme de que realmente es él y está a salvo…

Salgo a la terraza e inspiro profundamente. Apoyada en la barandilla observo la ciudad, el tráfico, el ir y venir de la gente… Todo transcurre con la normalidad propia de cada día a las seis de la tarde… Cada persona con su propia historia…

Suena mi móvil y pego un bote. Lo cojo inmediatamente. Es mi abuelo.

—Dime, ¿qué pasa? —le contesto asustada.

—Tranquila. solo quería informarte de que acaba de entrar en pista el avión de Pep. Luego te vuelvo a llamar.

Vuelvo corriendo al salón y me planto delante de la tele.

Ahí está. Como era de esperar, han conectado con el aeropuerto para dar la noticia y hacernos llegar las primeras imágenes. El avión se detiene y se aprecia en la pista un grupo de gente, entre la que supongo que estarán papá y el abuelo. Dan paso a la reportera que se encuentra junto a los familiares y comienza a narrar el momento. Se abre la puerta y la primera en aparecer es una azafata que se coloca junto a la salida, y a continuación asoma el primer pasajero, un hombre trajeado, que supongo que es alguien del Gobierno. No escucho lo que dice la periodista, francamente me da igual quién sea ese tipo. Le sigue una mujer con muletas a la que ayudan a descender las escaleras: será una de las compañeras de Pep. A continuación, otra mujer, y seguidamente ahí aparece, por fin. Respiro aliviada, aunque su imagen me impacta. Tiene un brazo en cabestrillo y su semblante es triste. Está demacrado. Se le dibujan los pómulos, y sus ojos, que parecen más grandes de lo normal, los enmarcan unas pronunciadas ojeras.

Al llegar a la pista, los rodean los familiares, entre los que consigo distinguir a los padres de Pep, a papá, al abuelo… Andrea también está ahí.

Todos lo abrazan efusivamente. Enfocan las caras de los allegados para que no nos perdamos detalle de esos momentos tan íntimos, y, conociendo a Pep, sé que ahora mismo le gustaría desaparecer de ahí cuanto antes y dejar de estar tan expuesto…

Los distintos medios de comunicación han preparado una fila de micrófonos para la

rueda de prensa que se disponen a dar los políticos presentes, entre los que puedo distinguir al ministro de Asuntos Exteriores y al president de la Generalitat. Ahora todos quieren salir en la foto, pero yo paso de escucharlos. En cuanto comienzan a hablar apago la televisión. Ya he visto a Pep. Todo lo demás me sobra.

Me siento en el sofá, sin poder quitarme de la cabeza la imagen de su cara. Su mirada estaba apagada.

Ayer me reuní con una psiquiatra experta en situaciones traumáticas y estoy repasando mentalmente todo lo que me comentó sobre el síndrome de estrés postraumático: los síntomas que puede presentar, cómo será su comportamiento y de qué manera puedo ayudarlo. Espero estar a la altura. El Pep al que dije adiós hace unas semanas me temo que no va a ser el mismo que vuelva a entrar hoy por la puerta…

Sólo espero que no haya mucho tráfico por favor, que ya no puedo más…

Vuelve a sonarme el móvil y esta vez es papá.

—Dime, ¿venís ya? —le pregunto a mi padre nada más descolgar.

—Sí, tranquila, estamos de camino. Te lo paso, que quiere hablar contigo.

—Luna, no te preocupes, que ya falta poco para vernos… —me dice Pep, intentando tranquilizarme él a mí.

—Pep, cariño mío… Siento tanto no haber ido al aeropuerto a recibirte…

—Era lo mejor que podías hacer, con el circo que tenían ahí montado. Nuestro reencuentro va a ser solo nuestro y de nadie más, mi vida…

—Vale… Estoy deseando abrazarte fuerte y no soltarte en varios días —le digo, conteniendo la emoción que comienza a quebrarme la voz.

—Prométeme que no me soltarás…

—Te lo prometo.

Oigo el ruido de la llave en la cerradura, y de un salto salgo corriendo a su encuentro. Se abre la puerta y ahí aparecen mi padre, mi abuelo y Pep.

Nos fundimos en un abrazo, mientras saca su brazo inmovilizado del cabestrillo para poder rodearme por completo. Hundo mi cara en su pecho y las lágrimas comienzan a brotar sin ningún control. Pep se refugia en mi pelo y, al igual que a mí, la emoción lo arrastra.

—Será mejor que os dejemos solos.

Oigo la voz de mi padre, pero soy incapaz de separarme ni un milímetro de mi marido para despedirme de ellos. Se cierra la puerta y nos quedamos los dos.

No quiero soltarlo, no vaya a ser que todo esto no sea cierto y no esté sucediendo y en realidad siga sola en nuestro piso, sin saber si volveré a verlo o a sentirlo como lo siento ahora…

—Luna… —me dice después de un rato, mientras me coge la cara entre sus manos y me separa de su pecho—. Te quiero tanto, mi vida…

Junta sus labios a los míos y comienza a besarme suave, con calma. Retira las lágrimas de mi rostro con sus dedos y llena de besos cada centímetro de mi cara. De repente se arrodilla ante mí, levanta mi camiseta y, mientras me rodea la cintura con sus brazos, comienza a inundar mi vientre de besos.

—Nuestro hijo… Me has hecho tan feliz… —musita entre beso y beso.

Se vuelve a poner de pie.

—Luna, mi vida, no me dejes nunca —me pide, sujetándome nuevamente la cara entre sus manos, y comienza a besarme otra vez.

Pero ahora son besos ansiosos, que van subiendo de intensidad. Cada vez está más eufórico. Me levanta en el aire y coloco mis piernas alrededor de su cintura. Sin parar de besarnos ni un segundo me lleva a nuestra habitación. Está muy excitado. Me deja caer sobre la cama y yo ya creo que voy a estallar. Sin apenas darme cuenta consigue desnudarme totalmente y comienza a besar todo mi cuerpo. Miro su rostro y su mirada me sorprende. En todos estos años que llevamos juntos, nunca antes le había visto esa expresión. Refleja dureza… No parece él.

Hacemos el amor con una rudeza totalmente impropia de él. Me dejo llevar, y al terminar tengo una sensación extraña. He disfrutado, pero no sé si quiero que sea siempre así, y me asusta pensar que quizá el Pep tierno y cariñoso se quedó para siempre en África.

Me siento en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, y él, totalmente exhausto, apoya su cabeza sobre mi vientre, pasa un brazo alrededor de mi cintura y de repente comienza a llorar. Me limito a acariciarle el pelo y le dejo desahogarse: necesita sacar todo lo que lleva dentro…

Al cabo de un rato se queda dormido, pero es un sueño inquieto, con sobresaltos. Cuando ya veo que está más tranquilo, salgo de la cama y me dirijo a la cocina. Tengo hambre, así que me voy a preparar algo rápido para cenar. Aprovecho para mirar el móvil y me sorprende ver que tengo un montón de whatsapps. Son de Val, Koro, papá… Todos quieren saber qué tal ha ido el reencuentro y cómo está Pep. Pienso en lo que ha pasado desde que ha llegado a casa, sus cambios de actitud…, mientras me como el sándwich que me he preparado.

Todavía no he terminado de cenar cuando unos gritos me sobresaltan. Provienen del cuarto. Es Pep. Voy corriendo y me lo encuentro acurrucado en la cama. Me tumbo junto a él. Está empapado en sudor.

—No estabas… —me dice aterrorizado.

—Perdona, cariño, había ido a comer algo. —Le acaricio el pelo y se lo retiro de la frente.

—No me dejes nunca más —me suplica, y me abraza fuerte.

Nos dormimos así, uno frente al otro y no puedo evitar pensar que nos queda un largo camino por recorrer.

Creo que ya hace un buen rato que amaneció, pero no quiero moverme para no despertarlo. Mi cuerpo está entumecido de no haber cambiado de postura en toda la noche. He descansado fatal… Y para Pep no ha sido mucho mejor: ha tenido pesadillas, hablaba en sueños… Ahora mismo lo observo y descansa más relajado. Acaricio su cara y pienso en lo afortunada que soy de tenerlo otra vez aquí, en nuestra casa, bajo nuestras sábanas… Y ya no solo por lo que ha pasado en Etiopía, sino también por todo lo que ocurrió justo antes de que se fuera.

Abre los ojos lentamente y clava su mirada en la mía.

—Luna, cariño, sigues aquí. Pensaba que había sido un sueño y que todavía estaba a miles de kilómetros de ti… —Me atrae hacia él y me besa.

—Pues aquí estoy, y ya te puedes ir haciendo a la idea de que no me pienso mover de tu lado. —Le dedico una amplia sonrisa y ahora soy yo quien le besa.

—Eso espero, porque te necesito, mi vida, más de lo que te puedas imaginar. Tú eres quien me hace querer seguir adelante. Por eso tienes que estar a mi lado, por si se me olvidan las ganas de continuar, para poder mirarte y recuperar las fuerzas… —Me abraza fuerte y me alegra ver que poco a poco me va contando cómo se siente, aunque para mí sea tan duro saber cómo se encuentra realmente.

—Pep, no tengas ninguna duda de que juntos vamos a conseguir salir de esta. Voy a estar a tu lado y entre los dos lograremos que recuperes las ganas de vivir, tu energía y vitalidad y sobre todo tu carácter. Volverás a ser la misma persona de hace unas semanas, ya lo verás.

—Luna, por cierto, necesito pedirte perdón por cómo me comporté ayer. Salió el Pep que se esconde dentro de mí desde hace unos días y al que odio. Por nada del mundo me perdonaría que me tuvieras miedo, y créeme si te digo que eres la última persona a la que me gustaría hacer daño… Pero es que la excitación del momento sacó la rabia que tengo dentro… Perdóname, por favor…

—Pep, no hace falta que te disculpes. No te voy a negar que tu comportamiento me sorprendió, y si te soy sincera no me gustó del todo, pero de ahí a tenerte miedo… No me puedo ni imaginar por lo que has pasado en estas últimas semanas y supongo que estás intentando aceptarlo y encontrarte a ti mismo, pero también sé que debajo de esas capas que ahora mismo te cubren sigues estando tú, la persona maravillosa que me enamora con cada palabra, que se desvive por hacerme feliz y que es el artífice de mis sonrisas desde hace muchos años.

—Gracias, cariño.

Comenzamos a besarnos dulcemente, y esta vez sí que hacemos el amor como siempre, con cariño, dulzura y pasión, mucha pasión…

Por muy larga que sea su recuperación, tengo claro que voy a estar a su lado para tenderle mi mano siempre que la necesite…

21. Sanando heridas

Se abre la puerta del despacho y aparece el psicólogo de Pep. Ya es la tercera vez que venimos, y la verdad es que le está ayudando mucho.

—Buenos días, Pep. ¿Qué tal estás, Luna? —Viene hacia nosotros para recibirnos y nos da la mano—. He pensado que hoy entréis los dos, si os parece bien.

—Por mí estupendo —dice Pep mirándome—. ¿Tú estás de acuerdo, cariño?

—Claro, me parece muy buena idea.

Pasamos al despacho y nos acomodamos en nuestros asientos.

—¿Cómo te encuentras, Pep?

—Un poco más animado. Físicamente me siento bien, pero, cuando llega la noche e intento dormir, todavía me atormentan las mismas pesadillas.

—Bueno, ten en cuenta que todavía ha pasado poco tiempo desde que volvisteis. Es normal lo que me cuentas. Durante el día estás más entretenido, pero por la noche todo vuelve a tu mente. Tienes que intentar mantener las rutinas que hemos pautado; de esa manera llegarás a la noche más cansado y empezarás a descansar mejor poco a poco. Las pesadillas ¿siguen siendo las mismas, o han variado?

—Revivo una y otra vez el momento del ataque: los asaltantes, los cadáveres de mis compañeros por todas partes… Y yo me mantengo inmóvil, observando todo, como si estuviera atado de pies y manos, sin poder ayudar a nadie…

—Te sigues culpabilizando por estar vivo… Pero en una situación así no está en tu mano vivir o morir, ni tampoco es tu responsabilidad lo que allí pasó. Sé qué para ti, como médico, es difícil de asumir que a tu alrededor muera gente sin que tú puedas hacer nada por ellos, pero era una situación excepcional. Solo podías aspirar a sobrevivir.

—Ya, si todo eso ya lo sé, pero la mente es traicionera…

—Luna, y tú, ¿cómo estás llevando todo lo que ha pasado?

Yo…, no tengo ni idea de cómo me siento ahora mismo… Estoy tan centrada en Pep, en que se encuentre bien y vuelva a ser el mismo de siempre cuanto antes, que ni me he parado a pensar en cómo me siento…

—Pues bien, supongo…

—Ya… Y ¿cómo lo viviste cuando supiste lo que había pasado y que quizá no volverías a ver a tu marido?

—Puf…, he intentado olvidar esos días y pasar página. Ahora solo estoy agradecida por que esté aquí conmigo; es lo único que importa…

—Luna… —Pep coge mi mano izquierda entre sus manos y me mira a los ojos—. Cariño, tienes que sacar lo que llevas dentro. Tú también has sufrido esta situación y necesitas contar cómo te sientes.

Me quedo en silencio un momento y mi mente viaja a unas semanas atrás.

—En un primer momento me quedé en shock. No era capaz de hacer nada… Mi vida se

paró de golpe y yo me protegí de esa manera, aislándome del mundo. Mi familia consiguió sacarme de ese estado y me di cuenta de que debía luchar por nuestro hijo. —Me dirijo a Pep como si estuviéramos solos los dos en este despacho—. Los siguientes días me enfadé muchísimo contigo. ¡¿Cómo podías haberte ido a un lugar tan peligroso, poniendo en peligro tu vida de esa manera?! ¡Qué iba a hacer yo sin ti! Y tu hijo, ¡nunca iba a conocer a su padre porque era un idiota! —Sin darme cuenta, las lágrimas me brotan sin control, y estoy gritando mientras golpeo con mis puños a Pep en el brazo.

Pep no se mueve, pero su cara refleja toda la pena que siente al verme así. Las lágrimas también asoman en sus ojos.

—Luna…, lo siento, cariño… Siento haberte hecho pasar por eso…

Me voy tranquilizando y por fin consigo seguir hablando.

—No ha sido culpa tuya, Pep… Fue solo que tenía que buscar un culpable. Si te sirve de consuelo, no fuiste el único blanco de mi enfado; solo me faltó culpar a las estrellas por mi desdicha… —Consigo que le salga una media sonrisa—. Luego pasé a la aceptación. A pensar que esta vez nos había tocado a nosotros y que no me quedaba más remedio que aceptarlo. No podía perder ni un minuto más buscando culpables, porque tanta rabia me estaba haciendo mucho daño. Me agarré a la esperanza de que, al no tener noticias tuyas, no estaba todo perdido. Pero los días pasaban y seguíamos sin saber nada… La desesperación cada vez era mayor y empecé a ponerme en lo peor… Comencé a hacerme a la idea de que no ibas a volver, de que tenía que ser fuerte y criar a nuestro hijo sola… Perdóname, Pep…, me rendí… —Oculto mi rostro con mis manos y comienzo a llorar otra vez.

—Luna, mi vida… —Noto cómo Pep me abraza fuerte, y yo no puedo parar de llorar.

Parece que necesitaba abrir el cajón donde había guardado todo lo que sentí durante aquellos días y sacarlo fuera. Después de estar un rato abrazados, llorando en silencio, por fin nos separamos. Pep coge mi cara entre sus manos y me da un beso dulce y delicado, que se mezcla con nuestras lágrimas.

Cuando por fin nos separamos me siento mucho mejor… Ha salido todo lo que había guardado en mi interior, ni yo misma era consciente de que llevase toda esa carga dentro…

—Bueno, pareja, creo que hoy habéis dado un paso muy importante los dos. Y aunque parezca mentira ya ha pasado una hora, así que seguiremos el próximo día. Continuad abriéndoos el uno al otro, contándoos como os sentís, y que no se os olvide nunca que sois un equipo y vais a superar esto así, en equipo, apoyándoos mutuamente y no dejando que el otro decaiga.

Salimos de la consulta agarrados de la mano, sin decir nada y con las emociones a flor de piel.

—Vaya… —acierto a decir.

—Pues sí… Perdóname, Luna. No me había parado a pensar en cómo te habías sentido tú, ni en lo que había supuesto todo esto para ti… Ni siquiera te había preguntado todavía cómo estabas…

Ahora mismo me encantaría volver a casa paseando; necesito respirar aire fresco. Pero todavía hay algún periodista pendiente de nosotros, intentando conseguir entrevistar a Pep. En su momento, Andrea ya habló para la televisión en nombre de la ONG, y tal y como se encuentra Pep me encantaría que se conformaran con eso, pero parece ser que necesitan

más…

Metemos el coche en el garaje y subimos a casa.

—¿Te apetece que pidamos algo para comer?

—Por mí perfecto, así no manchamos la cocina…

Nos cambiamos de ropa, poniéndonos cómodos para estar en casa, y Pep me lleva de la mano hasta el sofá.

—Ven aquí —me dice—. Necesito sentirte cerca de mí y abrazarte muy fuerte. Lo estaba deseando desde que hemos salido de la consulta.

Yo me dejo abrazar… No hay nada que me guste más que sentir su cuerpo contra el mío y notar sus manos recorriendo mi piel.

—¿Algún día podrás perdonarme, Luna?

—Pep, por favor…, que no tengo nada que perdonarte… —Noto cómo me abraza más fuerte, hunde su cara en mi pelo e inspira profundamente. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo; lo siento tan cerca de mi… Aparta mi pelo del cuello y comienza a darme suaves besos.

—Puf…, eres malo, eh…

—¿Qué?… ¿No te gusta?… —me dice con una sonrisa pícara.

—¿Tú qué crees? —Me siento encima de él y comienzo a besarle los labios.

El timbre de la puerta rompe totalmente el momento.

—Vaya, qué oportuno… Tendremos que seguir luego. —Me da un último beso y va a abrirle la puerta al repartidor mientras yo y mi frustración nos vamos a preparar la mesa de la terraza para comer.

La velada transcurre tranquila, entre risas, caricias, charlas desenfadadas…, y al terminar nos trasladamos a la zona chill out.

—¿Quieres una infusión o algo? —le pregunto a Pep—. Yo me voy a hacer un café.

—Prefiero disfrutar de mi postre… ¿Dónde lo habíamos dejado? —Me coge de la mano y tira de mí hacia él.

—Espera… Ahora vengo, no seas tan impaciente… Además, me gustaría contarte algo. —Me voy corriendo a la cocina para no darle opción a protestar.

Creo que ha llegado el momento de contarle cómo cambió mi vida en su ausencia y todo lo que descubrí del pasado de mi madre. Cuando llegó no podía inquietarlo más. Necesitaba verlo mejor emocionalmente, tanto como para poder asimilar toda la historia, y creo que ya está preparado.

Cuando salgo a la terraza otra vez me mira serio, con expresión de preocupación.

—¿Qué pasa, Luna? ¿Qué es eso que me tienes que contar? ¿Estás bien?

—Sí, tranquilo… Es solo que necesito explicarte algo que pasó en tu ausencia, y hasta ahora no había sido buen momento.

—Estás consiguiendo que me ponga muy nervioso…

Me siento a su lado y cojo sus manos, intentando tranquilizarlo.

—Pep, es que no se ni por dónde empezar… Últimamente hablábamos tan poco que hay muchas cosas que desconoces… —Mira hacia abajo con expresión de tristeza y yo le cojo de la barbilla, alzando su cara para que me mire a los ojos otra vez—. No es un reproche, cariño… Los dos actuábamos igual… Bueno, el caso es que mi madre llevaba tiempo

nombrando a personas que no conocíamos y a mí me confundía continuamente con alguien que se llamaba Koro. Intenté descubrir algo de esos nombres, pero nadie parecía saber nada, y ella, como es lógico, no podía ayudarme…

Continúo contándole toda la historia, paso a paso: mi viaje a San Sebastián, el pasado de mi madre, Montxo… Y Pep me observa casi sin pestañear. Hasta que por fin termino y el silencio se apodera de nosotros.

—Vaya, Luna… —dice al fin—. No sé ni qué decirte… Ha tenido que ser muy difícil de asimilar. ¿Cómo te sientes ahora?

—Estoy bien. Muy bien. Solo pensar que mi madre podía haber muerto sin que yo me enterara de nada me produce una pena tan inmensa que estoy agradecida de saberlo. De haber conocido su historia, a mi familia… Es como si todo ahora tuviera sentido. Valeria también ha conseguido encajar las piezas de su puzle, y nunca había sido tan feliz como ahora.

—Y tu padre y tus abuelos, ¿cómo reaccionaron cuando supieron que ibas a ir a buscar tus raíces?

—Sé que tuvieron miedo de perderme, aunque en ningún momento me lo han transmitido y me han apoyado en todo. Sabían que necesitaba respuestas y ellos no me las podían dar. Cuando me contaron la verdad, en un primer momento me enfadé con ellos, porque no entendía cómo habían podido ser capaces de ocultarme la verdad durante tantos años, pero luego comprendí que lo único que podía tener hacia ellos era gratitud. La vida de mi madre y mía podrían haber sido tan diferentes sin ellos…

—Sí, la verdad es que son personas extraordinarias…

Pep me atrae hacia él y me abraza fuerte.

—Luna, siento tanto no haber estado a tu lado en esos momentos tan complicados. Me necesitabas junto a ti y yo estaba tan lejos… Pero te prometo, mi vida, que no me pienso separar de tu lado nunca más.

Nos quedamos así, abrazados, sin decir nada más. Y por primera vez en mucho tiempo me siento en paz.

22. Vuelta a Tossa de Mar

—¡Mira, Luna, qué ejemplar de dorada he comprado para la cena de mañana! —exclama Pep al entrar en la cocina, recién llegado del mercado.

Acaba de comenzar septiembre y estamos en la casa de Tossa de Mar. Hemos conseguido cuadrar las agendas de todos para pasar juntos una semana aquí, así que mañana esta casa se va a volver a llenar de vida, igual que hace años. Vienen Koro, Andoni, mis primos con sus parejas y Val con Dani.

Pep y yo llevamos aquí dos días, en los que hemos aprovechado para poner a punto la casa para estas minivacaciones. Pero también hemos disfrutado de la tranquilidad de este lugar, de los recuerdos tan agradables que nos genera el estar aquí… Sé que es bueno para él ir a sitios en los que ha sido feliz y sentir que puede volver a serlo.

Está mucho mejor. Hemos seguido yendo juntos a terapia y allí le han enseñado a exteriorizar sus emociones. Ya duerme toda la noche seguida y sus cambios de humor son prácticamente inexistentes. Me atrevería a decir que estamos muy cerca de recuperar al Pep de siempre…

—Cariño, tengo que decirte que has dejado el salón precioso —me dice mientras me coge de la cintura y me besa delicadamente.

—Gracias. Quiero que esté todo perfecto para mañana, que se sientan como en casa, y qué mejor forma que con flores.

—Estate tranquila, porque van a ser unos días increíbles y todos vamos a disfrutar de este lugar, pero sobre todo de reunirnos por fin y poder conocernos.

A raíz de contarle todo lo que había sucedido en su ausencia hubo un antes y un después en el proceso de su recuperación: le hizo salir un poco del letargo en el que estaba el ver que yo también lo necesitaba a mi lado y que estaba pasando por un momento delicado de mi vida.

—Oye…, qué te parece si bajamos a la cala y nos damos un bañito antes de comer —propone, abrazándome desde atrás, juntando sus manos en mi vientre y mordisqueándome suavemente el lóbulo de la oreja derecha.

—Hombre…, si me lo pides así, me resulta bastante difícil negarme… —Me giro y lo beso en los labios.

Estamos en un momento increíble como pareja: con la pasión característica del inicio de una relación, pero con la confianza que te da el llevar toda una vida juntos; disfrutándonos, amándonos siempre que queremos… Estamos agradecidos de esta segunda oportunidad, y desde luego no la pensamos desaprovechar. Además, el hecho de ya estar embarazada y de que el sexo sea solo eso, sexo sin un objetivo procreador, hace que disfrutemos de cada encuentro como cuando éramos novios. Y si añadimos a este cóctel de deseo el apetito sexual que me genera mi estado, el resultado es una etapa totalmente apasionada en nuestro matrimonio.

Seguimos besándonos en la cocina y noto cómo las manos de Pep se meten bajo mi vestido y comienzan a subir por mis piernas hasta llegar a mis bragas. Las agarra y me las desliza hasta los pies. Se agacha y me las quita del todo, lanzándolas a continuación lo más lejos que puede de nosotros. Vuelve a meter sus manos bajo mi vestido y comienza a acariciar mi entrepierna. Como siga así no voy a aguantar mucho más… Saca sus manos y, tras meterlas por la espalda del vestido, llega hasta el cierre del sujetador, lo abre hábilmente, desliza las tiras por los brazos, me lo saca y lo lanza en la misma dirección que las bragas. Ahora son mis pechos el objetivo de sus caricias…

—¡Hale, vamos a bañarnos! —Me suelta alegremente, dándome un cachete suave en el trasero.

—¿Qué? ¿No serás capaz de dejarme así…? —protesto, poniendo cara de sufrimiento para intentar que retome lo que estaba haciendo.

—No seas impaciente, cariño… —Me besa mientras me acaricia el trasero con sus manos y me guía hasta la terraza.

Al llegar al jardín se para de golpe y me arrastra hacia él. Me levanta los brazos y me saca el vestido, dejándome totalmente desnuda.

—Ahora sí que estás preciosa —me dice, y me da un beso en los labios.

Bajamos hacia la cala y voy notando continuamente caricias por distintas partes de mi cuerpo. Es una sensación increíble andar desnuda, con los sentidos a flor de piel, y notar el sol y la brisa que me acarician a cada paso…

Según vamos descendiendo, yo también voy despojando a Pep de su ropa, de tal forma que, al llegar a la orilla, los dos estamos en igualdad de condiciones. Nos metemos en el agua y por fin terminamos lo que había comenzado en la cocina…

El sonido de un coche llega hasta nuestros oídos. Son casi las ocho de la tarde. Esos tienen que ser Val y Dani, ya que a todos los demás no los esperamos hasta mañana sábado. Vamos hacia la entrada de la casa y ahí los vemos, caminando hacia nosotros. Se les ve tan felices… Val está radiante, y a mí me alegra tanto verla así… Vienen agarrados, como siempre que están juntos; mi hermana le rodea la cintura y Dani la acerca hacia él con un brazo alrededor de los hombros.

—¡Hermanita! —Se suelta y viene corriendo hacia mí. Me abraza y seguido me acaricia la tripa—. ¿Qué tal te encuentras? ¡Te veo guapísima!

—Estoy muy bien, la verdad. Estos días que llevamos aquí me han venido de maravilla.

—¡Cuñado! —le dice a Pep, dándole un fuerte abrazo—. A ti también te veo estupendo. Se ve que cambiar de aires os sienta genial…

—Pues sí… —reconoce Pep con una amplia sonrisa—. Tengo que decir que a vosotros dos también os veo muy bien, eh, cuñadita… —Y le guiña un ojo, poniéndole una sonrisa picarona.

—¡Pero mira que eres tonto! —protesta Val mientras le da con la mano en la cabeza, y se ríe.

Tras saludar a Dani entramos en casa y suben a dejar sus maletas en la habitación de mi hermana.

En menos de cinco minutos aparecen de nuevo en el salón, pero esta vez en bañador y

con las toallas al hombro.

—¿Os apetece venir a daros un bañito a la cala con nosotros? —nos pregunta Val.

—No, id tranquilos; nosotros nos quedamos aquí y vamos preparando las brasas para la cena.

Los vemos alejarse por el jardín, agarrados de la cintura y besándose continuamente.

—No sé por qué me da que estos dos van a tardar un rato… —observa Pep, atrayéndome hacia él.

—Bueno…, pero nosotros tenemos cosas que hacer. —Le doy un beso rápido en los labios y me escabullo de sus brazos.

—La verdad es que me encanta ver a tu hermana tan bien. Se la ve muy a gusto con este chico…

—Pues sí, Dani ha aparecido en el mejor momento de su vida, cuando por fin ha podido enterrar a sus fantasmas del pasado. Y encima es el tipo de chico ideal para ella…

Una de las cosas que más le sorprendió a Pep cuando conoció todo lo que había pasado en su ausencia fue el cambio que experimentó Val en su carácter. Habían desaparecido la envidia, la rabia, su malestar…, todo lo que se escondía en lo más profundo de ella pero que cualquier chispa insignificante hacía volver a la superficie. Encima, él era consciente de que en estos últimos años mi hermana me animaba a conocer a otros hombres y ampliar mis horizontes de amantes, ya que ella misma se lo hacía saber con comentarios malintencionados cuando estábamos todos juntos…

Aprovecho que Pep se ha puesto a preparar la barbacoa para la cena y subo a nuestra habitación para llamar a papá. Me ha apoyado un montón para que se produzca este encuentro con la familia de mi padre, pero quiero ver cómo se encuentra, porque supongo que para él no será fácil.

—¡Papá! ¿Qué tal estáis?

—¡Luna, cariño! Nosotros bien, pero ¿qué tal tú?, ¿cómo te encuentras? ¿Ya estáis todos?

—No, de momento solo han venido Val y Dani. A todos los demás no los esperamos hasta mañana, que saldrán a primera hora. Por lo demás, estoy muy bien. Estos dos días que ya llevamos aquí Pep y yo me han venido de maravilla… Hoy justo he estado pensando que la última vez que estuve en esta casa fue en junio, cuando mi vida se puso patas arriba: me enteré de que estaba embarazada y no sabía si Pep me perdonaría ni a qué tipo de personas me encontraría en mi viaje a San Sebastián…

—Es verdad… Ya ves que muchas veces solo es cuestión de que el tiempo reorganice otra vez tu vida y ponga cada cosa en el lugar que le corresponde.

—Pues sí, papá, lo que pasa es que en el momento, cuando se te juntan tantas historias a la vez, no ves la luz por ninguna parte y te da la sensación de que una ola gigante te va a arrastrar hacia el fondo del océano.

—Bueno, hija, afortunadamente se han ido resolviendo todos los contratiempos que te surgieron al inicio del verano, y ahora es momento de que disfrutes y aproveches esta semana al máximo, porque te la has ganado.

—Hombre, tengo que decirte que me he sentido muy apoyada por todos, y así es mucho más fácil. Por cierto, papá, ¿cómo está mamá?

—Luna, tu madre está bien. Puedes estar tranquila. Ahora escúchame atentamente: esta

semana preocúpate solo de disfrutar, por favor, e intenta pasarlo bien, ¿vale?

—Vale, papá… Te haré caso, pero cualquier cosa que ocurra me llamas y voy enseguida.

Nos despedimos y salgo de mi habitación. Al pasar por delante del cuarto de mis padres no me puedo resistir y entro. Lo hemos preparado para que, durante estos días, esta estancia la ocupen Koro y Andoni.

Las luces del atardecer le confieren un aire mágico y yo me dejo envolver por esa magia tumbada en la cama. Como cuando era pequeña, he abierto las ventanas del balcón de par en par y soltado las telas del dosel. Solo unos minutos me bastan para cerrar los ojos y dejarme llevar por el bienestar que me genera este lugar.

—Luna, te has quedado dormida, cariño… Ya está lista la cena.

La voz suave de Pep me saca de mi pequeña siesta. Vaya…, tengo la sensación de haber dormido un montón de horas y probablemente no hayan sido más de unos minutos. Me desperezo y bajo junto a Pep.

Val y Dani están terminando de preparar la mesa, y desde la barbacoa me llega un aroma delicioso de pescado a la brasa.

—¿Qué tal te ha sentado la cabezadita? —Mi hermana viene hacia mí y me da un beso en la mejilla.

—Pues la verdad es que muy bien… Ese cuarto sigue teniendo algo que consigue relajarme totalmente, igual que cuando era pequeña…

—Sí…, casi se me había olvidado cómo me hace sentir este lugar… Sabes, no todos los recuerdos de mi infancia eran amargos; los que están ligados a esta casa eran tan felices… —Val cierra los ojos e inspira profundamente, intentando absorber la esencia de este sitio.

—¡Chicas, como no vengáis a cenar ya, os vais a tener que conformar con chupar las espinas! —nos grita Pep desde la mesa.

Cuando nos queremos dar cuenta, las fuentes con comida están vacías y charlamos relajadamente.

—Bueno, ya no podemos aguantar más… —les digo a mi hermana y a Dani, agarrando la mano de Pep—. Tenemos una noticia que daros… —Miro a Pep con cara de emoción, y él tiene la misma expresión que yo.

—¿Una noticia? ¿Cuál? ¿A qué estáis esperando para contárnosla? —Val no puede reprimir sus nervios.

—Íbamos a esperar a mañana, para estar todos, pero Luna ya no era capaz de seguir guardando el secreto… —Me mira sonriendo y yo intento poner cara de inocente.

—¡Ya sabemos si es niño o niña! Redoble de tambor… —les digo mientras emulo el movimiento con las manos—. Va a ser… ¡niña!

—¡Sí, niña! —Val comienza a dar pequeñas palmadas—. Lo sabía, ¡qué bien! Hay unos vestiditos monísimos de segunda mano en la tienda y se los voy a regalar todos. Ya os podéis preparar, porque pienso ser su tía favorita. —Valeria habla sin poder parar, fruto de la emoción, y Dani la mira con una amplia sonrisa en el rostro—. Pero ¿desde cuándo lo sabéis?

—Nos enteramos hace unos días, porque hasta ahora no se había dejado ver bien, y estábamos esperando el momento apropiado para contároslo.

—Qué emoción, hermanita, otra niña más en la familia… —me dice Val mientras me

abraza.

23. Vacaciones en familia

Cuando por fin consigo abrir los ojos, miro a mi alrededor y estoy sola en la cama. Anoche la velada se alargó hasta tarde e intuyo que he dormido bastante. Me llegan voces del jardín y me asomo a la terraza del cuarto.

—Hombre, bella durmiente, por fin das señales de vida —me grita Val desde abajo con una taza de café en la mano.

—¿Me habéis dejado algo para desayunar?

—Todavía queda algo. Si te das prisa, igual hasta consigues un poco de café…

Me preparo y bajo a desayunar antes de que las últimas tostadas sean historia.

—¡Buenos días! —saludo a Dani y a Val, que están empezando a recoger su vajilla— ¿Os vais?

—Sí. Vamos a ir al pueblo, que se lo quiero enseñar a Dani. ¿Hace falta comprar algo?

—Podéis aprovechar para traer el pan. No creo que haga falta nada más.

—¿Cuándo calculas que llegarán Koro y su familia? —me pregunta Val.

—Han salido a primera hora de la mañana, pero yo creo que antes de las cinco de la tarde no estarán aquí. Por cierto, ¿dónde está Pep?

—Ha ido a nadar un poco.

Se van y me quedo sola, con mis manos rodeando mi taza de café. Me recuesto en mi silla y miro a mi alrededor. Todo está igual: los árboles que nos rodean, la casa, el jardín… E inevitablemente aparece mi madre, sentada frente a mí, leyendo su periódico, como tantas mañanas, aquí, en esta misma terraza… Uno de esos momentos cotidianos que por algún motivo pasan a formar parte de tu galería de recuerdos…

—Luna, Luna… ¿Estás bien?

Pep ha vuelto de la cala y está junto a mí, hablándome, y ni me había percatado.

—Sí, tranquilo… Es este lugar, ya sabes… Hay tantos recuerdos en cada rincón…

Me da un beso cariñoso en la cabeza y entra en casa.

Un mensaje de móvil me avisa de que están a punto de llegar, y mis nervios van en aumento. Quiero que todo salga bien y que disfruten de esta semana. Además sé lo importante que es para Koro venir a este lugar y traer a su familia, y solo espero que no la defraude…

—Están a diez minutos… —le digo a Pep con cara de preocupación.

—Luna, tranquila, cariño. Está todo impecable… Lo has repasado mil veces. Pero no te olvides de que son tu familia, de que te quieren y quieren disfrutar de estos días todos juntos. Créeme cuando te digo que todo les va a parecer perfecto… —me dice intentando tranquilizarme, y me da un dulce beso.

Recojo las tazas de café, que todavía están encima de la mesa, y las llevo a la fregadera; la comida se ha alargado más de la cuenta, como es normal cuando estás de vacaciones y el reloj pasa a un segundo plano. Dani y Val han subido a su habitación a descansar un poco y

Pep y yo hemos continuado charlando tranquilamente, disfrutando de nuestro café.

Oigo ruido de coches… ¡Ya están aquí! Mi hermana y Dani bajan de su cuarto y los cuatro nos dirigimos a la entrada para salir a recibirlos.

De uno de los coches descienden Koro, Andoni y Xabier, mientras que del otro se bajan mis primos Mikel y Leire con sus parejas, Ainhoa y Ander.

—¡Luna! ¡Qué alegría verte! —exclama Koro mientras me abraza.

—No os podéis ni imaginar la ilusión que me hace que estéis aquí —les digo mientras voy besando y abrazando a cada uno. Cuando ya he terminado de saludarlos a todos comienzo con las presentaciones—. Bueno, pues estos son Pep, mi hermana Valeria y su novio, Dani. Chicos, os presento a mis tíos Koro y Andoni y mis primos Xabier, Mikel y Ainhoa y Leire y Ander.

Comienza un cruce de besos y abrazos y yo los observo emocionada. Por fin este momento tan deseado para mí se está produciendo…

—Ay, Pep…, qué ganas tenía de conocerte por fin. No te haces una idea de la ilusión que nos hace que estés bien y que todo se quedara en un mal sueño… —le dice Koro después de darle dos besos.

—Gracias, Koro, por haber estado tan pendiente de Luna durante esas semanas de incertidumbre en las que lo pasó tan mal.

—Uf, calla, calla…, que no me quiero emocionar tan pronto. Tengo una semana por delante para llorar, así que no puedo empezar ya… —responde Koro mientras se retira con un dedo una lágrima, intentando frenar el impulso de romper a llorar—. Valeria, deja que te vea… —dirigiéndose a mi hermana—. Vaya, Icíar ha tenido dos hijas maravillosas…

—¡Prima! —le grita Xabier a Val mientras la abraza levantándola ligeramente del suelo.

—¡Xabier! Déjala en paz —le recrimina Koro como si fuera un niño pequeño, y todos nos echamos a reír.

Nos dirigimos hacia el interior de la casa divididos en grupos que charlan animadamente, como si nos conociéramos de toda la vida. Por delante van primero Pep con Mikel, Ainhoa y Xabier. Detrás les siguen Val y Dani con Leire y Ander. Y, por último, yo, flanqueada por mis tíos, sin poder borrar la sonrisa de la cara. Caminamos más despacio, observando la escena desde atrás.

—Luna, estás guapísima, cariño. ¿Cómo te encuentras?, porque esta tripita va para adelante, ¿eh…? —observa Koro, tocándome suavemente.

—Estoy muy bien, tía. Ahora mi vida también es más tranquila. Poco a poco vamos recuperando la normalidad, y eso también influye.

—Pues sí, eso es muy importante —me dice Andoni—. Y ya verás: con los chuletones y el queso que hemos traído para esta semana, vas a terminar las vacaciones con algún kilo de felicidad… —Nos reímos los tres, y yo ya me estoy imaginando unas veladas maravillosas alrededor de la mesa…

Una vez dentro de la casa, les vamos enseñando a cada uno su habitación, y yo llevo a Andoni y a Koro a la de ellos.

—Bueno, aquí tenéis vuestro cuarto. —Abro la puerta y la admiración se refleja en sus rostros.

—Vaya, Luna, este lugar es precioso… Ni en los mejores hoteles… —me dice Andoni,

ya que Koro no puede ni hablar de la emoción.

—Este siempre ha sido el cuarto de mis padres; es un sitio muy especial, como podéis ver. Y quiero que estos días os sintáis como en vuestra casa, así que esta tenía que ser vuestra habitación.

—Gracias… —acierta a decir Koro mientras me abraza.

Entramos y mi tía se dirige hacia la terraza, cuyas puertas están abiertas de par en par. Yo la observo desde dentro y puedo ver cómo se mantiene inmóvil, asomada a la barandilla. Me acerco a ella y me coloco a su lado, sin decir nada, solo acompañándola.

—Luna… —Me mira y observo las lágrimas asomando a sus ojos—. Me siento tan cerca de Montxo ahora mismo… El último lugar en el que estuvo antes de morir, y es maravilloso. Qué feliz tuvo que ser aquí, con sus dos amores… ¿Cuántas veces contemplaría este paisaje desde esta misma barandilla?

—Y lo que daría yo por poder recordar esos días junto a él…

Me abraza y noto cómo la emoción del momento me arrastra, y comienzo a llorar yo también.

Nos reunimos abajo con el resto y Val viene hacia nosotras.

—Luna, ¿estáis bien?

—Sí, tranquila. Ha sido solo la emoción. Ven, Val, vamos a enseñarle a Koro la cala. —Les doy una mano a cada una y salimos al jardín. Llegamos hasta el punto donde comienza el caminito que baja a la playa y Koro comienza a descender. La seguimos, y para cuando conseguimos alcanzarla ya está en la orilla, descalza y con los pantalones remangados, comenzando a meterse en el agua. Se detiene a los pocos pasos y continúa mirando al horizonte, quieta y sin decir nada… Hacemos lo propio y nos ponemos a su lado.

—Estos días van a cerrar muchas heridas —nos dice, sin dejar de mirar al infinito.

—Sí, creo que van a ser unas vacaciones sanadoras —les digo—. Koro, ayer ya le dije a Valeria que sabemos que va a ser una niña.

Me mira dulcemente y me agarra una mano.

—Pero lo que no sabéis ninguna de las dos es que ya hemos decidido su nombre. —Las dos me miran fijamente—. Se va a llamar Icíar…

—Oh, Luna… Si mamá fuera consciente de todo esto… sería tan feliz…

Y sin poder remediarlo, una vez más, las lágrimas resbalan por nuestras mejillas…

24. El reencuentro

La semana transcurre mejor de lo que nunca me hubiera imaginado. Estoy rodeada de personas a las que quiero, que se han juntado unos días para disfrutar de unas vacaciones, y yo soy el nexo de unión entre ellas. Y aunque podía haber sido complicada la convivencia entre desconocidos durante una semana, está siendo realmente fácil, y a la vista de cualquiera podría parecer que nos conocemos desde hace años…

Nuestros planes no van más allá de disfrutar del lugar y conocernos mejor. A excepción de una excursión que hicimos ayer por los pueblos de la zona, nos estamos limitando a conversar y descansar: bajar a la cala, subir a comer, echar la siesta en cualquiera de las tumbonas estratégicamente colocadas a la sombra de los magníficos árboles de nuestro jardín y disfrutar de largas sobremesas nocturnas a la luz de los farolillos. Vamos, lo que vienen siendo unas vacaciones con esencia mediterránea…

—Luna, ¿quieres que te ayude? —Mi tía se ha colocado a mi lado mientras preparo la ensalada que vamos a comer en un momento.

—Acércame, por favor, las aceitunas del armario de la despensa —le pido, señalándole el lugar donde se encuentran.

—Toma. —Me pasa el bote y la noto pensativa.

—Tía, ¿estás bien? Hoy estás más callada de lo normal. ¿Qué te ronda esa cabecita?

—Quería comentarte algo…

—Claro, lo que quieras; dime. —Dejo lo que tengo entre manos y centro toda mi atención en ella.

—Luna, me gustaría ir a ver a tu madre… Cuando te trajimos de Hernani estábamos todos tan preocupados que no lo pudimos disfrutar, y no sé cuánto tiempo va a pasar hasta que podamos volver.

—¡Por supuesto! Suponía que querrías ir a verla, pero prefería que me lo dijeras tú. No te quería presionar…

—¿Y crees que a tu padre le parecerá buena idea?

—Seguro que sí, puedes estar tranquila. Ya sabes que tiene más frescos los recuerdos relativos a la época en la que vivía contigo, así que estoy convencida de que le vendrá bien que habléis. Vamos a comer y después llamo a mi padre para comentarle que mañana vamos, ¿te parece?

—¡Perfecto!

Andoni y Pep han decidido acompañarnos a Barcelona y en el coche reina el silencio. Observo de reojo a mi tía, sentada junto a mí en la parte trasera. Está pensativa… Hoy la impresión será menor para ella, gracias al encuentro anterior. Ahora es consciente del estado en el que se encuentra mi madre, pero aun así está preocupada.

—Me estaba acordando del día en que le presentaron a tu madre a Alberto, el chico que pretendían que fuera su novio. A la noche, entró a mi cuarto a escondidas y estaba eufórica.

Se le amontonaban las palabras de todo lo que me quería explicar y no podía parar de reír. Para ellos, era una gran victoria; iban a conseguir burlar el proyecto de boda concertada de sus respectivos padres y ni en sus mejores sueños pensaban que las cosas saldrían de esa manera; habían encontrado al aliado perfecto para los encuentros furtivos que pretendían organizar con sus respectivas parejas.

Escucho atentamente a mi tía mientras me cuenta la historia de mi madre; nunca me cansaré de escuchar sus recuerdos de juventud. Me encanta que me cuente todo lo que le viene a la cabeza de la época en la que vivieron juntas. Me reconforta saber que, a pesar del padre que le tocó padecer, tuvo personas a su alrededor con las que fue realmente feliz…

—Pues sí, no me extraña que estuvieran tan contentos… Imagínate por un momento que Alberto hubiera estado de acuerdo con el noviazgo, habría sido imposible que mis padres continuaran viéndose y toda la historia habría tomado otro camino… Es increíble la de variables que se van sumando en la vida de las personas y que, en cuestión de minutos, todo lo que va a suceder a partir de ahí se pueda ver modificado de forma tan increíble…

—Sin ir más lejos tú y tu hermana no habríais nacido, o Andoni y yo no nos hubiésemos conocido…

Las dos volvemos a quedarnos en silencio, pensativas… Está claro que la historia de mis padres podía haber sido más feliz, pero, mirándolo desde este ángulo, también tuvieron suerte en algunos aspectos.

Cuando llegamos a casa de mis padres son poco más de las diez de la mañana. Mi padre nos recibe con café recién hecho y nos invita a pasar a la sala.

—¿Qué tal lo estáis pasando? —les pregunta a Koro y a Andoni.

—Ese lugar es una maravilla. Nos gustaría darte las gracias por habernos permitido pasar ahí unos días de vacaciones junto a tus hijas —le dice Andoni sinceramente agradecido.

—No hace falta que me las deis. Para mí os habéis convertido en parte de esta familia, y esa casa siempre ha sido el lugar donde nos reuníamos con familiares y amigos. Me hace mucha ilusión que sus paredes alberguen otra vez vida y que ese sitio recupere el sentido que tenía hace muchos años, dejando de ser un lugar que nos evoque recuerdos dolorosos. Es más, estaré encantado de que de aquí en adelante se convierta en una tradición y reservéis todos los veranos unos días para venir. Sería tan bonito que viésemos crecer allí a nuestros nietos, tal y como lo hicieron mis hijas…

—Sí, sería estupendo…

—Papá, ¿qué tal ha estado mamá estos días?

—Recluida en su cuarto… Cada día me cuesta más sacarla de su cama, está muy apática últimamente. Ahí está hoy también, ha salido justo para desayunar y me ha obligado a volver a llevarla después.

—Bueno, voy a verla, a ver si consigo que se anime a salir, aunque sea hasta la sala. Así estaremos más cómodas —les digo, enfocando mi mirada en Koro.

Golpeo suavemente con los nudillos en la puerta y a pesar de que no me contesta la abro despacio, asomando primero la cabeza.

—Mamá… —la llamo bajito, para no sobresaltarla en caso de que esté dormida.

—¿Luna? Pasa, hija, pasa.

Bueno, empezamos bastante bien; sabe quién soy…

—Mamá, pero, ¿qué haces en la cama todavía?, ¿estás cansada? —pregunto, aproximándome hacia el lado de la cama en el que se encuentra—. ¿Quieres que te ayude a salir y nos sentamos un poco en la sala, en tu butaca favorita, junto a la ventana?

—Vale…

La ayudo a incorporarse y le retiro las mantas de encima, facilitándole la salida.

Se queda sentada en el borde de la cama y aprovecho para coger el peine que está en la mesilla y peinarla.

—Mamá, hoy ha venido a verte una persona muy especial para ti —anuncio mientras continúo peinando sus canas.

—¿Quién? ¿Montxo? —De repente se gira hacia mí y me mira emocionada.

—No, no es Montxo, pero es alguien muy cercano a él.

La ayudo a levantarse y me agarra del brazo para dirigirnos hacia el salón.

—Koro, perdóname —me dice antes de pasar por el umbral de la puerta de su habitación.

—Icíar, ¿qué te tengo que perdonar? —le pregunto en vano, ya que no obtengo ninguna respuesta por su parte.

Al acercarnos a la sala me doy cuenta de que los chicos no están. Habrán aprovechado para bajar un rato a la calle y dejarnos más intimidad…

Mi tía Koro se levanta al vernos.

—¿Quién es? No la veo bien —me dice mi madre.

Seguimos avanzando, y cuando ya nos encontramos a pocos metros de mi tía, mi madre comienza a gritar.

—¡Ay, ama, Josefa! ¡Josefa!

Se cree que Koro es mi abuela paterna… Nos sentamos en el sofá y mi tía coge las manos de mi madre entre las suyas.

—Icíar, ¿cómo te encuentras?

—Josefa, perdóname… —le dice también a mi tía, notablemente abatida.

—¿Qué te tengo que perdonar, Icíar? Todo está bien, tranquila… —Le acaricia la mejilla intentando calmarla.

—Montxo… Fue culpa mía…

Ay, mamá, cuánto dolor llevas dentro… Está claro que se siente responsable de la muerte de mi padre, y ahora, al pensar que está delante de Josefa, le ha salido esa culpa que ha tenido guardada tanto tiempo…

—Icíar… No digas eso, por favor… —comienza diciéndole Koro—. La muerte de Montxo no fue culpa tuya, no te castigues así. —Mi madre agacha la cabeza, mirando a su regazo mientras las lágrimas le van resbalando—. Sabes una cosa, el día que volvía a San Sebastián después de haber estado con Luna y contigo hablé con él, y era el hombre más feliz del mundo. A pesar de lo que le deparaba el viaje de vuelta, sé que no habría cambiado nada de esos días que estuvo con vosotras. Para Montxo fue mejor un único verano con Luna y contigo y poder conocer a su hija que toda una vida en el exilio sin saber nada de vosotras…

Mi madre levanta la cabeza y mira a Koro, que se funde en un abrazo con ella. Quizá

dentro de un rato ya no se acuerde de esta conversación, pero quiero pensar, que, aunque sea por un instante, ha conseguido liberarse de la culpabilidad que guardaba en su alma.

—Gracias —le susurro a mi tía, que tampoco es capaz de contener las lágrimas.

—Icíar —comienza a decirle mi tía—, ¿te acuerdas de Andoni, el chico que conoció Koro en los Tilos? —Mi madre la mira fijamente y asiente con la cabeza. Realmente no sé si se acuerda o simplemente quiere que le siga contando lo que acaba de empezar—. Pues se han casado y tienen tres hijos, Mikel, Leire y Xabier. Son muy felices.

—Oh…, ¡qué bien! —Se le ha iluminado la cara con la noticia.

El resto del encuentro transcurre entre recuerdos y anécdotas que mi tía Koro le cuenta a mi madre, y, aunque parezca mentira, me da la sensación de que se acuerda de algunas cosas de las que le está hablando. Está disfrutando de la charla y hacía tiempo que no la veía tan feliz…

De repente, se abre la puerta de la calle y aparecen papá, Pep y Andoni. Ya es la una de la tarde y ni nos habíamos dado cuenta.

—¿Qué tal, chicas? —pregunta mi padre, gratamente sorprendido al ver a mi madre contenta y animada.

—Aquí andamos, contándonos batallitas —contesta Koro, mirando con ternura a mi madre.

Acompaño a mi padre a la cocina para preparar la comida de mi madre y le rodeo con un brazo por lo hombros.

—Papá, ha sido una charla maravillosa que a mamá le ha venido realmente bien. Es increíble la de recuerdos de la adolescencia que le han aflorado hablando con Koro, y también ha conseguido aligerar carga que llevaba guardada en su interior… Ya la has visto, está radiante.

Me sonríe y me da un beso en la mejilla.

Durante el viaje de regreso a Tossa, el ambiente en el coche es distinto al de la ida. Pep y Andoni nos cuentan lo que han hecho durante el rato que hemos estado en casa, y aunque Koro no está muy comunicativa y la noto pensando en sus cosas, su semblante es distinto al de esta mañana. Una ligera sonrisa adorna su rostro, y la preocupación ha desaparecido.

25. La última carta

Sujeto entre mis manos el primer café del día y lo saboreo mientras me desperezo sentada en la terraza. Cuando terminaron las vacaciones en Tossa y todos regresaron a sus respectivas casas, Pep y yo decidimos quedarnos una semana más, los dos solos, apurando estos últimos días de verano que septiembre nos ofrece. Volvimos ayer, y la semana que viene tenemos pensado retomar el trabajo en la clínica, así que todavía nos quedan unos días de relax para seguir recargando las pilas de cara al otoño.

Pep acaba de bajar a hacer la compra y yo voy a aprovechar para limpiar un poco.

Ring, ring, ring, ring. El sonido insistente del timbre de la puerta me sobresalta, pero ¿quién es?, ¿qué pasa?

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —grito, aunque dudo mucho que quien sea pueda oírme con el sonido del timbre.

—¡Luna, Luna! —Mi padre entra en mi casa gritando como una exhalación y agitando unos papeles en su mano.

—Pero ¿qué te pasa, papá? —Lo sigo hasta el salón. Está consiguiendo ponerme nerviosa.

—Mira. —Me alarga los papeles para que los coja—. Susana los acaba de encontrar. Estaba limpiando en el cuarto de mamá y se le ha caído su joyero. Es una carta escrita por tu madre de cuando llegó a Barcelona. La había escondido dentro del joyero… Solo he sido capaz de leer la fecha. Prefiero que la leas tú, Luna…

Vaya… Mamá, todavía tienes más sorpresas escondidas…

Me dejo caer en el sofá y observo la carta. Sin duda es de mi madre, ya que la letra es la misma que la de la carta que me dio Koro. Miro a mi padre, todavía sorprendida por el último descubrimiento.

—Yo me voy, Luna. Te dejo a solas. No sé si estoy preparado para saber lo que pone… Ya me explicaras tú, ¿vale?

—Como quieras, papá…

Me quedo sola otra vez, y no puedo esperar más para saber qué esconde esta carta…

20 de septiembre de 1975

Ya ha pasado un mes desde que llegué a Barcelona y necesito desahogarme.

Todavía, cada día al acostarme, me atormentan los recuerdos de esa noche de agosto en la que mi padre apareció en mi habitación, me obligó a vestirme y me arrastró hasta el interior de un coche sin poder despedirme de nadie.

«Eres una deshonra para la familia, eres una deshonra para la familia…», era lo único que salía de su boca mientras tiraba de mi brazo. «Olvídate de contactar con él, porque en cuanto lo hagas me enteraré y lo denunciaré por tu desaparición. Y no habrá ni un solo rincón en este país donde pueda esconderse sin que lo encuentre». Y tras decirme eso, cerró la puerta dando un portazo y el

coche emprendió la marcha, rumbo a mi nueva vida.
Las horas que tardamos en llegar fueron las peores de mi existencia. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas y mi cuerpo temblaba descontroladamente. Estaba en shock por lo que acababa de pasar, y el miedo a lo que mi padre habría planeado se había apoderado de mí.
No podía quitarme a Montxo de la cabeza.
«¿Qué le habrá hecho a él?», me repetía continuamente…
Cuando llegué a Barcelona, me llevaron directamente a casa de Antonio, colega de profesión de mi padre y, al parecer, la persona que se encargaría de devolver la honra a mi familia…
Yo no era capaz de pronunciar ni una sola palabra; estaba aterrada. Mi padre había decidido mi futuro por mí y en él no estaban ni mi hijo ni Montxo…
Antonio y Luisa me acompañaron hasta el sofá, me pusieron una manta sobre los hombros y me prepararon una tila. Sé que hacía calor, pero yo estaba helada…
No tengo muy nítidos los recuerdos de esas primeras horas aquí, pero me acuerdo de que yo solo era capaz de repetir continuamente: «Mi niño no, mi niño es mío…». Ellos intentaban en vano que me calmara. Recuerdo que me hablaban, pero no era capaz de escucharlos.
Me acompañaron a la que iba a ser mi habitación durante esos días y me dejaron sola. Me tumbé en la cama; estaba agotada y me quedé dormida pensando en cómo podría escapar de aquel lugar.
A la mañana siguiente, tocaron a la puerta y apareció Luisa con una bandeja llena de todo tipo de alimentos, para que desayunara. Al no conocerme, se querían cerciorar de que algo fuera de mi agrado… Yo todavía estaba dentro de la cama, y en cuanto entró en la habitación me giré hacia el lado contrario, dándole la espalda. No quería estar en esa casa y debía recordárselo a cada instante.
«Icíar», comenzó diciéndome Luisa, «puedes confiar en nosotros. Antonio no es como tu padre». Dejó la bandeja sobre la cama y salió de la habitación.
«Cualquiera que haya accedido a llevar a cabo los planes de mi padre es igual de culpable que él de lo que va a pasar», pensé yo.
No probé bocado y la bandeja fue devuelta a la cocina intacta. El resto de la mañana permanecí metida en la cama, bajo el edredón, escondida, con la vana esperanza de que se olvidaran de que estaba ahí, pero a mediodía tocaron a la puerta; era Antonio y quería hablar conmigo. Abrió la puerta sin obtener respuesta por mi parte.
«Icíar, necesito hablar contigo y que me escuches atentamente. Yo no me dedico a hacer abortos clandestinos como tu padre. Cuando me llamó para contarme sus planes, ya era demasiado tarde; estabas camino de Barcelona y no había manera de parar lo que tu padre había puesto en marcha. Intenté decirle que se había confundido de ginecólogo, pero no me dejo prácticamente ni hablar. Dio por hecho que la amistad que nos unió durante la facultad era suficiente como para pedirme semejante favor. Icíar, debes creerme…, yo no soy como tu padre…».
No dije nada. No me fiaba… Probablemente era solo una estrategia para que bajara la guardia, ganarse mi confianza y poder llevar a cabo el plan de mi padre sin que opusiera demasiada resistencia.
Los siguientes días transcurrieron igual. Yo metida en la cama, sin probar bocado, y ellos intentando alimentarme y ganarse mi confianza.
Hasta que llegó el quinto día. Antonio entró sin llamar y parecía molesto.

«Icíar, ya está bien», comenzó a decirme en un tono más fuerte de lo normal. «No puedes seguir así. Hace cinco días que no comes nada. Si tanto quieres a tu hijo, reacciona, porque si sigues así, serás tú misma la que acabe con él. Necesitamos que nos hables, que nos digas qué quieres hacer. Nosotros solo queremos ayudarte, pero por favor, sal de la cama y come. Si no, será tu padre el que gane…».

Y salió dando un portazo tras de sí. Tenía razón… Quizá querían ayudarme de verdad. Salí de la cama, me duché y me dirigí a la cocina, donde se encontraban Antonio y Luisa, que al verme sonrieron y me invitaron a sentarme. Devoré todo lo que Luisa me puso en el plato; estaba hambrienta…

Antonio se fue a trabajar y Luisa se sentó a mi lado.

«Icíar, necesitamos saber si quieres seguir adelante con tu embarazo», me dijo, y yo asentí con la cabeza. «Tenemos que pensar qué vamos a hacer».

«No puedo volver a casa», acerté a decirle. «Mi padre me mataría si vuelvo embarazada y yo jamás voy a ser capaz de perdonar lo que nos ha hecho a Montxo y a mí. No podría ni mirarle a la cara, como para volver a vivir otra vez en su casa…».

«Lo sabemos, Icíar. Puedes estar tranquila, que no te vamos a mandar de vuelta. Sería tu sentencia de muerte. Aquí estás a salvo y Antonio y yo ya lo hemos hablado; te puedes quedar con nosotros el tiempo que quieras y estaremos encantados de ayudarte en todo lo que podamos. Podrás tener a tu hijo y no os faltará de nada».

¿Podía ser que la vida me hubiera traído hasta la casa de dos personas capaces de darme todas las oportunidades que mis padres me habían negado? Parecía demasiado bonito para creérselo y seguía sin saber si podía fiarme.

A lo largo de este mes, me han demostrado con creces que puedo confiar en ellos y que parece que la vida, por fin, está intentando compensarme por el tipo de padre que me ha tocado tener. Antonio y Luisa son totalmente opuestos a él, generosos, comprensivos…, y me han acogido como a la hija que nunca tuvieron. Yo no quiero saber nada, nunca más, de mi familia, y he pensado en cambiarme de nombre. Quiero romper cualquier lazo que me recuerde a mi pasado. Hace un par de semanas mi padre llamó y Antonio estuvo hablando con él desde su despacho. No sé exactamente cómo fue la conversación, pero acabaron a gritos y pude oír cómo Antonio le decía que si decía algo le denunciaría por sus prácticas ilegales y sería el fin de su carrera. No ha vuelto a llamar.

Montxo, no sé dónde estás, ni qué te ha pasado, pero ojalá sientas que tu hijo y yo estamos bien. Prometo que nunca intentaré contactar contigo. Espero que la vida te trate como mereces y que mi padre muera pronto para que podamos reencontrarnos. Te quiero demasiado y cada día duele no tenerte a mi lado, pero estaré bien. Lucha y confía… Volveremos a encontrarnos, estoy segura…

Me quedo inmóvil, en silencio. Las letras de la carta retumban en mi cabeza. Qué duro, mamá… No me puedo ni imaginar el miedo que tuviste que sentir en ese coche. Y, una vez más, pienso en todo lo que les debo a mis abuelos.

26. La despedida

Está atardeciendo y el mar está en calma. La naturaleza transmite paz, e intento dejarme invadir por esa sensación. Ya hace casi dos meses que murió mamá. Fue de noche, mientras dormía. Se fue tranquilamente, sin llamar la atención…, como a ella le habría gustado. Estaba cansada. Su cuerpo ya no lo soportaba y se dejó vencer.

Yo lloré hasta que no pude más. Lloré por los momentos que esta enfermedad nos ha robado, que nunca viviremos: por las tardes de cafés no compartidos, por cada avance de su nieta que no celebraré con ella… Lloré hasta que mis lágrimas dejaron de brotar y me quedé vacía. Y así es como me siento desde entonces: vacía, como si me faltara algo, y no consigo que ese sentimiento se atenúe… Creía estar preparada para ese momento, pero a pesar de haber dispuesto de tanto tiempo para mentalizarme mientras se deterioraba día a día, llegado el momento, el dolor me invadió por completo. Nunca se está lo suficientemente preparado para decirle adiós una madre… Me sentí como una niña indefensa que, caminando entre la multitud, ha perdido la mano de quien la guiaba y protegía.

Al morir mamá, Koro me contó la idea que le rondaba la cabeza desde el momento en que aparecí en la carnicería: cuando el cementerio de Hernani exhumó los restos de Montxo por falta de espacio, Koro los guardó, prometiéndose a sí misma que algún día conseguiría juntar a mis padres para que pudieran descansar juntos. Así que cuando irrumpí en sus vidas retomó la idea, y ahora al morir mamá me la contó. Quería tirar las cenizas de mis padres en la cala de la casa de Tossa, el último sitio donde fueron felices juntos, y que así lograsen por fin lo que en vida se les negó. Y a mí me pareció que era el mejor final que le podíamos dar a esta triste historia de amor.

Hablé con papá y decidimos repartir las cenizas de mamá. Durante toda su vida, su corazón estuvo dividido por sus dos amores: el hombre que le enseñó lo que significaba amar de verdad y el que la acompañó en la aventura de la vida. De esta forma, papá se encargará de despedir a Martina de la forma que él considere más apropiada, mientras que hoy, aquí, daremos el último adiós a Icíar. Dos finales para una mujer que vivió dos vidas…

Papá ha preferido no acompañarnos hoy, y le entiendo perfectamente. No tengo nada que reprocharle; al revés, me parece un gesto más de generosidad por su parte, que haya sabido entender perfectamente el sentido del acto que vamos a realizar hoy a mamá y no haya puesto ninguna pega. Nunca se lo agradeceré lo suficiente…

Y aquí estamos toda la familia, dos meses después de su muerte, en la playa de la cala, la víspera de San Juan, como no podía ser de otra forma, dispuestos a cerrar la historia de mis padres…

El olor de las primeras hogueras que comienzan a iluminar el atardecer empieza a llegar hasta nosotros. La fogata que ha encendido Pep a nuestra derecha va cogiendo fuerza.

Vamos todos descalzos y vestidos de blanco, como si fuera una de sus fiestas de verano

que tanto le gustaba organizar.

Mi mirada está clavada en el mar, ese mismo mar que la engullía en mis pesadillas y que en un momento se la va a llevar para siempre… Yo protejo con mis dos manos el recipiente con los restos de mamá, intentando apurar los últimos minutos juntas… Y aun estando a punto de despedirla, sigo sin poder creer que ya no la vaya a ver más. Cierro mis ojos e inspiro profundamente. El olor a mar, mezclado con el de las hogueras que anuncian el verano, me trasladan por un momento a una de las fiestas de San Juan de mi infancia y puedo ver a mis padres bailando junto a sus amigos alrededor de la hoguera, mientras Val, yo y el resto de los niños nos dedicamos a saltar las olas. Todo eran risas y felicidad. Cómo añoro esa época, pero queda tan lejos…

A mi derecha, Pep, mi pilar, la persona sin la que no habría podido seguir adelante, me rodea con su brazo, impidiendo que me derrumbe, mientras, recostada en su pecho, dentro de su mochilita, duerme plácidamente la pequeña Icíar, ajena a todo.

A mi izquierda, Val se agarra fuertemente a mí y Dani la sostiene por la cintura. Mi hermana está aparentemente tranquila, aunque intuyo que la emoción puede aflorar en cualquier momento…

Detrás, protegiéndonos como siempre, se han situado nuestros abuelos. Las personas que se lo dieron todo sin preguntar, ni esperar nada a cambio, no podían faltar; al fin y al cabo, se ha muerto su hija…

Koro se acerca a mí, acompañada por Andoni y bajo la atenta mirada de sus hijos. Lleva entre sus manos la vasija con los restos de mi padre. Su mirada no transmite pena, ni dolor, sino emoción. Porque ella, a diferencia de mí, ya lloró hace muchos años por la pérdida de Montxo, por la de Icíar, por la mía… Ahora sabe que por fin va a cumplir el deseo de su hermano, y está feliz.

Me tiende la mano, y Val, Koro y yo nos dirigimos hacia la orilla. Tras un largo silencio, mi tía comienza a hablar.

—Nunca pensé que llegaría el momento en que por fin volveríais a estar juntos. Montxo, hace mucho tiempo me prometí a mí misma que algún día conseguiría llevarte junto a Icíar, aunque fuese lo último que hiciera… Pero durante muchos años creí que no lo podría cumplir. Entonces apareció en mi vida vuestra maravillosa hija y me hizo volver a creer que un final feliz para vosotros era posible. Y hoy ha llegado ese día, aquí, en este increíble lugar, donde fuisteis felices por última vez juntos. Hermanito, aquí te voy a dejar, lejos de tu tierra, pero no lloraré por ti, porque sé que estarás bien. Os tenéis el uno al otro, así que aquí tienes tu hogar. Cuando llegue el momento volveremos a encontrarnos y os hablaré de vuestra hija y vuestra nieta. Hasta la próxima.

Al terminar, dirige su mirada hacia mí, para que pueda despedirme de mamá. Trago saliva y comienzo a hablar, mientras Valeria me rodea la cintura con su brazo.

—Mamá… —Me detengo sin saber si seré capaz de continuar. Espero unos segundos y consigo que la voz vuelva a asomar a mi garganta—. A lo largo de estos últimos meses en los que la enfermedad se apoderaba de ti, me repetías una y otra vez que Montxo iba a venir a buscarte, y tenías razón… Hoy por fin ha llegado ese momento. Te vas a reunir con el hombre al que siempre has amado, que no conseguiste olvidar, tu gran amor y mi padre…

Esta maldita enfermedad me fue robando a la persona más importante que tenía en mi vida, que a la vez era mi amiga y mi confidente. Pero por otro lado me hizo descubrir tu otra mitad, la parte de ti que desconocía y que nos ha permitido completar el mosaico de piezas que ha sido tu vida. Esta noche, cuando ya nos hayamos ido y os quedéis los dos a solas, os imagino en esta cala, abrazados a la luz de la luna, celebrando vuestro reencuentro, como en aquella Noche de San Juan… Gracias, mamá, por tu valentía y por convertirme en la persona que soy hoy; y gracias a ti, Montxo, por haberla hecho tan feliz en su juventud y por haber creado unos recuerdos tan especiales que le han ayudado a sobrellevar mejor la última etapa de su vida. Disfrutad el uno del otro, que ya nadie intentará separaros nunca más. Nosotros estaremos bien. Te quiero, mamá.

Al terminar, mi tía destapa su vasija y yo hago lo propio con la mía. Las inclinamos hacia delante y una ráfaga de viento arrastra las cenizas de mis padres en el mismo instante en que empiezan a salir. Las observo mezclarse en el aire, entrelazándose para siempre… Comienzan a depositarse sobre el mar, la arena, las rocas…, pasando a formar parte de este maravilloso lugar.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas; cierro los ojos y me los imagino tal y como eran en aquel verano que pasaron aquí juntos. Por fin siento paz. Sé que estaréis bien.

Hasta siempre, mamá…

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias en primer lugar a la editorial Libros.com, por poner a nuestro alcance las herramientas necesarias para cumplir nuestros sueños. Gracias por vuestra profesionalidad y por llevarnos de la mano en todo el proceso. Dais voz a los escritores desconocidos. Gracias por creer en nosotros.

Y por supuesto, gracias a todos y cada uno de los mecenas de La memoria del alma, porque tanto conociéndome como sin conocerme habéis apostado por mi proyecto. Esta novela no habría sido posible sin vosotros. Gracias por haberme dado el impulso necesario para sacarla adelante. Ahora, vosotros también formáis parte de ella, y nunca me cansaré de agradecéroslo de corazón. Un abrazo enorme a todos.

Mecenas

Kulturdenda

@kulturdenda

Gamon Zumardia, 7 • Orereta • Tel 943 51 01 04

www.xenpelarkulturdenda.eus

A

A. Goikoetxea
Agurtzane Carnés Perales
Ainara Aranburu
Ainara Irasuegi
Ainhoa Díez Hernández
Ainhoa González
Amaia Villarón
Ana Hernando
Anartz Muxika
Ane Vitales
Ángeles Melero
Arantza Pérez Eizaguirre
Argoitz Velasco
Asier Guzmán Preciado
Asier López Perales

B

Beatriz Vilas

C

Carol Zapirain
Cécile Unia
Chelo Clavel
Cristina Albarrán
Cristina Garate
Cristina Otero Tamayo

D

David García García
David García Pasandín
Diego Díaz Zurano

E

Eli Olasagasti
Enrique Cantero
Esther Hernández
Estíbalitz Gil

G

Garazi Legorburu
Garikoitz Aizkorreta
Gema G. M.
Gemma Retegui Erausquin

H

Henar G. S.
Hiart Mintegi López

I

Idoia Errazkin
Ileana Udvar
Imanol López Perales
Inmaculada Tejada Sánchez
Isabel López Gobantes
Itziar Albizu
Itziar Basterra
Itziar Calderero
Izaskun Baro Yubero

J

Jaione Aguirreurreta
Javier Vergara
Joana González Jiménez
Jokin Mateos
Jokin Santacana Urrestarazu
Jone Altube
José Ignacio Arregi Etxeberria
Joseba Agirreurreta
Josune Errandonea
Juanma Delgado
Justi y Manolo

L

Laura y Sabin
Leire Gil Alonso
Leire Muñoz Iglesias
Leire O. S.
Lorea Barrientos
Lorena Escudero Alkiza
Lourdes Salicio

M

Maialen Aguado Farkas
Maider Izagirre Bikuña
Maika Perales
Maite López
Maite Peña
María Luisa Asteasu
Marisa Gómez Abad
Melissa Pérez Núñez

N

Nago e Ima
Naroa Pérez Cortajarena
Nekane González y Mikel Yanguas
Nere Urbieta

Nerea Gil
Nerea Sáenz de Urturi
O
Olatz Martínez
Oihana Aduriz
P
Paco e Inma
Paki Moreno
Patricia Fernández Aramburu
Patricia Fernández Lorente
Pilar Sesén
S
Saioa Agirre Asteasu
Sandra Sanz Claro
Shandra Lopera
Silvia García Beloqui
Silvia Loureiro
Soraya García Castilla
V
Vanda Bastos
Vanesa Cancela
Vanesa Castaño Bellón
Vanesa Nogales Gil
Verónica de la Hoz
Vicente Palop Balaguer
Y
Yara Díaz Redondo
Yoana Moreta
Z
Zuriñe Carnés Perales

Libros.com

La madre de Luna tiene alzhéimer. Ella asiste a su deterioro en medio de una serie de circunstancias que convierten en crítico el momento vital en el que está: su matrimonio hace aguas, la relación con su hermana no termina de ir bien… Y, un día, su progenitora empieza a mencionar a unas personas de las que Luna no ha oído hablar antes. Intuye que su familia oculta algo y decide averiguar qué es, emprendiendo así un viaje hacia un pasado que descubrirá, sin esperarlo, como propio.

La memoria del alma es un relato de descubrimiento y de valentía, y, sobre todo, habla de esas vivencias que nos hacen quienes somos; las que siempre formarán parte de nuestro corazón y, aunque enterradas en lo más profundo, a veces emergen a la superficie.

Josune López Perales (San Sebastián, 1980) es científica en lo académico y lo laboral, pero escritora de vocación. Este relato intimista, basado en acontecimientos familiares que le han narrado y también en otros que ella misma ha vivido, es su primera novela.